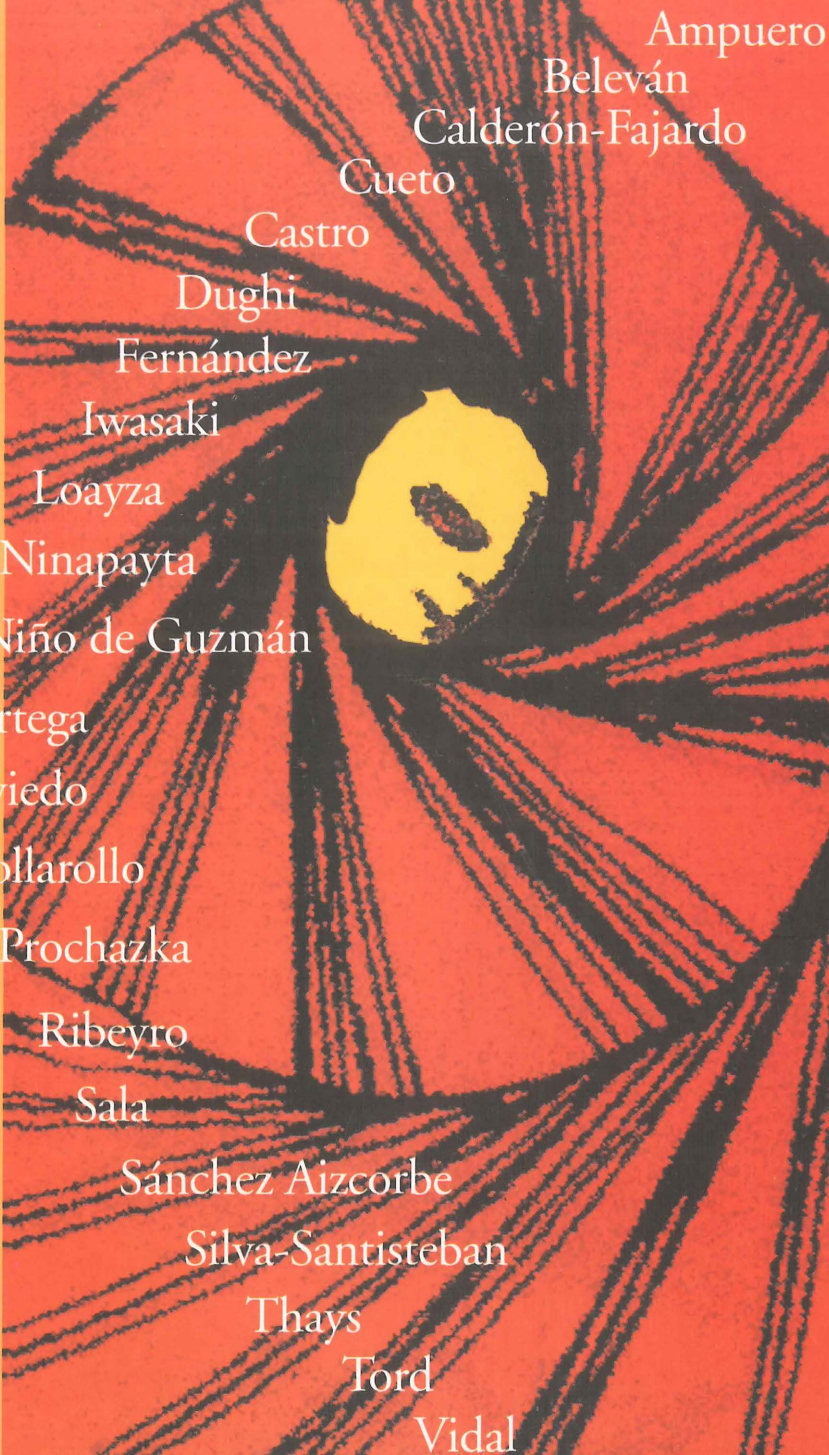


Las fábulas mentirosas y el entendimiento

Selección, presentación y notas de Ricardo Sumalavia

El Cuento en la Universidad Católica
Antología 1917 - 2000



Ampuero
Beleván
Calderón-Fajardo
Cueto
Castro
Dughi
Fernández
Iwasaki
Loayza
Ninapayta
Niño de Guzmán
Ortega
Oviedo
Pollarollo
Prochazka
Ribeyro
Sala
Sánchez Aizcorbe
Silva-Santisteban
Thays
Tord
Vidal

Ricardo Sumalavia es profesor de Literatura en la Universidad Católica del Perú. A comienzos de los noventa dirigió un sello editorial y actualmente es responsable de la Colección Orientalia del Centro de Estudios Orientales de la Universidad Católica. Fue profesor invitado de la Universidad Dankook y lector en las universidades Kyung Hee y Sun Moon en Corea del Sur.

En 1993 publicó en una edición limitada su primer libro de cuentos *Habitaciones* y en el año 2001 apareció su última publicación *Retratos familiares*, libro de cuentos editado por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

LAS FÁBULAS MENTIROsas Y EL ENTENDIMIENTO
CUENTO EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA
1917-2002

LAS FÁBULAS MENTIROsas Y EL ENTENDIMIENTO

CUENTO EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA
1917-2002

SELECCIÓN, PRESENTACIÓN Y NOTAS DE
RICARDO SUMALAVIA



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

FONDO EDITORIAL 2002

Primera edición: abril de 2002

Las Fábulas Mentirosas y el Entendimiento

Carátula: Juan Pablo Campana

Copyright © 2002 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Plaza Francia 1164, Lima 1

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal: 1501052002-0972

ISBN: 9972-42-459-6

Derechos reservados

Impreso en el Perú – *Printed in Peru*

Y si a esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que así, no están obligados a mirar en delicadezas ni verdades, responderles hía yo que tanto la mentira es mejor cuanto más parece verdadera, y tanto más agrada cuanto tiene más de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que, facilitando los imposibles, allamando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan, de modo que anden a un mismo paso la admiración y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que leyere de la verosimilitud y de la imitación, en quien consiste la perfección de lo que se escribe.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha

ÍNDICE

Prólogo	11
Presentación	15
<i>La juventud en la otra ribera</i> , Julio Ramón Ribeyro	21
<i>La segunda juventud</i> , Luis Loayza	49
<i>Cumpleaños</i> , José Miguel Oviedo	59
<i>Relato aparente</i> , Gastón Fernández	77
<i>Cide Hamete Benengeli, autor del Quijote</i> , Luis Enrique Tord	91
<i>El loco del país</i> , Julio Ortega	105
<i>Sahumerio</i> , Luis Fernando Vidal	115
<i>Los inquilinos</i> , Harry Beleván	133
<i>Eliana y El Tigre del Sur</i> , Carlos Calderón Fajardo	149
<i>Pánico en la clínica de tartamudos</i> , Fernando Ampuero	159
<i>Desde el exilio</i> , Mariella Sala	179
<i>La noche del poeta</i> , Giovanna Pollarolo	189
<i>La otra</i> , Alonso Cucto	203
<i>Latin lover</i> , Alejandro Sánchez Aizcorbe	219

<i>Good morning, heartache</i> , Guillermo Niño de Guzmán	239
<i>Las chicas de la yogurtería</i> , Pilar Dughi	249
<i>Muñequita linda</i> , Jorge Ninapayta	261
<i>Shushupe</i> , Dante Castro	273
<i>El porquerizo</i> , Enrique Prochazka	283
<i>Rock in the Andes</i> , Fernando Iwasaki	317
<i>El limpiador</i> , Rocío Silva-Santisteban	337
<i>Con olor a rosas y a muerte de rosas</i> , Iván Thays	353

PRÓLOGO

La prosa nos ofrece nuestra vinculación inicial con el lenguaje. En nuestros recuerdos privilegiados del uso lingüístico están las frases de la tosca prosa familiar. Crecer significó progresar desde un manejo modesto de la organización lineal hasta el acierto en la estrategia adjetivadora, la perspicacia para acertar con el uso debido del subjuntivo, la precisión en la distribución anafórica, la alegría por haber dado con el zeugma apetecido que sirviera para poner a prueba la perspicacia de nuestro interlocutor. La prosa ha sido siempre buena ocasión para mostrar cómo éramos realmente dueños del lenguaje, creadores auténticos, renovadores de la tradición y de la historia, así no estuviéramos dotados de talento poético singular.

Hace algunos años, la universidad publicó *Infame turba*, antología de texto poéticos cuyos autores surgieron a la vida literaria durante su paso por los primeros años universitarios. Hoy, con el mismo afán, se ofrece este muestrario de textos prosarios. El elenco se inicia con Julio Ramón Ribeyro, es decir, con una voz que fue signo preclaro de la llamada generación del 50. Cuando se escriba la historia de la prosa en el siglo XX peruano, esta generación ocupará páginas extensas y esta singular antología de Ricardo Sumalavia contribuirá ciertamente a los estudios por realizarse, porque (aunque no haya sido intención del compilador) a un filólogo siempre le interesará seguir el derrotero de la frase (en este estrecho campo de autores surgidos del mundo universitario) y confrontarlo con el de la literatura general. Si la historia del lenguaje poético se nos ofrece como una fresca pradera iluminada, la de la prosa nos invita a internarnos en un bosque insondable, atrayente por la profesión y la profundidad y variedad de árboles.

Hay que tener en cuenta que en la prosa es más urgente (y no siempre resulta fácil) rastrear simpatías, influencias, devociones singulares e impensadas. Puede haber lectores de relatos o de novelas y relatos breves, o solamente lectores de ensayos, o perversos lectores de cuanta variedad prosaria se ofrezca; y todos esos prototipos de lenguaje dejan su huella, a veces de modo perverso y singular, en la prosa juvenil. Y hay que tener en cuenta, asimismo, que el traba-

jo de estilo es mucho más incisivo, más tenaz, más desesperado en el lenguaje prosario que en el lenguaje poético. Si el léxico es asunto de encanto mágico para el poeta, el rigor del armazón sintáctico persigue y atormenta al prosista de manera insospechada. La imagen y la metáfora preocupan menos a quien va a manejarse en prosa, embelesado siempre por la precisión expresiva, el ardor de la significación, absorbido por la organización lineal y melódica de la frase. Y sobre todo, atento a la inteligente presencia de un efectivo lector.

La prosa de Ribeyro se nos ofrece como puente seguro entre los textos de José Diez Canseco, por lo que dice al ambiente y la narrativa de los autores que, de alguna manera, continuaban el ritmo y la envergadura sintáctica del autor de *El mundo es ancho y ajeno*: sintaxis plana, con una que otra concesión a las preteridas galas modernistas, prosa hecha para la lectura en alta voz, ajena a todo intento de provocar reflexión y de instar a la audacia del pensamiento. Hay que esperar a Loayza para tener la sensación de que el estilo puede ser un objetivo de la literatura y el signo rotundo de la rebeldía: un lenguaje destinado al deslumbramiento de la inteligencia, a la quiebra de la norma, lenguaje que solicita lectura ardua e inteligente, lenguaje que solicita lector alerta y no desprevenido. Lenguaje que denuncia ciertamente la asimilada presencia de Borges en la preferencia estudiantil. Hasta Loayza, podía el lector contentarse con acudir a su estricto saber idiomático. Manejar este nuevo lenguaje exige no solamente habilidad idiomática sino extraordinario manejo de los recursos imaginativos, respaldado por un intenso y resplandeciente sabor de idiomas y lecturas. La prosa de Loayza es prosa decididamente enfrentada a un lector inteligente, prosa que desecha de entrada a todo aquél que no esté dispuesto a la búsqueda instantánea y profunda del *cómo* y *cuándo*, dispuesto a saltar del lenguaje poético al lenguaje filosófico, del lenguaje coloquial al estricto lenguaje metafórico, y dispuesto asimismo para conciliar las audacias de Joyce con la tersura del toledano Garcilaso.

Tarea distinta nos propone la prosa de Julio Ortega, prosa de hombre acostumbrado al trajín de la pizarra y de la norma de Coseriu, que se recrea, como buen lector de obras de teatro, con recrear la escena porfiadamente, puesto que la escenografía forma parte también de su mensaje; prosa la suya, de otro lado, fortalecida y alentada por esa soltura que garantiza el ejercicio del lenguaje periodístico, que habilita al autor para irse adecuando a los esperados auditorios. En este cuadro debe celebrarse la convocatoria imaginativa a que nos invita la prosa de Niño de Guzmán; prosa de fondo musical y de pincelazos realmente seductores. No hay lector que pueda leer de modo indiferente, sin sentirse urgido de recurrir a la lectura en voz alta este pasaje en que:

La reina llevaba el ritmo del contrabajo con todo su cuerpo; sus enormes tetas se movían como badajo de campanas debajo del vestido mientras su rostro comenzaba a poblarse de un pegajoso sudor que, momentos después, se convertiría en el río que descendería por sus brillantes mejillas.

No han pasado muchos años, pero sí muchas lecturas. De un lejano recuerdo de la novela francesa que podía rastrearse en los textos de Ribeyro, sentimos el color y el calor de la fresca y envolvente prosa (musical y pictórica) de García Márquez. El relato no pide ahora lectores pasivos sino interlocutores (lectores interlocutores), y eso viene asegurado por el diálogo, que —en lucha abierta con la prosa descriptiva— aspira a asumir la entera responsabilidad del argumento.

Quienes conocimos a Gastón Fernández, y fuimos lectores primeros de sus *Relatos aparentes*, lo supimos inteligente y angustiado. Esa prosa suya (hecha para la relegada expresión filosófica, que nunca quiso compartir abiertamente con los lujos literarios) fue siempre, desde su hora primera, la de un lenguaje ardorosamente trabajado con pasión fervorosa. Una prosa que se presta elementos provenientes de ciencias y artes afines, que comulga sabiamente lo sabio con lo vulgar para obtener el anhelado perfil de nuestra condición humana. Lecturas europeas (Arthur Schnitzler especialmente) nutren esta pulcra prosa de Gastón y nos invitan a reconocerlo como prosista enjundioso de obra casi desconocida, hecha para introducirnos en la claridad y en el caos:

El corredor central estaba iluminado permanentemente por un potente reflector manipulado electrónicamente por un faro pirata. Cada vez que Andreas salió de su celda la intensa claridad del corredor, aun de día, le recordó la realidad del corredor. Faro y ojo al mismo tiempo, distribuido en todos los lugares estratégicos de la cárcel simultáneo al ojo blanduzco de los carceleros que no les quitaron jamás el ojo de encima. Así fue de todo su cuerpo controlado y grabado por la arquitectura mental de la cárcel, al punto que cuando el cuerpo de Andreas era dos —esporádicamente al lado de Beatriz, de Ingmar, de Carlos— la máquina se percataba del enrarecimiento del aire.

La prosa de Fernando Ampuero asegura al lector la frecuentación de un lenguaje francamente conciliador de toda clase de comunicación: lectura para ser leída, comentada y conversada. No solamente sabe Ampuero explicarnos cómo transcurre la vida sino convencernos de que cualquiera de sus aspectos puede resultar interesante, como puede ser que la muerte sorprenda a la abuela sentada en un canapé. Alejado de todo afán de pulcritud, crudo como la vida misma, su lenguaje consigue ofrecernos una prosa que nos permite vivir la imagen de

una vida descansada. Otro acierto evidente de esta colección preparada por Ricardo Sumalavia consiste en que nos muestra cómo la vida de estos últimos treinta años ha nutrido la inspiración y ha signado a la prosa de angustia y de dolor: el relato de Iwasaki denuncia con claridad esos momentos.

Un conjunto de buenas lecturas (y no solamente de lengua española) respalda la buena prosa de Alonso Cueto, que la maneja con la soltura de quien frecuenta los lujos del lenguaje cinematográfico. Y vinculada ciertamente con tal modelo de prosa se halla la que caracteriza los textos de Iván Thays, que hace de la fotografía pretexto para sus relatos y recurre a una prosa prendida (y necesitada) de la acción para asegurar su propia fisonomía y nos ofrece una lengua urgida del sistema verbal, que Thays maneja con decorosa seguridad y realizada, de otro lado, por un adecuado manejo del adjetivo.

Breve, pero significativa, es la contribución de la prosa femenina. Ese cincelado lenguaje de Rocío Silva Santisteban nos propicia un texto de perfilado realismo y asegura a su prosa adecuado perfil.

A Píndaro se debe la idea de que lo que hace sabio al hombre es una fuerza divina o demoníaca. Dioses y demonios, por cierto invisibles, han convocado, en distinta hora, pero con idéntico fervor creativo, a varias promociones de estudiantes que —a su paso por la universidad— ofrecieron testimonio (casi siempre, previsor) de una clara vocación por la prosa literaria. Este libro nos ofrece documentada prueba de cómo este grupo de estudiantes ha contribuido con su trabajo creador a la evolución de la prosa en el Perú.

LUIS JAIME CISNEROS

PRESENTACIÓN

Con motivo de los 75 años de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en 1992, el poeta Eduardo Chirinos reunió en un libro titulado *Infame turba* los poemas escritos por destacados poetas que en algún momento de sus vidas frecuentaron las aulas de esta casa de estudios. En 1997, en el octogésimo aniversario de la PUCP, *Infame turba* tuvo una segunda edición actualizada. Reconociendo que el poema, en tanto estructura y efectividad, mantiene afinidades con el cuento, era natural que la antología poética preparada por Chirinos reclamara su par en la narrativa. Ese fue el inicio de lo que ahora es *Las fábulas mentirosas y el entendimiento*. Sin embargo, el impulso decisivo para concretar este proyecto provino de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas, a través de su decana la doctora Liliana Regalado de Hurtado, y del apoyo de un destacado grupo de profesores del Departamento de Humanidades. Pues ellos recibieron gustosos la idea de sumar este libro a la celebración de los 85 años de esta universidad. La narrativa, entonces, de esta manera recuperaba su espacio en el ambiente universitario y en la literatura peruana.

El cuento tiene una extraordinaria tradición en el Perú. Desde finales del siglo XIX, los escritores modernistas cultivaron este género, deudor temáticamente de los decadentistas franceses y formalmente de las crónicas periodísticas. Una de sus expresiones más destacadas es la cuentística de Clemente Palma, aún no estudiada en su amplia dimensión. Ya en los albores del siglo XX el cuento peruano alcanza cierta madurez en escritores como Abraham Valdelomar, Manuel Beingolea, César Vallejo y tantos otros. Entre la vanguardia, que dio sus mejores frutos en la poesía, y el indigenismo tenemos autores que consolidarían el género. Mucho se le debe a los cuentos de Ventura García Calderón, Enrique López Albújar, Ciro Alegría, José María Arguedas y otros.

Los jóvenes estudiantes de la Universidad Católica, desde su creación en 1917, no fueron ajenos a la creación literaria. Muchos de ellos mantenían un entusiasmado diálogo con los estudiantes de la Universidad Mayor de San Marcos, compartiendo recitales, lecturas y tertulias, incluso con el estímulo permanente de sus maestros, ya que era esta universidad la que autorizaba las currículas y compartía a sus profesores. Pero fue en la década del cincuenta, con la

autonomía de la Universidad Católica y con la modernización de la narrativa peruana, que los estudiantes maduraron en la práctica de este género. En esta generación de notables narradores se dieron a conocer Julio Ramón Ribeyro y Luis Loayza. Pero también otros alumnos de la PUCP de finales de esta década, como José Miguel Oviedo, Gastón Fernández y Luis Enrique Tord, ofrecerían años después su oficio de narradores. En las décadas del sesenta y setenta varios jóvenes escritores, siendo aún estudiantes universitarios, mostrarían su variedad de lecturas a través de relatos que continuarían la línea del cuento social, renovado y con una mayor presencia del discurso coloquial, como en Luis Fernando Vidal; pero también con cuentos experimentales, lúdicos, o aquellos donde el trabajo formal del lenguaje y sus límites eran privilegiados, como podemos leer, por ejemplo, en los cuentos de Julio Ortega, en los sesenta, o los relatos de Harry Belevan en los setenta, los cuales sostienen un inagotable diálogo con la tradición literaria.

Los ochentas nos ofrecen temáticas y discursos diversos, que se enriquecen en su propia variedad y que serán una marca para la generación siguiente. Aquí tenemos cuentistas notables como Fernando Ampuero, Carlos Calderón Fajardo, Alonso Cueto, Mariella Sala, Guillermo Niño de Guzmán, Alejandro Sánchez Aizcorbe, Dante Castro y Pilar Dughi. Todos ex-alumnos de la PUCP y quienes siguen cultivando el cuento, dando muestras de madurez en el género. En la última década del siglo XX, vemos como poetas de generaciones anteriores incursionan en la narrativa con un discurso propio y muy bien estructurado. Así, entre los antologados, podemos mencionar a Giovanna Pollarolo y Rocío Silva-Santisteban. Los jóvenes narradores, asimismo, han podido nutrirse de diversas tradiciones narrativas, tanto peruanas como extranjeras; moverse incluso en otros géneros, enriqueciendo aún más la narrativa peruana. Como casos paradigmáticos podemos citar a Enrique Prochazka, Jorge Ninapayta, Fernando Iwasaki e Iván Thays, con quienes se cierra esta antología.

La selección de los escritores aquí reunidos tuvo como pilar dos criterios determinantes, al menos para el antólogo, que le ofrecían orden y rigurosidad. El primero, remitirse a todos aquellos narradores con al menos un libro de cuentos publicado. Este criterio dejaba de lado a todos aquéllos que tan sólo tenían uno o quizás más cuentos publicados en revistas, suplementos literarios u otras antologías. Este criterio obedece a la constancia de los autores por tener entre sus manos un conjunto de relatos que den cuenta de su obra. De ahí que novelistas como Miguel Gutiérrez, Peter Elmore, Mirko Lauer, Jaime Bayly, Melvin Ledgar, Abelardo Sánchez León, Rafael Moreno Casarrubios, Manuel Rilo, Grecia Cáceres y otros, no hayan sido incluidos en esta antología. La excepción fue el escritor Gastón Fernández, quien, por su calidad y maestría en el arte de narrar,

a pesar de no haber publicado ningún libro de cuentos por falta de apoyo editorial y su lamentable desaparición, se incluye entre los narradores antologados en justo homenaje y reconocimiento.

El segundo criterio, tan determinante como el anterior, y el más subjetivo, obedece a la inclusión de aquellos cuentos que muestran tanto variedad temática, estilística y de propuesta literaria, como por la relevancia de estos autores dentro del panorama de la narrativa peruana. De esta manera podemos hallar cuentos representativos de los denominados cuentos fantásticos, históricos, sociales, etc.

Finalmente, quiero agregar que asumí con entusiasmo y dedicación esta empresa, por la que soy plenamente responsable de los ires y venires que tenga esta edición, pues, con la modestia del caso, hago mías las palabras del también antólogo José Miguel Oviedo, al decir que las antologías hablan más del antólogo que de los autores seleccionados.

Por último quiero agradecer a los escritores, con quienes mantuve una fluida comunicación y me confirmaron y ampliaron sus fichas biográficas y bibliográficas, de las cuales solo consigno las referidas a los vínculos que tuvieron con esta universidad, así como también por su cortesía al proporcionarme nuevas versiones corregidas de sus cuentos. De la misma manera mis agradecimientos a Luis Jaime Cisneros, por la vitalidad que transmitió a este proyecto; a Eduardo Chirinos, por sus consejos y amistad, y por los demás libros que nacieron de esta antología, y a César Gutiérrez, archivero de la PUCP, por su disposición y grata ayuda.

RICARDO SUMALAVIA

JULIO RAMÓN RIBEYRO

Julio Ramón Ribeyro Zúñiga nació en Lima en 1929. Realizó estudios en la Facultad de Letras de la Universidad Católica durante los años 1946 y 1947. Murió en Lima en 1994.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Los gallinazos sin plumas. Cuentos. Lima: Círculo de novelistas peruanos, 1955.

Cuentos de circunstancias. Lima: Nuevos Rumbos, 1958.

Crónica de San Gabriel. Novela. Lima: Editorial Tawantinsuyu, 1960.

Las botellas y los hombres. Cuentos. Lima: Populibros Peruanos S.A., 1964.

Tres historias sublevantes. Cuentos. Lima: Juan Mejía Baca, 1964.

Los geniecillos dominicales. Novela. Lima: Populibros Peruanos S.A., 1965.

La juventud en la otra ribera. Cuento. Lima: Mosca Azul, 1973.

La palabra del mudo. Tomo I y II. Cuentos. Lima: Editorial Milla Batres, 1973.

Cambio de guardia. Novela. Lima: Editorial Milla Batres, 1976.

Prosas Apátridas. Barcelona: Tusquets Editores, 1975.

La palabra del mudo. Tomo III. Cuentos. Lima: Editorial Milla Batres, 1977.

Prosas Apátridas Aumentadas. Lima: Editorial Milla Batres, 1978.

Sólo para fumadores. Cuentos. Lima: Editorial El Barranco, 1987.

Dichos de Luder. Lima: Jaime Campodónico Editor, 1992.

La palabra del mudo. Tomo IV. Cuentos. Lima: Jaime Campodónico Editor, 1994.

LA JUVENTUD EN LA OTRA RIBERA

No eran ruiseñores ni alondras, sino una pobre paloma otoñal que se espulgaba en el alféizar de la ventana. El doctor Plácido Huamán la vio desde la cama mover la ágil cabeza y enterrar el pico en su pechuga. Solange dormía a su lado, de perfil sobre el almohadón. La malla negra colgaba de una silla y en la pared la naturaleza muerta del pintor famélico recibía un dardo de luz que la recalentaba.

El doctor estiró un brazo hasta la mesa de noche para coger un cigarrillo. Mientras fumaba trató de recordar en orden los incidentes, los pequeños hechos que se habían ido encadenando en esos tres días hasta culminar en esa aventura que él inscribía ya, decididamente, en las páginas de oro de su vida. Solange, la joven, la rubia, la comestible Solange durmiendo al lado de un hombre que pasaba de los cincuenta años y que había hecho escala en París sin otra intención que visitar algunos museos, comprar cartas postales y regalarse en Pigalle con alguna fornicación venal. Pero todo ello había resultado diferente porque se le ocurrió, apenas llegó al hotel, salir sin abrir su equipaje, sentarse en la terraza de un café, precisamente de ese café, y pedir una copa de vino.

Esa terraza era una vitrina, un palco, una canasta de flores, un acuario, todo lo que puede haber de ameno, oloroso, tamizado y etéreo en un ancho y caliente bulevar ruidoso. La muchacha estaba sentada en la mesa vecina tomando un expreso y el doctor Huamán, con esa audacia que da el llegar a una ciudad extranjera, en la cual uno es para sí mismo un extranjero, la saludó y la invitó a acercarse a su mesa. Y contra todas sus esperanzas Solange estaba sentada a su lado, con sus blue jeans manchados de pintura, pidiendo otro expreso y hablando de sus estudios de decoración, de esa época mercantilista en la cual, desgraciadamente, no había cabida para la verdadera creación.

—Por eso tendré que ganarme la vida arreglando vitrinas, cuando en realidad lo que me gusta es pintar.

El doctor, apelando a sus estudios de francés, a las palabras que sabía de inglés y de italiano, se fue construyendo un idioma babélico, que Solange encontró no solo inteligible sino pintoresco y así pudo explicarle que era la primera vez que venía a Europa, que había sido invitado a un congreso de educación en Ginebra y que desde su adolescencia soñaba con vivir en París.

—Pero venir a los cincuenta años es diferente. A esa edad, verdaderamente, la juventud está ya en la otra ribera.

Solange no lo contradijo. Acotó más bien que había un placer para cada edad y habló, por ejemplo, de las delicias de la gastronomía, de las salsas que acompañaban a cada carne, de los quesos que se conjugaban con tales vinos, y tanta elocuencia puso en esta disertación que el doctor Huamán, después de beber su tercer vino, no pudo resistir la tentación de invitarla a cenar.

—A condición, claro, que usted elija el lugar.

Solange lo condujo a un restorán minúsculo y en apariencia populachero, pero cuya elegancia residía en su desgaire, en su imitación cautelosa de una fonda para taxistas. Los mozos, contrariamente a lo que había oído decir, fueron omnipresentes y de una cortesía un poco indecente, sobre todo cuando lo escucharon decirle a Solange si podía pagar en dólares. Y después de una ronda por los cafés de Montparnasse bebiendo algunos alcoholes, donde Solange saludó sin presentarlo a innumerables parroquianos, se encontró solo, de vuelta a su hotel, ante sus maletas cerradas, un poco borracho, aturdido por ese encuentro que él deseó más largo, pero que Solange clausuró bruscamente, dejándolo plantado en la puerta de un último bar donde la esperaban algunos amigos.

No era pues ninguna ave romántica, sino un pájaro ávido, glotón, soso y, mirándolo bien, hasta antipático, el que continuaba espulgándose al sol, en el alféizar de la ventana. El doctor Huamán comprobó que Solange seguía dormida y trató de despertarla con una caricia, pero la vio revolverse en la cama roncando y enterrar la cabeza en la almohada. Encendió entonces otro cigarrillo y observó complacido esa buharda, a la cual Solange lo había conducido con tanta afabilidad.

Fue al día siguiente de la cena en el comedor minúsculo. Se aprestaba a realizar su primera incursión solitaria a los museos, echando el encuentro de la víspera al saco de las experiencias truncas —lo que pudo ser, lo que nunca fue—, pero había olvidado que no hay relación perdida ni gesto que no se recoja. Solange lo estaba llamando por teléfono.

—Quería agradecerle la invitación de ayer. Como no tengo plata para retornársela, le propongo algo: servirle de cicerone. Así verá lo que vale realmente la pena y yo aprovecharé para dar un paseo.

Media hora más tarde estaban ambos al pie de la torre de Saint Germain des Près. Solange surgió aparentemente del aire pues el doctor, que giraba sobre sus talones protegiéndose del sol con un sombrero de paño, la vio de pronto a su

lado con sus pantalones manchados. Obedeciendo a un instinto de cortesanía latina se descubrió, se inclinó y cogiéndole la mano le besó la contrapalma. Mano opulenta, a su juicio, tibia, manducable.

Mientras caminaban hacia el Sena por la rue Bonaparte, ante vitrinas de anticuarios cuyas delicadezas Solange le explicaba, el doctor se quejó de que tuviera que quedarse sólo tres días en París.

—El hotel es carísimo. Tengo que guardar mis dólares para comprar algo en Suiza. Y un auto en Alemania. Allá son más baratos que en Lima.

Solange había quedado contemplando un escritorio estilo Regencia, con la frente apoyada en el cristal de la tienda.

—Hay cosas que uno tiene que contentarse con desear toda la vida. Nunca podré tener un escritorio igual. Cuesta más que un viaje alrededor del mundo. ¿Cuánto está pagando en el hotel?

—Cien francos diarios, solo por dormir.

Al llegar al Sena recorrieron el malecón observando los bouquinistes. Las portadas de los libros se amarillaban al sol. Al lado de los autores famosos se veían libros de autores oscuros que dormían allí, en sus nichos de madera, el sueño de una inalcanzable gloria. El doctor Huamán distinguió carátulas de una pornografía vistosa y compró un volumen sobre «La vida secreta en los conventos».

—Tengo una idea —dijo Solange—. Una amiga mía que se ha ido a Londres por unas semanas me ha dejado su estudio en el Barrio Latino. Si quiere puede dejar el hotel y alojarse allí. Yo lo uso solo cuando se me pasa la hora y no tengo tiempo de ir hasta mi casa, en Trocadero.

—Es mucha molestia —dijo el doctor.

Pero ya Solange le mostraba la fachada de Notre Dame. El doctor quedó pasmado, sin habla, no sabiendo si admirar más la robustez del material o la fineza de las formas. Ese contraste lo sorprendió y tuvo la impresión de encontrarse ante un enigma, una sabiduría perdida.

—Pero en materia de vitrales la Sainte-Chapelle es mejor —dijo Solange—. Está aquí no más, a un paso.

El doctor se dejó conducir a la capilla gótica, luego a la sala de Saint Louis. Por la orilla derecha retornaron hasta el Louvre, recorrieron las principales salas y cuando salieron atardecía sobre los árboles dorados del Sena.

—¡Admirable ciudad! —suspiró el doctor viendo pasar una fila de barcazas por las aguas cobrizas—. Desgraciadamente en tres días no podré ver mucho. Estaba pensando en lo que dijo enantes, lo del estudio de su amiga.

—Es apenas un cuarto, pero no le costará nada. Podrá quedarse allí el tiempo que quiera.

—A las ocasiones no hay que dejarlas pasar. Aceptado. ¿Cómo hay que hacer para ir allí?

—Vaya al hotel por sus maletas. No tiene más que cruzar el puente. Yo lo esperaré a las siete en la puerta del estudio.

Era un antiguo hotel en la rue De la Harpe, convertido ahora en estudios amoblados. Guiado por Solange el doctor Huamán subió con entusiasmo los primeros pisos, cargando sus dos maletas de cuero. En el cuarto piso comenzó a resollar y llegó extenuado, arrastrando su equipaje al piso octavo, donde Solange abría una puerta enana.

Pero le bastó cruzarla para respirar al fin ese ambiente de bohemia con el que de joven tantas veces había soñado. Era la típica buhardilla parisina donde se vive un gran amor, se escribe alguna obra maestra o se muere en la desolación y el olvido. En las paredes había afiches y un mural que representaba una naturaleza muerta, obra tal vez de algún artista desnutrido que había aplacado su hambre pintando carnes rosadas, frutas del trópico y legumbres pomposas. Aparte de la cama, había una mesa sin mantel, dos sillas, un armario y un lavatorio, ante cuyo espejo Solange rehacía su peinado.

—Esto es París —dijo el doctor quitándose el sombrero para acercarse a la ventana.

Vio los tejados, las chimeneas, la rue Saint Severin y al fondo el tráfico del bulevar Saint Michel. Y hubiera quedado horas en contemplación si Solange no lo tocara del hombro para decirle que quizás deberían ir a cenar.

—¿Al mismo restorán que ayer?

—No. Es un lugar muy caro. Por aquí hay cantidad de sitios donde uno se come un bistec con papas fritas por nada.

Solange no le propuso esta vez, después de la cena, dar una vuelta por los cafés del barrio. El doctor Huamán se sintió un poco decepcionado. Apenas consiguió que le prometiera acompañarlo al día siguiente a comprar unos encargos que le había hecho su mujer. Como estaba cansado no se animó a salir solo. Tendido en la cama trató de leer sin comprender nada su libro erótico, evocó la Venus de Milo y otras esculturas que viera en el museo y se durmió pensando que ni la literatura ni el arte reemplazaban a la vida, que más valía, por fugaz y perecedera que fuera, una mujer viviente, más que todas las bellas estatuas de la tierra.

Esta vez se habían dado cita en la plaza de la Opera. Solange, para aventurarse por esos barrios céntricos, había reemplazado sus blue jeans por una minifalda, que dejaba al descubierto sus piernas embutidas en una malla negra calada en rombos.

El doctor Huamán se dejó conducir a las galerías Lafayette. Le bastó cruzar la mampara de vidrio para sentirse acarreado por el brazo mayor de un torrente de compradores que, haciéndole perder contacto con Solange, lo llevaron consigo entre anaqueles de perfumería, castillos de sombreros y pelucas postizas y, dirigiéndolo hacia una escalera mecánica, lo elevaron hacia los pisos superiores entre millares de impermeables, batas y paraguas, maniqués que avanzaban delicadamente hacia él sus largos brazos desnudos y alfombras, mesas, cocinas, osos de peluche dorado y al fin, cuando desembocaba en otro piso de esa versión climatizada de los mercados orientales, donde empleados circunspectos y muy bien peinados custodiaban muestrarios infinitos de corbatas y calcetines, se vio recuperado por Solange, que lo invitaba a seguirlo hacia el piso inferior preguntándole qué talla tenía su mujer y cuánto calzaba.

—Es baja. Diría casi que le llevas una cabeza. Es baja y flaca.

Esta vez Solange lo cogió del brazo y durante una hora fue un interminable discurrir por pasajes y ascensores, discutir con empleadas ariscas, asistir a exhibiciones, pruebas y muestras y cuando ya asfijado, cargado de paquetes, se sentía desfallecer, cayeron en un recinto ideal, un espacio lleno de geishas que los abanicaban, los perfumaban con sándalo, mostrándoles porcelanas, túnicas de seda natural, objetos tallados en madera de una absoluta inutilidad, cigarreras de laca, juegos incomprensibles y sutiles, en los que una banderola anunciaba como Exposición Japonesa.

El doctor Huamán, debatiéndose entre su maravillamiento y su cansancio, optó por quejarse, pero Solange tocaba ya objetos de jade, ceniceros humosos, tazas frágiles como un pétalo y se hacía mostrar echarpes impalpables con dibujos a pluma y pantuflas bordadas, discutiendo de nuevo con falsas geishas que hablaban perfectamente un francés insolente y que no eran otra cosa que vietnamitas disfrazadas. Finalmente se encontraron descendiendo por la escalera mecánica, efectuando un corte vertical en ese palacio del consumo, que les mostraba sucesivamente, a vuelo de pájaro, ropa, muebles, juguetes, pero cuando el doctor Huamán creía que esa bajada los conducía por fortuna a la calle, Solange lo hizo atravesar el piso para penetrar en un subsuelo donde se exhibía medio millar de abrigos de ante de todos los colores. Al ver su deslumbramiento, el doctor se conmovió.

—Yo había pensado ofrecerle algo, pues ha sido tan amable conmigo. ¿Le gusta uno de esos abrigos?

Solange no se hizo de rogar, eligió uno color turquesa, de paso una cartera que hacía juego y minutos después estaban en la calle, buscando inútilmente un taxi.

—Creo que podemos ir a pie.

El doctor se resignó a caminar por la avenida de la Opera. Se sorprendió de no ver el mismo tipo de gente que en el barrio Latino. Se cruzaban con turistas, viejos de lento andar, hombres como él, con sombrero y chaleco, provenientes de las provincias subecuatoriales del mundo.

—Por aquí no se ven muchos jóvenes —resopló.

—Estamos en la orilla derecha. La juventud, realmente, está en la otra ribera.

La lluvia se desató cuando llegaban al estudio. Acodados en el alféizar veían anegarse la rue De la Harpe, abrirse los paraguas y correr a los transeúntes. Esa agua otoñal era capaz de ahogar todo, pero ese día prístino, se dijo el doctor, flotaría en la tormenta, en su recuerdo, como el arca privilegiada que se libró del naufragio.

Solange abrió su paquete de compras mientras le preguntaba distraídamente por su vida, por su trabajo. El doctor Huamán, que pertenecía al género amestizado y hermético, respondía con parquedad. Le habló un poco de sus veinte años en el ministerio de Educación, postergado, dedicado a labores técnicas y oscuras, hasta que al fin se había realizado ese congreso y no habían tenido más remedio que enviarlo.

—Tenía algunos ahorros y además en el ministerio me dieron viáticos para el viaje.

Mientras se probaba el abrigo turquesa, Solange le dijo que era peligroso andar con sus dólares en el bolsillo, que uno podía verse expuesto a tantos accidentes. Y como la lluvia no amainaba propuso que comieran allí en la casa, su amiga debía haber dejado algo en la despensa. En una pequeña alacena adosada a la pared encontraron un paquete de tallarines, salsa de tomate y un queso cammambert. Con eso podía prepararse una comida simpática, tipo artista, improvisada, ¿no estaban acaso en París?

—Una comida bohemia —añadió el doctor Huamán y a pesar de las protestas de Solange se puso su impermeable y salió a la calle arrojando el chaparrón en busca de pan y vino.

El queso lo encontró delicioso y más aún el beaujolais, cuya segunda botella descorchó. Solange estornudaba. Su blusa se había humedecido con el chubasco y había pescado frío.

—Mejor es que me la quite y la deje secar. Me pondré encima el abrigo.

El doctor se dirigió discretamente hacia la ventana y quedó mirando la calle. La lluvia había cesado. En uno de los cristales vio reflejada a Solange que, habiéndose quitado su blusa y su minifalda, quedó un instante en combinación, para ponerse luego el abrigo. No sintió turbación ni excitación sino refluir hacia

sí una de esas tristezas antiguas, como las que lo embargaban de adolescente cuando salía de los bailes sin haber hecho cita con ninguna muchacha.

Solange se había parado sobre una silla para observarse el abrigo en el espejo del lavatorio.

—Creo que mejor me quedaba en las galerías. ¿Que le parece?

El doctor Huamán se volvió, contempló a Solange erguida sobre la silla en una coqueta pose de modelo, pero no dijo nada. Su sombrero estaba sobre la cama. De inmediato lo cogió y poniéndoselo se dirigió hacia la puerta. Solo le provocaba caminar sin rumbo por las calles húmedas silbando un viejo bolero.

—¿La gente de su país es siempre así? ¿Tiene esa cara tan triste? Fíjese, aún no le he agradecido por el regalo que me ha hecho.

El doctor vio que Solange estiraba los brazos para cogerlo de los hombros, luego ese rostro radiante, fresco, que avanzaba hacia el suyo, cretino, ajado por años de rutina, de impotencia, de sueños suntuosos e inútiles y se dejó besar, la besó con el ardor de quien se cobra, aunque tardíamente, su desquite.

No era pues ave cantora ni pájaro agorero lo que el doctor Huamán veía en la ventana, sino un pichón pulguiento que levantaba vuelo hacia el tejado vecino donde se soleaba el resto de su tribu.

Solange había abierto un ojo y sonreía. El doctor no le dio tiempo ni de des-perezarse y la atrajo rudamente hacia sí, pues no debía dejar pasar la ocasión de un puntual pero efímero rapto de virilidad matutina.

Se levantaron pasado el mediodía y Solange propuso que fueran esa tarde a ver los cuadros de Paradis.

—¿Paradis?

—Es el que pintó ese mural. Lo hizo cuando era joven y vivía en este cuarto. Ahora ya se abrió camino. Sus obras se exhiben en Nueva York, Alemania.

El doctor Huamán consideró buena la idea. Nunca había conocido a un pintor, a lo mejor se animaba a comprarle un pequeño apunte y después de comerse un sándwich en el café de los bajos se encaminaron hacia Montparnasse.

Paradis estaba en un bar de la rue Delambre tomando un agua mineral. El local era pequeño y a diferencia de otros que el doctor había tenido ya oportunidad de conocer, tenía la puerta cerrada y las ventanas protegidas por gruesas cortinas. Detrás del mostrador desierto un mozo leía un periódico.

—Es el doctor Huamán, del cual te hablé. Se interesa por el arte y quisiera ver algunas cosas tuyas.

Paradis se puso de pie. Usaba anteojos redondos y negrísimos y tenía una pierna ligeramente encogida. El doctor notó que era pálido, esa palidez que solo adquieren los tenaces adeptos de la noche.

Paradis le invitó de inmediato un coñac e inició una disertación sobre la pintura. El doctor se sintió un poco incómodo pues no podía ver ni la forma ni la expresión de sus ojos. Paradis hablaba de esa época mercantilista en la cual para triunfar en el arte era necesario comportarse como un boxeador o como un payaso.

Esta comparación le pareció al doctor cosa ya oída, tal vez se la había escuchado a Solange, pero no pudo deducir en ese momento si Paradis se la había enseñado a Solange o a la inversa.

—Espérenme aquí —dijo Paradis—. Voy a traer algunas cosas.

Al cuarto de hora regresó con media docena de telas sin marco, clavadas en sus bastidores. Lo acompañaba un hombre corpulento de espesos bigotes negros.

—Es Jimmi, un pintor marroquí.

El mozo sirvió otra tanda de coñacs y Paradis empezó a mostrar sus telas. No se necesitaba ser un experto para darse cuenta de que eran abominables. Gruesas pinceladas reproducían groseramente paisajes típicos de París, Notre Dame y sus torres trucas, el Pont Neuf, la Tour Eiffel. El doctor pidió que le volviera a mostrar la placita con una iglesia bizantina al fondo.

—La plaza du Tertre, en Montmartre. Es una de las últimas cosas que he hecho.

El doctor Huamán la examinó de cerca, mientras Solange, con su larguísimo dedo terminado en una uña mal cortada, le hacía apreciar algunos detalles de composición. Cuando preguntó el precio, Paradis le dijo que quinientos dólares.

El doctor Huamán le devolvió el cuadro.

—Muy interesante. Pero ese precio está fuera de mi alcance.

Paradis cambió de tema y habló de su juventud en Montmartre, cuando era un desconocido que vendía acuarelas en las calles. Quizás fue la mejor época de su vida, aquella en la que vivió la poesía de la pobreza.

—Voy a hacer una excepción. Por ser amigo de Solange le dejo la tela en trescientos dólares.

El doctor Huamán se volvió a excusar, diciendo esta vez que él era muy conservador en sus gustos y que prefería en todo caso una buena reproducción de un autor clásico.

—Sí, ya sé lo que le puede gustar —dijo Paradis—. Jimmi, ¿le enseñas algo al doctor?

El hombre de los bigotes movió aprobativamente la cabeza y salió del bar. Volvió al poco rato con una carpeta de cartón verde. Era una colección de desnudos de una intención ostensiblemente pornográfica.

—Eso es lo que le interesa, ¿no? Nosotros conocemos bien los gustos de los sudamericanos. Los amateurs se pelean estos apuntes de Jimmi por cien dólares.

El doctor Huamán observó que mientras Paradis seguía elogiando las obras de su amigo, Solange se mantenía un poco apartada, mirando hacia el mostrador, tal vez al mozo que había dejado de leer su periódico para escuchar la conversación, o los anaqueles llenos de botellas.

—Lo siento mucho —dijo el doctor—. Pero repito, no me interesa este tipo de cosas.

Paradis y Jimmi cambiaron algunas palabras en una lengua desconocida para él, tal vez argot o un dialecto meridional y al fin Paradis ríe ofreciéndole otra vuelta de coñac. El doctor buscó la mirada de Solange que no esquivó la suya, pero que no le comunicó nada, una mirada neutra. Entonces se puso de pie, agradeció la invitación y sugirió a Solange retirarse.

Cuando salían a la calle, Paradis los retuvo.

—Solange, ¿vienes un rato?

El doctor Huamán quedó en la acera, con su impermeable y su sombrero en la mano. Le pareció que en el interior del bar se discutía. Al instante salió Solange crispada y le pidió un cigarrillo.

—Acompáñame al Sena.

En el trayecto se tranquilizó, había hecho bien en no comprarle nada, eran precios altos y además él no tenía ninguna obligación para con sus amigos.

—¿Por qué no aprovechamos la tarde para ir a Versalles? —añadió de pronto—. En esta época no va casi gente. Solo unos cuantos turistas otoñales, que son los más soportables.

El doctor Huamán accedió. Estaban ya cerca de la buhardilla de la rue De la Harpe.

—Entonces sube y espérame. Voy a traer mi carro.

—¿Tienes carro?

—Digamos, algo que camina. Pero no lo uso en la ciudad. Es solo para ir al campo.

Era un viejo Citröen, latoso y abollado que traqueteando, pujando y escuiriéndose entre camiones y autobuses los dejó en una hora ante el castillo de Versalles.

—Aún tenemos una hora para ver el castillo —dijo Solange.

El doctor Huamán recorrió respetuoso, con el sombrero en la mano, la galería de los Espejos, el salón Dorado, la cámara de la Reina y otros lugares que

Solange, renunciando al guía oficial, le mostró sin mucha persuasión, distraída, titubeante. Cuando se acercaban al teatro de Luis XIV un guardián anunció que llegaba la hora del cierre. Por los ventanales se veía atardecer sobre el parque.

—Daremos una vuelta por allí —propuso Solange.

Un grupito de turistas regresaba del Trianón escuchando las explicaciones del cicerone. El doctor Huamán contempló mudo, con emoción, los árboles rojizos y siguió silencioso a Solange que lo conducía hacia la glorieta de la Reina.

—Estoy pensando una cosa.

Solange interrumpió sus explicaciones.

—Estoy pensando en lo que le gustaría a mi mujer ver este parque. A ella le agrada tanto la naturaleza.

Esta vez fue Solange la que quedó callada. Pasaban frente a la fuente de Neptuno. El doctor la notó agestada.

—Disculpa. No puedo evitar a veces pensar en ella. Son cosas que a uno le pasan por la cabeza. Claro, tú eres diferente. Tú eres joven.

Solange le pasó el brazo por la cintura —una cintura tiesa, como la de un ídolo de terracota— y continuaron el paseo callados. Cuando divisaron la fachada del Trianón el doctor Huamán, obedeciendo a un impulso ecológico, la atrajo hacia sí para besarla en la boca.

—Regresemos.

Solange dijo que aún no habían visto los estanques.

—¿No cierran la reja?

—A las siete.

Anduvieron aún del brazo por senderos y boscajes, en la penumbra crepuscular. Solange hablaba de su infancia en Normandía, mientras el doctor hacía cálculos sobre el tiempo que invertirían en regresar a París y la forma prudente pero al mismo tiempo desenvuelta como debía subir los fatigantes ocho pisos de la buharda.

—Ya no se ve nada —insistió—. Regresemos.

—Claro —dijo Solange y desandando el camino se dirigieron hacia la explanada.

Cuando estuvieron en el carro, Solange, en lugar de arrancar, quedó recostada en el volante, meditando.

—Debíamos cenar acá. Hay un restorán en Versalles que es famoso por su buey burguiñón. Ni en París lo hacen igual.

—Como quieras —dijo el doctor—. ¿Pero no se hará tarde?

—¿Tarde para qué?

—Es verdad —dijo el doctor oprimiéndole la mano.

En el Citroën recorrieron las calles de Versailles buscando el restorán. Solange había olvidado probablemente dónde quedaba, pues pasó y repasó por los mismos lugares. Al fin se detuvo frente a un vulgar snack bar.

—Creo que es este.

En ese lugar no había buey burguiñón, pero ya que estaban allí se quedaron a comer un par de salchichas. El paseo les había abierto el apetito.

—Creo que mandaré un telegrama a Ginebra. Diré que no llego para la inauguración del congreso, que llegaré más tarde. ¿Qué te parece?

Cuando estaban en los quesos, Solange se levantó.

—Me había olvidado. Tengo que hablar con mi tía que parte mañana para Normandía. Un encargo para mi mamá.

El doctor la vio dirigirse a una puerta donde se leía toilette-telephone. Aprovechó entonces para llenar otro vaso de vino y engullir de dos mordiscos un pedazo de gruyère. Luego eructó de placer.

—No está en casa —dijo Solange reapareciendo—. Esperaremos un rato. ¿Un café?

—¿Y si llamas de París?

—No puedo. Si no la cojo a esta hora después será muy tarde.

Entre el café y el coñac Solange fue dos veces más al teléfono y solo a la tercera regresó diciendo que al fin había podido hablar con su tía.

—¿Entonces listos?

—Cuando quieras.

El Citroën traqueteando, pujando, emprendió el camino de regreso. Pero Solange manejaba esta vez despacio, dejándose pasar hasta por los camiones. Al llegar a las afueras de París vaciló por qué puerta debía entrar. Eligió la de Orleans pero buscando esta puerta se extravió y cuando la encontró se volvió a extraviar por los barrios periféricos. El carro iba y venía por calles oscuras que se iban despoblando.

—¿Por qué no preguntas?

—Te digo que yo conozco.

Luego de interminables vueltas, cuando se acercaba la media noche, dio con el bulevar Saint Michel y finalmente se detuvo en la rue De la Harpe.

—¿Y si vamos a Montparnasse? La verdad es que no tengo sueño. Espérame aquí que subo a buscar mi abrigo de ante.

El doctor quedó en el automóvil, impaciente, fumando, mirando la puerta del amoblado. Solange no bajaba.

Cuando terminó el segundo cigarrillo descendió del automóvil y subió sosegadamente las escaleras. La puerta del cuarto estaba abierta. Desde el pasillo vio

a Solange sentada en la cama con las piernas cruzadas, la cabeza entre las manos, llorando.

—¿Qué pasa?

—¡Nos han robado!

El doctor observó el cuarto y notó que no estaban sus dos maletas de cuero, ni los ternos que había dejado colgados detrás de la puerta.

—¡Se han llevado también mi abrigo de ante!

El doctor se dirigió de inmediato al armario, hurgó entre calcetines y papeles.

—Y también mi carnet con travellers.

—Deben haber entrado con una ganzúa. Cuando subí encontré la puerta entreabierta.

—Lo siento por tu abrigo y por mi ropa. Pero los travellers no podrán cobrarlos. Son de una cuenta especial y necesitan mi firma auténtica.

Solange dijo que era necesario presentar una denuncia en la comisaria del barrio y luego, acordándose nuevamente de su abrigo, recomenzó a gimotear.

—Si se hubieran robado mis dólares otra cosa. Pero mis dólares los llevo siempre conmigo.

Solange se calmó.

—Ya se me quitaron las ganas de ir a Montparnasse.

—Qué tanto, nos quedaremos aquí.

Solange se extendió sobre la cama y cerró los ojos. El doctor observó cómo sin transición se quedaba dormida y apagando la luz comenzó a desvestirse.

Se despertó entrada la mañana y notó que Solange no estaba. En la mesa de noche le había dejado un mensaje. Decía que tenía que llevar el carro a su casa, ver a unas amigas y que por eso le dejaba la tarde en libertad. Le daba cita para las ocho de la noche en La Coupole, Montparnasse.

Esa tarde vacante el doctor la llenó pausadamente con un nuevo paseo por el Sena, una visita a las Tullerías y una escalada a las torres de Notre Dame, cuyos cuatrocientos escalones subió con heroísmo para observar, presa de vértigo, el panorama de París soleado. Al anochecer tomó el metro y se dirigió a Montparnasse.

Solange estaba sentada en la terraza con dos amigas. Lucienne debía tener cuarenta años y bebía un pernod. La otra era una pequeñaja con trenzas que tenía en los labios permanentemente un pitillo pestilente.

—Hay una sorpresa para esta noche —le dijo Solange—. Paradis nos ha invitado a una fiesta. Es en casa de un amigo, por el bosque de Vincennes.

El doctor Huamán objetó que en esa fiesta iba a ser un desconocido.

—Mejor —dijo Lucienne —así es más divertido. Al tercer trago eres amigo de todo el mundo.

Paradis apareció muy bien peinado, con traje negro, anteojos negros y un pañuelo de seda blanco amarrado al cuello. Besó a Solange en ambas mejillas, a la pequeñeja en la boca y a Lucienne en la mano. De inmediato empezó a conversar con las mujeres sin darle al doctor, a quien saludó secamente, ninguna importancia. Hablaba de Petrus Borel, un hombre genial, que había organizado esa noche en su casa un «tout petit partouze».

—Dijo que fuéramos temprano. Terminen su trago. Yo tengo el auto en la esquina de la rue Delambre.

Las mujeres se pusieron de pie y como el doctor hizo lo mismo, Paradis se volvió hacia él.

—¿Usted también viene?

—Yo lo he invitado —intervino Solange.

—Entonces lo llevas en tu carro.

Cogiendo con un brazo a Lucienne y con el otro a la enana, Paradis se caminó hacia la rue Delambre. Solange condujo al doctor en la dirección contraria.

—¿Pero no habías dejado el carro en tu casa?

—Claro, pero después lo traje.

El Citroën siguió el carro de Paradis por bulevares arbolados, sombríos y tomando la orilla del Sena se dirigió hacia Nation. En una calle que daba al bosque de Vincennes se detuvo. Paradis escoltaba ya a sus pasajeras hacia la puerta de un edificio moderno y se introdujo en el ascensor con ellas. Solange y el doctor esperaron el segundo viaje y al poco rato estaban en un departamento a media luz donde un hombre calvo, moreno, cincuentón, un poco gordo, con los dedos cargados de anillos, los recibió amablemente, ofreciéndoles de inmediato cigarrillos, algo de beber, un sillón, el balcón frente al bosque, lo que quisieran. El doctor Huamán distinguió en la penumbra a varias personas sentadas en cojines, reclinadas en sofás, echadas en el suelo. Luego hizo un recuento y vio que no eran muchas. Aparte de los que habían llegado y que se habían distribuido decorativamente en el espacio, estaba el dueño de casa, Jimmi el pintor, un mozalbeta en blue jeans, una señora en traje largo y una niña decididamente niña, etérea.

Petrus Borel volvía a la carga, esta vez con un azafate en el que se veían copas aflautadas llenas de vino blanco.

Sírvanse, va a cantar Jean-Luc.

El doctor y Solange tomaron asiento en un sofá-cama adosado a la pared.

—¿A qué se dedica este señor Borel?

—¿Qué importa eso? Ya lo dijo Paradis. Es un hombre genial.

El muchacho en blue jeans cogió una guitarra que colgaba del muro y luego de afinarla empezó a cantar canciones renacentistas. La habitación se llenaba de humo.

—Te voy a traer otro vino —dijo Solange levantándose.

Lucienne se acercó en ese momento al sofá—cama y se acomodó al lado del doctor Huamán.

—Bueno, ¿y quién eres tú? ¿Qué haces?

—Soy doctor en educación. Lo que se llama ahora educación de adultos.

—¿Adultos? Debe ser una profesión apasionante.

El doctor se aprestaba a desengañarla, pero ya Solange llegaba con dos copas. Lucienne se retiró balanceando las caderas hacia donde estaba el pintor marroquí.

—Jean-Luc, canta algo más alegre —dijo Petrus Borel—. Esas canciones aburren.

Jean-Luc, cambiando de registro, atacó el repertorio de canciones licenciosas. El doctor Huamán no entendía bien la letra. Todos reían, salvo la niña etérea que miraba fascinada las manos del guitarrista.

—Voy a respirar un poco de aire —dijo el doctor.

—¿No te sientes bien?

—Al contrario, como nunca. Me siento como si tuviera veinte años.

Con su vaso en la mano se dirigió al balcón y contempló apoyado en la baranda el sombrío follaje del bosque de Vincennes. Respiró satisfecho el aire nocturno y bebió de un sorbo lo que quedaba en su copa. Paradis y Borel estaban de pie, cerca de la mampara.

—¿Quién ha traído a esta niña?

—Jean-Luc la trajo sin avisar —dijo Borel.

—Es una idea necia, desatinada.

El doctor Huamán entró al salón, interrumpiendo la conversación. Borel le pasó el brazo por el hombro.

—Sí, mi querido doctor. Mi filosofía es simple. Divertirse, como si estuviéramos en un barco condenado al naufragio, saber admirar en la caída las flores que crecen al borde del abismo. Y arrancar una de paso si es posible. ¿Un trago más?

Solange se acercaba.

—¿Puedo poner unos discos?

—Buena idea —dijo Borel— Jean-Luc está ya pesado con sus cochonneries.

—Ven —dijo Solange cogiendo al doctor de la mano—. Vamos a poner discos.

En un rincón de la pieza, en el suelo, había un pick-up rodeado de pilas de discos. Para llegar a él tuvieron que pasar de un tranco sobre la pequeñeja, que estaba tendida de vientre en el suelo, fumando.

—Acá hay de todo. Jazz, Aznavour, música latinoamericana. ¿Qué ponemos?

—Cualquier cosa, pero que no sea muy movida.

Solange escogió un disco de blues cantado por Bing Crosby y sus primeros acordes determinaron a Jean-Luc a colgar definitivamente su guitarra. La señora de traje largo apareció por un pasillo.

—La cena está lista. El que tenga hambre que levante la mano y que me siga.

Pero ya Petrus Borel, seducido al parecer por Bing Crosby, cogía a la señora por la cintura para embarcarla en el orden pegajoso, amelcochado, lenitivo de los blues de los años cuarenta.

—Adorable Medusa. ¿Quién dice que el amor se marchita?

Jimmi sacó a bailar a Lucienne, Jean-Luc a la niña etérea y el doctor, abotonándose el saco, invitó a Solange. Solo quedaron desparejados la pequeñeja, que seguía tendida en el suelo, y Paradis, que fumaba mirando hacia el balcón, apoyado en su pierna levemente más corta.

El disco de Bing Crosby se desenrolló interminablemente por sus dos lados y fue seguramente repetido por algún fanático, pues el doctor Huamán comprobó que sentía hambre y que varias veces había echado mano a una copa que un escanciador invisible volvía a llenar.

—Creo que debíamos comer algo.

La Medusa lo escuchó, pues abandonando a Petrus Borel comenzó a batir palmas.

—¡Una buena idea! ¡Bravo, doctor! El que se anime que venga conmigo.

Y levantando con los dedos el remate de su largo vestido se encaminó hacia el pasillo, seguida por Jimmi, Lucienne, Solange y el doctor.

En una mesa de la cocina había una fuente con lonjas de ternera fría y un recipiente con ensalada de lechuga. Cada cual se sirvió a su guisa y regresaron al salón con sus platos en las manos. Bing Crosby había sido desalojado para dejar lugar a un rock que Jean-Luc y la etérea bailaban ocupando tanto espacio que habían tenido que arrimar cojines y sillones contra la pared. Borel también bailaba, pero solo, de la cintura para abajo, mientras su torso rígido mantenía una conversación seria con Paradis.

La Medusa sirvió un vino rosado y cuando fueron a la cocina a dejar los platos vacíos encontraron de regreso a Petrus destapando una botella panzuda.

—Un whisky especial, se lo compré al marino marsellés, ¿lo conoces?

Paradis respondió en esa lengua que el doctor ya una vez le había escuchado hablar en el bar de la rue Delambre y Borel respondió en la misma, riendo.

Jimmi y Lucienne, aspirados por el rock, entraron en colisión con Jean-Luc y la ninfa, al mismo tiempo que Solange tiraba del brazo del doctor.

—Yo te voy a enseñar. Es solo cuestión de ritmo.

El doctor se dio cuenta de que era la cosa más fácil del mundo y sin complejos, aflojando los torniquetes de su cintura, dejó a sus extremidades inferiores seguir su propio impulso.

—¡Cretino! ¡Ya me fregó el brazo!

El doctor bajó los ojos y vio que la pequeñaja, a quien había perdido de vista, estaba entre sus piernas, frotándose el brazo.

—Usted es Atila. Desde que lo vi me di cuenta. Donde pisa no crece más la hierba.

El doctor interrumpió su baile para deshacerse en excusas, pero Solange lo volvió a jalar.

—No le hagas caso. Está volando.

La pequeñaja se puso al fin de pie y comenzó a bailar sola, girando en torno a Paradis, invitándolo, incitándolo. Borel y la Medusa estaban besándose furiosamente en el sofá-cama, mientras Jimmi, abandonando a Lucienne, se dirigió hacia la botella panzuda para servirse el whisky en vasos cortos y anchos que fue pasando a los presentes.

Al igual que Bing Crosby el rock se prolongó y a fuerza de repetirse fue adquiriendo un carácter encantatorio, casi sagrado, que arrastró en su dictado a Petrus Borel, que bailaba con Lucienne, y a la Medusa, que se interpuso entre Jean-Luc y la etérea para inventar figuras a las que su larga falda daban el aspecto de un derviche frenético. El doctor Huamán estaba sudando.

—Quítate el saco si quieres, déjalo en uno de los dormitorios —dijo Solange.

—Eso nunca. Un caballero no se queda en mangas de camisa.

Paradis, que seguía hostigado por la enana, tuvo un gesto de impaciencia.

—Pon tu bosanova de una vez y déjate de monerías. ¿Me oyen todos? Nadine quiere su bosanova.

—¡Ya era tiempo! —exclamó Jimmi dirigiéndose hacia el tocadiscos.

Todos menos el doctor Huamán, que habiendo dejado en libertad a su cuerpo continuaba moviéndose espasmódica y casi dolorosamente, se interrumpieron para observar cómo Jimmi y Nadine hurgaban entre los discos. Cuando empezó a sonar la bosanova, buscaron dónde sentarse. Solange arrastró al doctor hacia el sofá-cama.

—Ven, siéntate aquí. Hay espectáculo.

Nadine había comenzado a menearse lentamente, con las palmas de sus manos acariciando sus muslos. Entre dos vueltas se despojó de sus zapatos que arrojó a un rincón de la pieza. Luego fue desabotonando su blusa hasta quitársela, la balanceó en una mano y la tiró sobre un sillón. De su falda se deshizo de un solo gesto, pues era abierta de un lado y abotonada en la cintura. En sostén y calzón evolucionó un momento, mientras se llevaba las manos a la espalda buscando el corchete, se despojó de su prenda y la arrojó al azar, cayendo en el hombro del doctor Huamán. El calzón se lo quitó según una progresión estudiada que mostraba, ocultaba y volvía a mostrar cada vez más sus glúteos y su vellocino y cuando lo tuvo en la mano, en lugar de arrojarlo, lo condujo hasta Paradis para meterlo en el bolsillo de su saco. Como la bosanova terminaba dio aún algunas sacudidas de caderas y aterrizó sobre un cojín con la cabeza hundida entre las piernas.

Jimmi, Petrus y Jean-Luc aplaudían, pero ya Nadine estaba de pie y buscaba su cartera para sacar un pitillo.

—Dame también uno —dijo Jimmi.

—Pídeselo a la Medusa.

—Así me van a arruinar. Qué dices Petrus ¿se lo doy?

El dueño de casa hizo un gesto ambiguo con la cabeza y la Medusa se perdió por un corredor para reaparecer con una caja de pitillos. Todos, menos Paradis y el doctor Huamán, aceptaron.

—¿Tú no fumas? —preguntó Solange—. No hace daño. Hasta los médicos están de acuerdo sobre eso.

—Me tomarás por tonto, pero esas cosas yo no fumo. Bastante tengo con el tabaco.

Nadine, que no tenía trazas de vestirse, se acercó otra vez al tocadiscos y puso una danza rusa.

—Doctor Huamán.

El doctor notó que por primera vez Paradis le dirigía directamente la palabra.

—Jimmi fue bailarín, acróbata y contorsionista antes de dedicarse a la pintura. ¿No es verdad, Jimmi?

Jimmi fumaba y reía, volvía a fumar y a reír mientras la Medusa lo besaba en los bigotes y lo enlazaba de la cintura.

—Vamos, Jimmi, anímate.

Jimmi sorbió su pitillo hasta consumirlo, lo apagó, se puso de pie y al poco rato estaba parado sobre las manos y luego de un salto mortal caía sobre sus talones. Repitió el volantín y quedó agachado, con los brazos cruzados sobre el pecho, bailando a lo cosaco la Danza de las Espadas, mientras Jean-Luc y la niña

parodiaban la misma danza, pero en un rincón de la pieza y diríase en otro espacio, como una cita angular en el cuadro de un pintor renacentista.

El ballet de Jimmi estaba también unido al desnudamiento, pues su camisa voló dejando al descubierto pectorales velludos y un poco tetones y entre un pararse de cabeza para saltar y caer de pie su pantalón estaba arrugado y desinflado sobre la alfombra. Finalmente su calzoncillo blanco aleteó como una paloma guerrera dejando al vivo un sexo corto, grueso, venoso, encorvado y cabezudo. Lucienne, Nadine y la Medusa aplaudían mientras Jimmi, impelido por el ritmo, se acercó a la pared para descolgar una cimitarra que hasta entonces había permanecido invisible.

La danza adquirió un giro imprevisiblemente frenético. Jimmi trepidaba con el arma en la mano, describiendo círculos cada vez más rápidos, interrumpidos por bruscas frenadas para cambiar de sentido, estirando cada vez más el brazo armado, cortando el aire con la hoja afilada. El doctor Huamán creyó notar que, a pesar del carácter inspirado y concentrado de su danza, Jimmi tenía para él una mirada especialmente vigilante. En un segundo lo vio dar un salto acrobático y la cimitarra pasó y repasó silbando sobre su cabeza. Al fin, acompañado por un estridente acorde de metales, Jimmi se desplomó lanzando su arma debajo del sofá-cama.

—¡Notable! —dijo Petrus Borel.

Todos estaban callados y miraban al doctor Huamán, esperando al parecer su opinión.

—Notable —repitió el doctor, secándose la frente con su pañuelo.

Jimmi se levantó y en lugar de quedar desnudo como Nadine se puso su calzoncillo y sus pantalones. Alguien había hecho girar otra vez el tocadiscos, los vasos cortos se habían llenado del trago añejo y respetando las órdenes de algún diligente maestro de ceremonias se encontraron todos esta vez bailando al son de la Sonora Matancera. El doctor tenía delante a la Medusa, Solange bailaba con Paradis, Petrus Borel con Lucienne, Jimmi con la niña etérea y Jean-Luc con Nadine.

—Esto es vida —dijo el doctor al girar cerca de Solange—. Nunca me había divertido tanto.

—Pues ya sabe —dijo la Medusa—. Petrus y yo adoramos divertirnos. ¿Qué otra cosa se puede hacer si uno no está seguro ni del día en que vive? Ya conoce la dirección de la casa, doctor.

Las parejas se intercambiaron al son de un cha cha cha y pronto el doctor se encontró bailando con la ninfa y luego, por una aberración del circuito, con Jimmi que reía agitando sus pectorales fofos. Hasta Paradis, impenetrable tras sus anteojos negros, pasó como una sombra delante de él, moviéndose con sobriedad

sobre su pierna anormal y al fin estaban formando una ronda, en el centro de la cual Nadine trataba de entrar en trance, batiendo las manos en alto, sacudiendo sus trenzas, haciendo temblar sus senos, meneando sus caderas, avanzando su vellocino. El doctor notó por primera vez que la pequeñeja tenía una cicatriz debajo del ombligo, que en la palidez de Paradis había algo de implacable y que leve, pero muy levemente, amanecía en el balcón.

Se sentaron en cojines, sofás y sillones, cansados, transpirando, viendo bailar aún a Jean-Luc y la etérea, bebiendo una segunda botella panzuda que Borel ofrecía. El doctor tenía a Solange recostada sobre sus muslos. Insensiblemente la pieza se fue despoblando. Todos, con excepción de Paradis y la Medusa, que conversaban en el pasillo, habían desaparecido.

Solange se arrellanó entre las piernas del doctor, ronroneó, guiñó los ojos, se convirtió en una palomita golosa, otoñal.

—¿Y qué? ¿Nada?

—¿Dónde están los otros?

—¿Dónde va a ser? En los cuartos.

—Pero ¿hay sitio?

—Hay cuatro dormitorios.

—Espera. Voy al baño.

El doctor se puso de pie y tomó el pasillo. Tuvo que apoyarse en una y otra pared porque se tambaleaba. Sobre el pasillo daban las cuatro puertas de los dormitorios y al fondo la del baño. Después de orinar se remojó bien la cara y emprendió el retorno. La primera puerta estaba entreabierta y había luz adentro. Presa de una curiosidad súbita, indecente, avanzó la cabeza. En lugar del cuadro obscuro que esperaba, vio a Jimmi bostezando sentado en una silla y a Lucienne que, de espaldas, miraba por la ventana. La segunda habitación estaba cerrada, pero iluminada por dentro. El doctor aplicó el ojo a la cerradura y espío. Petrus Borel ponía en orden unos papeles y Nadine, completamente vestida, se limaba las uñas. Solo el cuarto que presumiblemente ocupaba Jean-Luc y la niña estaba oscuro.

—Creo que mejor vamos a casa —dijo entrando a la sala.

Solange se sobresaltó.

—¿No quieres quedarte?

—No.

Paradis, a pesar de seguir conversando con la Medusa, los observaba.

—El doctor ya quiere irse —dijo Solange.

—Bien, pero antes tomaremos un café —respondió la Medusa dirigiéndose a la cocina.

Paradis vaciló un momento y se acercó al sofá para invitarles cigarrillos.

—Borel es formidable. La Medusa ya lo convenció para que me compre un cuadro. Él colecciona cuadros y antigüedades. Colecciona todo, en realidad. Aquí no hay nada, naturalmente. Lo tiene en la *cave*. Pero él sabe lo que compra.

Como el doctor no respondió —encontraba precipitadas, incongruentes las palabras de Paradis— su interlocutor se dirigió al pasillo.

—Voy a ver si estas parejas ya terminaron con su *cochonneries*.

—¿Por qué no quieres ir al cuarto?

—Porque no. Hay algo en todo esto que no me convence.

Solange, que estaba reclinada sobre un cojín, se enderezó bruscamente y quedó mirando la alfombra, mordisqueándose una uña. En el tocadiscos sonaba hacía rato, muy débil y lenta, una bosanova. Por el balcón se escapaba la noche, se escapaba la fiesta, dejando una resaca de vasos en el suelo, de ceniceros repletos de colillas, de botellas terribles, vacías.

—Tal vez tengas razón.

El doctor quiso interrogarla, pero ya Paradis aparecía con Petrus, discutiendo.

—Es la hija del profesor Dumesnil.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Nos puede meter en un lío. Culpa de Jean-Luc.

—¿Qué pasa? —Preguntó Solange.

—Nada. Que esta chica es menor de edad. Y esta vez va a llegar a su casa al amanecer, peor aún, en pleno día. Su papá es un profesor de la Sorbona, un viejo mandarín que tiene que ver algo además con la crítica de arte. Lo peor es echarse encima a gente así. Aunque tal vez... ¿qué piensa usted, doctor? Tal vez usted, como extranjero y una persona importante, quiero decir, una persona respetable, pueda dar fe, pueda atestiguar...

—No entiendo.

—Muy claro —dijo Petrus Borel—. Esta chica ha pasado la noche fuera de su casa. ¿Dónde ha estado? Su papá puede pensar lo peor. Si usted escribiera una nota diciendo que certifica que vino a una fiesta dada en su honor, que perdió el último metro, en fin, que todo se desarrolló correctamente...

—Por supuesto —intervino Solange—. El doctor es una garantía. ¿Qué dices?

—Lo que quieras. Me da igual.

Paradis fue a traer papel y lapicero, cuando la Medusa aparecía con el café en un azafate.

—¿Y qué puedo escribir?

—Paradis se encarga —respondió Solange.

—Mira tú. Yo firmo.

Paradis escribía apoyando el papel sobre una revista, mientras Solange iba leyendo en alta voz. Cuando terminó le pasó el papel al doctor.

—Que me den un lapicero.

El doctor releyó la nota, corroborando lo que había leído Solange y firmó.

—Listo.

Nadine apareció vestida, luego Jimmi y Jean-Luc. Todos se sirvieron café en un ambiente mustio, amodorrado. La Medusa iba llevando a la cocina ceniceros y vasos sucios.

—¿Nos vamos? —preguntó el doctor a Solange.

—Yo me quedo.

El doctor, que se había dado ya impulso para levantarse, volvió a caer en el sofá.

—Estoy muy cansada. Si salgo ahora a la calle se me va a ir el sueño.

—Allá estarás más tranquila. Yo esperaba...

—A mediodía te voy a buscar. Te lo prometo.

El doctor se puso de pie, besó la mano de la Medusa, agradeció a Petrus y despidiéndose de todos salió a la calle. Caminó por el lindero del bosque de Vincennes, inspirando profundamente el aliento del follaje, expulsando los vapores de su borrachera. Transeúntes mañaneros se dirigían veloces hacia los paraderos de autobús y bocas de metro. Al comprender que se estaba extraviando detuvo un taxi y le dio la dirección de Notre Dame. A esa hora las torres truncas tenían otro brillo, otro volumen y otro esplendor. Quedó admirándolas, sabiendo que nunca más las vería, que jamás regresaría a París. En la terraza de un bar algunas personas desayunaban. El doctor tomó asiento ante una mesa, pidió un café con leche y al tomar el primer sorbo se dio cuenta de todo; habían querido tener su firma, su firma para imitarla y cobrar los travellers robados.

Como ya era hora de oficinas tomó otro taxi y se dirigió al American Express. Allí explicó que había perdido su talonario con travellers, hizo que lo anularan y obtuvo la promesa de que en la oficina de Ginebra le extenderían uno nuevo. Regresó a la rue De la Harpe, se acostó y, contra todas sus previsiones, se quedó inmediatamente dormido.

Solange fue puntual y a las doce del día estaba tocando la puerta. El doctor le abrió y sin decirle palabra volvió a meterse en la cama. Miraba impasible el cielo raso.

—¿Pudiste dormir bien?

—Como un tronco. Pero antes fui al American Express para anular los travellers que me robaron.

Solange cogió un cigarrillo de la mesa de noche.

—Me parece una buena idea.

—Por supuesto. Uno nunca sabe. Mejor es ser precavido.

Solange se dirigió fumando a la ventana y quedó con la cara pegada al vidrio.

—Me quiero ir de París. —dijo.

El doctor miraba una manchita del techo.

—Es lo que pensaba decirte. Si te quedas acá no sé dónde vas a ir a parar.

—No aguanto más esta ciudad, esta vida. Estoy harta, harta, te lo juro. Quisiera irme donde no me encuentre nadie.

—¿Y si te vienes conmigo?

Solange se volvió para mirar al doctor, que seguía contemplando el cielo raso, sonriente. Quedó pendiente de esa sonrisa, esperando verla abrirse, desplegarse, pero solo vio cómo iba siendo comida por su propia boca, hasta no quedar de ella nada, ni el recuerdo.

—Pero es imposible —prosiguió el doctor—. Si no estuviera casado, en fin. Además tengo que ir al congreso, me esperan allá. Y luego...

—Entiendo perfectamente. Además ya me las arreglaré. Uno termina siempre por arreglar solo su vida. ¿Siempre viajas mañana?

El doctor asintió.

—Entonces debemos pasar este día juntos, tu último día en París. Podemos ir a un teatro, a un cine. Lo que quieras. ¿Te levantas? Voy a comprar una guía de espectáculos.

—Eso es hablar. Acércate.

Solange se aproximó a la cama, pero al adivinar las intenciones del doctor, cambió de rumbo hacia la puerta.

—Ahora no. Esta noche.

Cuando regresó con la Semana de París, el doctor terminaba de afeitarse.

—Se me ha ocurrido una idea mejor —dijo Solange—. Debíamos ir esta tarde de pic-nic al campo. El tiempo está formidable. De regreso vamos al cine y después preparamos aquí una cena, la cena de despedida. Como el otro día, ¿te acuerdas? Pero con champán.

—¿Ir adónde?

—A Fontainebleau, a Saint Cloud, a la Chevreuse. ¿Qué prefieres? Todos esos lugares son una maravilla.

—¿Has traído tu carro?

—Está abajo.

—De acuerdo. Pero eso sí, regresemos temprano. ¡Una cena con champán! Y ostras, también.

—Apúrate. Tenemos que ir a comprar las provisiones.

Solange cogió una redcilla, bajaron rápidamente las escaleras y del brazo fueron a hacer las compras en los comercios de la rue De la Harpe. Provistos de pan, queso, jamón, vino y frutas subieron al auto y pusieron rumbo a la puerta de Orleans.

La tarde, en realidad, estaba espléndida. El doctor no se cansaba de observar los prados, inclinados u ondulantes, que se desplegaban a ambos lados de la autopista del sur. Lo único que le disgustaba eran esas aglomeraciones de casas espantosas, enanas, que surgían bruscamente en el campo o esas moles de edificios grises, uniformes donde, sin embargo, vivía gente con tanta ilusión que se atrevía a cultivar flores en sus ventanas. París era eso en verdad: una sucesión de fachadas sucias, monótonas, que solo pueden albergar la polilla, la mezquindad y la muerte, pero en las cuales de pronto se abren unas persianas y aparecen sonrientes, felices, dos amantes abrazados.

Solange conducía esta vez rápido, pero tensa. El doctor notó en su perfil una curvatura extraña, dolorosa. Había encendido ya dos cigarrillos, que arrojó por la ventanilla apenas comenzados.

—¿Te pasa algo?

La vio ahora sonreír.

—Creí que era el motor. ¿No sentiste un ruido raro? Pero era una falsa alarma, como verás.

Cuando se desviaron hacia Fontainebleau la arboleda se espesó. El follaje estaba encarnado, bronceado, rígido en la tarde sin viento.

—¡Terrible es el otoño! —exclamó el doctor—. Nunca he visto árboles así. Para decirlo en una palabra: impresionantes.

Solange, otra vez callada, había disminuido la velocidad y observaba con insistencia el lindero derecho del bosque.

—No me acuerdo bien dónde queda la entrada. Es un sendero de tierra, a unos dos kilómetros de un puesto de socorro. Otra cosa: nos olvidamos de traer un mantel. Qué tanto, creo que atrás hay unos periódicos.

Al fin el carro tomó un desvío y apenas empezó a recorrerlo el doctor tuvo la impresión que penetraba en un mundo irreal. Era un túnel dorado, oloroso, sinusoide, que se bifurcó a su vez para situarlos en una alameda umbría, que se iba ensanchando hasta desembocar en un claro enorme, circular, cercado de rocas grises, parduscas, detrás de las cuales proseguía el bosque.

—¡Maravilloso! —exclamó.

Solange atravesó el claro por el centro y detuvo el carro cerca de las rocas.

—Llegamos —dijo apagando el motor.

El doctor descendió de inmediato para inspeccionar el lugar, respirando el aire otoñal. En las rocas que bordeaban el claro había aberturas que conducían a otros claros más pequeños, distribuidos como las capillas flamboyantes en una iglesia gótica. En el césped se veían restos, pero veraniegos, lejanos, que la lluvia y la intemperie iban convirtiendo en humus.

Solange bajó a su vez con la red de provisiones y un periódico doblado.

—¿Dónde almorzamos?

Solange señaló al azar uno de los claros satélites.

—Allí, por ejemplo.

Desdoblado el periódico lo colocaron sobre el césped y encima pusieron las provisiones.

—Hay que ser idiota —dijo Solange—. No hemos traído tampoco cubiertos, ni siquiera un sacacorchos. Decididamente, esto del pic-nic no va con nosotros.

—Dame la botella. Verás cómo se hace en mi país.

Cogiendo la botella protegió su culo con su pañuelo doblado y la golpeó contra una roca plana hasta que el corchó saltó.

—Método primitivo, pero eficaz —dijo Solange.

—Habrás que tomar del pico —dijo el doctor dando el ejemplo.

Solange lo imitó, mientras el doctor se quitaba el saco para doblarlo cuidadosamente y sentarse sobre él con las piernas cruzadas. Con la mano partieron el pan y se prepararon sándwichs.

—Nunca olvidaré estos días en París —dijo el doctor—. Habrán pasado algunas cosas desagradables, pero el balance ha sido positivo. Yo ya estoy acostumbrado. No hay placer que no cueste, en alguna forma, su precio. Para mí, sobre todo, ha sido un baño de juventud. Te dije alguna vez que la juventud, para mí, estaba en la otra ribera. Esta vez he alcanzado esa orilla, milagrosamente. Días inolvidables, Solange.

Solange, sin responder, comía en silencio, mirando las letras del periódico que les servía de mantel.

—Este bosque, por ejemplo, mis paseos por el Sena, Notre Dame, el cuarto de la rue De la Harpe ¡tantas cosas! Todo eso lo recordaré. En toda vida hay así, algunos paréntesis, cortísimos a veces, pero que le dan su sentido a toda la frase. ¿Qué piensas tú?

Solange seguía con la mirada en el periódico.

—¿Triste?

—Es natural.

—¿Por qué me voy?

Solange sonrió.

—Quizás. ¿Te extraña? No sé, tengo algo así como escalofríos. Creo que terminado esto debemos irnos. Mira el cielo. Al norte hay nubes, se puede cubrir.

—Yo conozco de cielo, Solange. Te equivocas. Hay sol para toda la tarde.

—Haz como quieras. Pero eso sí, acuérdate. Te he dicho para irnos.

Desde donde estaban sentados veían el gran claro, las rocas que lo circundaban y la alameda que conducía a él.

—¡Qué soledad! —dijo el doctor y después de comerse una manzana y beber los restos del vino reptó hacia Solange. Cogiéndola entre sus brazos la dobló sobre sus rodillas. Sus labios estaban allí, a su merced. Los atacó voraz, canallamente, solazándose, regustándose con su sabor, hasta que empezó a jadear, a sentir que era imposible postergar la meta que perseguía y que sus manos le indicaban palpando, torpemente, la pulpa del placer.

—Esta noche —dijo Solange rechazándolo—. Ya te lo he dicho.

—Nadie nos ve.

Es posible. Pero ahora no, por favor.

—Buenas tardes —dijo Petrus Borel volviendo a saludarlo—. Eh, Paradis, tú, no te olvides, la gasolina.

Jimmi se encaminó hacia el automóvil y abrió su maletera.

—Váyase —repitió Paradis— ¿No ha entendido?

El doctor se puso el saco y se encaminó por el centro del claro hacia Solange. Cuando había dado unos pasos volteó la cabeza en el momento en que Paradis extendía el brazo hacia él. Al ver en su mano un pequeño objeto oscuro, amenazador en esa tarde tan hermosa, arrancó a correr. El claro era plano y sus piernas lo llevaban sin reflexión hacia las rocas. Sonaron dos detonaciones al parecer lejanas, al punto que se preguntó si cazadores no se entretenían en un coto vecino. Pero la tercera lo enganchó de la espalda como un arpón, lo detuvo en su carrera y después de hacerlo trastabillar lo derrumbó de bruces en el pasto. Levantando con esfuerzo la cabeza trató de ubicar a Solange, de encontrar en su boca algún auxilio, pero no había nada que hacer, no la vería más, su cuello estaba torcido, solo vio a Paradis que se acercaba conversando con Jimmi, que balanceaba en su mano un recipiente de plástico. Aún se agitó tratando de ver algo más en la tarde que se iba y vio las hojas de los árboles que caían y esta vez sí ruiseñores y alondras que volaban.

París, 1969

(De *La juventud en la otra ribera*. Lima: Mosca Azul, 1973)

LUIS LOAYZA

Luis Loayza Elías nació en Lima en 1934. Inició sus estudios en la Facultad de Letras de la Universidad Católica en 1951. Obtuvo el bachillerato en Derecho con la tesis: *El interdicto de obra ruïnosa* en 1958.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

El avaro. Lima: Cuadernos de Composición, 1955.

El avaro y otros textos. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1974.

Una piel de serpiente. Novela. Lima: Populibros Peruanos S.A., 1964.

Otras tardes. Cuentos. Lima: Mosca Azul Editores, 1985.

LA SEGUNDA JUVENTUD

De manera que se han separado. Ella se ha ido con los chicos a la casa de Miraflores que su madre guardó todos estos años, aunque era demasiado grande para una mujer sola, y él ha alquilado un departamento en uno de esos barrios nuevos cuyo nombre no consigo recordar y vive con la muchacha. La muchacha, me aseguran, es muy elegante, muy inteligente, muy seria: «la divina pomada» dijo alguien que gusta de arcaísmos, no sé si con alguna ironía. Todo esto habría sido en mis tiempos, quiero decir antes que saliera del Perú por primera vez, la ocasión de hablar mal de los tres con el pretexto de la moral, la compasión o el simple sentido práctico de las conveniencias. Pero no hay duda de que mientras yo estaba al otro lado del mundo, redactando informes que nadie leía y charlando con sucesivos embajadores, aquí la gente ha ido mucho al cine y se ha modernizado. La conversación —hace un par de días, durante un almuerzo en casa de mi prima Maruja— se fundaba en unas cuantas convenciones tácitas: somos muy modernos, respetamos la libertad ajena, cada uno hace lo que quiere y no nos sorprende nada. Además, parece que estas separaciones tan sonadas han ocurrido muchas veces en los últimos años, en circunstancias más o menos semejantes, de modo que ya no son una novedad, aunque naturalmente no dejan de ser divertidas. Tuve que escuchar muchos detalles y explicaciones que no había pedido, dichos siempre en un tono ligero que excluía la reprobación. Sobre todo no debía olvidar que la muchacha es una excelente persona; tanta admiración casi me había convencido cuando me enteré de que ella debiera haber estado con nosotros en el almuerzo: iban a venir —ella y él, por supuesto— pero habían salido de viaje la víspera, una cuestión urgente que no podía esperar. Así pues, viven juntos, viajan juntos, los invitan juntos; son una pareja perfectamente aceptada a la que solo le falta casarse.

Antes él debe conseguir el divorcio y no es seguro que Graciela se lo dé. Alberto le ha ofrecido encargarse de la educación de los chicos y una pequeña renta, nada más. Hay la casa de Orrantía, el departamento de Ancón y sobre todo mucho dinero, pero él lo ha puesto todo en sociedades anónimas y qué sé yo, como es abogado el juicio sería largo y difícil, si Graciela se decide a un

juicio, y al final no se conseguiría nada. Me pregunto cómo hace la gente para enterarse de estas cosas; después de todo, tal vez sigamos siendo un poco provincianos, al menos en nuestro interés por las vidas ajenas. En fin, la impresión general parecía ser que hasta ahora Graciela se negaba al divorcio, que en esto no era muy moderna, pero que nosotros, ¿no es verdad?, sí que lo éramos, la comprendíamos y disculpábamos.

La última vez que los vi juntos fue cuando vine a Lima hace dos años. Llegué invitado a comer a una casa y la primera persona que divisé desde la puerta fue Alberto, de pie en un ángulo del salón, con un vaso en la mano. No me vio durante un momento, le noté algo raro y tardé en darme cuenta de lo que era. Por él no habían pasado los años: la frase que se repite tanto, por cortesía, y que no significa nada o solo que nuestros amigos no se han convertido en una ruina, era en su caso justa y hasta algo más. Alberto parecía más joven que antes, más delgado, más fuerte, más sonriente. Yo seguía en la entrada, saludando al dueño de casa y quitándome el abrigo y sin querer me vi en el espejo: un señor gordito, canoso, de anteojos. Alberto se acercaba a mí para abrazarme y decirme que habían bajado especialmente de Chaclacayo, donde pasaban el invierno, solo por verme. No pude menos que contestarle que lo encontraba más joven que nunca (y es un año mayor que yo, qué demonio) hasta el punto que me parecía escandaloso. Estaba tostado por el sol, como recién llegado de la playa, y se reía enseñando unos dientes impecables. En eso apareció Graciela, la besé en las mejillas, me acusó de haberme olvidado completamente de ellos y sobre todo de mi ahijado, el segundo de sus hijos, lo cual es cierto —cierto que es mi ahijado y que debiera acordarme. Lo negué, naturalmente, pensando que por ella sí habían pasado los años. Seguía siendo bonita para mi gusto al menos, se había teñido el pelo (¿de qué color exacto era antes?), no se le veía una sola arruga, pero el maquillaje era demasiado perfecto y, en una mujer de dinero y buen gusto, la edad no es a veces sino una elegancia excesiva, cierta angularidad en los gestos, algo que falta, algo natural, no previsto por ella: un resplandor.

Esa noche estuve sentado a la mesa frente a Graciela. Alberto estaba un poco más allá, a mi derecha. Como siempre, tuve que aceptar de buena gana las bromas que soportan todo los diplomáticos del mundo sobre la buena vida que se dan y lo interesante que es conocer muchos países, aunque de mi último puesto recordaba sobre todo el calor intolerable y los mosquitos. Graciela se quejaba de vivir encerrada en Lima donde nunca pasa nada. Había acompañado a Alberto un par de veces a Nueva York pero en viajes de trabajo, demasiado rápidos, y él prefería ir solo. Lo que ella quería era hacer un viaje largo por Europa, donde nunca había estado, pero Alberto lo iba dejando siempre para más adelante. Tal vez fuese ella sola con la niña, la mayor, que había terminado el cole-

gio. Tal vez viajaran todos juntos el próximo año. Yo le propuse que se fugase conmigo, esperando una respuesta más o menos ingeniosa, y ella hizo un gesto que nunca le había visto, de tristeza o de cansancio, o como para decirme: «yo no hablaba en broma». Desvié la vista, un poco confundido, y encontré la mirada de Alberto que había escuchado lo que acabábamos de decir. La mirada era atenta y, al mismo tiempo, desinteresada. Eso también era nuevo: el Alberto que yo había conocido no estaba tan seguro de sí, no observaba a los demás desde lejos. Decididamente el gesto de Graciela había sido triste.

Esa noche, al salir de la comida, hablé de ellos con una pareja que me llevó en auto a casa. «Sí, Alberto está regio» me dijo Paquita, a quien yo recordaba como una niña tímida y devota pero que ahora fumaba sin parar y se parecía mucho a Bette Davis (última época). «Es una segunda juventud». Le dije que me gustaría tener una segunda juventud pero que cada vez me sentía más cansado. «Es que no haces deporte» dijo Paquita. «Alberto está así por el tenis. Juega tenis todas las mañanas antes de ir a trabajar».

Lo del tenis no me convenció mucho. Por si acaso, en mi nuevo puesto me acostumbré a ver los torneos en la televisión (algo tendría que dествеñirme si fuera tan efectivo) aunque sin mayores resultados. Naturalmente, cuando me sentaba a ver los partidos, provisto de un habano y una copa de coñac, en espera de la segunda juventud, me acordaba de Graciela y Alberto y, a decir verdad, la noticia de la separación no fue una sorpresa. Era como haber leído una de esas viejas novelas que comienzan por el principio; después de la primera parte me había saltado doscientas páginas, pero conocía a los personajes y al leer los últimos capítulos podía imaginarme lo que había sucedido antes y adivinaba el final.

Los primeros capítulos son Graciela en la casa de Miraflores, a la que ahora ha vuelto, y Alberto, compañero de clase en la universidad. Graciela es un poco pariente mía y guardo de ella recuerdos de infancia, la veo vagamente correteando en un jardín, luego pequeña y frágil, con la cabeza afeitada, convaleciente de una tifoidea en una habitación a la que entra la espesa luz limeña de diciembre, rodeada de regalos de Navidad que no le interesan, o, más adelante, muy erguida en su uniforme azul del Colegio Belén. A esa edad unos pocos años de diferencia cuentan de mucho, casi no nos hablábamos y ella habría de contarme después que soñaba con ser grande como yo, me confundía con los adultos. Yo iba a su casa no por ella sino por su padre, don Pablo, que me llamaba su amigo. He dicho que éramos parientes pero a mí me tocaba ser el pariente pobre. Don Pablo era muy rico, o me lo parecía, dueño de una hacienda de la que llegaban frutas y dulces y en la yo habría de pasar alguna vez mis vacaciones para hacerme fuerte y montar a caballo, promesa o amenaza que no se cumplió; se dedica-

ba, además, a los negocios, aunque no sabría decir a cuáles, porque la palabra sigue siendo para mí un misterio; había sido senador y era amigo del Presidente; más que nada me impresionaban sus dos autos (en casa nunca tuvimos uno) que entonces eran en Lima un lujo más bien excepcional. Supongo que yo era para él, como suele decirse, el hijo que no había tenido; en todo caso, a mi edad encontraba natural que me invitase a verlo y sostuviese conmigo largas conversaciones, en las que escuchaba mis historias de niño con la cortesía exquisita de la vieja escuela. Al despedirme me regalaba siempre un libro de su biblioteca (libros encuadernados en pasta española que al abrirse despedían un olor acre), diciéndome que él ya no tenía tiempo de leer.

A Alberto lo conocí el año que entramos a San Marcos. Era un muchacho reservado, con aire de desconfiar de todo el mundo. Los dos veníamos de familias venidas a menos, nos unía eso, ciertas lecturas comunes y una rebeldía mal disimulada. Él llegaba más lejos que yo porque, una vez en confianza, abominaba de todo lo abominable y de mucho más, se proclamaba revolucionario —lo que entonces no era tan frecuente— y usaba la palabra «burgués» como si fuese el último de los insultos. Al pasar de Letras a Derecho yo entré al Ministerio y Alberto empezó a trabajar en el estudio de un abogado importante. Lo veía en clase y muchas veces, al salir de Torre Tagle, pasaba a buscarlo a su oficina y salíamos juntos a divertirnos como podíamos: esas juergas cuya tristeza no hubiéramos admitido y que eran una especie de iniciación. Un día lo encontré conversando con los abogados del estudio y me sorprendió que lo trataran despreocupadamente, como a un camarada. Pasado un rato, ya en la calle, le dije medio en broma medio en serio que lo estimaban mucho y que su porvenir estaba asegurado. Alberto pareció tomarlo a mal, como una ironía. Estábamos, me acuerdo, en los portales de la Plaza San Martín, delante de la librería francesa. Se detuvo para contestarme, en el tono con que se dicen las cosas definitivas, que sentía gran desprecio por la carrera y todo lo que pudiese ofrecerle, pero que la única manera de luchar contra el sistema (no debió emplear estas palabras sino otras con el mismo sentido) era llegar a una posición de influencia dentro de él para destruirlo. No volvimos a hablar de eso, pero durante cierto tiempo pensé en él como en un revolucionario secreto, una conspiración formada por una sola persona.

A poco de conocernos yo había nombrado al pasar a mi tío Pablo y Alberto habló mal de él, dijo que todo el mundo recordaba sus negociados con el gobierno. Me temo que lo defendí débilmente y cambié de conversación. A pesar de eso, fui yo quien le presentó Alberto a Graciela una mañana en la playa, en La Herradura. En ese tiempo las muchachas salían poco, pero yo veía a Graciela con frecuencia, como familiar de la casa, y pronto Alberto comenzó a acompa-

ñarme en las visitas. Ya para entonces había perdido la reserva, era simpático y ocurrente, le cayó muy bien a don Pablo. Sabiendo que se casó con Graciela cualquiera se imagina el resto, pero justamente las cosas no fueron tan sencillas. Quien se enamoró de Graciela fui yo, después de conocerla tantos años. Una tarde, mientras esperábamos a su padre, me incliné para leer algo sobre su hombro y, casi sin querer, como en broma, la besé en el cuello. Mi amor fue limeño, mortecino y desesperado como la garúa, y creo que ella también sentía por mí una pequeña pasión. En la casa debíamos disimular pues yo estaba seguro, y no me equivocaba, que a sus padres les haría muy poca gracia que alguien como yo, que no tenía un céntimo y ni siquiera había acabado la carrera, se llevase a la hija. Me tenían mucha simpatía pero Graciela podía esperar mejores partidos. Yo estaba de acuerdo con ellos, no me sentía persuadido de que el matrimonio con una heredera no tuviese algo de deshonoroso; contábamos juntos los años que faltaban para mi primer nombramiento, nos preguntábamos si el sueldo de tercer secretario alcanzaría para casarse, hacíamos listas de las ciudades que queríamos conocer. Nos veíamos mucho pero solo alcanzábamos una intimidad furtiva en los parques o en los cines. Nos peleamos muchas veces, porque en un arranque de falsa generosidad le dije que no quería hacerle perder su tiempo (la frase es manida pero la situación era, de verdad, incómoda), porque ella se cansó de tantas angustias, porque se enteró su madre, don Pablo no tuvo más remedio que hablarme —no he olvidado su cara de contrariedad y los silencios larguísimos entre frase y frase—, y dejé de ir a la casa varios meses. Cada vez volvimos a comenzar nuestros castos simulacros, sin duda más incitados que desanimados por la dificultad; no pasamos de eso, aunque lo pensamos y discutimos deliciosamente, pero teníamos más prejuicios o temores de los que se conocen en esta época ilustrada y la verdad es que organizar las cosas hubiera sido difícil o así lo creíamos. Cuando llegó por fin mi primer nombramiento ella quería casarse y venirse conmigo, aunque tuviese que romper con los padres, pero la convencí de que era mejor esperar: no la quería lo suficiente, o estaba tan seguro de los dos que no me importaba separarnos, o decidí ponernos a prueba con el masoquismo propio de los jóvenes: la verdad es que ya no sé la razón. Era una hermosa muchacha, recuerdo sus brazos oscurecidos por el verano, su manera de reírse, la ternura que de pronto me estrujaba el corazón como un puño cuando ella me miraba. Nos escribimos unos meses y luego las cosas se enfriaron. Supe por algún peruano turista que estaba de novia con Alberto. El propio Alberto me anunció el matrimonio en una carta muy cordial; de haber estado en Lima, me dijo, yo habría sido uno de los testigos.

Creo que es explicable que en adelante no los viera mucho cuando regresaba, aunque ellos me invitaban a su casa cada vez y se empeñaron en hacerme

padrino del segundo chico. Don Pablo se fue arruinando y al morir le dejó a la mujer la casa, y supongo que una renta, pero la hacienda, los negocios (y los automóviles) fueron para los acreedores. Alberto, en cambio, se hizo rico durante los años cincuenta con unas nuevas urbanizaciones. Por entonces me dijo que lo que hacía falta en el Perú era trabajar mucho y enriquecer al país, él seguía siendo de izquierda pero contaba con la realidad y no con los sueños. Sus ideas políticas ya no me interesaban demasiado y confieso que los encuentros con Graciela, en su casa o en casa de amigos comunes, siempre con gente alrededor, me siguieron poniendo nervioso durante mucho tiempo y llegué a tratar conscientemente de evitarlos. Esa fue una de las razones por las que, cuando me tocó quedarme un tiempo en el Perú, volví a irme antes de lo que pensaba, aunque para ello tuve que ocupar un puesto que nadie aceptaba, en el fin del mundo. No quería, por cobardía o por comodidad, tener nada que ver con mujeres casadas. Lo curioso es que, a pesar de mis buenas intenciones, en el fin del mundo me enamoré de una de ellas, que me dejó después de unos años, ya sin ganas de más guerra y con una úlcera al estómago que por poco acaba conmigo. Solo entonces, en medio de esas otras penas, terminó también lo de Graciela y pude pensar en ella tranquilamente, como en algo pasado.

Un buen día me di cuenta de que la jubilación ya no era tan distante, hasta podía pedir mi pase al retiro y volver antes a Lima. Tal vez Graciela, Alberto y yo hablaríamos, ya sin pasión, de nosotros mismos, en una escena que es frecuente en el último capítulo de las viejas novelas. Pero si las novelas han cambiado debe ser porque la realidad no se parece a ellas. Alberto, en vez de ser un señor desengañado, andaba por el mundo con una raqueta de tenis bajo el brazo y una muchacha que podía ser su hija colgada del otro. Más me interesaba Graciela y desde que me enteré de la separación me pregunté lo que haría. Sus hijos no tardarían en irse cada uno por su lado. Además, si la historia del divorcio era cierta, le quedaría poco dinero —don Pablo no había dejado gran cosa— y no le sería fácil conseguir trabajo. Hace dos días, al salir del almuerzo en que me contaron lo que pasaba, entré a llamarla de un teléfono público. Mientras marcaba el número me dije que quizá era un error, que debía haberla llamado antes, al llegar a Lima pensé, para decirlo todo, que podía emocionarse —y tengo verdadero horror de las escenas por teléfono— pero era dudar de ella sin razón, pues me respondió como siempre, con cierta alegría (quiero decir la alegría que es de buena educación mostrarle a un amigo a quien no se ha visto en mucho tiempo) y me dijo que fuera a su casa al día siguiente, a eso de las cuatro que no estarían los chicos, para poder conversar con tranquilidad.

Ayer hubiera querido estar ocupado hasta la hora de verla, pero me encontré sin nada que hacer a las dos de la tarde y di un largo paseo por Miraflores.

Casi no lo reconocí: por cada árbol que han derribado (y son muchos, han desaparecido las alamedas) parecen haber surgido cientos de automóviles, hay muchos edificios de departamentos, todos más o menos iguales, y casi no quedan esos viejos ranchos hondos y oscuros que me gustaban tanto. Nada de eso me alegró, lo cual debe probar que con la edad me he vuelto reaccionario, como me lo explicaba hace poco uno de mis sobrinos. El hecho es que al llegar a casa de Graciela me sentía un poco deprimido; inconscientemente confundía su imagen con la de su madre tal como la vi por última vez, después de la muerte de Don Pablo: vestida de negro, llorosa y con aire de agotamiento. Volví a equivocarme, porque Graciela llevaba un vestido claro y parecía contenta de verme. Me estaba esperando en el jardín; la besé en las mejillas; usaba el mismo perfume de siempre.

Al entrar atravesé la sala y fui hasta la biblioteca de don Pablo, en la que nada había cambiado. Me senté en el sillón de cuero y Graciela frente a mí. «Estás muy bien» le dije, y me contestó que yo también estaba muy bien, pero en ese momento me quité los anteojos y me pasé la mano por la cara, en un gesto de cansancio, y Graciela añadió: «Dentro de lo que puede esperarse». Fingí protestar ante su insolencia, mi avanzada edad es una vieja broma entre nosotros.

Me preguntó primero por mí, por los sitios donde había estado, por los cambios que encontraba en Lima cada vez que volvía. Luego me habló de nuestros amigos comunes, de sus matrimonios, divorcios, desgracias, éxitos, de sus vidas cómodas y sus muertes prematuras. Pero aunque lo que decía me interesaba —Graciela siempre ha tenido un punto de vista propio, descubre la mentira en la seriedad y la virtud secreta que hace amable a una persona— era de otra cosa que debíamos hablar. Quise saber cómo lo habían tomado los chicos. Me respondió que lo habían tomado con calma. Los dos mayores estaban en la universidad, la chica pensaba en casarse con el enamorado y mi ahijado gestionaba una beca para estudiar en los Estados Unidos. Solo el menor parecía haberlo sentido más aunque no decía nada, era muy callado, siempre estuvo muy cerca de ella, su engréido, y no se llevaba bien con Alberto aunque esto no fuese culpa de nadie.

—Sobre todo en los últimos tiempos, con la gran pasión.

—No hay que exagerar —dijo Graciela—. Esta no es la primera gran pasión, ni mucho menos. Pero prefiero no hablar de eso. Es mejor así, después de todo.

Lo dijo sin amargura, para poner las cosas en su sitio. Yo insistí:

—Me dijeron que Alberto tiene una segunda juventud.

—Es verdad. Está muy bien, seguramente, yo hace tiempo que no lo veo.

—Es el deporte, dicen. El tenis.

—¿El tenis?

Graciela iba a decir algo más pero se detuvo, la miré a los ojos que comenzaron a brillar, a reírse por su cuenta, y nos reímos juntos otra vez.

—Todo forma parte de un plan —dijo.

Siempre nos hemos entendido bien; también ahora supe exactamente lo que quería decir. Para nosotros no habría segunda juventud.

No era cierto, como me habían dicho, que Graciela se negase al divorcio. Alberto negociaba con el abogado y casi habían llegado a un arreglo. No sabía lo que iba a hacer; por ahora seguiría con los chicos en casa de su madre, no les faltaba lo necesario, le gustaría trabajar si encontraba algo. Le quedaban unos cuantos amigos, que veía a menudo. Se sentía mejor que en mucho tiempo, de los últimos años con Alberto prefería no acordarse.

Estábamos en eso cuando apareció su madre, que después de dormir toda la tarde venía a tomar el té conmigo. En el comedor volví a encontrar el juego de té con figuras azules en las que un chinito, después de tantos años, no acaba de cruzar el puente. La señora siempre me ha mirado con cierta prevención, sobre todo desde que se enteró que le enamoraba a la hija, y todavía parece decidida a ajustarme cuentas.

—¿Qué me dices del divorcio? —me preguntó—. Estas cosas no se veían antes.

Yo estaba comiendo una tostada y Graciela me miraba con aire divertido.

—Tú eres un poco responsable porque trajiste a tu amigo Alberto a la casa.

—Así es la vida —dije.

Entonces Graciela empezó a toser, porque en los buenos tiempos teníamos un lenguaje secreto y «así es la vida» era precisamente la frase más idiota de todas, con que se puede responder a cualquier cosa. Su madre la miró con cierta alarma, dijo que esta muchacha no cambiaría nunca y buscó mi apoyo pero yo estaba del lado de Graciela.

Antes de irme le anuncié que me llevaría un libro de la biblioteca, en recuerdo de don Pablo, y cogí uno al azar. Graciela me acompañó hasta la puerta. En el jardín nos detuvimos; me preguntó cuánto tiempo estaría en Lima y le contesté que solo unos días más, mi embajador no puede hacer nada sin mí. Luego quedamos un instante en silencio, mirándonos. Graciela sigue siendo muy hermosa. Iba a decirle algo pero me callé, siempre he desconfiado del primer impulso y es demasiado tarde para cambiar. No me pidió que volviera y creo que no iré a verla antes de irme. He empezado a leer el libro que me traje: es de un viajero francés que estuvo en el Perú a mediados del siglo pasado y encontró que los limeños somos muy malas personas, dice que por culpa del clima.

(De *Otras tardes*. Lima: Mosca Azul Editores, 1985)

JOSÉ MIGUEL OVIEDO

José Miguel Oviedo Chamorro nació en Lima en 1934. Realizó sus estudios en Literatura en la Universidad Católica durante los años 1953 y 1957. Su tesis de bachiller fue *El vocabulario romántico de Carlos A. Salaverry*, 1956.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Soledad & Compañía. Cuentos. New Hampshire, 1987.

La vida maravillosa. Cuentos. Barcelona: Tusquets Editores, 1988.

Cuaderno imaginario. Cuentos. México D.F., 1996.

La última fiesta. Cuentos. Lima: Editorial Apoyo, 1998.

CUMPLEAÑOS

«Go to the beach...»

Desde hace cierto tiempo, Gabriel pasa el día de su cumpleaños siempre del mismo modo; va con su hija Esther a la playa. Como su cumpleaños coincide de modo exacto con el término oficial del verano, la ocasión es perfecta; hace todavía calor pero refresca un poco temprano, hay gente pero muchos ya prefieren quedarse en casa preparándose para el comienzo del otoño y los días de trabajo más intenso. Pero los que van como ellos, son gente seriamente interesada en la playa que saben gozarla con un poco más de libertad, ya que no hay esas nubes de veraneantes que bajan de sus autos cargados de canastas, toallas y chiquillos, que son siempre los que arruinan una tarde como la que él quiere pasar con su hija. Hacen una pareja ideal, en el sentido de que les gusta meterse al agua y salir de ella casi al mismo tiempo, y a veces ni se consultan por el momento justo para partir; apenas comienzan a sentir el azote picante de la arena que el viento levanta o ese velo bajo de neblina que atraviesa el sol como una cortina de gasa, alistan sus cosas y se preparan para largarse. No verán el mar hasta el próximo año.

Antes, el rito incluía a Anita y funcionaba prácticamente igual. Que ahora él siga haciéndolo y que esa ausencia no lo haya afectado mayormente, es algo que no deja de intrigarlo. Gabriel piensa que si la enfermedad de Anita hubiese sido larga o notoriamente grave desde el comienzo, él habría podido prepararse mejor para la viudez. Pero todo ocurrió tan rápido, todo fue tan absurdo. El dolor era claramente del apéndice, y él no tuvo ninguna sorpresa cuando el médico se lo dijo; una clásica apendicitis. Claro, había que operar de inmediato, pero eso no era sino un tropiezo en la rutina de la vida de los dos. ¿Quién le teme a una apendicitis? Lo que no entraba en las previsiones de nadie, ni del médico, era el horrible tumor en el útero, esa oscura cosa maligna que tenía un largo nombre griego y que había casi devorado el órgano sin que ella se quejase jamás de dolor. Luego todo se convirtió en una pesadilla: el apéndice fue extirpado, pero no había forma de hacer nada con el tumor por el estado avanzado en que se encontraba. Pero luego no hubo tiempo y Anita se consumió casi como si lo desease. Tal vez temía el dolor, que ya entonces había empezado a aparecer

como unas puntadas de fuego que la hacían vomitar en la cama, mientras lloraba las lágrimas más amargas que él había visto jamás: las lágrimas por la propia muerte. A él le costaba imaginar el cáncer como una enfermedad: en ella fue como una explosión, como un estallido de podredumbre; solo un maleficio podía producir algo así.

Siempre se preguntaba si habría decidido intentar una operación de Anita con el segundo médico, de haber habido tiempo. Con total honestidad, se contestó que no, sobre todo porque ella había abandonado ya la lucha; obligarla a pelear, a correr los riesgos de volver a la vida normal sin ser ya ella misma, era imponerle una tremenda carga que sus hombros ya no soportaban. Anita murió aullando, atravesada de agujas y repleta de anestésicos que mataban en ella todo menos el dolor, que persistía sin perdonarle un minuto; a él le daba un poco de vergüenza confesar que su propio dolor fue más grande durante esa agonía que, tras la muerte, solo le produjo alivio.

El día era espléndido: el sol vibraba bajo el cielo decorado con unas pocas nubes blanquísimas, pero la humedad de la semana anterior había cedido bastante, lo que se sentía mejor cuando se pasaba a la sombra. El mar estaba algo agitado, pero eso les gustaba porque podían correr olas y el agua era más limpia. ¿A quién se le ocurrió primero el rito de celebrar su cumpleaños viniendo a la playa? A Anita seguramente, aunque tal vez fue idea de los dos, o de los tres, porque a Esther le encantaba el mar. La playa los unía y era como una módica aventura, en la que siempre ocurrían cosas divertidas, o encontraban personas pintorescas, o sencillamente se relajaban y regresaban contentos, ligeramente hinchados por el sol y con la sal pegada al cuerpo, lo que era agradable cuando a veces hacía el amor con Anita antes de caer amodorrados en una breve siesta, mientras Esther oía sus discos. Esther siempre estaba escuchando música, pero felizmente sus gustos no eran estridentes: prefería, por cierto, la música moderna —esa música brillante, agitada y sin embargo perecible, como una torta hecha con paciencia para ser devorada en tres minutos y nada más—, pero como también tocaba la flauta, tenía un repertorio de música llena de trinos y finos silbidos, que a todos les gustaba. Cada uno tenía sus tareas asignadas cuando salían a la playa: Esther llevaba la radio y las cintas grabadas, las toallas y los aceites; Anita se ocupaba de los sandwiches, la fruta y los vasos de plástico; él, de las bebidas, la sombrilla, las sillas chatas de aluminio para apoyar la espalda, y de poner todo eso en el auto asegurándose de que nada faltaba. En la playa, cada uno abría o desenrollaba o inflaba lo que les correspondía sin mayores tropiezos. Eran bien organizados y cada año lo hacían mejor; se habían convertido en expertos. Ahora que Anita faltaba, el equipo era aún menos complicado y los dos se daban abasto para todo porque todo era más tranquilo. Una de las cosas

que le encantaban de Esther era que, en el auto, como solo hablaba cuando tenía un motivo para hacerlo, él gozaba de largos tramos de silencio; no era como esas muchachitas que van comentando todo lo que ven y convirtiendo la realidad entera en preguntas. Las preguntas de Esther eran siempre muy concentradas en un punto, y él podía enfrentarlas sin problemas.

El cumpleaños de Anita caía en pleno invierno y era siempre una ocasión para dar una gran cena, tras la cual generalmente ellos y sus amigos bailaban y abrían botellas de champagne bastante caro y ella recibía de los invitados pequeños regalos para la cocina o el baño y a veces algo más personal. Al principio, Anita organizaba para él fiestas parecidas, aunque más íntimas, hasta que descubrió que Gabriel prefería ver a sus amigos en otras ocasiones, no precisamente en esas. No era un problema con ellos, era un problema con él mismo, mejor dicho con su cumpleaños. Él pensaba que ese día era para hacer exactamente lo que a uno le daba la gana, y lo que más le gustaba era la playa. Así es que Anita entendió, dejó de planear esas fiestas (no sin pesar, porque le parecía injusto que ella las tuviese y él no) y empezaron a ir a la playa, como él quería. Pronto se dieron cuenta de que era más divertido, menos exigente, una buena ocasión para respirar aire puro y hacer algo de ejercicio.

Al tercer año quedaron convencidos de que había decidido lo correcto: los tres estaban más felices que nunca con la solución. Gabriel nunca le dijo a ella, o no llegó a explicarle bien, que la ventaja era que en las fiestas uno podía conversar y hacer bromas con los amigos, pero era difícil pensar en las cosas que en los otros días no era posible pensar, o paradójicamente poner la mente en blanco y pasar horas sin hacer nada, como los animales en su corral. Su cumpleaños, pensaba él, le permitía estar consigo mismo, sin ningún propósito definido, lo que hacía más interesante la experiencia. A la gente ya no le gustaba estar consigo misma, como si temiese un encuentro desagradable. En realidad, un cumpleaños en la playa era como perder el día, una celebración negativa: un espacio entre los días comunes, como los niños tienen recreos entre Química e Historia Universal. ¿Por qué los adultos no tenían recreos en medio de su trabajo? La tendencia parecía ser la contraria: ahora había proliferado esa cosa horrible que eran los almuerzos de negocios.

Ya se habían instalado cómodamente. Esther se ocupó de elegir un buen pedazo de arena y luego de emparejarla bien y de levantar un pequeño talud para apoyar la cabeza, antes de extender la gran toalla con dibujos azules y naranja. Su radio estaba funcionando; el aparato emitía una especie de latido rápido de guitarras, como un pulso febril. Gabriel acomodó la canastilla con los comestibles y abrió el contenedor de las bebidas; tomó de inmediato una limonada y ofreció a Esther su bebida favorita: un brebaje de color rojo que ella

tomaba con una cañita flexible. Tenían la ropa de baño debajo y se desvistieron haciendo equilibrio alternativamente sobre una pierna y la otra, mientras repetían el juego de siempre: él se caía sobre ella, ella lo empujaba y él quedaba preso de su propio blue jeans y no podía levantarse de inmediato, lo que ella aprovechaba para tratar de quitarse el suyo, pero él la agarraba del tobillo y le rascaba la planta del pie, lo que la hacía gritar de risa. Después de esa agitación tonta, que a veces llamaba la atención de los más curiosos, como esa muchacha tendida un poco más allá, era un placer descansar cara al sol, los ojos cubiertos por viseras verdes. Ahora era el momento en que él, acompañado por su hija, comenzaba a estar solo, a descender hacia sí mismo, o hacia algún momento preciso de su pasado que le gustaba o inquietaba, y esa concentración en un punto de su vida y luego en otro asociado al anterior, producía en él una modorra, un remedo de sueño que aumentaba su bienestar. Había escuchado o leído en alguna parte, que los monjes tibetanos practicaban esa especie de baño mental, que consistía en pensar rápidamente en todo, pero sin retener al final nada, creando un flujo que probaba la insensatez tanto de las cosas pequeñas como de las grandes. Su mente, que durante los otros días era como un recipiente sellado, era ahora como un desagüe. Él sintió el alivio de descargar todo ese material informe, macerado a lo largo de semanas y aun meses y años. Vivía muchas vidas en su vida, lo que hacía que la verdadera fuese relativamente tolerable.

Después de haber estado un buen rato tendido de espaldas, con las piernas ligeramente abiertas, se volvió hacia el lado donde estaba su hija, bocarriba y con los ojos semidormidos, pestañeando contra el reflejo del sol. Esther le sonrió y movió en abanico los dedos de la mano a modo de saludo.

—¿Te quedaste dormido también? —le preguntó.

—No —dijo él—, me quedé pensando. Pero descansé igual.

—Voy a poner la radio.

—Yo pensaba que la tenías encendida.

—No, la música que escuchas es la de la radio de esa chica —y señaló disimuladamente hacia su derecha, a la misma muchacha que antes había observado burlescamente la comedia de los blue jeans—. La tenía encendida antes, pero la apagué porque pensé que querías dormir.

Esther la encendió. Al parecer, ella y la muchacha tenían la radio en la misma estación: la música era ahora algo lenta, con un saxofón que se quejaba con agudos de trompeta. La muchacha volvió a mirarlos por un instante, y luego siguió descansando de espaldas, los ojos cerrados; debía haberse dado un remojón, porque tenía el pelo todavía húmedo. Esther buscó otra cosa en la radio y se demoró en hallarla entre chirridos y anuncios entrecortados, pero al fin dio con

ella: un hombre aporreando un piano para decirle a la chica de sus sueños que esperase por él, que volvía a ella, porque el amor nunca acaba si es del bueno. Esther tenía casi 15 años y en los últimos meses no solo había crecido: se había transformado casi en una jovencita, en un proyecto de la mujer que sería. Aún conservaba hábitos de niña, como el perrito peludo con ojos de botón que tras años en su cama se había convertido en algo informe y mucho más cómico de lo que fue cuando nuevo; pero ahora esos gestos infantiles eran como un teatro, una forma de representar la niñita del pasado para hacerle ver que ya no lo era. Gabriel descubrió que ella había empezado a sentir más pudor que antes; pudor cuando él, por casualidad, veía su ropa interior usada sobre la cama. Él pretendía no haberla visto, pero eso no la engañaba y la hacía sentir más incómoda. Su cuerpo se había redondeado; los senos apuntaban como un par de pequeñas hinchazones bajo sus blusas de algodón, en shorts exhibía unas piernas largas, exageradamente largas en verdad (los niños crecen a pedazos irregulares), de piel túrgida y suave que había surgido de la nada, o más bien de las extremidades de estaca con rodillas huesudas llenas de cicatrices que tenía el año pasado. La había visto rebuscando entre la ropa íntima que dejó Anita, buscando texturas y oliendo perfumes ya desvaídos, o husmeando entre sus cosméticos, echándose algo en los párpados, al mismo tiempo que negaba que esas cosas le interesaban. Cuando Anita murió, lo dejó con una niña que cuidar, aunque fuese bastante responsable; ahora era su compañera, una especie de hermana menor, más ligada a él que antes. Gabriel siempre había pensado que el amor de padres a hijos permitía menos confianzas que el de los hermanos; esperaba, por eso, que en un año más estarían hablando de sus amigos hombres y de sus posibles enamorados. Y tendría que hablarle también de los riesgos del sexo y cómo protegerse, algo que Anita habría hecho mucho mejor que él. La contempló con su ropa de baño con alto escote adelante («como las nadadoras olímpicas» había exigido ella) y el corte bajo atrás que dejaba totalmente desnuda la espalda cubierta todavía por una pelusilla infantil. Vio que se había pintado de rosado las uñas de los pies.

—Te queda bien eso —le dijo, señalándose lo.

—Incluso me pinté los meñiques, mira.

—Muy bien. ¿Y las manos?

Esther las escondió fingiendo una vergüenza que realmente no sentía: otra vez jugaba a ser la niñita.

—Mejor no te las muestro. No tuve tiempo de arreglármelas y están hechas una desgracia.

—Una señorita debe tener las uñas siempre bien arregladas.

—Sí, papi. ¿Nos metemos al agua?

—A ver quién llega primero. Te doy ventaja.

Corrieron sintiendo que la arena candente se aplastaba bajo sus pies como si fuese azúcar. Llegaron a la arena húmeda, con su fría sensación de carnosa y pelada piel de foca. Luego pisaron el agua que las olas derramaban en amplias formas circulares, chapalearon en los charcos bajos hasta encontrar fondo suficiente y casi simultáneamente se metieron de cabeza al mar. Él encontró el agua más fría que ella; nadaron juntos un rato, a lo ancho de la playa; después estuvieron mucho tiempo corriendo olas, tratando de pescar las más altas (Esther tomó mal una de ellas, sufrió un revolcón y raspones en el codo) y de llegar lo más cerca posible de la playa, varados como muchos moluscos entre espumas. Entraron y salieron muchas veces; Gabriel empezó a sentir un poco el cansancio en los brazos. Se echaron ambos de espaldas justo en el lugar donde las olas morían y, muy quietos, viendo cómo sus cuerpos relucían embadurnados por la luz, se dejaron cubrir por el agua y trataron de resistir los remolinos y la fuerte resaca. Rodaron juntos varias veces, él la cargó mientras ella pataleaba y la tiró como un bulto cuando una ola pasaba; Esther lo persiguió pateando el agua para que le entrase a los ojos. Volvieron a la playa lentamente, hablando a gritos, chorreando gotas plateadas de un agua ligeramente pegajosa. Él consultó la hora mirando el sol allá arriba: todavía quedaba un buen trecho de la tarde como para seguir celebrando su cumpleaños.

La toalla los esperaba con su grata tibieza de esponja. Esther se acomodó bien, otra vez de espaldas, y volvió a hacerle el saludo con la mano, antes de cerrar los ojos y abandonarse por completo a la idea de descansar, quizá dormir, ahora con la radio muy bajita tocando una música dulzona. Él prefirió agarrar una revista y hojearla; la había comprado al comienzo de la semana y no había tenido tiempo de leerla. Casi todo en ella era previsible, porque las noticias eran como el agravamiento de las crisis del número anterior: más atentados en Medio Oriente, el ministro secuestrado apareció muerto en un auto, Irán e Irak intercambiaban furiosos comunicados, el acusado de 17 asesinatos fue declarado legalmente irresponsable, el precio del petróleo había comenzado a bajar. Las noticias realmente nuevas eran insignificantes: las faldas inesperadamente volvían a ser cortas y los médicos habían descubierto que la sal no era tan dañina como se pensaba. Aburrido, dejó la revista a un lado y se puso a mirar a los últimos veraneantes. La actitud de la gente en la playa era curiosa: aunque estaban semidesnudos, expuestos los unos a los otros, cada grupo trataba de mantener su intimidad, eran munditos privados que querían ignorarse mutuamente y ejercitar lo más posible ese estado de libertad física, de pieles descubiertas y de alimentos crudos comidos con las manos, que ahora disfrutaban. Gabriel le parecía que la deformidad que el cuerpo humano podía alcanzar por desidia o por el simple paso de los años, era un signo inequívoco de la insensatez de Dios:

los animales envejecían y morían casi intactos, sin engordar ni doblarse como quebrados por un golpe maligno; quizá era porque la complejidad de nuestro cerebro tenía un precio muy alto, que el resto del cuerpo debía pagar. Vio pasar a una pareja de edad mediana, él con unos shorts amarillos que dejaban al descubierto una barriga de tonel llena de pelos rizados; ella con un anticuado dos piezas cuya parte inferior apenas sí podía envolver un trasero caído entre los muslos como una vieja maleta llena de huecos y protuberancias. Los miró caminar lentamente, con cierta resignación, y sintió una indefinible tristeza, que atribuyó a ese vago estado melancólico del que cumple años después de los 30. La fealdad era imperdonable en las mujeres, ridícula en los hombres y terriblemente injusta en ambos casos. Entonces reparó bien en la chica que había estado todo el tiempo al lado de ellos, indiferente o echándoles cortos vistazos.

Su pelo castaño, un poco decolorido por el agua, lucía seco, pero la sal había dejado en su piel lágrimas brillantes que refulgían con la luz del sol; parecía como decorada con una pintura luminosa. La piel tenía que ser blanca, pero ahora era de un oscuro tono rojizo, como una langosta de cobre. En los hombros el pellejo se le había descascarado en pequeños círculos; eso, sumado a los ojos, que apenas abría como escondiendo la irritación que los hacía más sombríos, le daba un aire de penitente: más que de alguien que había venido a divertirse, parecía haber sido expuesta al sol como un castigo. Gabriel pensó en las viejas películas inglesas de tema colonial, con sus atroces torturas de fuego y sed, de arenas movedizas y caminatas en medio de un desierto circular de pesadilla. La chica movió una pierna, como entre sueños. La curva que iba de los hombros a la parte inferior de las nalgas era impecable y más tensa por las tiras cruzadas dos veces sobre la espalda, lo que aumentaba también la sensación de piel apriionada, marcada por ligaduras.

—¿Quieres uno de queso o de jamón? —le preguntó Esther.

—De queso —dijo él, poco atento—. Pero uno no muy grande.

Ella buscó en la canastilla, encontró el sandwich de queso envuelto en papel encerado y se lo dio. Él buscó la botellita barrigona de cerveza. Esther dijo: «La cerveza apesta»; él le contestó: «Solo para los que no la toman», y vio que ella se servía otra cola. Los dos estaban apoyados sobre un codo, enfrentándose uno al otro. Pero Gabriel no estaba mirando a Esther, sino a la chica que se había puesto de rodillas y estaba acomodando todo su lugar, especialmente la estera sobre la que había estado tendida. Eso le recordó inmediatamente que Anita siempre había querido comprar una estera, grande como para los tres, porque pensaba, con razón, que era más práctica que una toalla. Cada verano se proponía hacerlo y cada verano lo olvidaba; murió sin haberla comprado, y él se sintió triste, como si ella le hubiese negado algo. Gabriel se aferraba al recuerdo de ella

gracias a pequeños detalles: un perfume en las sábanas que no se iba nunca del todo, un gesto de Beatriz que era idéntico al de ella, los cajones de la cómoda con esas bolsitas de flores secas que ella decía daban un olor especial a la ropa. Cuando una persona moría, su ausencia comunicaba un sentido a las cosas que antes eran meros objetos; debía ser una forma leve (y admisible) de necrofilia. Lo extraño era que ahora su relación conyugal —lo que quedaba de ella— parecía tener un elemento más pasional que cuando ella vivía. Hasta la enfermedad, su matrimonio no había sido ni malo ni bueno, sino mediocre; la agonía y la crisis física lo hicieron inolvidable, o más bien, le descubrió cosas que él no había tenido tiempo de ver. Le dolía confesárselo, pero en realidad, solo la quiso intensamente cuando ambos eran un par de jóvenes enamorados que hacían el amor como locos y a escondidas, y luego cuando sabía que la muerte iba a arrebatársela y no podía ni tocarla. Anita era tan apagada, tan inactiva, que Gabriel sentía que ella le había robado la vida, acostumbrándolo a sensaciones, expectativas y realidades promedio. Él tampoco la amó bien, o la amó tardíamente, tal vez únicamente por miedo ante la idea de quedarse solo. Se desperdiciaron mutuamente, ahora se daba cuenta, ¿pero quién no lo hace?

Por eso, cuando él supo (o creyó saber) que durante una de esas fiestas que él organizaba para los cumpleaños de ella, algo había ocurrido entre Anita y uno de sus amigos, no sintió celos, ni siquiera curiosidad: le pareció bien que buscara en otro hombre lo que no encontraba en él; quizá eso podía hacer de ella una mujer distinta, provocar un cambio drástico en su vida, que seguía un curso tan previsible. Si algo pasó (él pensaba que algo pasó), Anita lo enterró rápidamente en su memoria y no pareció mayormente afectada, de tal modo que él también echó el asunto al olvido. Quizá todo no había existido sino en la imaginación de Gabriel. ¿Qué prueba podía constituir el hecho de que, dos o tres veces después de su fiesta de cumpleaños, ella se comportase (así le pareció a él) de un modo ligeramente extraño, llegando del trabajo un poco más tarde, algo agitada, con respuestas confusas o demasiado explicativas, como si tejiese una trama, demorándose en el baño, cambiándose la ropa de inmediato? Ella había tenido antes períodos así, en los que hacía cosas raras sin razón aparente: largas caminatas a solas, llamadas telefónicas a horas precisas o más bien sorprendidas. No podía sospechar de todo; no podía quedarse sin un recuerdo limpio. Por otro lado, ¿qué significaba que Anita tuviese una breve aventura (si hubo una aventura) con un amigo? ¿No habría sido peor que amase realmente a ese amigo y lo hubiese abandonado por él? Anita fue fiel, y más porque tuvo la ocasión de no serlo, si es que la tuvo. Pero ahora Gabriel se preguntaba si el amigo sabía que él sabía y si lo creía demasiado cobarde como para exigirle la verdad. O tal vez el amigo pensaba que él jamás había pensado... Qué lío, qué modo de enredar las cosas. Y

lo peor era que tras la muerte de Anita todavía hubo una grotesca complicación más.

Sinceramente, él no había tenido una compañera regular después de Anita, ni había estado buscando una. Pero hubo tres o cuatro ocasiones en que salió con mujeres con el objetivo preciso de acostarse con ellas, de abrazar un cuerpo humano ajeno a él y hacerle creer que estaban juntos. En el colmo de la perversión, en una de esas ocasiones había dejado de ir al cine o de encontrar un amigo, por meterse en la cama con una mujer que iba a olvidar de inmediato; hasta las películas menores podían dejarle recuerdos más vivos. Esos encuentros fugaces ocurrieron en los lugares normales: entre las compañeras de trabajo, entre las esposas de los amigos. Nunca pudo saber si eligió a la mujer del amigo sospechoso por venganza o por deseo: ella era tan dulce, tan pequeñita con sus graciosos ojos separados y su cerquillo de vietnamita. ¿Sospecharía ella que Anita y su marido...? ¿Le importaría igual que a Gabriel? ¿Menos aún? La muerte de Anita había hecho de todas estas cosas, anteriores o posteriores a su desaparición, historias inconclusas, ideas más que hechos reales, como si él los hubiese inventado para entretenerse, para poder sobrevivir la viudez.

Le pidió una manzana a Esther después de terminar su cerveza. Le dio dos o tres mordiscos, con entusiasmo decreciente. Mientras masticaba, vio que la chica primero se daba vuelta sobre sí misma y luego giraba por completo para poner la cabeza donde antes tenía los pies; seguramente quería evitar el violento reflejo del sol que empezaba a caer; ahora ella estaba dándole la espalda al mar, un brazo tapándole los ojos ardidos. Desde su posición, Gabriel podía verla mejor: entre los pechos, que el cuerpo ligeramente arqueado hacia atrás descubría un poco, la ropa de baño azul cobalto dejaba un espacio como una lágrima que se cerraba casi en la cintura. Las tiras de la espalda, de color más oscuro, corrían también por la cintura formando un lazo vistoso pero completamente inútil. El monte del pubis era abultado, sobre todo ahora que ella había colocado la otra mano sobre el vientre. La ropa la cubría con una adherencia especial, como si el cuerpo se hubiese expandido después de puesta. Gabriel lo atribuyó a los cortes altos a los lados de los muslos que dejaban ver una parte de las nalgas, como si fuese ropa interior; cuando la muchacha flexionaba la pierna, él podía notar la piel más delicada, más blanca de la ingle afeitada. Justo en ese momento, vio que ella movía rítmicamente, pero muy despacio, las rodillas y los dedos de los pies, siguiendo la música de su radio. Sin dejar de hacerlo, abrió súbitamente los ojos y lo miró. Miró a Gabriel mirándola y él encontró esa mirada seca y dura, como un reproche: estaba interfiriendo con su ceremonia. Entonces él se volvió hacia Esther y se dio cuenta, por la mirada como avergonzada de su hija, que ella también lo había sorprendido observando a la muchacha. ¿Serían celos? ¿O

le reprochaba algo como padre? Miró a Esther y la halló tan bella como a la chica y se lo dijo con una sonrisa. Esther volvió a hacerle su saludo con la mano: parecía haber sido perdonado. Antes solo tenía que ocuparse de Esther; ahora además, tenía que darle cuentas. ¿Cuentas de qué? Trató de analizar su propia mirada a la chica —censurada por ambas casi simultáneamente— y no descubrió deseo o nostalgia de algo, sino simple impertinencia. A su edad, con su experiencia, todavía seguía faltándole discreción.

De pronto, vio a la chica ponerse vivamente de pie. De espaldas a él se quitó el reloj y se agachó para guardarlo en su bolso. La ropa de baño se le metió aún más entre las nalgas, y ella se la arregló haciendo correr los dedos por el filo de la tela, antes de entrar saltando al agua. Solo cuando desapareció de su vista, se dio cuenta de cuánto se había concentrado en la observación: había mucha gente alrededor que Gabriel había estado ignorando. Se distrajo examinando cuerpos y caras, como si tuviese que presentar un informe: tantas personas, tantos hombres y tantas mujeres, tales y cuales colores, en esta u otra posición. Estaba siendo otra vez impertinente; miró a su hija, con el aire furtivo de un ladrón: Esther estaba absorta en su música y las uñas de sus pies. Hecho el recuento, descansó y puso la mente en blanco. Anita apareció en una ráfaga, desnuda, besándose furiosamente con su amigo, apoyados en la mesa de la cocina al día siguiente de la fiesta, cuando él no estaba en casa; la misma improbabilidad de la imagen la hizo desechable y la eliminó fácilmente. El tiempo pasó lenta y benéficamente mientras sentía el sol calentándolo por oleadas. En algún momento debió haberse quedado realmente dormido, porque creyó oír un sonido ligero de campanas, como de un trineo.

Lo que pasó entonces, apenas se despertó y volvió la vista hacia el montón de ropa y la estera que la muchacha había dejado, parecía parte de un sueño: un enorme perro, la boca acezante y las orejas bamboleándole, cruzó en diagonal como si viniese del agua (tenía las patas negras de arena) y después de husmear vasos de cartón y botellas tiradas, se dirigió, como si lo hubiese estado esperando, al lugar de la chica y antes de que Gabriel pudiese hacer nada vio cómo metía el hocico en el bolso y devoraba en un instante lo que parecían unos sandwiches. Esther gritó al perro: «¡Fuera!» y él atinó a tirarle una de sus alpargatas. El objeto golpeó en un flanco del perro y lo hizo recular; el animal volvió los ojos hacia él, con el rencor infinito del hambre. Insinuó una retirada, pero luego, traicioneramente, volvió a la carga, comió algo más y sacudiendo el hocico hizo volar unos papeles de una cartera. Gabriel le gritó para espantarlo, le tiró un resto de la manzana y falló. El perro ladró furioso cuando Esther lo golpeó con su propia zapatilla. El animal se retiró finalmente, saciado o asustado. Entonces Gabriel se dio cuenta, tardíamente, de que los papeles eran en realidad

billetes, el dinero de la chica. Se levantó a toda prisa y logró atrapar un par con el pie, pero los otros ya habían volado lejos. Corrió un poco, trató de pescar uno más y tropezó; los otros billetes, barridos por el viento, habían ido a parar al mar, tras un rompeolas. Cuando regresó lentamente hacia su sitio, el lugar de la chica parecía haber sido escenario de una pequeña batalla. Todo estaba en desorden. Él trató de arreglar un poco las cosas, empezando por la billetera abierta; después guardó los anteojos ahumados de la chica, limpió de arena la radio.

—Mejor la vas a buscar, la muchacha debe estar todavía en el agua —le dijo a Esther.

—¿Por qué no vamos juntos? —dijo Esther, tímidamente.

—Porque yo me quedo aquí cuidando que el perro no venga otra vez. Apúrate, anda.

Ella emprendió la carrera. Gabriel vio una pierna de pollo a medio comer tirada sobre la toalla; el perro había quebrado el hueso de un mordiscón. La envolvió en una servilleta y la puso a un costado. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que el incidente tenía muchos espectadores, que hacían comentarios o se reían. En realidad, la situación era cómica, pero Gabriel se imaginaba que para la chica iba a ser el triste fin de un día de descanso. Algunos veraneantes que recién se acercaban a esa área de la playa lo miraron como si fuese un vagabundo hurgando en posesiones ajenas en busca de algo. ¿Se estaba complicando demasiado en algo? A lo lejos, cerca de la zona de estacionamiento, alcanzó a ver a un policía y pensó que tal vez alguno de los que lo habían tomado por un sospechoso podía informar sobre lo que habían visto. ¿Cómo explicarle a un policía: «Fue el perro el que abrió la cartera y se robó el dinero. Yo me quedé aquí cuidando. No, no conozco a la propietaria»? La misma idea —*un perro que se robó el dinero*— sonaba terriblemente falsa. Por si acaso desdobló los dos billetes que tenía en la mano y los abrió, exhibiéndolos como una prueba de su inocencia. En un mundo de sospechosos como el de esta ciudad, el culpable podía ser cualquiera y, precisamente, el más inconspicuo. Dudó entre cerrar o no el bolso; vio el reloj adentro, semienvuelto en una prenda de seda, y decidió no tocar nada. Se quedó quieto, al lado de las cosas de la muchacha, la mirada ausente, como si quisiese ignorar lo que había ocurrido. Tuvo otra nítida visión del rostro de Anita, trabajosamente empeñada en la boca de su amigo, humedeciéndole los finos bigotes, también entonces se había quedado quieto, satisfecho de sospechar, temeroso de saber.

Las dos esbeltas figuras de Esther y la muchacha aparecieron juntas, húmedas, corriendo en dirección a él. Gabriel se levantó aliviado: ahora todo se arreglaría. La muchacha tenía una mirada ansiosa, que los ojos ya hervidos por el sol

hacían más tenaz. Confusa, se echó el pelo hacia atrás y se tiró de rodillas sobre la estera. Parecía una gitana rodeada por sus hatos de ropa y víveres deshechos.

—Oh, Dios —dijo—. ¡Qué desastre! ¿De quién es el perro?

Hablaba con indignación, buscando un culpable.

—Era un perro callejero, no tenía collar ni nada —dijo Gabriel—. No pudimos evitarlo: cuando nos dimos cuenta ya había hecho gran parte del daño.

—Gracias, muchas gracias, señor —dijo la chica y por primera vez lo miró a los ojos humanamente, movida por la gratitud y por algo que seguramente no conocía: la solidaridad de un extraño. Encontró con alegría su reloj, pero siguió buscando algo más.

—¿Qué le falta? —le preguntó Gabriel.

—No encuentro las llaves del auto —dijo la chica—. Estaban aquí, estoy segura.

—Quizá se cayeron en la arena —dijo Gabriel.

—Mierda —masculló la chica, frustrada por la búsqueda, pero de inmediato se disculpó mirando a Esther—. Perdone, perdonenme ustedes; estoy tan furiosa.

Esther estaba en cuatro patas, tanteando metódicamente la arena alrededor de la estera, usando los dedos como rastrillo. La chica la imitó y él vio los bordes blancos de sus pechos ahora semidescubiertos; tenía la exacta redondez de medias toronjas. Veía también cómo subían y bajaban con la respiración agitada, los pezones transparentándose bajo la tela húmeda como manchas rugosas y puntiagudas.

—¡Aquí están! —gritó triunfalmente Esther, sacudiendo un pequeño llavero con una insignia azul de Ford.

—¡Oh, qué suerte! —dijo la muchacha y besó las llaves con una alegría infantil que hizo sonreír a Gabriel y Esther.

—Esto es todo lo que pude salvar de su dinero —dijo Gabriel mostrándole los billetes.

—¿Mi dinero? ¿También se llevó mi dinero? —dijo con una mueca de incredulidad que descompuso la cara que (ahora él la veía bien) tenía una fina osatura dominada por una nariz afilada como el espinazo de un pájaro.

Gabriel miró a Esther: ¿no le había dicho eso a la muchacha cuando la encontró? Esther puso una cara de total inocencia: suponía que su padre seguía siendo el encargado de los asuntos graves, de dar las malas noticias. La chica volvió a caer de rodillas, derrotada. Los ojos enrojecidos expulsaron una humedad tristonja y escasa, como una secreción enferma, sus manos empezaron maquinalmente a enrollar una toalla, pero luego la arrojó con cólera sobre la arena, igual que el asistente de un boxeador ya muy golpeado.

—Mire —dijo Gabriel, en un tono muy calmado—, ya sé que es molesto lo que ha pasado, pero por ahora no se preocupe más. Yo le puedo prestar lo que necesite.

La muchacha no pareció haberlo escuchado, porque dijo:

—Oh, Dios, ¿qué voy a hacer ahora? Apenas tengo gasolina en el tanque y vivo muy lejos —resopló por la nariz con fuerza y agregó:— Maldito perro.

—Como le digo —repitió Gabriel—, olvídense ahora del dinero y del perro. Vaya a casa. Dígame lo que necesita.

—Oh, no señor. Yo no puedo aceptar eso.

—No se lo estoy regalando. Se lo estoy prestando.

—Yo no los conozco a ustedes... No sé dónde...

Él le extendió la mano y dijo su nombre; ella dijo el suyo.

—Esta es mi hija Esther —agregó Gabriel.

—Hola, Esther —dijo la muchacha—. Gracias, han sido ustedes muy buenos. Pero el dinero...

—Déjese de tonterías —dijo él, con amigable impaciencia—. Tome esto, creo que le alcanzará para llegar a un grifo y luego a casa. Más bien, ponga sus cosas en orden y vea que no deja nada olvidado.

Le dio unos billetes doblados en el puño vuelto hacia abajo, como si le estuviese pasando un paquete de droga: no quería ofenderla ni llamar la atención. Pensó que Anita tenía razón de molestarse (a él le había parecido entonces un escrúpulo tonto) cuando él intentaba darle dinero en plena calle: «Van a creer que soy una puta». Una puta muy improbable, se decía él, con esos severos trajes grises y sus púdicos escotes. Tal vez la pobre fantaseaba; tal vez debajo, no en su cuerpo, sino debajo de su cuerpo, había una mujer ardiente, capaz de enloquecer a un hombre.

—Gracias, señor, —dijo la muchacha que, de pronto, parecía más joven: no esa sirena dura y experimentada que se asoleaba indiferente un rato antes, sino una chiquilla con un padre como él en alguna parte, esperándola. ¿Veinte, veintidós años? Creyó ver en uno de sus dedos un anillo de compromiso. ¿O era de matrimonio? No, porque entonces habría estado con su marido. ¿Viuda entonces? Gabriel se sonrió consigo mismo, pero también de las costumbres sociales que imponían marcos para distinguir las parejas de solteros. Se le ocurrió que sería una buena idea que los viudos llevaran un cartel, bastante grande, colgado del pecho, como los ciegos, en el que pudiese leerse esa palabra que los colocaba entre los dos grandes reinos, en una zona indeterminada pero esperanzada, como los niños en el limbo.

—Tampoco tengo papel ni lápiz para apuntar su dirección —le dijo la muchacha con un gesto de contrariedad—. ¿Tiene usted?

—Un momentito —dijo él y fue rápidamente a buscar su propio bolso. Encontró la libretita azul de filos dorados y el lápiz en su anillo de plástico al lado. Siempre la llevaba a todas partes, para asombro de Anita. «Si acaso nos perdemos en tierras de infieles, al menos podemos dejar un mensaje», le decía él haciéndola reír. Apuntó con claridad su nombre, teléfono y dirección, arrancó la paginita y se la dio a la muchacha.

—Gracias, señor —dijo otra vez ella—. Mañana temprano paso a dejarle el dinero.

—No hay ningún apuro. Pase cuando pueda.

—¿Siempre hay alguien en casa?

Casi siempre. Mejor llame por teléfono antes para no hacer un viaje en vano.

—Uf, no sé qué habría hecho sin su ayuda. Qué fastidio, qué desastre todo.

—Vuelva tranquila a casa ahora. Y no se olvide de la gasolina.

—Oh, no, de ningún modo —dijo, mientras empezaba a ponerse unos shorts de color militar y una camiseta de algodón a rayas. Hizo un rápido recuento de sus cosas. Se agachó una vez más (él vio que las nalgas húmedas habían dejado en los shorts dos manchas del tamaño de una pelota de tenis) y rescató del fondo del bolso un simpático gorrito rojo que tenía la leyenda «BAHAMAS: YOUR PLACE IN THE SUN» atravesada por una palmeras. Le sonrió calmada pero distante: todos sus planes debían haberse ido al diablo. El sol estaba ya sesgado, levantando escamas de luz en el mar que sonaba con fuerza. El viento arrastraba en remolinos los desperdicios de la gente. Se despidieron. Él la vio marchar sin mucha gracia, cansada, pateando la arena.

Cuando estaban en el auto, ya de regreso, Esther mantuvo uno de sus largos y pensativos silencios, hasta que por fin le dijo:

—Papi, ¿sabes una cosa?

—¿Qué cosa?

—Esa chica no va a ir a la casa a devolverte el dinero. Ni siquiera va a llamarte por teléfono.

—¿Por qué?

Los ojos de Esther brillaron entonces con el odioso desdén de una persona ya adulta.

—Porque tiene cara de vagabunda —dijo, y agregó: —Como el perro.

Él le dijo, sin mayor convicción, que se equivocaba y que era mejor esperar que la gente obrase de buena fe. Además, qué importaba: la suma era tan pequeña. Pero también pensó que ya se había olvidado del nombre de la muchacha y de pedirle su propia dirección.

Esther no se equivocó, pero él no pensó realmente en ello sino un año después. Era otra vez su cumpleaños y estaban en la playa, como de costumbre, aproximadamente a la misma hora y en el mismo lugar, Esther ya convertida en una atractiva jovencita con labios cuidadosamente pintados y párpados con sombra, él nuevamente resignado a su revista aparentemente tan llena de noticias —en Londres, dos jumbojets habían chocado en el aire y el número de muertos era un récord, el Papa recorría triunfalmente Tailandia— y en realidad tan vacía como sus recuerdos. De pronto, se dieron cuenta (Esther un instante antes de él) de que la muchacha con grandes anteojos de bordes plateados y con el sostén del bikini suelto en la espalda mientras leía bocabajo un best-seller barato —la carátula tenía una mascarilla diabólica y el título CAVEAT EMPTOR en letras góticas—, acompañada por un hombre que parecía no tener un solo pelo en el cuerpo bulboso de levantador de pesas, era la misma muchacha del año pasado, la del incidente con el perro. Por un momento, ella se quitó los anteojos para darse un respiro de la lectura; la mirada de Gabriel y la de ella se cruzaron (él había borrado toda expresión de su propia cara, como si fuese a tomarse una foto de pasaporte), y los ojos siempre afiebrados de la chica lo miraron exactamente con el reproche y la dureza de la primera vez. No lo reconoció en absoluto.

La voz de Esther sonó particularmente feliz:

—Te lo dije, papi —y le hizo el gracioso saludo con los dedos de la mano antes de echarse otra vez a reposar junto a la radio, en la que una voz femenina se quejaba del corazón duro de un muchacho de grandes ojos bondadosos.

Gabriel abandonó su revista y trató de descansar él también, recordando tantos días secretamente felices que Anita le había dado sin exigir nada a cambio.

(De *La última fiesta*. Lima: Editorial Apoyo, 1998)

GASTÓN FERNÁNDEZ

Gastón Fernández Carrera nació en Lima en 1940. Inició sus estudios en la Facultad de Letras en la Universidad Católica en 1957. Publicó muchos cuentos bajo el título de *Relato aparente* en revistas como *Kuntur*, *Humbolt*, *Revista Peruana de Cultura*, *Eco* y *Hueso Húmero*. Murió en Bruselas en 1997.

RELATO APARENTE

Dibujo 8. «El barón Karl von Grainberg dibujante es solo Karl von Grainberg, me dice Andreas, el barón es Karl».

Andreas piensa en un instante, imposible, que le permitirá ver aparecer a alguien por alguna callejuela oscura de la ciudad, saliendo de la nada, detrás de un carboncillo, a través de la espesura despiadada de la realidad.

Casi ocultos por el sitio que ocupan sobre el papel, un hombre muestra a dos mujeres la frondosidad de un árbol señalándolo con su bastón. Es sin ninguna duda el mismo patio interior de un castillo en ruinas, y la frondosidad del árbol tan espesa, que uno de los torreones es literalmente roído por el carboncillo. Las dos mujeres observan el árbol sin moverse. Los automóviles avanzan. El tráfico es impalpable a causa de la velocidad misma. Tráfico veloz, increíblemente veloz. Increíble, debido sobre todo —quizás únicamente, dice Andreas— a esos lapsos paradójicos durante los cuales, cuajados en su propio raudal, los automóviles se inmovilizan en la inmensidad. La visión roza los límites de lo imaginario, tráfico inaccesible al ser humano; tráfigo palpable solo a causa de un reflejo que nos llega a Andreas y a mí desde el puente, muy alto, donde lo vemos, hasta nuestras conciencias —tanto más inaccesible cuanto que Andreas me ha señalado, varias veces ya, la incalculable anchura del río, la vegetación alrededor verde-roja, exuberante—. Nuestra infinita pequeñez, todo aquello en lo que él me asegura otra vez caber demasiado. En una ciudad en la que ninguna antigua aparición ya es posible. Andreas me señala nuevamente el río.

Estamos totalmente sumidos en la oscuridad de la ciudad. La realidad oscila —o transcurre— porque el castillo, iluminado, permanece a nuestra izquierda, pegando su costra a la luz de un reflector. El carboncillo está inmóvil. Andreas señala el río, el castillo está sobre el papel, Clemens von Brentano y un carpintero no tuercen en silencio la esquina de una callejuela sucediendo, en realidad, al ruido de sus pasos —el brazo de Andreas me roza.

—La reconstitución exterior de un antiguo elemento de la ciudad es ahora imposible —me dice, como terminando una frase. «Un ruido, por ejemplo, ya no es. Es más: no puede ser. Es como si lo que te representaras fallara. Sobre todo porque lo que te representas no es el resultado de un pensamiento, algo absolu-

to, sino su memoria; una reconstitución mental imposible. Nada consistente, nada denso, nada volumen, solo un vaho natural. Si piensas sólo un poco verás», luego Andreas perdió su mirada en el río diciendo que la tortura tenía todos los privilegios, incluso el de la reconstitución, pero no tenía memoria. «La tortura no tiene tiempo».

Dibujo 11. La llama del encendedor de Andreas me cierra los ojos, el brazo de Andreas se recoge. Los muros del patio de Karl pululan de escombros (una pareja se abre paso). La minucia de Karl es impresionante: la pareja se abre paso efectivamente y logra llegar frente al muro mayor, cuyo trazo es tan perfecto que los bloques de piedra, progresivamente realzados por el carboncillo, se confunden con la realidad. Andreas y yo caminamos por las mismas calles —la aparición de Clemens von Brentano se borró por sí sola o Andreas me prendió el cigarrillo hablándome—, su brazo se recogió por la pasarela del puente. Andreas estaba todavía acodado sobre ella. El paisaje se endureció en plena realidad.

¿Beatriz?...

Andreas me miró como un perro con el rabo entre las piernas. «Brentano», decía despacio. «Karl».

—Karl. «Karl» —mirándome como embobado, luchando por reducir la calidad del barón dibujante a su solo nombre, y luego ese nombre al sonido a fin de ver si, pronunciado una y otra vez, este lograba también hacer desaparecer su significación.

—«Karl», dijo; repitió. Andreas guardó el encendedor. Las calles de la ciudad se superpusieron a las mismas, exactas, recorridas antiguamente por Clemens von Brentano, formando la misma imagen. Para Andreas, la realidad no fue un palimpsesto, lo que hubiera sido incluso agradable, sino la imagen misma de lo que ya no existía siendo lo mismo; o para decirlo apropiadamente, un palimpsesto al revés: la profundidad ocultando a la superficie; el pasado royendo la actualidad; la muerte superponiéndose a la vida, que se puso paradójicamente a morir, con Andreas y yo adentro. Mirado así, el río también fue también sinónimo de profundidad: profundidad chata, estática, evidente. Ancha conmemoración de lo que quedó a la vista de lo único que se podía contemplar en un río si uno se esforzaba en mantener la vista fija en un solo punto, es decir la ley de la inmovilidad; del cadáver plano, repetido. Profundidad a la carga eminentemente superficial —como cuando se dice que todos los cuerpos flotan—.

Así superpuestas a las de Clemens von Brentano las calles que recorrimos resultaron también de ese fulgor minúsculo (de un pensamiento artificial: la memoria terrible de Andreas. Cuando este me dijo «Beatriz es un paisaje». Él me

señaló el río. Reflejo inconsciente o no, el hecho fue que Andreas hizo ese gesto aturdido con la mano, casi informe de aquel que parece pensar demasiado en lo que dice pero que pide a gritos un interlocutor, aterrado por lo que acaba de descubrir, que el menor pensamiento es una memoria, que la realidad es una sola continua aberración, que el amor es un propio conducto y que solo la tortura tiene el privilegio de la reconstitución del pasado, pero no tiene memoria, ni tiempo. Andreas comenzó un ligero movimiento hacia atrás).

—Lo que es importante, es que el pasaje en cuestión es mío —dijo, luego Brentano desapareció en su memoria. Karl insistió: la realidad era inmensa y la minucia tal que la obsesión de Andreas no fue sino el resultado de la realidad. Clemens von Brentano había pasado rápidamente por su rostro impregnándose en él, solo para borrarse automáticamente. Andreas sacó la vista del río, se enderezó, se incorporó. Su expresión trajo en aquel momento toda la exaltación del viajero, de un recién llegado, o de un desconocido que hace todas las preguntas posibles mirándome como si verdaderamente Andreas hubiera venido de lejos. (Y si ahora digo viajero, o tildo la expresión alucinada de Andreas de inocencia, es porque coloco a Andreas en la órbita misma de sus ojos trayéndome desde lejos una mueca de pavor, que me dejó en silencio, y me dio la falsa impresión de dominar toda la ciudad desde el puente. Andreas acarició apenas el mentón de Beatriz con el dorso de la mano, tanteando una realidad, pero todo su cuerpo se abalanzó sobre ella asiendo violentamente los pechos y las nalgas y aferrándose desesperadamente a otra especie de esfera hasta que el cuerpo de Beatriz se deslizó hacia atrás. Andreas estaba completamente ausente.

Dibujo 18. Nos separamos para evitar un montículo de basura que quedó en medio, pasando al lado de inexplicables bustos romanos.

Barracks AZ BILL. 32 D. Cuartel General. AAM. Del fondo del torreón salió una pareja. Karl había hecho una ampliación. Un verdadero torreón. Andreas y yo caminamos todavía un rato hasta la plaza principal: una fanfarria municipal, una muchedumbre dispersa en el orificio de la plaza mayor. De una ojeada Andreas captó lo esencial: la noche. Luego aparecieron las fachadas de las casas del renacimiento, los ángulos, el cuadrilátero de la plaza se hizo con relativa facilidad: humo de viandas, ajeteo de kioscos, humareda de alientos, espaldas curvadas hacia adelante. —El frío—.

Una niña estaba mirándonos. La plaza se animó.

—Lo que me queda por decir, al final —dijo Andreas—, es que el pasaje de Beatriz es mío. Es importante... Estoy solamente pensando en que es lo último que me queda por decir, que el pasaje de Beatriz es mío—. La ampliación de

Karl estaba delante de nuestros ojos. Un magnífico torreón de piedra por encima de las fachadas, más allá. Alguien compró una piel de zorro plastificada en el kiosco principal, donde se vendía vino caliente. Su brazo se adelantó, retrocedió, Andreas miró en torno despacio, rápidamente. El mundo estaba lleno de símbolos. De vestidos. De emblemas. La niña estaba desapareciendo con sus piernas por una callejuela. La ampliación de Karl nos llegó a través de algo insignificante: el polvo del carboncillo nos dejó ver incluso un brillo opaco en la superficie del papel mirado en oblicua que no modificó en lo más mínimo la estructura del torreón. Es más: Andreas miró el torreón, donde todo estaba en silencio: la luz del reflector municipal incrustó al torreón en su sitio. Fue inevitable. Andreas me miró. En la plaza la fanfarria se materializó tanto como el frío, intenso, cual si la humanidad en aquel orificio lo hubiera decidido así (pero no. La gente echó aliento por la boca, charló varias veces, se distribuyó perfectamente durante esos minutos de un lado a otro del orificio central de la ciudad).

¿Adónde? ¿Y adónde es? Y quién, realmente, es ese hueco núcleo de la ciudad? ¿De qué ciudad? Y de-qué-modo. Con qué consistencia. Sobre todo: adónde, si cada quien tenía su respectivo punto de vista y se desplazaba sin término intercambiando sitios. La plaza con qué consistencia. Quién, en ella, con qué intenciones. Con qué manos en las manos, para verdaderamente tomar el mundo si un extraño tuviera de pronto la idea extravagante o escandalosa de decirle agárrelo. Señor, agárrelo... Y fuera de la plaza, más allá de las fachadas, cual una consecuencia viciosa, lo que Andreas temía sobre todas las cosas: otras plazas, otras ciudades: la contingencia. La simultaneidad. Ciudades inexistentes, en un magnífico y absurdo paralelismo exterior, sin ningún absoluto. La plaza, cuántas veces. Una inimaginable, improbable, cierta, y angustiosa repetición. Un tiempo infinito, silencioso, a partir del movimiento de una plaza. La unicidad de la plaza estaba rompiéndose en mil pedazos. La realidad pasó por la memoria de Andreas. Andreas me hizo un gesto nervioso, hubo un extraordinario barullo exterior, viniendo de atrás de las fachadas, mucho más allá del torreón de Karl pero que rebotó claramente en medio de la fanfarria hasta que pareció desvanecerse. Nos preguntamos de dónde podía venir. ¿De dónde? La niña estaba mirándonos, con sus piernas. Andreas escuchó nítidamente el grito prolongado, hercúleo, de una estrecha sala de tortura.

Sala de fiesta. Snack donde se come mirando la fachada incomprensible de una iglesia barroca. Tiempo atrás el snack había sido salón. Por la ventana Andreas miró una iglesia barroca incomprensible. Su memoria se detuvo en el ancho espacio del snack, entre emblemas y muebles de estilo, candelabros, minuetos, lenguajes, aplicaciones de estuco.

Dibujo 21. El snack estaba soberbiamente situado en el piso superior, dando frente a esa iglesia reflejada. ¿Qué iglesia? Andreas me prendió el cigarrillo. Karl había cabalmente reproducido el río, visto desde el torreón donde estamos; yo me acerqué a los bordes del muñón, reproducidos al milímetro exacto, desde donde podía observarse la amplitud del río; Andreas y yo estábamos en silencio, con la posibilidad del palpar toda la solidez de la realidad. La iglesia, sin embargo, estaba allí. Karl había sido suficientemente precavido como para dejar en su superficie, cual una jerga obscena e irresponsable, putti, guirnaldas, delfines, arabescos detrás de una ventana. Las aplicaciones de estuco del snack, pensándolo bien, podían todavía desprenderse, romperse en cristales sobre nuestras cabezas, encontrar entre los escombros restos de ventanas barrocas, arquimesas, chorreras, pedazos de río. Andreas me estaba apretando violentamente la mano. La niña no estaba allí.

Cuando pienso que la circumspecta agitación del snack se había reducido para Andreas a algunos cuantos objetos desmesurados: las aplicaciones de estuco encima de nuestras cabezas, una iglesia barroca y la inmensidad del espacio de un salón de baile que ya no era, exactamente en el mismo sitio, me parece comprender que el dolor que me pasó Andreas al mirarme de ese modo me transmitió algo mucho más grave: cómo el pasado del compañero que él tenía al alcance de su mano era también invisible. Y si yo, en buena cuenta, estaba allí. Hubo una inconcebible disociación. Clemens von Brentano desapareció por un callejón. Desde el torreón las casas que bordeaban el río se destacaban correctamente unas de otras, perfectamente adaptadas —hechas— al espacio exterior. La reproducción de Karl permitía todas las reconstituciones posibles, mas la realidad, perfecta, se sustrajo otra vez. La disociación también fue manifiesta alrededor del Barracks AZ BILL y del Cuartel general. Los transeúntes no miraban, a fin de aprehenderlos en su verdadera significación, o de destruirlos. Los bustos romanos expuestos sobre zócalos ni parecieron percatarse, en la plaza, de que el aliento de sus bocas escondía durante algunos segundos las mismas fachadas del renacimiento: los lectores en los kioscos de libros y revistas no leyeron tampoco las verdaderas páginas. «Señor, agárrelo»... Y como una profecía salida del vientre mismo del snack sobrecargado de escaupines, de candelabros, de faldones y otros murmullos los dirigentes de la ciudad no se conformarían tampoco a lo que Andreas me lanzó de pronto, «pueblo», gritándome. Como si no hubiera habido nunca bustos romanos en las calles o verdades absolutas para proclamar o pueblo, lo que hubiese sido perfectamente normal si nada de todo aquello se hubiese puesto a continuar.

—¡Qué mierda hacen bustos romanos aquí!

En la memoria de Andreas la disociación se estableció para siempre con la misma impasible inmoralidad. La simultaneidad se empecinó en resonar, en agregarse, el eco se dilató en sus oídos al punto de que en todas las plazas Andreas escuchó el mismo alarido hercúleo (pero allá no hubo ninguna disociación. El barullo que Andreas acababa de escuchar en al plaza pareció unísono, tanto más cuanto que el grito de todos esos Hércules como Andreas, o Ingmar, se reprodujo al mismo tiempo en todos los rincones de la ciudad a favor de altoparlantes de alta fidelidad. Recorriendo las callejuelas, atravesando prestamente cloacas, badenes, filtrándose incluso por arterias, tuberías, fisuras puertas y ventanas; alimentando a los escuchas, hasta que también el silencio llegó).

Andreas imaginó algo insólito: Beatriz pasando por la plaza delante de él y desapareciendo por el otro extremo. No fue necesario, además que la humareda del tumulto la ocultara o la confundiera con los otros en ese frío: Beatriz pasó como un espectro. Completamente lejos de Andreas, sin prisa, tan luminosamente lenta en ese transcurso interminable que Andreas pudo descomponer sus pasos, ver a Beatriz pasar por trozos, dejar detrás de ella miembros extraños como si Andreas hubiese querido ver en cada uno de ellos la certidumbre de Beatriz —o recomponer un (imposible) pasaje—.

Dibujo 36. Andreas atravesó rápido la plaza, la cabeza gacha; detrás de él quedó la cárcel como una mole. Estaba todavía allí cuando Andreas, más adelante, volteó para acordarse, para saber. Beatriz ya no estaba tampoco allí, ni Carlos, ni Ingmar. El aire que se respira otra vez es casi una agonía cuando está desprovisto de sistema electrónico: la celda de Andreas fue una máquina perfeccionada. Al frente, separada solo por el corredor central, tomó sitio la celda de Beatriz. Otras celdas se distribuyeron a lo largo y ancho del sétimo piso. La de Carlos, la de Ingmar, la de Javier, la de Enrique. La celda contigua a la de Andreas estaba vacía; en la suya la ciudad se adivinaba a través de un simple ojo de buey. Andreas y yo observamos mucho tiempo, mucho tiempo el dibujo de Karl. No es que hubiera habido semejanza. No; pero los bordes del muñón del torreón de Karl, desde donde observamos la amplitud sofocante, angustiosa, del río, están tan bien delineados, que el torreón parece una ruina; y debemos mirar la ampliación de Karl para saber. El corredor central estaba iluminado permanentemente por un potente reflector manipulado electrónicamente como un faro pirata. Cada vez que Andreas salió de su celda la intensa claridad del corredor, aun de

día, le recordó la realidad del corredor. Faro y ojo al mismo tiempo, distribuido en todos los lugares estratégicos de la cárcel simultánea al ojo blanduzco de los carceleros que no les quitaron jamás el ojo de encima. Así fue de todo su cuerpo controlado y grabado por la arquitectura mental de la cárcel, al punto de que cuando el cuerpo de Andreas era dos —esporádicamente al lado de Beatriz, de Ingmar, de Carlos— la máquina se percataba del enrarecimiento del aire. Cada gesto fue captado y archivado por un faro de control total al que ningún signo de vida escapó.

Una maqueta que reproducía el piso de Andreas, desprovisto de techo, mostraba a los detenidos la indecencia de su propio espacio, la celda de Beatriz, la de Ingmar, la de Carlos; la de Enrique, la de Javier, la galería para un paseo diario, los faros piratas, la distribución de recorridos, el laberinto de formas, la ubicación exacta de cada objeto. La ejecución de futuro. Solo faltaban ellos en esa diabólica reducción de la realidad, pero para eso ellos estaban allí, no tenían sino que pensar. Andreas no tenía sino que ocuparse en sí mismo. Parado delante del ojo de buey, sin distinguir la ciudad, sin vida casi, exaltado por la sola percepción física del mundo y la realidad de su propia mirada, Andreas miró el río, se detuvo en sí mismo, pensó en Beatriz, recordó la perfecta distribución del laberinto convirtiéndose en uno de los recovecos del tiempo. La plaza explotó. Una pareja señaló el río. Andreas dirigió su mirada a cada una de las cuatro esquinas de la plaza a partir de las cuales el tiempo tomaba lugar: la aparición súbita de Clemes von Brentano; la noche del renacimiento pesando toneladas de oscuridad; una mujer antigua recostándose en la pared de Andreas, las campanas de la iglesia barroca llamando a vísperas. La niña se paseaba por la plaza, pasó delante del sex-shop. Dos mujeres estaban de pie en un espacio minúsculo, el único libre en medio de los escombros del patio de Karl. Delante de ellas el muro mostraba alineadas cuatro ventanas, sin postigos. Sus vanos daban al vacío. Ventanas de una fineza milagrosa: el carboncillo las había plasmado. Karl había dibujado hasta la textura de la piedra, los bordes, las molduras, las articulaciones, el peso. La perfección del acabado dando cara al vacío; el modelo, la abstracción. Lo inexistente. Detrás de las dos mujeres, dos mujeres se acercaban para ocupar el sitio de las primeras. Me sorprendí mirando el dibujo. Andreas no estaba a mi lado. La serenidad que parecía propagarse en la plaza pasó delante de Andreas. La quietud que pareció desnudarse y exhibirse frente a él, paralizado en presencia del espectáculo de una comunidad completamente extranjera a la realidad, atravesó la plaza bamboleándose. Andreas estaba parado inmóvil, casi erguido. Sus ojos se nublaron. Yo me acerqué. En verdad, en la plaza la gente hablaba lenguas incomprensibles, varias, al menos, que muchos no entendían. Ni Andreas ni yo, en todo caso. Una barbarie singular. Andreas miró a la

niña. Sus piernas eran las de Beatriz. Sus caderas eran las de Beatriz. Una cabellera indolente. Manos expertas en conocer las cosas, en definir las. Piel adecuada con toda seguridad al tacto. Boca de animal. La niña tenía la boca entrea-bierta. Su finalidad no parecía específica. Beatriz era una anarquista. Karl había retocado cada uno de los ínfimos elementos de las ventanas con un escrúpulo tal —detalles, sombras, o accidentes— que era posible pensar en una ventana perfecta reforzada por otra más perfecta aún, en un esfuerzo —calmado, sin embargo— de Karl por asegurar la fidelidad de un hecho.

Andreas abrió bien los ojos. La plaza estaba allí. Él estaba allí. La noche fue tangible. Incontestable. Su miembro se llenó del sexo de Beatriz, recordó una pulsión alejada. Una encajada difusa. Una especie de proyección que lo impresionó como una prensa; luego no hubo nada.

La plaza transcurrió todo el tiempo en que Andreas y yo nos mantuvimos en su seno —por así decir—. Incompleta no por inacabada sino por haber sido al contrario demasiado terminada, retocada, trabajada al máximo de ella misma y en la cual cada fragmento adquirió vida propia, y autónoma. Fue curioso: Andreas tuvo fielmente la impresión —paradójica, tanto más probante— de que la realidad fue ese acabado in-finito: la niña evolucionó como un fragmento de la plaza, y esta no pareció justificarse sino como un fragmento de la comunidad. Andreas se tocó. Recordó el rostro mutilado —muerto— de Ingmar. Sin cara, sin morfología exterior en medio de esa multitud de pedazos tan bien calcados de realidad, la tortura permanecía en silencio —fugitiva—. Inalcanzable; completamente desconocida. Sin sitio. Los puercos de la cárcel habían comido los restos y hecho desaparecer las huellas. «Así será mejor para los cuerpos políticos, para la niña de Karl», dijo Andreas, quien me preguntó, en silencio: quién se superpondrá a nosotros al día siguiente. Cómo podremos mirar (el carboncillo no tenía substancia y era perfecto), cómo agarrar (con solo estirar la mano) las fachadas de las casas a lo largo del río, tan sólidas. Andreas vio sorprendido la luna a través del ojo de buey.

Dibujo 51. Andreas vio aferrado a su cama la luna ocupar exactamente la circunferencia del ojo de buey. La última carta de Beatriz: «siento la médula espinal llegarme al cerebro a punta de comprensión. Siento el alma salirseme meada por el cuerpo, Andreas; la imposibilidad atroz de articular una sola palabra, de comprenderle el sentido, a punto de comprensión», pasó. Andreas trató de mirar el fondo del río. Solo vio un punto fijo y una superficie definitivamente chata: de dónde le venía a Andreas el deseo de muerte. Dónde la sombra del sabor anarquista de su propia madre. Dónde exactamente la sombra de los combates

anarquistas de su propia madre, el sabor visceral del internado de su adolescencia, calor alucinante sin embargo, específico, carceral y viril. Un deseo loco de retorno. Dónde esa coherencia mortal. La suma de todos sus compañeros de cárcel no alcanzaba a totalizar ni a explicar a pesar de los esfuerzos de Andreas la milésima parte de su soledad —aún en medio de una plaza pública—. Andreas —repitió— había nacido de esa sombra, y su memoria se anclaría durante muchísimo.

Tiempo en el deseo de que no lo despojara de la sombra de donde provenía. Pero allá había la sombra del vientre de los puercos políticos. Obsesión, quizá, la realidad en la plaza se estaba llenando de máscaras, de sonidos. Alguien al lado hablaba en lengua extranjera; la expresión resonó hueca como un vocablo sin relación; un coágulo sonoro, de trayectoria vertical. Más allá de las fachadas del renacimiento otras plazas eran reproducidas. Casi, hubiéramos dicho, por sí solas. Nada, en verdad, se movió. En la simultaneidad, incomprensible para Andreas, de la ciudad; en su falta de diferencia y en la completa indiferencia de la plaza, se puso a reinar el prodigio de la muerte. «Sentir moverse tus células, Andreas; despertarte en tu celda y abrir los ojos: imposible saber si tiembles de frío o de fiebre, si eres, si estás. Imposibilidad total de recordar». Andreas no pensó en Beatriz. O si pensó, se sintió llevar a cabo el mecanismo de no saber realmente. Llorar fue el ápice de esa ignorancia. La luna estaba en el lugar exacto ocupado antes por el ojo de buey; Andreas miró precipitadamente la puerta de su celda; luego la luna, que infló el cuarto. Sus ojos se dieron, estupefactos, con una superficie únicamente blanquecina sin cualidad, sin contexto; sin materia, sin atributos; sin definición, que lo estaba desplazando brutalmente de su celda. ¿Eran acaso alguna superficie? Andreas se sujetó de los barrotes de la cama, se levantó. La sensación de su cuerpo no fue artificial —alejada—. Su cuerpo estaba recibiendo de lleno un movimiento o una acción, un gesto como el de quien toma una manija para abrir una puerta. Andreas sintió el piso ancharse, en todo su cuerpo establecerse una relación, de él a algo. El dolor fue esa relación. La libertad, había gritado Beatriz, era desfigurar a los otros para siempre, lo que era cierto, pero la libertad era imperfecta. Simplemente: la incoherencia existente entre una realidad y su metáfora, la aberración, delirante, de tener siempre que nombrar una realidad para comprenderla fue paralela al dolor de no sentirse solo en una celda, puesto que la imperfección más grande fue en adelante la de no poder jamás conocer el dolor ajeno. El gesto de Andreas había sido ese. Los puercos estaban vestidos. Andreas no pensó en Beatriz.

La luna desapareció, los puercos bailaron.

La luna ya no estaba allí.

¡Ingmar!

Había muchedumbres girando en torno a plazas cuadriláteros dameros.

El silencio estuvo a punto de estallar. Hubo un momento impresionante porque la celda se había alterado agudizando el espacio, cuando el silencio del piso entero cobró vida. Andreas seguía allí. La comunicación con los otros se hizo como las corrientes, pasando de cuerpo a cuerpo; a pesar de ello no fue el cuerpo de Andreas quien se acordó de los compañeros de cárcel. Fue otra cosa. Una champa de plomo alrededor presionando el cerebro y aislando la cárcel, el piso, la maqueta, la celda y la memoria de Andreas pensando abotagado en Beatriz, en Ingmar. Todos dormían además; pero fue con toda seguridad aquella alternativa del silencio que provocó la impresión de un universo suspenso en el centro mismo del silencio que se abatió sobre la cárcel: todos dormían respirando. Para Andreas la revelación fue casi trágica porque el universo se suspendió de ese ritmo tan familiar y arbitrario de la respiración; de las posturas acostadas y diferentes de Beatriz, de Ingmar, de los otros, sobre todo de sus posturas acostadas en la noche; sobre todo en la noche, en un inclemente derroche de libertad (y la soledad hizo más intenso el espacio exterior; Andreas supo, otra vez, que aquel derroche adoptaría las posturas que quisiese guiado incluso por el dolor, aun insensible).

La niña nos miró. Andreas prendió con dificultad un cigarrillo al cruzarnos con ella, recordó la profunda impresión que le causó ver el anarquismo de su madre impregnándose en las paredes de su celda igual a una copia. Se levantó. Su escándalo no se dirigió a su madre ni a la estúpida herencia de un gesto. Había una inteligencia superior capaz de abofetear a Ingmar con un guante idóneo, despellejado previamente: la propia piel de la mano derecha de Ingmar. Había la herencia del puerco, la caricia de un cuerpo político.

Dibujo 70. Un hombre camina sobre el muro. Bastón, sombrero, abrigo, zapatos de charol, mano izquierda en el bolsillo del abrigo. Si avanza se caerá al llegar al límite del muro. Caerá sobre los escombros, sobre ortigas y sobre pedazos de ánfora. Un hombre de perfil camina hacia un muro ciego. Bastón, sombrero, abrigo, zapatos de charol bajo un reloj solar. Andreas me señala el

gran dibujo de Karl. Palmas; escudos; leones; armas; acantos; tríglifos; cariátides; gallones; franjas; conchas; paños; músculos; florones; molduras; zócalos; peras; mascarones; antebrazos; guirnaldas; ovos; volutas; surrealismo; locura. Sinrazón. Quizás, en última instancia, esa siniestra maravilla bajo forma de escombros en forma de decoración. La niña pasaba al lado de las inmundicias de la plaza, puso una moneda, en el recipiente del órgano de Barbaria. La sirena de la policía se escuchó en las cercanías, se quedó en medio. El anarquismo era abierto. Ineficaz, ruidoso, inerte porque imposibilitado de seducir, la tortura al contrario era cerrada, eficaz, silenciosa. Vívida. Comunicativa. Andreas no se movió. La niña estaba tomando otra dirección. El cuerpo de Beatriz lo angustió. En medio de la plaza, que en buena cuenta no cesaba de agitarse, Andreas tuvo miedo de pensar que el cuerpo de Beatriz lo ahogó porque era precario: que la inmortalidad no era un problema. De decir: no hay sino la muerte, no es que la muerte es la única que gana; es que nadie pierde: no hay sino la muerte. Andreas estaba mirando el torreón. No ha pasado nada. Clemens von Brentano miraba detenidamente el busto de Cicerón. Ingmar había sido obligado a rasgar su guitarra con esa piel; luego le cortaron los dedos, uno a uno. La niña pidió algo al organista. (Andreas seguía mirando fijamente el torreón de Karl —para ello no hizo ningún esfuerzo—; Andreas miró el espectáculo: de cerca, o de frente a frente, el cuerpo de Beatriz le parecería perfectamente conocido; su presencia una conformidad, acuerdo, armonía, concordancia. Algo «conforme». Una suerte de fidelidad a la existencia de Andreas: mirada de lejos, apenas a una distancia prudencial, la misma Beatriz se transformaría en mujer, una solitaria bellísima en un café; una imagen imperecedera e inexistente —una desconocida con senos, historia, posibilidad. La imagen misma pura y simple del deseo. ¿De quién?

Reproducirla lo mejor posible. Hacer como si no la hubiese olvidado. No pensar en ella. Retener sus formas, sus facciones, su morfología interior. Retener las formas de Ingmar. Nada debajo de la nariz y encima de las comisuras. Nada en la boca abierta —ni siquiera así la boca pareció figurar un velo negro; sin mejillas, sin cara— los dedos y las orejas ya habían sido arrojados a los puercos. Era curioso: los ojos y la piel de Ingmar sin color, la plaza empecinándose en su cuadrilátero, en sus fachadas, en sus copias universales: la tortura insistiendo en ausentarse cínicamente de los límites, de las huellas. «La tortura no tiene forma, me lanzó Andreas. Comida en las pocilgas pasa por encima de las fachadas como una constelación». El tráfago mirado desde el puente no es tampoco capaz de rozarla. No es que él sea demasiado veloz. Es que no hay distancia. Qué pasa. Nadie ha dicho quitarle la superficie a los dibujos de Karl y qué realidad quedará; Andreas creyó quedarse acodado sobre el puente delante de un reflejo, o delante de sus propias postrimerías, o peor que eso, delante quizá de una expre-

sión particular remedando a un sabio, no hablando a la multitud en las plazas para hacer obra útil sino solo para hacer oír lo que resonaba adentro de él. Lo único que pudo articular en ese momento fue lo que dijo acerca de Beatriz: estoy pensando en que es lo último que me queda por decir, que el pasaje de Beatriz es mío. Es importante. Clemens von Brentano reapareció escurriéndose por alguna falla de la realidad. El surrealismo sí tiene forma, dijo Andreas en un último espasmo. Su celda estaba llena. El silencio —sobre todo— se mantenía de la maqueta al edificio entero gracias a la misma constante manipulación electrónica: el silencio hacía rondas. Andreas miró la plaza, memorizó el día de ayer, me vio fumando el cigarrillo, me miró. La niña no estaba allí; ni Clemens von Brentano; Ingmar tampoco. El sexo podrido de Beatriz olía todavía a brea caliente y a vidrio molido, a esperma de puerco, y las ampliaciones verídicas de Karl manipulaban todo el espacio de la ciudad: los escombros probaban, y viceversa. La brea olía a brea, Beatriz había sido torturada con cuerpo médico. Con música. Con placer. Una maqueta del placer hubiera sido muy capaz de reproducir los labios de los puercos escarbando el sexo de Beatriz, la tortura, sincopándose en el infinito y en el infinito del sexo, reconstituiría fácilmente esa novedad. Nadie se movió en la plaza, nadie hizo un gesto o, más bien, la plaza no se movió. La gente intercambiaba lugares y fue como la simple inexistencia del tiempo —el silencio obsesivo, rítmico, computado e insostenible de la tortura cual una comunicación regular.

Había el río y la necesidad natural e imperiosa de borrar las huellas. Los cadáveres que flotaban en la oscuridad del día confundían sus formas con las inmundicias de ambas orillas. Era un mimetismo, se decretó ley.

Namur, primavera-invierno 79

M. Yourcenar

S. Kierkegaard

P. Goldman

U. Meinhof

(En Hueso Húmero, Nº 8, enero-marzo, 1981)

LUIS ENRIQUE TORD

Luis Enrique Tord Romero nació en Lima en 1942. Ingresó a la Facultad de Letras y realizó estudios de Historia en la Universidad Católica entre los años 1958 y 1961.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Oro de Pachacamac. Cuentos. Lima: Ediciones El Virrey, 1985.

Espejo de constelaciones. Cuentos. Lima: Australis, 1991.

Sol de los soles. Novela. Lima: Universidad Nacional Federico Villarreal; Editorial Universitaria, 1998.

CIDE HAMETE BENENGELI, AUTOR DEL QUIJOTE

Pero yo, que, aunque parezco su padre, soy padrastro del Quijote...

Y el prudentísimo Cide Hamete dijo a su pluma:... Para mí solo nació Don Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno...

Miguel de Cervantes Saavedra

El ingenioso hidalgo

Don Quijote de la Mancha

A pesar de mis largos años de historiador, no puedo dejar de sentir ansiedad y sobrecogimiento cuando accedo a alguno de aquellos desordenados repositorios de manuscritos de los conventos andinos, que conocieron hace dos o tres centurias un excepcional florecimiento. Pienso que esos vetustos salones de estanterías atestadas de pergaminos, constituyen el meollo, el corazón mismo, de aquellos claustros magníficos.

Quien haya indagado en esos antiguos repositorios, no podrá evitar sentirse anonadado por el inmenso cúmulo de informaciones preservado a lo largo de la intensa y compleja vida de estos monasterios. Toda la existencia de un historiador no sería suficiente para estudiar con detenimiento uno solo de estos archivos. Por carecer de orden y clasificación, cualquier documento importante que en ellos aparezca constituye un hallazgo de la buena fortuna y no de la previsión. Mientras esos archivos permanezcan desconocidos, parte sustantiva del pasado continuará incomprendido, juzgándosele de manera incompetente. Aquellos testimonios que permanecen sepultados bajo un polvo varias veces centenario encierran una rica historia inexplorada, lo cual hace que sepamos solo lo más epidérmico o episódico acerca del Virreinato y muy poco de sus vivencias intelectuales y espirituales.

Ocurre también que no siempre lo que se halla, por excepcional que parezca, puede ser fácilmente revelado en los medios académicos. Al fin y al cabo los

investigadores sabemos que no todo lo que se escribió —aunque lo registrara un escribano— posee la solidez de un acontecimiento demostrable. Y, para un historiador, tener que dejar «reposando» un documento hasta que su verosimilitud llegue a ser incontrastable, alimenta una ansiedad tal que se llega a lamentar haber tropezado con un testimonio semejante. Yo vivo dominado por una similar perplejidad. Una ansiedad y una desazón tan grandes, que me es insoportable ocultar por tanto tiempo un hallazgo que temo se extravíe o se extinga conmigo; por lo que he resuelto dejarlo escrito en estos apuntes personales para que al menos quede una noticia —aunque frágil, lo sé— de ese inusitado descubrimiento que nunca me atreví a comunicar en congresos y publicaciones académicas. Pero vayamos al grano.

Tras efectuar prolongadas y tenaces gestiones en Lima, logré que el provincial de los franciscanos me autorizara a realizar investigaciones en el archivo conventual de su Orden en la antigua ciudad de Huamanga, hoy Ayacucho. Fue una estadía muy fructífera para los temas que me interesaban. En mis ratos de ocio se me dio por curiosear aquellos manuscritos coloniales tempranos que, por mandato de las autoridades del convento, describían las más íntimas experiencias místicas de los frailes o, en ocasiones, exámenes de conciencia de rara prolijidad. Y fue la lectura del firmado en agosto de 1627 por un fray Diego de la Santa Fe el que desencadenó el único desasosiego incontrolable de mi carrera profesional.

El manuscrito en cuestión se compone de doce folios de formato mayor de buen papel de Holanda cosidos con tripa de carnero. Por haberse conservado en un ambiente seco de sierras sobre los dos mil metros de altura se halla, como casi todo el archivo, en buenas condiciones. La tinta ha adquirido una tenue tonalidad sepia pero no ha perdido nitidez, de tal forma que la transcripción del texto no ofreció ninguna dificultad. A ello hay que sumar la letra del fraile, menuda pero bien dibujada. Su trazo ocupa casi toda la superficie del papel de manera que no ha quedado espacio alguno para márgenes. La firma es perfectamente legible y, como es de rigor, concluye con la sigla OFM —*Ordo Fratrum Minorum*—, y una cruz. Sería farragoso copiar íntegramente este documento, que puede ser consultado en la biblioteca de aquel venerable convento, o en la versión paleográfica de mi archivo particular. Me limitaré a su explicación transcribiendo literalmente algunos pasajes imprescindibles.

Fray Diego de la Santa Fe, luego de las invocaciones religiosas de estilo, precisa desde las primeras líneas que ese testimonio es una confesión que revela su antigua identidad. Agrega que esos recuerdos los trae a colación sometiéndose obedientemente a la indicación de fray Pedro de Moguer, su director espiritual, quien le había ordenado dejarlos por escrito. Aducía aquel consejero de almas

que «una intervención de tanto mérito no debe quedar en el olvido, pues si bien un religioso ha renunciado al mundo por su propia voluntad, habrá otros hombres que se interesen por conocer noticias tan peregrinas acerca de las bellas letras...».

¿Y a qué «noticias tan peregrinas» se refería aquel director espiritual? Veinticinco años atrás —en 1602— fray Diego de la Santa Fe había compartido el mismo calabozo de la Real Cárcel de Sevilla con un recluso de nombre Miguel de Cervantes Saavedra, con quien hizo honda amistad. El hecho no tendría más que un interés anecdótico, si no fuera que fray Diego, en las noches de tristeza y de tedio de aquella prisión que albergaba a dos mil presos, le había descrito a Cervantes los rasgos esenciales de la personalidad fantástica que iba a ser más tarde el protagonista central de su célebre obra *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Aquella novela del antiguo amigo y compañero de desventuras, que fray Diego había leído veinte años más tarde, conmovido y deslumbrado, en aquella remota biblioteca de un convento de los Andes. Tras esta revelación extraordinaria, el religioso confiesa algo de sí mismo tanto o más sorprendente aún: que él, fray Diego de la Santa Fe, en aquella época de Sevilla, bajo el nombre cristiano de Antón Gonzálvez, ocultaba su verdadera identidad: la del morisco cristianizado Hamete ben Gelie. Es decir, que él había sido... aquel mismo «historiador arábigo» que, afirma Cervantes, escribió el *Quijote*: Cide Hamete Benengeli.

Fray Diego de la Santa Fe —o Hamete ben Gelie— se explaya en su desconcertante testimonio con pormenores sobre su origen. Dice que su familia era de moros conversos acogidos a la cristianización impuesta por los Reyes Católicos luego de la toma de Granada. Subraya que, si bien la adopción de la fe de Cristo había sido un acto sincero en la mayoría de los miembros de su familia, en su seno habían persistido prácticas espirituales de antigua ascendencia islámica «profesadas por algunos parientes que habían pertenecido a aquel selecto cuerpo de oficiales de la caballería noble de los califas de Córdoba...». Estas prácticas nunca las consideraron ellos incompatibles con el cristianismo, pues no tocaban sus dogmas, mandatos y creencias fundamentales. Antes bien, las consideraban caminos de realización espiritual que «perfeccionaban la comprensión de las Sagradas Escrituras».

Narra fray Diego que ingresó a la Real Cárcel de Sevilla, precisamente por una acusación de blasfemia e idolatría que había sufrido ante el Santo Oficio de la Inquisición. Recuerda este religioso que el proceso fue sencillo, pero innecesariamente largo. Fue en esta circunstancia que conoció a aquel literato de cierta fama recluido a raíz de confusas cuentas que pedían esclarecer los funcionarios reales. La referencia a los ancestros cordobeses de cada cual y, sobre todo, las

comunes aficiones intelectuales acercaron de inmediato a estos dos hombres en esas mazmorras bulliciosas, atestadas de seres zafios, torcidos y vulgares. Dice fray Diego que fue grande su satisfacción en el trato con Cervantes pues, día a día, apreció en él «un alma sensible y generosa, plena de experiencias, que a pesar de su natural abatimiento por la circunstancia en que se veía envuelto, bullía en proyectos literarios de toda especie...». Pero ninguna de sus impresiones le dejó tan honda huella, como el fino y vasto conocimiento que tenía de aspectos velados e interiores del pensamiento místico islámico. Por cierto, aclara fray Diego, buena parte de ese conocimiento lo había recibido durante su larga prisión de cinco años en Argel luego que fuera capturado, en setiembre de 1576, por el pirata renegado albanés Arnaute Mamí. En esa ocasión, a pesar de su desdichada situación, Cervantes había hecho amistad con importantes escritores árabes de Argel quienes —asevera fray Diego— «fueron cautivados por la espléndida personalidad de aquel hombre imaginativo e ilustrado, que también suscitaba respeto por su valerosa actuación en la batalla de Lepanto, en la que había quedado inutilizado del brazo izquierdo y recibido el reconocimiento del jefe de la liga cristiana contra los turcos, el ínclito Don Juan de Austria».

Si bien fray Diego consideraba que Cervantes había recibido conocimientos fundamentales durante su prisión en Argel, su formación decisiva la había obtenido en aquel misterioso viaje a Orán que efectuó en 1581 como correo del Rey de España ante el alcaide de Mostaganem. Allí entró en relación con notables maestros de las fraternidades sufíes, que lo iniciaron en ejercicios místicos de interiorización y en el conocimiento de venerables doctrinas desconocidas por el vulgo.

«Sabiedo Cervantes de mi ascendencia islámica —dice fray Diego— y sobre todo habiéndose percatado de inmediato que yo tenía noticias serias acerca de aquellas prácticas místicas, me confió con ardiente entusiasmo cómo sus conversaciones con aquellos nobles imanes le habían permitido una comprensión inesperada del mundo espiritual. Esa experiencia le había hecho entender mejor la alta poesía espiritual de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz». Pero, especialmente, precisa el religioso, «...fue como iluminado con las imágenes del juego de espejos que presenta la Realidad y acerca de cuyas sutiles implicaciones son verdaderos eruditos los ascéticos maestros de algunas fraternidades sufíes del norte de Africa».

«Fue a lo largo de esas conversaciones —asevera fray Diego— que Cervantes sintió crecer en él un irrefrenable deseo por componer una obra que describiera la vida del alma noble asediada, agredida y burlada, por las apariencias. No una obra propiamente mística —‘pues para ella hay plumas excelsas de santos’, como él decía— sino una obra humana, aferrada a la tragedia del mundo, de la exis-

tencia. Y cuando lo veía gesticular con tanto ardor en la semipenumbra de la prisión —agregaba nuestro religioso— entendía yo que en verdad hablaba de un drama universal que era su propio drama, comprendido, iluminado diría mejor, por aquella perspectiva filosófica que habían sembrado en él los sutiles espirituales islámicos».

«Fue en una de esas noches sombrías —continuaba fray Diego— en las que nos comunicábamos por susurros nuestros arrebatos fantásticos, que recordé una remota historia que había oído contar en mi infancia a uno de mis tíos. Una de esas historias en las que mediante alegorías se enseña una vieja sabiduría que va formando el espíritu de quienes pertenecen a una misma comunidad de lengua y pensamiento. Aún recuerdo aquella voz nasal e impersonal narrando en árabe, a la luz de un brasero, aquel relato del Caballero del Desierto a quien le ocurren mil y una aventuras de las cuales solo algunas, que había yo retenido, transmití a Cervantes quien, desde aquella noche, y por siete más, escuchó embelesado. En esencia —decía fray Diego— aquel Caballero era uno de los modelos legendarios del inicio de las órdenes de caballería islámicas, siendo la narración de sus aventuras una extensa alegoría de los diversos obstáculos o niveles del conocimiento que debe alcanzar —mediante la experiencia— el ‘peregrino armado’ que viaja en busca de la Amada, es decir, de la Sabiduría. En términos sufíes, de aquél que inicia su travesía desde la desordenada y engañosa apariencia del mundo hasta la total identidad con la Amada que, en verdad, también es la propia alma que yace cautiva entre las pasiones y fantasías de la vida en tanto el caballero peregrino, con sus nobles acciones, no la libere».

«¡Había que ver —exclama fray Diego— el contraste que ofrecía la grandeza y transparencia de esos relatos que nos fascinaban con la sordidez de esa cárcel! Pero no cabe duda de que las audacias y extraordinarias proezas de aquel Caballero del Desierto nos consolaron hasta el extremo de sentirnos como aludidos en nuestra patética circunstancia. Al menos así lo dejó entrever en más de una oportunidad Cervantes, que se reía amargamente al ver fluctuar su existencia entre polos tan contrapuestos como la felicitación y recompensa del propio hermano del Rey Felipe II por su heroico comportamiento en Lepanto, y su desdichada condición de prisionero en Argel, primero, y de reo más tarde, en esa triste cárcel sevillana».

Esa circunstancia reavivó en aquellos dos amigos de infortunio la idea de marcharse al Nuevo Mundo. Cervantes ya lo había intentado años atrás sin conseguirlo. Entre todas las sugerencias que había elevado a Su Majestad, ansiaba ser nombrado Corregidor de Chuquiabo, en el Virreinato del Perú. Luego que salieron los dos de la prisión, Cervantes emprendió viaje a Toledo sin poder lograr su deseado nombramiento en el Nuevo Mundo. Fray Diego —después de

no pocas peripecias que en su confesión detalla— sepultó para siempre su nombre de Hamete ben Gelie trocándolo definitivamente por el de Antón González con el que pasó con dudosos papeles a la Hispaniola, México y, por último, al Perú. Aquí viajó durante veinte años, con el trajín de la venta de muy variada mercadería por las principales ciudades del inmenso Virreinato. Y en todo ese largo lapso no supo más de lecturas ni de amistades de literatos hasta que, ya de setenta y cinco años, sin familia y sin hijos, se encontró con una mediana fortuna entre las manos y una gran desazón en el alma: ¿de qué le había valido tanto mercar si a esa altura de su vida no sentía paz en el espíritu? ¿A quién dejar sus bienes? ¿Qué hacer de su soledad frente a la muerte? Fue así que, como enviado del cielo, escuchó la maravillosa prédica de su actual director espiritual. Luego de una adecuada preparación de dos años, Hamete ben Gelie ingresó al convento franciscano de Huamanga aportando la dote de todos sus bienes. Y así fue que, pocos meses después, en la gran biblioteca de la Orden, pudo leer con inefable sorpresa la Primera Parte del *Quijote* de Cervantes, en la edición príncipe madrileña de 1605, llevada a los Andes por el librero Juan de Sarria al año siguiente de su impresión. Y, cosas de la riqueza bibliográfica que atesoran nuestros conventos, aún pude apreciar hace dos décadas ese mismo ejemplar perfectamente conservado en el convento franciscano de Huamanga... icon la cifra de su precio original: 32 reales!

Revisé con recogimiento y emoción ese libro venerable. Y creí hallar en él las huellas de fray Diego: con suave tinta negra que el tiempo ha desvaído, ese ejemplar tiene subrayadas todas las referencias en el *Quijote* a Cide Hamete Benengeli. No es posible afirmar sin lugar a dudas que sea ese mismo, y no otro, el ejemplar que leyó. Sin embargo, es muy significativo que en el convento en que vivió fray Diego se encuentre una edición de época con marcas que destacan un interés evidente y exclusivo en ese nombre.

No olvidó este religioso transmitir con frescura e ingenuidad los sentimientos que lo embargaron al leer su oculto antiguo nombre en obra de tanta resonancia. Añoró aquellos días de prisión con aquel hombre encantador quien, a pesar de no verlo más, lo había recordado honrándolo como coautor de esa obra asombrosa. Recordemos que, en el capítulo IX de la Primera Parte, Cervantes cuenta que estando en la calle Alcaná de Toledo, escuchó a un muchacho ofrecer en venta unos cartapacios escritos en caracteres arábigos. Interesado en ellos, y habiendo hallado a un morisco aljamiado que se los tradujese, le ocurrió lo que asevera: «Cuando yo oí decir ‘Dulcinea del Toboso’, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenían la historia de Don Quijote. Con esta imaginación le di prisa que leyese al principio, y, haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dijo que

decía: *Historia de Don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador árabe*. Y, por si no fuese suficiente, como para remarcar aquella condición, Cervantes precisaba en el *Prólogo* que él no era el padre del *Quijote* sino su padrastró. Al respecto, no dejaba de haber un rasgo de piadosa modestia en el fraile cuando aclara que «aquello de Cide, que es Sayyed en árabe, antecediendo a mi nombre original, ha sido un exceso de Cervantes pues este es un título o tratamiento que solo se alcanza en el Islam por muy altos merecimientos espirituales».

Imbuido de la característica humildad de la Orden seráfica fray Diego concluía afirmando: «No puedo dejar de sentirme perplejo al constatar los cauces que toman los acontecimientos de la vida: la historia sufi legendaria y remota de un Caballero del Desierto, narrada en mi niñez por un tío y trasmitida muchos años después en una cárcel sevillana a un recién conocido inspiró una obra inmortal». Y, agregaba Hamete ben Gelie una consideración que, a pesar de su condición de religioso franciscano, parecía devolverlo a aquellas épocas en que practicaba secretamente ejercicios espirituales heredados de sus ancestros mudéjares: «No hay duda que aquel lúcido Cervantes estaba destinado a reflejar un aspecto sustantivo de la condición humana cuya visión está permanentemente presente en los testimonios de los grandes místicos cristianos e islámicos. No puedo dejar de referirme a estos últimos, pues Cervantes había sido alimentado por ellos y porque la semilla de su historia del *Quijote* había sido una alegoría sufi del viaje del alma y del peligroso juego de apariencias que es la realidad».

Según fray Diego, la convicción que animó a Cervantes se evidencia hasta en la divisa que escogió para la bordura del escudo tipográfico de la primera edición que he tenido en las manos: *Post tenebras, spera lucem* (Después de las tinieblas, espero la luz), que es toda una soberbia expresión de esperanza acerca de lo que un lector sagaz y penetrante puede hallar en el *Quijote*.

Luego fray Diego se extiende en recuerdos de excepcional importancia para los estudios exegéticos que se efectúen de aquí en adelante sobre esta novela inmortal. Dice este religioso que Cervantes estuvo profundamente imbuido de aquel espíritu alegórico y simbólico que era tan caro a los poetas místicos islámicos. Y afirma a continuación algo decididamente asombroso, y que es de rigor transcribir textualmente: «Lo esencial de lo que apreció Cervantes en Orán y Argel, para quien sepa entender, está sugerido bajo los velos del relato del cautivo, que se lee desde el capítulo XXXIX al XLI de la Primera Parte. Como en otras narraciones alegóricas árabes, en esta Cervantes cuenta cómo fue liberado de su prisión: gracias a la mora Zoraida a quien habían ocurrido dos apariciones de una antigua esclava suya ya fallecida que de niña le había enseñado la *zala* —la oración— cristiana. En estas apariciones recibió el mensaje de que fuese a

tierra cristiana para ver a Lela Marién (la Virgen María) que la quería mucho. De esta manera Zoraida le propuso al cautivo huir con ella para lo cual le proporcionó el oro necesario. Esta liberación se realizó de tal forma que Zoraida abandonó a su padre, un 'moro principal' llamado Agi (nombre árabe para designar a quien ha efectuado la peregrinación a la Meca) Morato, fugando con el cautivo y sus compañeros en una barca que fue asaltada en alta mar por piratas franceses. Concluida felizmente esta peripecia, la pareja llegó sana y salva a España donde el cautivo reencontró a su familia, y Zoraida su destino como esposa de él».

Aclara a continuación fray Diego: «Es por cierto este un relato inesperado, y hasta inopinado, en el discurso de aventuras y capítulos del *Quijote* en su Primera Parte, pero precisamente lo es porque Cervantes ha narrado en él su propia historia, su aventura íntima de cautivo del mundo y sus embaucadoras apariencias, que encuentra la liberación gracias a su dama —la sabiduría— la cual, alhajada de conocimientos, vive en un palacio próximo a la cárcel y recibe apariciones místicas que le indican que liberte a ese cristiano, abandone a su padre —el mundo árabe— y se case con él. Es pues muy claro: la liberación de Cervantes de su cautiverio de Argel fue también —y sobre todo— una liberación interior gracias a aquel conocimiento (*isuffi*?) que está alegorizado en aquella bella Zoraida sin la cual no hubiese conseguido su libertad».*

Fray Diego concluye diciendo algo que nos da una idea de su respetable formación intelectual: «Pocas veces se podrá explicar literariamente, con elementos tan claros y sencillos, la aventura espiritual de un hombre que, sin renunciar a su fe originaria, el cristianismo, ha recibido del Islam una sabiduría que no afecta a su religión, sabiduría que le fue transmitida como una llave de liberación interior heredada de antiguas tradiciones a las que tuvo acceso durante su prisión en Argel entre 1576 y 1580, y en su viaje a Orán en 1581».

Agrega fray Diego que Cervantes no podía detenerse en su obra literaria en disquisiciones filosóficas y de doctrina, pero hay diversos pasajes que traslucen lo sustantivo de su aprendizaje en tierra musulmana. En ellos Cervantes aprovechó para dejar algunos rastros, siendo uno de los más significativos el siguiente: «Aquí exclamó Benengeli, y escribiendo dijo: ¡Oh pobreza, pobreza! ¡No sé yo

* Importa subrayar que en la historia del cautivo, este —el propio Cervantes— tiene un «menor hermano que está en el Perú, tan rico que con lo que ha enviado a mi padre y a mí... he podido con más decencia y antoridad tratarme en mis estudios y llegar al puesto en que me veo». Interpreto: ese «hermano» en el Perú que lo ha ayudado en sus estudios, para llegar al «estado interior» en que se halla, es su hermano espiritual Hamete ben Gelie, a quien tanto le debió en su prisión de Sevilla y que Cervantes intuía que se hallaba en aquel remoto virreinato donde él mismo pretendió ir alguna vez.

con qué razón se movió aquel gran poeta cordobés a llamarte ¡Dádiva santa desagradecida! Yo, aunque moro, bien sé por la comunión que he tenido con cristianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fe, obediencia y pobreza; pero, con todo esto, digo que ha de tener mucho de Dios el que se viniere a contentar con ser pobre si no es de aquel modo de pobreza de quien dice uno de nuestros mayores santos: 'Tened todas las cosas como si no las tuviesedes' y a esto llaman pobreza de espíritu [...]. Debo llamar la atención [subraya nuestro religioso] acerca de la insistencia de Cervantes en hallar coincidencias entre aspectos sustanciales de la doctrina sufi y sugerencias cristianas como esta del apóstol Pedro que en tan pocas palabras se acuerda con la enseñanza sufi del desapego. ¿Tendría que hacer notar con otra cita la visión del mundo que trajo del norte de Africa mi antiguo compañero de celda? Pero bastará con que se lea el inicio del capítulo LIII de la Parte Segunda, donde aparece tan evidente ese fino estoicismo que encontramos en las más bellas composiciones de los místicos islámicos y de nuestros santos poetas castellanos». A continuación fray Diego transcribe el siguiente pasaje cervantino: «Cide Hamete, filósofo mahometano escribe: 'Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo excusado; antes parece que ella anda todo en redondo, digo, a la redonda; la primavera sigue al verano; el estío, al otoño; y el otoño al invierno; y el invierno, a la primavera; y así torna a andarse el tiempo con esta rueda continua; solo la vida humana corre a su fin ligera más que el viento, sin esperar renovarse si no es en la otra, que no tiene términos que la limiten'».

Según fray Diego, la vida como rueda es imagen habitual en la poesía islámica e, inclusive, en pensadores judíos como León Hebreo que con tanto detalle trata del tiempo circular en sus *Diálogos de amor...* acudiendo precisamente a la concepción de los árabes en este tema.**

Fray Diego concluye diciendo: «Queden aquí estas líneas escritas por mandato de mi director espiritual y en descargo del único peso importante que quedaba en mi conciencia: la ocultación de mi original identidad que, ruego a Cristo y a nuestro santo fundador, quede sepultada definitivamente en el pasado con el viejo hombre que fui, antes de que la Verdad y la iluminación de la Gracia enderezaran mi camino hacia el hombre nuevo que busca la salvación en el seno de nuestra Santa Madre la Iglesia Apostólica y Romana. Amén».

** No deja de ser interesante, para destacar el profundo aprecio de Cervantes por el neoplatonismo, tan influyente en el misticismo árabe, que en el prólogo del Quijote aparezca una entusiasta referencia a los Diálogos de Amor, diciendo: «si tratádes de amores con dos onzas que sepáis de la lengua toscana toparéis con León Hebreo, que os hincha las medidas»

Este desconcertante documento, del que he transcrito lo fundamental, ha constituido la fuente de información más asombrosa que he poseído nunca. Ha sido por años objeto de mi análisis obsesivo y detenido, y es precisamente su austeridad expositiva, su claridad y su sorprendente sencillez lo que me ha impedido efectuar sobre él un estudio sofisticado. Los datos escuetos de fechas y situaciones coinciden con las peripecias africanas y carcelarias del ilustre Manco de Lepanto. La historia narrada por Hamete ben Gelie es por cierto verosímil. Hay que tener en cuenta asimismo —para juzgar su veracidad— que al fin y al cabo se trata de su vida y que tiene un peso en la conciencia que quiere descargar definitivamente. Este testimonio no hubiera existido si es que no lo hubiera ordenado escribir fray Pedro de Moguer. Además, iba a permanecer ignorado por siglos, no representando para su autor, durante su vida, beneficio alguno.

Por otro lado su formación, de la que algo bastante significativo deja transparentar su análisis del *Quijote*, y su correcto lenguaje, pudo ser la misma que recibieron algunos selectos descendientes de aquellos árabes que luego de la reconquista se quedaron a vivir en Andalucía asumiendo la religión cristiana. Más aún: hubo muchos que preservaron secretamente sus convicciones y se comunicaron entre sí en aquel lenguaje aljamiado que guarda ricos tesoros del conocimiento filosófico, místico y literario musulmán. Entre ellos fermentó una permanente rebelión de los espíritus más robustos contra el vasallaje cultural al que fueron sometidos por sus señores iberos.

No creo que Hamete ben Gelie hubiese pertenecido a este último estamento —el de los mudéjares aljamiados—, sin embargo debemos precisar que nada nos lleva a negarlo. Solamente falta que aparezca algún texto aljamiado a él vinculado cosa que, si no es imposible, la considero francamente improbable pues Hamete ben Gelie, por elemental prudencia, debió usar en España uno o varios nombres que desconocemos. En todo caso no poseo ninguna información de fray Diego como conocedor de la escritura arábiga, aunque sí sabemos, por la mención que hace de aquel tío que escuchó de niño, que entendía la lengua árabe. Para concluir con este género de disquisiciones debo dejar establecido que, en el transcurso de mis estudios sobre este personaje, me ha inquietado permanentemente que fray Diego tomara, de todas las Reglas religiosas establecidas en Huamanga, el hábito franciscano. Se trata precisamente de la Orden que estuvo vinculada en sus orígenes con las fraternidades sufíes del siglo XIII a través de su excepcional fundador, San Francisco de Asís, quien trajo de su viaje a Egipto el uso del sayal, junto con ejercicios espirituales y actitudes de pobreza y desapego «no intelectual» que suscitaron las inmensas transformaciones que la iglesia romana requería.

Debo confesar que, desde que tomé conocimiento de este testimonio, hallé pleno sentido a la patética preocupación núcleo de la trama del Quijote: su enfrentamiento a las engañosas apariencias de este mundo. Es innegable que concebir con tanta grandeza, profundidad y gracia, un tema de esta naturaleza en el primer lustro del siglo XVII, suponía que el autor había sido iniciado en un fino, en un sutil conocimiento, cuya profundidad y riqueza solo son análogas con los grandes poetas místicos de esa esplendorosa centuria. Pero, a diferencia de Cervantes, aquellos poetas piadosos llevaron una vida de entrega religiosa y una destacable formación en las rigurosas disciplinas del espíritu. ¿Pero en un seglar? ¿En un escritor trotamundos cuyas obras anteriores al *Quijote* no dejan adivinar en absoluto el advenimiento de esta prodigiosa epopeya del alma? ¿Cómo explicarse la aparición destellante y espontánea de esta obra inmensa? Desde hace veinte años el testimonio de fray Diego de la Santa Fe-González-Hamete ben Gelie me ha dado la respuesta. La respuesta esencial, nuclear, audaz. Una respuesta que hasta hoy solo yo he disfrutado. Y temido... Y creo que así seguirá siendo mientras viva.

(De *Espejo de constelaciones*. Lima: Australis, 1991)

JULIO ORTEGA

Julio Ortega Cuentas nació en Casma (Ancash) en 1942. Inició sus estudios de Literatura en la Universidad Católica en 1961 y se graduó con las tesis: *El drama de la comunicación en Los Ríos Profundos de José María Arguedas*, 1981.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Las islas blancas. Cuentos. Lima: Consejo provincial de Santa, Chimbote, 1966.

Mediodía. Novela. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1970.

Tierra en el día. Novela. Lima: P.L. Villanueva Editor, 1975.

Adiós Ayacucho / El oro de Moscú. Novelas. Lima, Mosca Azul Editores, 1986.

La mesa del padre. Cuentos. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994.

Habanera. Novela. Palma de Mallorca: Bitzoc, 1999.

EL LOCO DEL PAÍS

De los que hemos vuelto a España, yo soy de los que han vuelto a pie. Me habían llevado a pie, convaleciente de mi herida en la retirada, en la larga fila junto a la carretera, cargados de maletas y de atados que íbamos abandonando en el camino, sin saber que a la vista de los Pirineos, recién el más largo camino me esperaba. Me había visto a mí mismo en sueños muchas veces en ese instante: mis padres lloraban mirando hacia atrás, pero yo, apenas un muchacho no quería volverme. Iba más que herido, derrotado. Ya me volvería, ya volvería, me repetía, tropezando; y muchas veces me lo dije, despertando. Pero cuando por fin llegó la hora de hacerlo, el tiempo del regreso, los huesos se me helaron en ese mismo paso, o en uno idéntico; solo que no había abismos en torno, como antes, sino la triunfal autopista y una fila de coches alemanes. Pero yo no era parte de esa jauría de verano, yo era parte del pasado.

Crucé el paso fronterizo con el corazón en la boca, con el pasaporte en la mano. Vi al frente la otra fila, la de los españoles que salían, pero entre una y otra me di cuenta de que yo no tenía ya lugar. Allí mismo, en la frontera, no tenía ya memoria, y mi pasado había sido borrado, rehecho, vuelto a nombrar. La frontera me volvía irreal, siendo ese mi único tramo real. Ni siquiera mis padres muertos estaban enterrados de este lado. El que se va, pensé, es alguien, pero el que regresa, no es nadie. ¿Y cómo podría exigirle a los de ahora devolverme lo que he perdido? No hay nada mío que yo venga a reclamar. Cuarenta años después, cruzando la estación aduanera, el viejo que soy rehace el camino que ya no le queda.

Por eso, cuando en el diario *El País*, donde había empezado a colaborar con una columna sobre economía, me dieron un trabajo, un lugar, quise creer que el presente me recuperaba; y que en esta actualidad española que yo había elegido un periódico era el mejor espacio transitivo. Allí yo no necesitaba de un pasado, y ya que carecía de cualquier futuro, al menos podía sobrevivir el día de hoy, este transcurrir apasionado, hecho de nombres que se disputan la letra impresa como animales contentadizos que viven sin memoria en una página que mañana se borrará sin drama. En América había yo trabajado en toda clase de publicaciones efímeras, intentando dar claridad al tema económico del día, pero en

Madrid vivir en un periódico, ser parte del diario debate por hacer que las palabras respondan por las cosas, esa ilusión dolorosa de mi juventud, era un modo de respirar mejor, de caminar mejor en esta ciudad plácida que tampoco era mía.

Cuando nadie me tomaba más por un recién llegado, empecé a leer las laboriosas confesiones de los exiliados que al retornar abrían el cofre de la memoria, y estaban llenos de ellos mismos, de una urgencia confesional, dilatada y celebrada. Un domingo, leyendo mi propio periódico tuve la nítida, alarmante impresión de que perdía, de pronto, también mi frágil presente: tanta evocación del pasado parecía demandar mi suerte en el presente, arrojándome de mi escondite, reclamando de mí la memoria que yo olvidaba. Del pasado llegaban ellos, con la autoridad sin duda ganada y merecida de sus saberes, pero aquí estaba yo, sin nada que decir de mí mismo, aferrado a mi larga frecuentación de la derrota, sin otro lugar en esta España que la precedera letra del día. Tal vez yo era un fantasma, temí, sin otra identidad que su zozobra entre los demasiado vivos.

Es fácil ser alguien, me repetía, abriendo las cortinas de mi habitación, desde donde se adivina el verdor del Retiro bajo la luz tierna de un verano que empieza; es fácil alzar la voz, firmar rotundamente, ser llamado y responder. Más difícil es caminar las populosas avenidas sin reconocerse en nadie, sin recordar una puerta, un nombre. No niego a los otros, pregunto por mí.

Viví la fácil camaradería del periódico sin demandas ni esperanzas, cumpliendo mis tareas, inventándome otras, dando siempre más material del que podían publicarme. Me tomaban por un experto, por esa reliquia del periodismo que es un estudioso sin estudios; y hasta una vez alguien me preguntó si yo había dictado cátedra en América. Pero yo era un enigma más bien doméstico, otro exiliado desconocido que retorna, seguramente por razones sentimentales, y morirá maldiciendo en voz alta.

No sé cuando ni como conocí a Alberto Otero. Sé que estaba siempre allí, en la sala de redacción, hablando indistintamente en un susurro; yo le había tomado por otro de los viejos periodistas, aunque ignoraba su función. Recuerdo, eso sí, haberle visto escribiendo hasta tarde, largamente, lo que supuse eran informes inactuales. El hecho es que un sábado, ya tarde, se aproximó a mí cubículo, se sentó en una silla y empezó a hablarme, ahora no sé de qué; pero yo andaba enredado en unas contradictorias estadísticas del paro, y no tuve tiempo ni ganas de seguir su charla. Las conversaciones en una redacción son como fragmentos interrumpidos sin consecuencia, y se puede retomar una o abandonarla sin pena. Alberto Otero me pareció un maestro de este estilo al mismo tiempo apasionado y deshilvanado de charlar, que en su caso no requería siquiera la palabra del oyente, ya que él era muy capaz de tomar mi silencio por una frase, una mirada por una afirmación y un suspiro por un párrafo. De ese modo,

Otero adquirió la costumbre inofensiva aunque a veces inoportuna de sentarse a mi lado y conversarme de una u otra cosa, siempre temas del día, opiniones contrarias y pequeños conflictos de la redacción; y se iba con media frase en los labios sin que yo haya dicho más de una palabra de admiración o incredulidad.

Pero las cosas empezaron a cambiar el día que Alberto Otero me contó, completo, un episodio de mi juventud que yo había perfectamente olvidado. Sorprendido, me puse de pie. ¿Cómo podía él saber que, en efecto, muchacho de dieciséis años, al comienzo de la guerra, yo había sido ayudante de tipógrafo en Madrid, y elegido secretario de mi planta en el sindicato de gráficos? Otero se levantó y me miró sonriendo. Tenía la sonrisa triste y los ojos acuosos, grandes. Creo que por primera vez lo miré directamente. Su extrema delgadez se mostraba curiosamente en su vieja cabeza: la piel pegada al cráneo y el cabello rapado le daban un aire entre frailuno y subterráneo. Antes que yo atinara a preguntarle, respondió:

—No te acuerdas de mí. Tú fuiste el delegado más joven, pero yo era el ayudante más muchacho, un niño casi.

—Había olvidado todo eso —repliqué, incrédulo.

—Yo no —dijo, triunfal.

Volví a mi trabajo, de mal humor, incomodado por ese desconocido que, de pronto, se arrogaba el papel de testigo de mi lejanísima juventud. Tal vez pretendía ser un juez. O, peor aún, tal vez escribía sus propias memorias para competir con el desenterramiento general de un pasado hecho de una humanidad excesiva como para exhibirla en toda su miseria. Tantas palabras podrían convertirla en sobremesa, tanto entusiasmo podría hacernos creer que todo ha sido explicado. Odié a ese hablador cuyos ojos afiebrados me molestaban por la determinación que exhibía como prueba de su verdad. El olvido nos protegía, saturaba las heridas, nos dejaba en paz... Pero sobre todo odié esta indulgencia madrileña, incapaz de ahorrarte el exceso de otra confesión.

Sin duda, este pobre hombre solo buscaba arrogarse la importancia de saber algo de uno, para afirmar su imposición sobre mi tiempo, y tal vez para ganar mi confianza o mi amistad. Lo desprecié con todas mis fuerzas, que no son pocas.

Al día siguiente, comía yo mi menú diario en la fonda de la esquina cuando la pálida figura de Otero avanzó hacia mí. La televisión estaba encendida, como todos los días a la hora de comer, y el ruido de los comensales era, encima, infernal. Yo me sentía protegido por esa vulgaridad. Me gustaba ver a las muchachas de pantalones de cuero negro escupir las pepas de las aceitunas de sus tapas mientras bebían en la barra una chata. Me gustaba la cháchara deportiva de la televisión, que adormecía el pensamiento y vaciaba los rostros, dejando unas

máscaras abultadas de sinsentido. Yo comía solo entre los vencedores. ¿Qué quería Otero, buscándome allí?

—Tu novia, entonces, se llamaba Lina —dijo, con su sonrisa inocente y sus ojos apasionados.

La sangre se me subió a la cabeza. Cogí lentamente el vaso, lo aferré y di con él un golpe seco sobre la mesa.

—Murió en uno de los primeros asaltos a la Ciudad Universitaria —siguió él.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Me asustó este hombre profundamente devastado, que me miraba como si se mirase en un espejo. Me llevé una mano a los ojos, incrédulo.

—¿Quieres que te lo cuente todo? Me acuerdo hasta de la pensión donde vivías. Y todavía sé los nombres de cada uno de los tipógrafos.

—Pero tú quién eres —desesperé—, ¿cómo es posible que lo sepas?

—Yo estaba allí —replicó, casi divertido—. La verdad es que no sé cómo puedo recordar tanto. Pero ahora que sé quién eres, lo recordaré todo. Si vamos a la casa de tus padres y recorremos tu calle, seguramente podré recordar otras cosas.

Su exaltación me resultó algo canina, tenía esa ansiedad por complacer, esa atención emotiva.

—No tiene sentido, para qué —protesté—. Te aseguro que no quiero recordar nada.

Me miró asombrado.

—Es todo lo que tenemos —dijo, y se marchó, taciturno.

Yo había advertido que cada vez que Otero me daba la lata los otros periodistas cruzaban miradas de entendimiento. Decidí hablar con la secretaria del jefe de redacción, que era una muchacha vivaz y amable.

No era fácil, para mí, preguntarle por Otero, pero ella adivinó mi trabajo, y habló:

—No se preocupe por don Alberto, es inofensivo.

—No sé qué hacer —le dije, incómodo—. No quiero ofenderle, claro. Pero...

El jefe de redacción debió escuchar la conversación porque salió de su despacho.

—Veo que le tocó el turno —me dijo—. Sígale la cuerda, se le pasará.

—Pero, realmente él sabe mejor que yo cosas del pasado —dije, como si me quejara.

Para mi bochorno, los otros rieron.

—No lo dudo —dijo el jefe de redacción—. Conoce la vida y milagros de medio mundo. Al menos, de la gente que peleó en la defensa de Madrid. Cuan-

do vimos que él se dedicaba a usted con tanta atención, dedujimos que usted había sido de esos defensores. Buena cosa, hombre.

—Ni tanto, qué va —repliqué, ya arrepentido de haber preguntado—. Yo creí entender que se dedicaba a los nuevos redactores.

—Solo a los nuevos viejos —aclaró él, riendo abruptamente—. Usted se ha dado cuenta —añadió, en voz baja— que el pobre Otero está loco de remate.

No entendí nada.

—Es pacífico —aclaró la mujer.

—Es una locura muy nuestra —ironizó el periodista—. Recordarlo todo le ha hecho perder la razón. Era muy muchacho y la guerra le marcó con más fuerza que a otros. Debe haber sido un muchacho muy listo, de esos que andan de una a otra parte, porque conoció gente distinta. El hecho es que se propuso recordar a cada uno.

—Pero habrá una explicación —protesté—, debe haber leído todas esas memorias y libros de efemérides...

—He ahí lo original de su locura —siguió el otro—, solo recuerda a los soldados anónimos. No a los jefes ni a los intelectuales, solo a los, cómo decirlo, grandes desconocidos. Dígame, ¿acertó con usted?

—Para nada —protesté.

En ese momento no se me ocurrió hacerle al jefe de redacción la pregunta más obvia: si Alberto Otero es un loco, como él sostiene, qué hace de periodista en el diario más representativo de esta hora de España.

Cuando volví a mi cubículo, Otero estaba sentado en mi silla y escribía en mi máquina. No me vio, de modo que retrocedí en silencio, y salí al café.

No había terminado mi café cortado cuando vi su magra figura buscándome entre las mesas.

—Te esperaba —dijo, a modo de estrambótico saludo, pues en todo caso el que esperaba era yo—. He decidido escribir tu vida, todo lo que recuerdo de esos años sobre ti, tu novia y tus amigos. A tus padres solo los vi una vez, un domingo en el Rastro, pero no sé sus nombres...

Habló precipitadamente, casi con violencia, sobre mí. Vi que en su boca se acumulaba la saliva y que las palabras le resultaban trabajosas, quizá dolorosas. Esa intimidad me conmovió. Le pedí que se sentara.

—Quiero hablarte con toda sinceridad —le dije—. Creo que tú eres una de las pocas personas realmente humanas que he encontrado aquí al volver, y debo decirte lo que pienso para no sentir que te miento. La verdad es que no quiero recordar nada de mi juventud. No viví en Madrid sino dos años, justamente los dos primeros de la guerra, y fui feliz y desdichado, como parece que sabes bien. Y no hay nada que quiera saber sobre esos años que ya no lo sepa. Prefiero olvi-

darlo todo. Es el único modo de protegerlo de los discursos, las nuevas mentiras, la memoria a medias, la complacencia...

Yo hablaba atropelladamente y alzando la voz, como los otros, y al advertirlo me callé. Otero me miraba con sus ojos ardientes.

—Pero si no quieres recordar es porque estás loco —dijo, con alarma—. Ellos te han comido el cerebro. Tú eras fuerte, el más fuerte.

—No, no me entiendes —grité—. Si ellos supieran de mi vida, o de tu vida, se apoderarían de nosotros, creerían conocernos, saberlo todo, y nos harían homenajes para sentirse la realización de nuestro pobre tiempo. Hasta nos pagarían un sueldo por sobrevivirnos a nosotros mismos. Esa lápida es peor que el olvido, ¿no lo comprendes?

Me sorprendió hablar así, pues yo no creía en lo que decía. Pero al hablarle a un loco una verdad distinta era posible, lo que me permitía decir toda mi indiferencia. Si él estaba loco porque había sido capaz de recordarlo todo, yo sería la voz de su razón, por haberlo olvidado todo.

Me miró con una piedad lastimosa, desde el fondo de su memoria. Estaba iluminado por el fuego inútil de su sapiencia llena de los rostros vivos de los hombres muertos; y como si entendiera por fin la realidad que se le había escapado, dijo:

—No volverá el tiempo.

—Hemos sido derrotados para siempre, Alberto.

—Tendré que salir en su busca —murmuró—. ¿Vendrás conmigo?

De pronto, me pareció ver que sus ojos se serenaban y que una inteligencia imprevista se apoderaba de su cabeza quemada. Me sentí descubierto por esa mirada y temí que declararía todo como una broma cuya víctima crédula había sido yo.

—No tiene sentido que sigas de economista aficionado —dijo, fríamente—. No habrá otro 1929, tus esperanzas son vanas.

Era hora de marcharse. Se lo dije.

—Sí —dijo, de pronto urgido por su alucinación—. Es la hora de ir al país originario. Tú y yo, empezaremos todo de nuevo, desde el comienzo. Sé cada uno de los nombres de los que todavía, como nosotros, están vivos. Nos esperan.

Después me explicaron que Alberto Otero había empezado a frecuentar la redacción como posible colaborador, uno de los tantos atraídos por la necesidad de afirmar en el discurso la transición democrática. Su magra figura, su edad, sus convicciones republicanas, lo hicieron pronto parte de la población itinerante, algo pintoresca, que puebla los pasillos de los diarios en español, en este y el otro lado del Atlántico. Son como personajes desterrados de alguna tertulia. Yo mismo, en los años 40, había sido aprendiz de redactor en La Habana, en

México, en Lima, entre políticos de ideas fijas y novelistas en espera de fortuna; y había aprendido a escribir lo menos posible sobre una actualidad cambiante, disputada por toda clase de autoridades y versiones. Un día, me dicen, a Otero le publicaron un artículo para aliviarse de su insistente colaboración inédita; y ese mismo día él decidió que debía quedarse para siempre en la redacción del diario. Era el primero en llegar y el último en irse, y tomaba, por eso, recados de unos para otros, tanto periodísticos como domésticos. Se discutió su caso en la jefatura de edición y, tratándose de una persona mentalmente perturbada pero pacífica, optaron por dejarlo en paz. Le asignaron un rincón, una máquina de escribir, y él se entregó a redactar a lo largo del día y durante todos los días sus crónicas de análisis filosófico-político; largas digresiones, me cuentan, sin pies ni cabeza, en las que proclamaba seguramente excitado por sus recuerdos del día anterior, su fe en la patria reunida, hecha de una historia que, según él, no había cumplido aún su promesa de encarnación, de renacimiento. Pronto la pobreza extrema de Otero se hizo evidente, y el diario tuvo que asignarle un sueldo, modesto pero suficiente para sus necesidades básicas. Tenerlo en planilla exigía publicarle algo de vez en cuando; una vez al mes, en efecto, un revisado artículo suyo bajo el rubro neutral de «Utopías», proclamaba la suma de los tiempos españoles. Protegido por las secretarías, tolerado por los novicios que eran advertidos de sus pretensiones nemóticas, desoído en sus explicaciones sobre el arte colectivo de la memoria que ocupaba, según él, sus esfuerzos, pronto fue aceptado entre los periodistas como «El Loco del País».

—Cada periódico tiene su loco *in residente* —me dijo el jefe de redacción, fumándose el gran puro de la digestión—, y algunos hasta tienen más de uno. El nuestro no es el más coherente, a decir verdad, pero eso lo hace más inocente, ¿no cree usted? Los otros tienen unos locos sistemáticos, que incluso de pronto son citados por los gobernantes como fuente de reflexión ilustrada. El nuestro, en cambio, es perfectamente ilegible.

Me molestó su risotada. Sin duda se consideraba importante y agresivo, un hombre de estos tiempos definidos por el mercado, la mutua irrelevancia y los intelectuales más caros.

—Me alegra que usted se haya hecho su amigo —siguió el prominente—. Quiero que sepa que todo esto lo hemos tolerado por humanidad.

En mi cubículo me esperaba el loco, encendido por una luz magnífica, escribiendo en mi máquina, como si le fuera en ello la delicada vida que lo habitaba.

—Si valiera la pena recordar, recordaría —le dije, sentándome a su lado, hablando al vacío, mientras él asentía sin dejar de escribir—. Pero, ¿qué podría hacer en este mundo con mi juventud herida, irreparable, y sin lugar entre los vencedores de siempre?

—Este es el primer capítulo de tu biografía —me dijo, señalando la página escrita, sonriente—. Tu vida será mi primera batalla ganada. Recuperaremos el tiempo perdido vida por vida, palabra por palabra, hasta construir la casa que nos quitaron.

—Demasiado tarde —respondí—. Ellos son los dueños del mundo, y tú y yo nos hemos perdido en el camino de vuelta, y ya no tenemos un precio para la historia. Debemos borrar nuestras vidas para que sean intactas. Escribirlas sería sangrarlas, envolverlas en papel de regalo, darles la tumba de una vitrina entre las novedades del día, esa basura.

—No lo tomes así —dijo él, consolándome—. Tu vida es todo lo que tenemos y hemos perdido. Debemos ir a buscarla en las ruinas del país verdadero.

Me asomé a la página que había escrito y leí la primera línea: de los que hemos vuelto a España, yo soy de los que han vuelto a pie.

Pobre amigo, pensé, mirándolo sin esperanzas. Queriendo escribir mi vida ha empezado a escribir la suya. Yo nunca salí de este país. Es él quien regresó, no hace mucho, llevando entre las manos la poca letra que le dejó el olvido.

(De *La mesa del padre*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1994)

LUIS FERNANDO VIDAL

Luis Fernando Vidal Mendoza nació en Lima en 1943. Realizó estudios en el Programa de Literatura en la Universidad Católica durante el año 1977. Murió en 1995.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

El tiempo no es, precisamente, una botella de champán. Cuentos. Lima: Editorial Ames, 1977.

Sahumerio. Cuentos. Lima: Lluvia Editores, 1981.

SAHUMERIO

*«Tras un mundo en ruinas, columnas truncas y caídos
bloques, bajo bombas y llanto, nieblas de cólera sobre
los verdes prados»*

Jorge Eduardo Eielson

Aquel mes de octubre todo el mundo preguntaba, con la mirada pueril de la incertidumbre, ¿por dónde andará el Señor?, y, entonces, uno, elevando los ojos, daba señas, para llegar o no llegar, acordándose o calculando por donde estaba la pelotera de gente a pie o motorizada, y la nube de vendedores de butifarras, bebidas gaseosas, anticuchos, turrón de doña Pepa, picarones, detentes, hábitos y cordones benditos, indulgencias papales, tierrita de la Tierra Santa a diez libras bolsita, astillas de la cama de Santa Ana, frasquitos con agua del mismísimo río Jordán. Amuletos contra el mal de ojo, escobitas de San Martín de Porras, cachorros de pastor alemán y la bulla empecinada de los cláxons de esos infaltables jijunas que, no contentos con llenarnos de humo, sumaban a la leonera el fastidio de su malcriadez pip pip y no dejaban elevar el espíritu ni rezar pip pip ni mucho menos embromar, con todo lujo de detalles y el respeto debido pip a los mismísimos policías que ya no sabían por dónde pip y no alcanzaban a discernir hacia qué lugares dirigirse y dirigir el tránsito, todo porque ese año el encargado de proyectar los planos del recorrido de la procesión, aturdido tal vez por la inmensidad del asunto o borracho o fastidiado por alguna pelea con su mujer o quizá por la despreocupación del cargo ad honores o simplemente por joder, resolvió el berenjenal de rutas de los cientos de procesiones anteriores en un plano grandote, interminable, especie de potpourri o de long play. Que corregía diariamente con una terquedad que le cerraba los sentidos, hasta que, al fin, harto del asedio de la Comisión de Itinerario, entregó el trazado enorme plagado de infinitas sendas de colores y una maraña de flechitas indicadoras, y ahí lo teníamos al Cristo Morado, dándose de topetazos por las calles repletas de fieles, cada día más lejos de su sede de Las Nazarenas, en tanto que la gente de las

provincias cercanas y todos aquellos que pudieran pagarse el pasaje en avión o en automóvil expreso, avisados de la inusual duración de las fiestas, venían en oleadas a dejar diezmos y primicias a esa Lima que se hacía nudos por diferentes barrios, los populosos y populares, se entiende, mientras en las agencias de transportes, los empresarios, contando ganancias y haciendo proyecciones, pensando ya en aumentar unidades y alzar los pasajes, con la angustia de algún intempestivo final, hacían la única pregunta que todos nos hacíamos: ¿todavía sigue el Señor?, desesperando porque no se daban abasto, teniendo como tenían frente a sus puertas la trocatinta de las colas de pasajeros que, ya en Lima convertían las calles en un río interminable que hormigueaba sobre el asfalto buscando ubicación, alojamiento, comida, amistades, comprovincianos, conocidos o lo que fuere, porque no había quien se privara de echarse a las calles vistiendo el hábito morado de los hermanos del Señor, no cargara descalzo su propia cruz de madera, no cubriera su rostro con caperuza fajándose en penitencia cadenas o cilicios, desgranando oraciones en rosarios que tenían metros, o dejara de sacar a sus enfermos a orearse a la puerta, al balcón o a la azotea y, arrojando pétalos y preces al anda bendita, no esperase acabara al fin su salazón, porque, según el decir de un respetable misionero, en la ciudad capital el país entero parecía estar lavando sus culpas con aquella inacabable peregrinación que santificaba sus calles, donde, contrito, las manos en el pecho o, de purita casualidad, en alguna cadera, los ojos en el cielo o en algún escote generoso, cuando no bien pegadito a alguna hembra bien dispuesta, el que menos, buscando cómo iniciar conversación, caminando casi por inercia, apenas sí se percataba que el tiempo de los calendarios no coincidían con los tiempos de la fe, pues ya hacía una semana que el anda de oro y plata estaba en las calles y, perplejos, empezábamos a constatar que por donde pasa la imagen del crucificado era tan grande el gentío, multitudinaria la cantidad de fieles, curiosos, nosotros y de los otros que el calor de los cuerpos, la sudadera infernal, sumados a la típica humedad de Lima y al humito persistente de los cirios, ascendían y se condensaban en pequeñas nubes que, de improviso, se rasgaban y rociaban calenturas con una garúa rarísima por el color y la consistencia que se dejaba sentir como milagro oh maravilla del Señor acompañando el anda que, con lento paso, dejaba tras de sí millares de objetos, cientos de niños, zapatos y señoras aliviando su cansancio en el canto de las aceras, con las faldas alzadas sobre los muslos y abriendo en horqueta los dedos de los pies, para que el viento refrescara sudores, llagas y ampolladuras, entre cerros de basura que lamía morosamente el agua percutida de la lluvia, material para los periodistas especializados, que no perdían oportunidad para criticar lo mal que andábamos de baja policía, incentivando, a su vez, la casi neurótica preocupación de los técnicos en conservación del medio ambiente, que

ponían en guardia a las autoridades sanitarias que, pensando ya de dónde obtener fondos para su campaña contra las ratas, rin rin, llamaban de inmediato la atención a los alcaldes que, rojos de ira, al borde del colapso y la no confirmación en el cargo, jalaban las orejas a los encargados, y estos a los obreros municipales porque, sí señor, era un asco la ciudad, para escándalo de las inacostumbradas narices de los cientos de turistas fof que empezaron a llegar en aquellos tours que se organizaron tan pronto se olió que la procesión no presentaba trazas de acabar y, claro, no era justo, no, no era posible ofender así a los curiosos galos, sajones, yanquis, bárbaros, escandinavos y nipones que, agarraditos de las manos, haciendo sogas para no perderse y sujetando el temor y sus bolsos repletos de souvenirs y de agua de colonia para el sofocamiento, clic, nos hacían imperecederos, en tanto, con el asombro puesto en las miradas, trataban de ubicar todo aquello que el altavoz del guía les iba indicando, mezclando con la descripción una disculpa, en estricto cumplimiento de las disposiciones del ministerio del ramo, ya que no era posible fof que si los alcaldes declaraban haber colocado comedidas brigadas de barredores tras de las cuarentiún cuadras de procesión, la ciudad siguiese oliendo como olía, como tampoco era justo que por intrincado que fuera el problema habitacional, y para escarnio de la cortesía limeña, los turistas, habrarse visto, tuvieran que hacer lo mismo que hacía la multitud llegada de provincia que dormía de pie, librada a los vaivenes de la corriente que los llevaba cumplidamente por calles y por plazas, días de días; por todo eso, era urgente, urgentísimo estudiar una solución, gritaba entre manotones el Premier, tratando de quitarse de encima a los periodistas extranjeros, al tiempo que recomendaba, casi ordenaba, a las agencias de turismo pasear a los visitantes única y exclusivamente en enormes y asépticos buses, cambio que, de seguro, ellos aceptarían, pues, aunque privados de las emociones que se anunciaban en los folletos de propaganda y a que daba derecho el tour, sonreían y nos señalaban con sus blancos deditos regordetes, preguntando qué ser eso, cuando a alguien se le cayó una sospechosa botella de gasolina justo en el momento en que el anda del Señor de los Milagros entre nubes de incienso y al son de trompeta, clarín y tambor, levantaba un rumor como de playa pedregosa o de colmena alborotada, en impredecible caminata por barrios que jamás se pensaría visitara, en un recorrido de nunca acabar y cuya traza infinita motivó que la Hermandad de Cargadores, muy a su pesar y muy a pesar del Secretario de la Cooperativa y de la Sociedad de Auxilios Mutuos, que puso un muro de reparos, a los diez días exactos decretara la formación de cuatro nuevas cuadrillas para hacer frente a la situación de emergencia, que ya excedía lo humanamente aguantable y rebasaba con holgura los turnos triples de carguío, implantados en la creencia de las bondades inmediatas del millonario donativo de vitaminas y reconstituyentes que

habían hecho público, con bombos y platillos, televisión y cuanta macana hay, los laboratorios Erba, Sanitas y Magma, porque la fuerza no alcanzaba y los hombres estaban rendidos, no obstante de destinarse una partida especial para linimento y alimentos debidamente balanceados, y que los Concejos Distritales, para estimular diesen tumultuosos agasajos, aunque, a decir verdad, allí, entre mares de licor y el exceso de las mesas y de las musas generosas, muchas cuadrillas fueron virtualmente diezgadas, pues la competencia que se entabló entre autoridades municipales confundía las proporciones, como que no era a beneficio de la fe, sino para agarrarse a sus cargos con uñas y méritos ante la inminencia de evaluación y confirmación, y eso explicaba por qué en El Rímac, por ejemplo, se comprometiese a la Cervecería Cristal a fabricar unas botellitas que apenas contenían un miserable vaso para regalar la sed de los fieles, que se peleaban por el regalito, regalito al fin, y amagaban desbandarse, obligando al Cardenal a levantar la voz y amenazar a los díscolos con una excomunión más mortífera que la viruela negra; o también explicará por qué en El Agustino, por poner otro caso, en ofrenda al Señor inauguraban un servicio de agua potable que ascendía hasta la última casita del cerro pero que desde esa fecha hasta hoy solamente sirve de conductor de arañas y de voraces hormigas rojas; y por qué, por último, en Pueblo Libre, al paso del anda, se construyera un castillo gigantesco, portento pirotécnico que después de arder ocho entretenidas horas, dejó libre una vaca loca que, claramente, dijo amén, como fin de fiesta y fin del alcalde que se gestó medio presupuesto anual en aquellos fuegos japoneses; sin embargo, la gente todavía pasaba por alto estas cosillas, porque doquiera le decían que todo se trastocaba, como si la lógica de los sucesos fuese arena mojada puesta al sol, porque vivíamos un milagro que, como tal, era una violación de lo predecible, según difundían los periódicos y las emisoras de radio y de televisión y sentenciaba nuestro sabio Cardenal y Arzobispo de Lima, mirando con piadosos ojos miopes, oh santo varón en helicóptero, el anda y sus casi cincuenta calles repletas de fieles, ya bastante cerca del proscenio de homenaje que se alzaba desde hacía muchos días en la Plaza de Armas, frente a Palacio de Gobierno, y asentíamos, ya que nadie podía negar que Lima vivía una estación especial, como que tras el delirio empezaron a resurgir algunas realidades a las que no pudo negarse el Presidente de la República ni sobreimponerse la prédica religiosa, advirtiendo contra las exageraciones malintencionadas de los disociadores y aprovechados, que el diablo freiría en aceite y la policía molería a palos, cuando los fabricante de velas, de fideos, de fósforos, de tela morada y de galletas elevaron un memorial solicitando, por esta única vez, autorizar la importación de materia prima para cubrir la especial y prioritaria demanda nacional, por este año, nomás, explicaban, que ya ellos tratarían de tomar sus providencias

para el año venidero, claro que sin prometer nada puesto que, sonreíamos, cálculos no se podían hacer, ya que acogiéndonos a lo dicho por el santo Cardenal, estábamos en el reino de lo imprevisible y, no importando que los precios subiesen, había que sosegar, acumular templanza, tratar de entender los altos designios y agradecer que hubiera, con lo que empezaron a correr bromas a diestra y siniestra sobre los problemas de la fábrica de hostias del bondadoso Primado, pero, los chistosos ya no sonrieron cuando escasearon la carne, las papas, la verdura, el azúcar, el arroz, la sal, en una cadena de rápidamente resucitó los viejos estanquillos donde había que rogar más que en la iglesia para que le vendieran siquiera un kilito de cualquier cosa y sudar la gota gorda en colas que crecían, como crecían los rumores que nos hacían ir de un lado a otro de la ciudad en busca de algún producto, como confundían los comunicados del Gobierno diciendo que la escasez era artificial mientras autorizaban elevar precios para incentivar a los vendedores minoristas, haciendo que se desorientaran los que creían todavía que la santificación de Lima, traía consigo la limpieza del régimen y la bondad de los capitalistas, obligándolos a levantar la mirada y preguntar *¿dónde estará la procesión?*, como preguntaban todos rogando que estuviera por entrar en Las Nazarenas, como inquirían entre escupitajos y maldiciones los errabundos choferes obligados a cambiar sus rutas y su rutina por una paciencia que tenía sabor a desconcierto, porque la gente andaba como sin brújula, y El Comercio publicaba diariamente un boletín, a modo de guía, que era más bien un pronóstico que, en las postrimerías, en vista de que faltaban muy pocas calles por recorrer, se fue haciendo más certero, ganando la confianza de la gente que buscaba movilizarse, por supuesto que estirando el dinero hasta no más para hacer multitud de conexiones y curándose el hígado en salud, porque los ómnibus debían hacer recorridos inesperados y los taxis se negaban a ir por tal o cual lugar y si usted insistía, la triplicaban las tarifas, lo que significaba en contante y sonante casi tanto como un viaje a Europa, pero, contra viento y marea, allá íbamos los ciudadanos, llevando en repletas portaviandas la comida calientita para alimentarnos y alimentar a los parientes que se negaban a abandonar penitencia y procesión, claro que siempre y cuando se les localizase, asunto en verdad peliagudo, y entonces, ante la inminencia de que la comida se malograra en esa búsqueda de nunca acabar, se le daba de comer al primero que cayese en simpatía, con la esperanza de que alguien hiciera lo mismo con los familiares de uno, con un espíritu de desprendimiento realmente inusual en Lima, y que contrastaba con la actitud de algunos sacrílegos que, en sus oficinas, seguramente a falta de algo mejor qué hacer, apostaban fuertes sumas de dinero a cuándo y por dónde pasaría la procesión y qué día llegaría el Cristo a su sede en Las Nazarenas, juego malévolos que trascendió tanto que la autoridad del

ramo, con la inteligencia y previsión que la caracteriza, creyó pertinente declarar feriado el día en que la procesión pasase por tal o cual zona de la ciudad, pensando que cerradas las oficinas... pero con tal mala suerte que lejos de aminorar las apuestas, el decreto dio origen a una especie de timba institucionalizada, con personería legal y todo, y que desde el saque empezó a rendir buenos dividendos, porque el juego se expandió a lo largo del país, generando un interés que congestionó oficinas, teléfonos y redes telegráficas, acrecentó la cantidad de viajeros a Lima y agravó la escases y la falta de alojamiento y ausentismo en los centros de trabajo provinciales y, demás la necesidad de la gente por crearse cualquier ocupación con qué sobrevivir: carretilleros que se encargaban de conducir a los ancianitos en plena procesión, zapateros remendones que en un santiamén le ponían mediazuela, taco y si lo deseaba le cambiaban el color a sus zapatos, zurcadoras de medias nylon, fabricantes de periscopios, hombres fuertes que a pulso hacían un circulito para que usted rezara con toda unción y sin preocuparse de ladrones, sanitarios que le ofrecían la ansiada posibilidad de dar tránsito a sus necesidades más íntimas en pequeñas casetas portátiles, con taza, espejo y hasta cañito para lavarse las manos, mensajeros que por un módico precio informaban a la familia acerca del lugar donde uno se hallaba y, por un pago extra, permitían su localización mediante el alquiler de chalequitos fosforescentes, también había reemplazantes en el trabajo, cargadores de niños, vendedores-lavadores-secadores de pañales, prendedores de velas a los que misteriosamente ayudaban los vientos de San Andrés, atareadísimos pedicuros, proveedores de agua con palangana y toalla para que usted se lavara la cara en plena procesión o que le alcanzaran solícitamente un lavatorio con agua salada para que ahí mismito usted desinflamara sus pies; además, guarderías infantiles y botiquines ambulantes, hombrecitos con hilo y aguja en mano que le remediaban cualquier deterioro de la ropa o le ofrecían su canje por multicolores camisas, pantalones de toda moda o chaquetas desechables made in Taiwan; igualmente encontraba improvisados enfermeros que la práctica iba trocando especialistas en respiración artificial boca a boca, piadosas señoras que, no se sabe cómo, por una buena propina, atravesaban la marejada de cuerpos, de gritos, la apretujadera infernal y canjeaban el ramito de flores frescas que usted les entregara por uno marchito pero con incomparable privilegio de provenir del anda del Señor; había también calígrafos que haciendo gala de un equilibrio increíble, escribían con la letra más hermosa que jamás haya visto, la carta que a usted se le diera la gana dictarles, sin detenerse ni detenerlo, y ellos mismos, con absoluta garantía, señor, la depositaban en la oficina de correos; en suma, todo un mercadillo constituido por una larga caravana de más de quinientas carretillas, con un sinfín de cosas y servicios, además de frutas y verduras y comida que siempre se anunciaba fresca,

abundante, barata y que parecía un espejismo en la escasez, como este río travieso que en un ir y venir constante circulaba sin rumbo preciso a lo largo y ancho de la nebulosa de casi setenta cuadras que era ya la procesión; todo un mundo que rodaba por la ciudad y que, durante dos afortunados días pudo ser localizado gracias al globo aerostático que a un curioso inventor se le ocurrió lanzar y que era visible a más de cinco kilómetros a la redonda, pero que debió ser destruido porque, además de no contar con la autorización de ley para portar el decálogo de la Comisión Internacional de Derechos Humanos, atrajo a una parvada de gallinazos cuyas cagarrutas estuvieron a punto de echar a perder el éxtasis y la actividad de beatos y manoseadores y propiciar un desbande que, a decir verdad, ahora sí, nadie quería; el asunto era que Lima se llenaba de gente que venía del interior o del extranjero, que llegaba por millares para adorar al Cristo de Pachacamilla y encandilaba también por el rumor cada vez más creciente, casi certeza, de la venida del Papa, atraído a su vez por este fenómeno inusual de fe, credulidad susurrante que, según los ingenuos, tenía asidero en todo el rol de actividades que debía cumplir el Santo Padre y el protocolo de recepción que, afirmaban, se había ya establecido, como rezaba el fólter respectivo, que algunos aseguraban haber visto pese al membrete de confidencial que, para mayores señas decían haber pasado por alto, versión que casi nos mata de risa a quienes sabíamos que el rumor provenía del Ministerio del Interior, pero por más que los afirmáramos con pruebas en la mano y los más variados recursos, pocos nos creían, porque todo el mundo juraba que su Santidad estaba ya en Lima para canonizar a Sarita Colonia, beatificar de cuerpo presente a doña Anita Fernandini de Naranjo, contentar a pobres y ricos y ver y bendecir a toda esta multitud que seguía llegando a la capital y que era una prueba viviente de estoicismo, faquirismo le llamábamos nosotros porque, en aras de la tradición, con un gesto que decía lo contrario de sus palabras de agrado veíamos a los fieles probar el tan mentado turrón de doña Pepa, cuyas confitura y miel estaban siendo reemplazadas por miga dura con anilina, vulgar mazamorra de cochino y hasta yeso dulce, asunto que los analistas del gobierno explicaron como un subproducto más de la escasez provocada por esas fuerzas disociadoras que todo buen peruano debía rechazar y denunciar, porque la situación se agravaba, más que nada por que esos mismos interesados en crear el caos habían convencido a la gente de provincias que se vinieran a la capital, con las consiguientes molestias para los habitantes natos y el turismo productivo, empujando a esas humildes familias a la orfandad y la miseria, porque si ya había en la ciudad más gente de la que podía soportarse, mire usted, qué casualidad que todos quieran venir a Lima, y, oh inconsciencia, hagan todo lo posible para lograrlo, y no era para menos, alegábamos, aquí venían todos porque, a nadie que tenga tres dedos de

frente se le escaparía que Lima era el único lugar donde se podía trabajar o, por lo menos, intentar hacerlo, y nos contestaban agitadores, y nosotros replicábamos fascistas, totalitarios, y la gente nos prestaba atención y en el pleito sordo, días iban, días venían, en tanto la onda migratoria en movimiento permanente desequilibraba las armonías que la procesión doraba: mediando la segunda semana, la Corporación de Comerciantes entró en conflicto con la Hermandad, so pretexto de las molestias que causaba lo imprevisible del recorrido de la procesión y las pérdidas que ello ocasionaba; por cierto que la respuesta de la Hermandad fue violenta, con lo cual surgió un pleito que amenazaba prolongarse todo el tiempo que durase la caminata del Cristo, si no fuera porque un periodista ligado a la cofradía divulgó que el asunto ocultaba el despecho ante la piadosa y cristiana protección que la Hermandad otorgaba al mercadillo ambulante que, a su vez, aunque esto ni meneallo, muy buenos cupos que pagaba; el asunto, que ya pasaba de castaño a oscuro, estaba a punto de ir a los tribunales, pero, una muy bien llevada campaña publicitaria, financiada por la Hermandad con las propinas de los millones de fieles, y la inminencia de boicot, algo así como una huelga de compradores, hizo que los comerciantes retirasen la querrela y, más aún, cubrieran las calles por donde pasaba la procesión con hermosas y fragantes alfombras de flores que tejían, con una velocidad tan asombrosa como lo efímero de su gloria, artesanos traídos exprofesamente de Tarma; sin embargo, lo más importante empezó a gestarse desde el momento mismo de la mayor confluencia de gente en la ciudad capital: ochenta cuadras de apretujados fieles, apiñados de tal modo que apenas si se podía caminar, y que al compás de sus necesidades y urgencias iban dividiéndose en grupos que, si en un primer momento, hay que reconocerlo, surgieron espontáneamente, debido a la edad o en obediencia a meras simpatías y principalmente con el objetivo de proteger a las mujeres de los aprovechadores y de la plaga de desmayos que provocaron ratas y rateros, a ritmo de los hechos, paulatinamente, fueron respondiendo a diferencias tajantes como las de clase de origen o de aspiración y a regionalismos verdaderamente furibundos, dando a notar grupos claramente demarcados que tan pronto fueron cohesionándose provocaron reyertas, discusiones, polémicas, inicialmente por la forma como se asumía el culto y, posteriormente, ya con nosotros encaminando, esclareciendo y esclareciéndonos, ascendió a conflicto social, no obstante los esfuerzos de la Asociación de Damas, que buscaba puntos de contacto, posibles acuerdos, desquiciadas conciliaciones, con una vehemencia y una aplicación que se hicieron nada después de una investigación que practicamos y publicamos en un volante en el que de pasadita le decíamos la vela verde a su presidenta, sacándole en cara las nada cristianas segregaciones de la tal agrupación, con lo cual se armó un tole tole en su seno, pues dividida en dos

facciones su actividad se convirtió en lucha intestina, como decía alguien, por toda la porquería que se empezó a ventilar; felizmente, la prédica de la Asociación solamente caló en quienes auspiciaban el libre albedrío, el tránsito sin trabas por todo lugar y todo grupo, la libertad irrestricta de enyuntarse con cualquier oveja del redil, como hicieron los maricas que, al principio, iban solos o en parejitas, pero, después, ante las agresiones que les llovían de todas partes y los insultos de los moralistas y de los curas y monjas que, incluso, hijos de Sodoma, esperma del diablo, llevaron a la pancarta su protesta, fueron, paulatinamente, signos del apocalipsis, viento infernal, integrando una comunidad multicolor hasta que, de repente, todos a una, aparecieron un buen día vistiendo hábito modificado, una especie de túnica hasta los tobillos y, líbranos Señor mío y Salvador nuestro, con una abertura por atrás, para facilitar sus actividades, de tal modo bullangueras y desenfadadas que las apacibles monjas, armadas de santa cólera y de garrotes, prometieron limpiar el suelo de Lima con la sangre de los fulanos si es que la Hermandad seguía condescendiendo y no los arrojaba de la procesión y, más, si no les prohibía usar el sacrosanto color morado; así, la alegre cofradía, la mar de guiños y de gestos, después de discutirlo con una comisión ad-hoc cambié el hábito por una túnica color naranja y convino desplazarse a la cola de las noventa y tantas cuabras de procesión, y ahí los teníamos a los ñaños, rezando, cantando, sonriendo, los ojos en blanco, dando grititos, convirtiendo sus pasos en una graciosa marcha de coquetos equinos, trotando sobre sus zuecos, morados para no quedarse con el gusto, labrando sonidos que buscaban lugar en el aire pesado de la ciudad, como salieron a buscarlo, hasta hallarlo, todas las putas de Lima que, después de haberse retirado a sus casas a esperar, respetuosamente, que pasaran los usuales dos días en que la ciudad se santificaba, calientes al fin porque esto no tenía cuándo acabar y había que ganarse la vida, abrieron los burdeles, los sahumaron con ruda de la buena suerte, dispusieron flores afrodisíacas como por descuido en los corredores, mandaron oficiar una misa a San Hilarión, hicieron correr la voz de que los quinientos primeros clientes tenían pase libre y esperaron, esperaron cuatro días, cinco, una semana, dos, hasta que dándose cuenta de que nadie pensaba pagar por lo que era una maravillosa posibilidad en las apretujaderas de la procesión, poniendo en juego sus encantos, su ingenio y hasta una bolsa de dinero para enfrentar a la policía que hacía sogas para que no entre más gente, se echaron a las calles a ejercer su derecho al trabajo, y ahí sí que se armó la de San Quintín, porque ni la Hermandad, ni la Iglesia, ni las beatas, ni la honorable asociación de las cristianas y, mucho menos, los recalcitrantes aguantaron semejante escarnio, y, entonces, para que el escándalo no malograra lo que nadie hubiera querido dañar, amén de las influencias y los intereses que se movilaron, se acordó que estas

damas se fueran con los maricas a la cola de la galaxia, adonde cualquierita obtenía un magnífico servicio que, según categorías, incluía un aperitivo de enervante pisquito, un anís del mono para la digestión, algún licor añejo, su chichita de jora o si usted era abstemio un té, chocolate, toronjil o boldo, por los precios más módicos y con los mejores modales que demandaba la situación, claro que si usted prefería irse por bulerías y alejarse por un rato o para siempre de los conflictos que ya eran una papa caliente dentro de la galaxia, podía pegarse una buena bomba en los barcitos ambulantes de aquella zona y, si no iba en patota, correrse el riesgo de amanecer sin un cobre, calato y tirado sobre un colchón de basura; a este universo debió pertenecer la viejita empequeñecida por los achaques, las arrugas y los años, que hallé berreando su soledad y que un primo llevó a casa, con la alegría de quien encuentra de improviso la abuela que le faltaba a su vida; sin embargo, las mayorías andaban en pos de solucionar otros problemas existenciales: la gente llegaba y de inmediato buscaba algo qué hacer, porque en la ciudad capital no todo era rosarios y novenas pues había tal cantidad de personas a la caza de vacantes que los empresarios especulaban, sustentaban la competencia, pugnaban por la desaparición de los sindicatos haciendo firmar compromisos de abstinencia a los incautos y a los desesperados, jugaban al toma y daca con los sueldos aumentándolos o disminuyéndolos con malicia, dividiendo, sembrando discordia, confundiendo, sorprendiendo para luego cosechar a manos llenas, poniendo a los trabajadores entre la espada y la pared: o la aceptación o el despido, no faltaba más, total, si había miles peleándose los pocos puestos, porque ni siquiera había que consultar los diarios ya que a simple vista uno podía constatar que eran más, siempre más, lo que estaban en las calles, ejerciendo los oficios más inusitados, que los que desesperaban en los paraderos peleándose los omnibuses para ir a trabajar, situación que hizo que los grupos que luchábamos contra este estado de cosas, nos organizáramos de tal manera, que no solo brindábamos ayuda y orientación a los recién llegados, entre otras razones, para evitar que en la desesperación del hambre o del desconcierto fueran persuadidos de sus bondades por los empresarios o por las decenas de rateros y asaltantes que hacían de las suyas en el laberinto de la ciudad, y les decíamos que se quedaran y que trajeran más gente, porque teníamos que ser más, y argumentábamos y se convencían, logrando que la migración a la ciudad capital, que ya era enorme adquiriera tales proporciones que el Gobierno, después de fracasar en la intentona de aminorarla, cobrando impuestos por la cantidad de maletas o de bultos, el número de hijos y allegados, el tiempo de permanencia proyectada, el cálculo de merma de la producción en el lugar de origen, presumiblemente ocasionada por el migrante, y en fin, invocando los pretextos más disparatados, llegase a la valentonada de dispersar con la caballe-

ría una marcha organizada en protesta por el cerco que se había puesto a la ciudad, destino que mereció la condena de la Organización Internacional de los Derechos Humanos, por lo que Inteligencia recurrió a la estrategia de intermitentes y sorpresivos cortes de agua, que convirtieron a Lima en un loquerío de baldes hurgando la ironía de un río que, como el Rímac, tiene más piedras que corriente, piedras que se sumaron a la ira, a la impotencia, a la dignidad mellada y colmaron baldes y puños, para después estrellarse contra los duros caparazones de los policías; de nada valieron las bombas lacrimógenas y los palos porque el empuje de las señoras y sus certeros proyectiles de cacana y cascajo los hicieron correr ligerito, porque hasta sin caballos se quedaron cojos como estaban por los clavos que sembramos en las calles y en las laderas del río, situación que llevó al gobierno a determinar que la guardia civil fuera apoyada por el ejército en el patrullaje de las calles, lo que detuvo en algo el ímpetu de la gente, pues metían preso, cuando no un balazo, a todo el que mostrase disposición de líder o de agitador; felizmente, nos repusimos del golpe y andábamos mejor organizados, cuando, datos más o menos alarmantes que llegaban de las zonas de frontera, abonaron en nuestro favor, ya que teniendo en cuenta el gravísimo despoblamiento se optó por desplazar al ejército a los cuatro puntos cardinales, por si acaso algún país vecino tuviese la peregrina idea de invadirnos y, además, aunque esto no se decía, porque hasta las fronteras habían ido las grandes familias y sus dineros y su iniciativa empresarial, buscando aire propicio y puertas de salida, espantadas por los cambios de la ciudad capital, aunque en sus conversaciones invocaban el desorden, la suciedad, el peligro cierto de la epidemia de tifoidea, cuyos avances les llevaba el télex desde Lima, donde la procesión amagaba Palacio de Gobierno, por lo que mediante altavoces, estaciones de radio y de televisión, editoriales de los diarios, se decía que era imperioso mostrar buenos modales, respeto a la autoridad, amor al prójimo, orden y, sobre todo, fe, ahora más que nunca porque el Papa, al parecer, se hallaba en la ciudad, y para mayores detalles, alojado en el Palacio Arzobispal, y que solamente guardando disciplinada obediencia tendríamos la excepcional fortuna de escucharle en una misa cantada, a la que estaban invitados varios reyes europeos, el Presidente vitalicio de Haití, altos dignatarios de países amigos y estrellas de cine y cantantes de moda y reinas de belleza, que confraternizarían con el pueblo y firmarían autógrafos, y claro, cantarían también en la misa junto al Papa y al casi beato Obispo de Nepal que traía un yeti auténtico, al que se bautizaría y colocaría el hábito morado durante la ceremonia, y todos se confundirían con nuestros bravos muchachos de la selección nacional de fútbol que regresaban invictos y ahítos de gloria de una gira por países centroamericanos y que luego jugarían, ahí mismo, un partido de exhibición, para dar sano esparcimiento a tanto sacri-

ficado, refrescando saludablemente el largo cansancio y los nervios de la gente que, según los boletines del gobierno, caminaba como alucinada, levantando un rumor que semejaba el repliegue de playa pedregosa o de colmena alborotada, imagen que al parecer era certera y muy del gusto de Informaciones, porque se repetía hasta en los cables, con el agregado del indiscernible presentimiento de que en cualquier instante ocurriese lo inimaginable, porque ya se veían los resultados de las rondas que habíamos establecido y que habían borrado del mapa a los rateros, permitiéndonos una mejor organización y crear sentimientos de solidaridad, pues, hombres y mujeres, templados ya en el arte de esquivar a la policía y a los soplones, andábamos en el asunto de forjar lo que había que forjar, juntos, firmes como un queso, solo nos daban problemas los enfermos o los incontinentes, que únicamente pensaban en la cachandanga o en el juego, porque los devotos y los hermanos y beatas, estaban en el suyo, y los lumpen, por lo demás, en parte corridos por nuestras rondas y en parte por la propia necesidad de definición, tan pronto vieron que las papas quemaban, fueron trasladándose a otros lugares donde estaba el dinero; lo que llaman polarización de fuerzas era tal que a nadie sorprendiera ver cómo una carroza, surgida de no se sabe dónde, resultó envuelta por la procesión, a la que acompañó durante tres días con sus noches, hasta que el hedor se hizo tan insoportable que la tuvo que rescatar con una gigantesca grúa que, al levantarla, dejó leer el cartelón en el que decía algo se pudre en el Palacio de Gobierno por la pestilencia y la cantidad de gusanos que pululaban en sus escritorios; la risa de la irreverencia, la sorna de la incredulidad, ya casi general, se expandió como una ola batiente y las cosas cambiaron y todos compartimos el brillo zumbón de las miradas cuando el Juan Lanas del Ministro de Educación, en el intento de aprovechar lo que sus asesores llamaron situación favorable, quiso quebrar la huelga de los maestros ligándola a un presunto complot contra la fe religiosa de nuestro pueblo, maldad que no contenta con privar a nuestros hijos de escuela durante cuatro largos meses, trataba de empañar la belleza y la piedad de esta ceremonia litúrgica y deslucir ante el mundo entero y, lo más grave, ante los ojos del Santo Padre, el prestigio democrático de nuestro católico y humanista gobierno, con esos volantes infamantes y su labor subversiva que no compadeciéndose de la limpia mirada y el piadoso ejemplo del Cristo de Pachacamilla, orquestaba en torno suyo una acción colectiva peligrosísima, escalada que de seguro los haría ganarse la excomunión y la repulsa de la ciudadanía; pero, lo que no tomaron en cuenta el Ministro y sus asesores y todos lo que organizaban el sinsentido, fue que la falta de trabajo, los abusos, las injusticias largamente soportadas, la realidad del Estado que hedía más que las calles sucias, las conversaciones que fustigaban como rayos la atmósfera pesada, la reflexión en mitad de la trifulca, fueron

alzando voces airadas y una incredulidad que se fue expandiendo, hasta hacer papel picado la propaganda gubernamental, llevándonos a pensar que con una pizca de empeño y decisión esto podía convertirse en algo nuevo, como informó a toda prisa el Servicio de Inteligencia, recomendando dar la orden de inamovilidad porque Palacio de Gobierno estaba ya a solo cuatro horas de camino de la procesión a la que no había forma de desviar de cauce, y rin rin, sonaron todos los teléfonos de la ciudad y voces agitadas ordenaron el regreso del ejército para un bloqueo, en verdad ya extemporáneo, y entregarle el patrullaje de las calles, a las cuales, acogiendo recomendaciones de los más sagaces asesores, se les suprimió nombres, se les cambió de fisonomía para hacerlas idénticas a otras, completando la escenografía con calles y casas de cartón, que invariablemente desembocaban en el río, todo con el ánimo de que creyéramos no saber dónde estábamos, adónde íbamos y cómo terminaríamos, tentando arrojarnos al imperio de la incertidumbre, planeando la manera de acabar con este asunto que ya era una pelotera de fuego, aunque fingían que velaban por la integridad de la tradición, como que en el colmo de la simulación y para no ponerse en evidencia ante los reporteros extranjeros y los informantes de la Organización Internacional de los Derechos Humanos, la Guardia Civil hizo importar gases lacrimógenos con olor a incienso, metralletas figurando inocentes cirios blancos, unas como ambulancias que no eran otra cosa que camionetas celulares y toneladas de toneladas de coloridos pétalos urticantes que dejaban caer sobre la multitud, en vuelo rasante, aviones militares pintados de lila, sin embargo, pese a la sutileza, nos enteramos que se estaba presionando al Arzobispado para que a su vez conminara a la Hermandad para que, si no podía dar fin al peregrinaje, por lo menos proscribiera la tradicional frase avancen hermanos, que se estaba convirtiendo en grito subversivo, consigna de progresión ideológica o de asalto palaciego, o ambas cosas, no se sabía, pero el decreto de prohibición ya tenía sello y rúbrica, y si usted no quería ir preso o cuando menos ganarse un apaleamiento, debía tan solamente hacer una mueca que la gente entendía perfectamente, aunque si lo veían conocía usted en carne propia cómo duele aquello a lo que llaman el brazo de la ley, en esta suerte de guerra no declarada, que únicamente requería de pretextos para romper fuegos, y así la soterrada batalla, hasta que al fin la marejada llegó a Palacio, entre una mal encubierta lluvia de palos que caía inmisericorde, con la angustia de acallar la silbatina y los insultos y los lemas que alzaban coros intermitentes que en cualquier momento podían desbordar la vigilancia de militares y policías, que acrecentaban su dureza para mostrarse eficaces ante la presencia del Dictador que ya se acercaba al anda, abriéndose paso, como un sol trágico, entre la nube de vigilantes, guardaespaldas y ministros, haciendo una ostentosa señal de la cruz, como para que todos lo vieran, especialmente los

tiradores que asomaron de los edificios de la Plaza de Armas y fingiendo no oír los gritos, alzó los ojos al cielo y luego los dirigió hacia el Palacio Arzobispal, cuadrándose en imponente saludo militar que de inmediato cambió en humildísimo gesto de último siervo del Señor, concentrando la atención de todos y la ilusión de muchos y la taquicardia unánime en el balcón cardenalicio, donde un alto sacerdote lucía esplendente sotana marfil, hasta que un gesto suyo y un grito lo descubrieron como nuestro querido y venerado Cardenal, disipando, mal lo quisieran, la versión allí está el Pap... que verdeó por un rato, para luego estallar en cólera, en tanto el Dictador dejaba a los pies del anda un ramo de flores de oro purito, en nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, alzando un Padre Nuestro en su voz que era como una ordenanza, pero que, pese a conservar el tono conminatorio de sus días de cuartel, no pudo sobreponerse a la ola embravecida que a gritos preguntaba por presos y asesinados mencionando sus nombres y los nombres de los enfermos y los golpeados y recordando los decretos del hambre, del desempleo, de las prerrogativas de los ricos y de las empresas, con el más claro desprecio cuando el Dictador depositó ante el micrófono y los pies del Señor la ofrenda de convocar a elecciones y dar gracias, en el nombre del padre, por los quince años, en el nombre del hijo, de fructífero pero, en el nombre del espíritu santo, agobiante gobierno, cuando, amén, ya daba la espalda a la imagen bendita, entre los aplausos de sus incondicionales, y abría su corazón al grito de satisfacción y descarga emocional que esperaba saliese de todas las bocas, para solo escuchar el chirrido de los enormes cerrojos de la puerta de Palacio, el zumbido de un apurado helicóptero que venía por él, y el rugido de la multitud y el inconfundible silbido de las balas, mientras el anda reiniciaba su caminata por una ciudad sin calles, una caminata difícil y más definitiva que nunca, porque también el Cristo buscaba enredarse en sus rutas centenarias, en un recorrido que a fuerza del empecinamiento, o de la solidaridad, pensábamos, era tan impredecible como la trayectoria de un cometa errante, preñado de gritos que ya no eran descontento nomás, sino una inminencia que se percibía en el aire, como ese penetrante olor a pólvora y a sangre que ya se adivinaba y se añadía desazón a la incertidumbre de los indecisos porque los cambios parecían encaminarse a la rotundidad, como que a las diez horas de salir de la Plaza de Armas, emisiones especiales de los diarios, la radio y la televisión traían la noticia de la proclamación de Arequipa como capital provisional del Perú y nueva sede del gobierno y el decreto de día feriado no laborable en la zona sur y el discurso resabioso con que el lagarto quiso ganarles la voluntad a los mistianos por el lado flaco de su vanidad y disminuir los disturbios y bajarles la moral a los que alegrarían que por culpa de los revoltosos se le quitaba categoría a la tres veces coronada Lima y confundir y agitar y volver a confundir, porque hasta

los guardias que mal iban a cumplir su servicio preguntaban, con una luz incierta en las miradas y un deseo de condescender a cualquier señuelo, adónde, por favor, adónde va la procesión, pese a que bastaba levantar las narices y colocarlas contra el viento para sentir clarito el incienso, el humo todavía incitante de los anticuchos, el mofo de las beatas, el ácido de los orines y el olor astringente de algunas parejas cuyo celo no podía ser más inoportuno, porque había que estar negado de los sentidos para no percibir el amenazante aroma de la pólvora, el ruido multiforme, el ulular de las sirenas, porque toda la ciudad era el movimiento, la convulsión, porque el cerco que el ejército había colocado alrededor de la ciudad nos hacía a todos partícipes, porque escapar era más difícil que salir al extranjero o pedir residencia en las provincias exclusivas de la frontera, porque alguien estaba apañando a esos comunistas de mierda y como la revuelta podía expandirse dígame al curita ese que se deje de vainas y que ya mismo acabe con la procesión, dicen que gritó al Dictador en su nueva sede de gobierno, y el Cardenal, oficiando de gran aguafiestas, a los veinte días exactos de procesión, decidió que ya era mucho el abuso, sin decirlo, por cierto, y decretó que el asunto terminara de inmediato y que la imagen quedase hasta el año entrante en el lugar donde le diera la noche, obligando a los morenos cargadores a hacer la consulta respectiva de si eso significaba que el Señor podía quedar en plena calle y al Cardenal a contestar con un célebre carajo y a los morenos cargadores a que casi corrieran y sacaran fuerzas de no se sabe dónde para hacer frente a nuestra oposición una suerte de contracorriente, que impulsábamos paralelamente a acciones sorpresivas que ya contaban con la colaboración y simpatía del pueblo, mientras el ejército apretaba el cerco, en un movimiento de pinzas que nos quería hacer desembocar de todas maneras en Las Nazarenas, y también usando el método del desembalse que consistía en dejar algunas salidas para que los devotos o quienes querían irse de la procesión saliesen y dejarnos solos a los cargadores y a nosotros, pero no contaron con que muchos de los nuestros también salieron para atacar por la retaguardia, con lo que se produjo la pelotera de la Avenida Tacna, donde nadie sabía decir quién disparó primero, la cosa es que se armó gran balacera y la barahúnda de gente que corría y que gritaba y los mierdas de la caballería que emparaban con los sables en mano y los morenos emperrados en guardar al Cristo en su iglesia, distrayéndonos fuerzas en tratar de impedirlo, pues la imagen era nuestra única defensa frente al ejército que ya se preparaba a cargar con todo y tanques, hasta que, tras el parapeto sagrado, sentimos un regocijo que se abrió paso entre la pólvora y los asfixiantes gases, porque los fogonazos empezaron a hacerse nada ante la detonación rotunda de los petardos que venían desde Cerro, Toquepala, Cuajone a nuestro encuentro, después de haber roto el cerco, para nuestra alegría y la alegría de aquella flauta

que nos acompañó las seis horas que aguantamos, pero faltaban la estrategia y las armas del ejército que nos hicieron retroceder y lamentar a nuestros caídos entre la mucha sangre y la mucha esperanza que quedaron regadas en las calles, seis horas, pues, y luego huir por el río, a tocar puertas amigas, a trepar por los techos, a buscar que hacerse humo y estar a salto de mata, escondiéndose de los soplones y de las patrullas que iban de casa en casa, oleteando, registrando, allanando, y así varios meses, comunicándonos de los modos más ingeniosos con los que todavía persistían, porque muchos desertaron sabrá usted, y otros se hicieron los locos cuando las cosas se pusieron feas arguyendo que solo arriesgan quienes nada tienen; y así, entre pequeñas alegrías y no pocos quebrantos, cuando aseguraban habernos jodido, les hicimos saber que aquella noche, a las doce clavadas, mientras las andas de oro y plata, ornadas por las flores más hermosas de que se tenga recuerdo, entraban a su iglesia, penetrando la gasa de lluvia que cubría Lima, nosotros iniciábamos la resistencia, que en vano han tratado de combatir, porque de nada han valido los arrestos y las prohibiciones y que la procesión no salga más y que supriman los sindicatos y que recesen las universidades y que pongan bajo régimen militar minas y haciendas, porque ya estamos aquí en estas quebradas de donde no han podido ni podrán sacarnos, porque cada día somos más y, como ve, mejor organizados y no como nos achaca la propaganda gubernamental, porque no somos bandoleros, ni aventureros, como usted ve, como le vengo contando, con la esperanza de que no solamente escriba la historia verdadera sino que se anime a quedarse con nosotros.

(De *Sahumerio*. Lima: Lluvia Editores, 1981)

HARRY BELEVAN

Harry Belevan Mac Bride nació en Lima en 1945. Inició sus estudios en Letras en la Universidad Católica en 1964.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Escuchando tras la puerta. Cuentos. Barcelona: Tusquets Editor, 1975.

La piedra en el agua. Novela. Barcelona: Tusquets Editores, 1977.

Fuegos artificiales. Cuentos. Lima: Ediciones El Virrey, 1986.

Una muerte sin medida. Novela. Lima: Alfaguara, 2000.

LOS INQUILINOS

I

Es cierto que el temblor había sido fuerte; volcó a todo Barranco a las calles, olvidando la avanzada hora de la noche y el frío que la densa neblina de agosto siempre condensaba hasta el amanecer. Y aunque don Isidro no hubiese creído que el remezón había sido tan enérgico (por eso se limitó a mirar por la ventana de su dormitorio a la gente en la calle, un tanto perplejo por falta de costumbre pero sin pensar en salir), lo cierto es que hasta llegó a ver a dos penitentes que, de rodillas en medio de la calzada, imploraban al Señor el perdón de sus pecados a la vez que elevaban al Todopoderoso sus plegarias para que aplacase de una vez su ira —contundente demostración popular cuando la ciudad sentía que un temblor desbordaba los límites razonables del mero susto—.

Sin embargo, como suele suceder en estas situaciones, en pocos minutos las casas recobraron a sus inquilinos no sin que estos comentaran antes, en acostumbrada comunión improvisada, la violencia del remezón, recordando tal vez de paso alguna oportunidad anterior cuando, en iguales circunstancias, vecinos que a veces ni se saludaban en el transcurrir normal de los días, sentían entonces, súbitamente, una gran afinidad al compartir una desgracia común.

Isidro Vidal volvió así a su cama y, antes de quedarse dormido, pensó en ese lado de las tragedias que a menudo reconcilian amistades quebradas, aunque fuese por breves instantes tal como lo había podido observar, momentos antes, al ver a don Hipólito, el tendero de la esquina, cambiando impresiones sobre lo acontecido con Néstor Labarthe, vecino común, cuando, tiempo atrás, un día, se habían jurado un odio mutuo que perduraría, según ellos, hasta más allá de los últimos estertores de la muerte.

La mañana se asomó por la ventana con un tímido rayo de sol poco frecuente en Barranco los días de invierno, pero fue un sorriso del clima suficientemente estimulante como para que don Isidro se levantara de buen pie. Se dirigió de inmediato a la cocina para cebarse un mate, costumbre que no había dejado de practicar a diario a pesar de los años transcurridos desde aquella vez en que su amigo Rey le había preguntado ¿Isidro, dónde vas?, y él le había contestado que no sé y se había alejado resueltamente en la noche por que deseaba volver solo, y

había en ese mismo instante determinado cambiar el rumbo de su vida y decidido que dejaría Buenos Aires para siempre y que se embarcaría en un vapor que llevara el nombre de su sacrificado hijo Isidorito (debía haber alguna nave con ese nombre, había pensado entonces, en este inmenso puerto sobre el Plata, se había dicho), sin importarle demasiado el rumbo y, así, había recalado en el Callao.

Se dijo que la mañana lo invitaba a salir y pensó entonces, una vez más, que su antigua costumbre de hablarse a sí mismo había alcanzado el límite de lo admisible, al sorprenderse, como acababa de hacerlo, hablándose en voz alta. De cualquier forma, se dijo, saldría a pasear un rato para verificar los posibles daños causados por el temblor de la noche anterior. (Y sin saber muy bien cómo —lo sabía, sí, en el fondo lo sabía, cada vez que se auscultaba a sí mismo le sucedía—, se encontró pensando en los jóvenes turcos y en la guerra del cerdo que los había empujado a él, a Jimmi, a los otros, a una prematura vejez, como a quien empujan dentro de un cuarto, le apagan la luz y le cierran la puerta para que no salga nunca más).

Ya en el baño, al fondo del pasadizo frente al que se alineaban las habitaciones solitarias del piso en el que vivía, se desentumeció de aquellos recuerdos con un poco de agua fresca en la cara y sobre sus ralos cabellos. Se pasó luego un cepillo enmarañado de pelos que yacía al lado de un jabón agrietado por el desuso y de un cepillo de dientes envejecido también por las mismas razones. Saliendo del baño se sobresaltó.

—Néstor, pero... ¡Qué hacés acá...! Cómo...

Su vecino y amigo, a medio vestir, empalideció aún más al verlo.

—Hombre, ¡habráse visto peor suerte que la mía! ¡Mi taller! —exclamó al tiempo que se iba sugestionando con su propia voz de víctima.

—¿Qué sucede? —le preguntó Vidal, confundido.

—Anoche. ¡El temblor! ¡Mi taller, hermano! ¡Todo al diablo! ¡Me tumbó todo! ¡Una pared entera! ¡Cayó sobre la mesa y mi máquina! Y ahora que mi colectivo está en el garaje. ¡Sin nada me quedo, ni un cachuelo!

Vidal había aprendido a distinguir que, cuando su amigo hablaba a tropezones, balbuceando, significaba que la situación se le había escapado de las manos o, por lo menos, que su desaliento lo ofuscaba por completo. Satisfecho así por esta nueva oportunidad que le permitiría una vez más demostrar su inalterable racionalidad, su cordura, su sensatez de viejo porteño (¿no la había acaso puesto a prueba anoche, al no precipitarse a la calle anoche?), dijo con voz pausada y gestos meditados:

—Calma, vamos. ¡Calma! Decíme primero cómo llegaste hasta aquí sin tocar la puerta, y luego decíme qué te ha pasado.

—Tu pared, Isidro —se apresuró en contestar Labarthe—, tu pared se vino al suelo, compadre —se apresuró en contestar Labarthe—, es decir mi pared, iven a verla! —se apresuró en contestar Labarthe mientras se dirigía al último cuarto, al fondo, al lado de la escalera que daba a la puerta, un dormitorio que Vidal había clausurado por innecesario, tal como lo había hecho con otras dos piezas adyacentes que no le servían.

Entraron.

Vidal, desconcertado, verificó el boquete que el temblor había efectivamente abierto al desprenderse gran parte del muro que mediaba entre la casa de Labarthe y la suya.

Caminaron entre los escombros, trozos de yeso despostillados y ladrillos color piedra, cruzaron el improvisado zaguán y entraron al taller de Labarthe.

Vidal suspiró, incómodo, como le sucedía siempre cuando se encontraba ante un hecho consumado, ante una situación sin remedio, frente a un acontecimiento que lo señalaba con un índice acusador, como burlándose de él. Pensó, sin embargo, que debía haber algún remedio, y lo pensó en voz alta, y Labarthe le preguntó qué quería decir.

—Y, bueno... ¡Mirá! No creo que tu máquina de coser esté averiada; ni lo demás. En todo caso... —y se paseó un momento por el cuarto medio destruido, como un agente de seguros inspeccionando los daños causados a su cliente.

Labarthe, de pie en un rincón, indefenso, parecía querer convencer a su amigo, sin palabras, sobre la pérdida que todo eso le significaba. Y allí de pie, indefenso, en un rincón, sin hablar, era efectivamente el desdichado cliente que buscaba un alivio a su infortunio en algún gesto o palabra del asegurador.

—Lo mejor es que te mudés a otra pieza, porque acá... ¡Mirá el techo, y esa otra pared! —sentenció Vidal mientras señalaba unos amenazadores pliegos y arrugas que —no había que pensarlo mucho— convertían el taller de Labarthe en lugar inhabitable.

—Pero dónde, compadre, idónde! —preguntó Labarthe angustiado—, isi hasta mis dos hijos, Isidorito y Ofelia, tienen que dormir juntos, mayores como son! —puntualizó Labarthe—. Tú lo sabes, ies casi indecente! —puntualizó Labarthe, la voz entrecortada.

Isidro Vidal sugirió entonces el cuarto adyacente suyo, el que había quedado naturalmente comunicado con aquél por el derrumbe de la pared, que en realidad no le servía y que su amigo Néstor bien podía utilizar mientras subsanaba los daños en su taller. Y de inmediato pasaron a la ardua tarea de desenterrar la máquina de coser y los demás utensilios y herramientas de la zapatería, y fueron trasladando todo a través del zaguán.

Esa noche, extenuado, recostado en su cama, recordando la fatigosa mudanza de la mañana ayudando a su amigo Néstor a desempolvar sus cosas de entre los escombros, no pensó Vidal que cederle esa pieza vacía a su amigo había sido cuestión de alternativa sino —como bien se dijo— una clara y pensada concepción que la amistad, más que sugerido, le había dictado. Buscó entonces, en el cielo raso de su habitación oscura, en uno de esos rincones iluminados tenuemente por la luz de la calle, como si buscara en algún rincón de su memoria, algunos recuerdos que avalaran y justificaran su decisión de entrometer en su propia casa a un extraño, por más amigo que fuese.

Y recordó entonces aquella noche en que, reunidos en el comedor de Néstor, alrededor de una estufa de kerosén, él y sus demás amigos lo habían velado al otro Labarthe, al Néstor Labarthe de la mesa de truco, todas las noches, en ese café de Canning frente a Plaza Las Heras, con los demás muchachos, el Labarthe que había sido inmolado en nombre de una absurda guerra del cerdo. Y recordó también a su hijo, Isidorito, a quien había realmente conocido tan poco y que, sin embargo, se había sacrificado por él, su padre. Se dijo entonces Vidal, y se lo dijo en voz alta, que el destino lo había ayudado, porque al decidir aquella noche de hacía tanto tiempo dejar para siempre su Buenos Aires natal y embarcarse, sin destino, en una nave que llevara el nombre de su hijo, ese otro destino, el que escapa a las decisiones humanas, lo había desembarcado en el Callao, de la mano lo había llevado a Barranco y lo había ubicado providencialmente en un piso que, para llegar a él, había que subir la escalera, seguir el corredor y subir la escalerita al entrepiso, puerta 5, justo como se alcanzaba el departamento de Nélide, en Guatemala al llegar a Julián Alvarez, allá en Buenos Aires.

Pensó, pues, como buen creyente que respeta los designios que desencadenan las coincidencias de la vida, que al encontrarse, lejos de su patria, con tantas similitudes: un vecino, ahora amigo —por eso mismo amigo— llamado Néstor Labarthe, como aquél; uno de cuyos hijos se llamaba Isidorito, como el suyo; un departamento al cual se llegaba siguiendo un derrotero exactamente igual que para el de Nélide; era una Gran Coincidencia por la que debía estar siempre agradecido. Y encontrando así una explicación a su buena acción del día, Isidro Vidal se quedó dormido.

La mañana lo despertó por ser una mañana tan sorprendentemente igual a tantas otras. (Se dijo mientras se dirigía, casi sonámbulo, a la cocina para cegar un mate, que era muy probable que estuviese, ahora sí, cruzando el umbral de la vejez, porque todo, hasta las mañanas más triviales, más exactamente iguales a otras tantas mañanas, ahora le sorprendían y hasta lo despertaban por su excepcionalidad).

Servido el mate, se sentó en una silla frente a la cocina, calentándose las manos y alisándose los cabellos con los dedos, y recordando que el día sí tenía algo de especial: había un nuevo inquilino en su casa.

Asomándose al pasadizo, antes de entrar al baño, miró hacia el fondo, satisfecho, como queriendo escuchar con la mirada algún ruido que identificara, allá en la pieza de la izquierda, a su amigo Néstor. Permaneció así varios minutos, expectante, hasta que el rumor de la máquina de coser le satisfizo su benigna curiosidad.

Se lavó la cara; orinó; se humedeció los cabellos; se vistió.

Al pasar frente a la pieza en la que estaba Néstor, aprestándose para salir a la calle, quiso entreabrir la puerta y observarlo, pero se dijo que lo interrumpiría y siguió su camino.

Salió a reconocer otros posibles daños que el temblor de la antenoche hubiera podido causar, misión que había postergado desde el día anterior para ayudar a Labarthe en su mudanza. Bajó por la avenida Grau hasta la plazuela de la Municipalidad. Cruzó la avenida Osma y se dirigió hacia los barrancos del malecón que asomaban a más de treinta metros de altura la pálida faz de ese barrio limeño que se reflejaba fielmente en las opacas aguas del Pacífico. Notó, aquí y allá, una y otra casa con alguna pared agrietada, casas que —se dijo— en realidad solo venían buscando desde hacía años un pretexto para terminar de derrumbarse y descansar en paz. (Y pensó en la vejez; y se dijo que no era el momento de hacerlo...)

De regreso, se detuvo un momento en el bazar de don Hipólito, el único almacén que lo abastecía de hierba mate. El paseo le había tomado toda la mañana. Subiendo las escaleras hacia su departamento, pensó en invitar a Labarthe a almorzar ahora que, más que vecinos, eran en cierto modo inquilinos de un mismo piso; se sorprendió, sin embargo, al entrar en su cocina y encontrar allí a su amigo de pie frente a la llama sobre la que hervía una olla.

—¡Che! —exclamó Labarthe como solía llamarlo cuando estaba de buen humor—, mi mujer salió a probarle un vestido a una clienta suya en Monterrico, y como es tan lejos no estará aquí para prepararme el almuerzo y pensé que no te molestaría... ¡Hay para todos, por supuesto!

Néstor Labarthe le relató a su amigo y ahora invitado, cómo había sido ese primer día de trabajo en el nuevo taller. Le informó que solo había perdido, con tremendo derrumbe, dos frascos de cola para suelas y un solo pomo de tinte de cuero; le dijo que la máquina de coser —se sonrió con la comida entre los dientes— funciona-mejor-luego-de-que-esos-ladrillos-le-cayeron-encima; le hizo saber que desafortunadamente —era, sí, la única otra pérdida— tendría que reponer a un cliente un par de zapatos de gamuza, porque sencillamente los origina-

les habían desaparecido entre tanto destrozo. También le dijo lo cómodo que realmente le resultaba su nuevo taller, sobre todo porque contaba con más espacio —el cuarto de Vidal, es cierto, era más grande— porque la lucerna en el techo era una bendición que le permitiría trabajar, a diferencia de antes, sin luz eléctrica durante el día.

Terminada la ligera merienda, Labarthe se fue de inmediato a su taller y cerró la puerta tras de sí. Vidal, en cambio, que en el transcurso del frugal almuerzo solo se había limitado a asentir con la cabeza las afirmaciones de su amigo, recogió los platos de la mesa y los puso en el lavadero. Prendió entonces la candela de su cocina de kerosén, puso a hervir un poco de agua y, pensativo, esperó el sollozo de la tetera para cebarse un mate.

Esa tarde pasó para Vidal, a diferencia de tantas otras tardes, agolpándose con cada momento que el péndulo del reloj en el pasadizo recordaba inexorablemente, recuerdos y nostalgias de su primera vida, como él la llamaba, de toda aquella vida que había transcurrido hasta el momento mismo cuando, una madrugada como cualquier otra, se había embarcado en una pequeña nave llamada Isidorito, sin rumbo determinado. Se dijo —y lo hizo en voz alta— que, a no dudarlo, todo recuerdo envejecía, porque era algo así como consumir un poco de la vida de ese momento para revivir un otro instante, como hacer trabajar doblemente el corazón para que alimentara la vida del momento mismo pero, también, la otra vida que el recuerdo remozaba. Y se dijo también que todo recuerdo, cuando venía acompañado de la nostalgia, era un signo inequívoco de la vejez. Y se sorprendió que, por primera vez, aceptara reconciliado, de cara al frente, este hecho ahora irrefutable. Creyó entonces sentir que los huesos le crujían y que sus dedos se ablandaban debajo de las uñas.

La tetera silbaba.

Isidro Vidal se sobresaltó, desconcertado. Escuchó el reloj marcar las seis. Se había quedado dormido en la cocina, sentado en una silla. Se levantó con dificultad. Le dolía todo el cuerpo. Apagó la candela. Y entre las penumbras de la tarde ubicó su dormitorio. Se echó sobre su cama, extenuado, derrotado como se dijo a sí mismo en el momento previo a quedarse nuevamente dormido.

El día siguiente transcurrió penosamente. Se había despertado esa mañana con una extraña sensación pastosa en la boca, como si hubiera estado bebiendo y, frente al espejo del baño donde se había dirigido sin pasar por la cocina para cebar su yerba matinal (estaba cambiando sus hábitos, pensó; síntoma inconfundible de quien pretende aferrarse a los últimos rezagos de una juventud marchita para ahuyentar la vejez, pensó), se sintió extrañamente avergonzado de su propia persona (andrajosa y desaliñada, pensó) al verse sus ropas arrugadas contra la piel.

Dos días más transcurrieron, tediosos, insoportables.

A la mañana del tercero, don Isidro Vidal decidió sacudirse un poco de la densa neblina y la humedad que se escurrían por las rendijas de su ventana, preparándose un mate y regresando a su cuarto para recostarse sobre la cama a leer. Un antiguo número de *Siete Días*, que había traído consigo de Buenos Aires; unos ejemplares de *Gente*, en los que los años de relecturas podían sumarse en las esquinas dentelladas de sus páginas; y un extraño libro llamado extrañamente *Diario de la Guerra del Cerdo* que, a pesar del verde esperanza de la carátula, por extrañas razones nunca se había decidido a leer; constituían su colección de pasatiempos.

Sintió entonces de pronto la voz de su amigo Néstor y algunas risas que la envolvían, y sintió todo eso dentro de su departamento, muy cerca del dormitorio. Salió a cerciorarse y vio a Néstor Labarthe que, flanqueado por dos hombres, entraba a la cocina, hablando amigablemente, compartiendo todas unas risas. Vidal regresó a su cuarto, se calzó, volvió a salir y entró al baño desde donde pensó que podría escuchar mejor a sus inesperados huéspedes. Entre ruidos de ollas y el roce de cubiertos sobre los platos, Vidal escuchó inconexos diálogos en los que se hacía mención al colectivo ya reparado, al temblor y al nuevo taller que-no-hay-mal-que-por-bien-no-venga. Escuchó su nombre un par de veces, y esa tercera vez no se dio cuenta de que era Labarthe que allí, de pie a su lado, le ponía un brazo sobre el hombro al tiempo que le decía:

—Vidal, Isidro, qué haces parado acá. ¡Ven! Tú conoces a mi socio. Quiero ahora presentarte a otro amigo. ¡Ven!

Vidal, sorprendido, con ese pueril sentimiento de avergonzada incomodidad de quien ha sido descubierto agazapado escuchando tras una puerta, se dejó llevar del brazo por su amigo Néstor. En la cocina, sentados, tomando café, estaban los otros.

Reconoció al socio de Labarthe en el negocio del taxi y en cuanto al otro hombre, este se lo presentó como un inversionista con mucho dinero, maestro zapatero con sus ahorros en el bolsillo, deseoso de invertirlos en el negocio de Labarthe.

Cuando, luego de unas cuantas bromas y más risas, Vidal se quedó finalmente solo, pensó en lo desubicado que se había sentido en su propia cocina, en su propia casa, y por un momento reprobó su intrusión en aquel círculo de amigos, inmiscuido arbitrariamente —pensó— en la conversación de sobremesa de tres individuos que no habían en ningún momento contado con su presencia.

Esa noche fue para Vidal otra noche de vigilia con los recuerdos, que solo interrumpió —lo recordaría tiempo después— un ruido seco proveniente de la cocina, y que atribuyó entonces tontamente a algún gato.

A la mañana siguiente, sin embargo, al entrar a la cocina encontró su mate hecho añicos en el suelo. Vidal no llegaba a encontrar una respuesta a su desdicha y, luego de contemplar por varios minutos los restos del mate sin saber qué pensar, se dijo que sería un heraldo del destino. Resuelto, fatídico, se vistió y salió a la calle a deambular hasta la hora del almuerzo. No había aún caminado mucho cuando Ofelia, la hija de Labarthe, le dio el alcance.

—Don Isidro —le dijo con cierta tristeza en el rostro que desentonaba con su voz firme y hasta desafecta—, debo pedirle disculpas por lo de anoche. Yo fui quien rompió su taza. Fui a la cocina a servirme un poco de agua y, como no conozco aún bien donde están las cosas, tropecé mi mano con su vaso, el mate quiero decir. Estaba sobre la mesa y se cayó al suelo y se rompió. No quise despertarlo. Le pido disculpas. ¡Pero la verdad es que no debería dejar usted las cosas así nomás sobre la mesa!...

Vidal no tuvo tiempo de decir nada: la chica, luego de expresarle mecánicamente lo que tenía que decir, entró de inmediato a su casa.

Caminó hacia la avenida Grau, cruzó la pista y, pensativo aunque sin pensar en nada, anduvo por todas esas calles por las que nunca antes había transitado. A la hora del almuerzo no quiso regresar a su departamento; se sintió incómodo con solo pensarlo. Entró a la tienda de don Hipólito, compró unas galletas de soda y se fue a comerlas al parque.

De regreso a su habitación, al pasar frente a la cocina, notó que la mesa había sido puesta. Unos platos con residuos de frijoles embadurnando los bordes aún la ocupaban, congregando alrededor a las escasas moscas de invierno. Notó que alguien había dispuesto arrojar a la basura los restos del mate que él había querido guardar de recuerdo. Vidal se sintió entonces invadido por una inmensa desolación, por una tristeza que lo marginaba del resto del universo; se sintió solo. Por primera vez se le ocurrió pensar que las potestades ocultas que gobiernan el mundo habían decidido darle la espalda, y que esa era la forma como se deslizaba poco a poco la vejez.

Esa misma noche escuchó ruidos al fondo del pasadizo, pero no quiso enterarse de lo que —pensó— sería muy probablemente alguna otra prueba de las desdichas que lo agazapaban.

Se despertó muy temprano y, al pensar que no podría levantarse para ir a cebar su mate, sintió una desnudez que le trajo a la memoria aquella oportunidad cuando, allá en Buenos Aires, luego de años usándolo, salió por primera vez a la calle sin sombrero y sintió que todas las miradas se fijaban en él: tuvo por un momento la sensación de que el mate había venido en cierto modo justificando, sin que él lo supiera, cada una de sus mañanas y cada uno de sus despertares.

Al salir del baño alcanzó a ver el momento mismo en que se cerraba la puerta de la pieza adyacente al taller de su amigo Néstor. Se dirigió hacia el fondo del pasadizo e intentó vanamente abrir ese otro cuarto que había mantenido clausurado por inservible. La puerta estaba cerrada por dentro.

Salió como todas las mañanas, y regresó levemente repuesto en ánimos por obra de unos tenues rayos de sol que le habían calentado algo las espaldas.

Tal como lo había intuido, encontró en la cocina a su amigo Néstor comiendo mientras que su hija Ofelia, parada frente a la llama, revolvía un guisado dentro de una olla.

Vidal saludó fingiendo una sonrisa, a la que obtuvo como única respuesta una fría mirada de Labarthe desde el fondo de su plato. Se sentó silencioso, algo confundido.

—Bueno, pues —dijo Labarthe mirándolo de frente a los ojos mientras que se pasaba una mano por la boca y, dirigiéndose a su hija, le ordenaba «Sírvele al señor»—. Habrás notado ya que Ofelia se mudó al cuarto vecino al mío. Como es una habitación vacía, que no te sirve, pensé que bien podría la gorda dormir allí. Total, en nada te incomoda y más bien ella está mucho más cómoda. —Hizo una pausa estudiada—. He esperado todo este tiempo a que te decidieras a ofrecerme ese cuarto. Al fin y al cabo te es completamente inútil. Pero no lo has hecho. Por eso me tomé la libertad... en fin... —Y sin despedirse, luego de un silencio prolongado, Labarthe se levantó y se fue. Ofelia recogió los platos de la mesa, los puso en el lavadero, los remojó y salió igualmente sin decir nada.

Vidal no comprendía; se dijo que no comprendía nada de lo que estaba pasando. Tuvo una extraña sensación, mezcla de desilusión y desamparo. Los pensamientos se le atolondraban en su mente, agolpándose desordenadamente. No podía ser —pensó— que alguna vez Labarthe le hubiese solicitado ese otro dormitorio y que él se hubiese olvidado. No podía ser —pensó— que, con la vejez, estuviese olvidándose de las cosas. Pensó entonces que la vejez era la única culpable de su deterioro físico pero también del desafecto de sus amigos. Se puso de pie y salió de la cocina, asqueado, como si allí estuviesen, pegados en las capas de grasa que embadurnaban las paredes, todos los males que lo perseguían.

Entró a su dormitorio. Notó la tranquilidad que le inspiraban esas cuatro paredes que desde hacía algún tiempo eran las únicas que le daban confianza. Cerró la puerta y se quedó contemplando desde ese ángulo el cuarto que se extendía a sus pies, la cama a la izquierda, una cama de doble plaza, incómoda, pero ya amoldada a su cuerpo (o mi cuerpo amoldado a ella, pensó); la cómoda frente a la cama sobre la que, desteñidas, agonizaban al fuego lento de los rayos de sol y de las cenizas del tiempo, unas cartas inconclusas comenzadas hacía

demasiados años, dirigidas a Rey, a Jimmi, a Dante; una silla debajo de la ventana; la mesa de noche con el mármol cuarteado y la bacinica despostillada asomando obscenamente por debajo del catre. Miró todo eso, volvió a mirarlo, lo miró varias veces, y se sintió tremendamente abandonado.

Pensó entonces, no sin cierto temor, que había entrado en esa etapa de la vejez en que se siente pena y hartazgo por uno mismo, y pensó que ya nada le importaba. Sintió así, en ese mismo instante, que venía de asistir al cisma de ese universo interno de presupuestos vitales, de los que nunca antes había dudado, tales como la amistad, el amor o su propia virilidad, y que ahora se distorsionaban como aquellas figuras humanas en las galerías de espejos de los parques de diversión, que tanto le habían gustado de chico.

A la mañana siguiente decidió Vidal ir hasta Lima para comprar un mate. Indagó en diversos comercios del lado del mercado central donde don Hipólito le había dicho que averiguara. Pero, desilusionado de no encontrarlo, regresó a Barranco.

Entró en su departamento y escuchó vivas voces que provenían de la cocina. Pensó que estaría allí su amigo Néstor con sus socios, y quiso por eso escabullirse a su pieza sin que lo vieran. Observó, sin embargo, al pasar —no pudo evitar mirar de reojo— que Labarthe no estaba allí y que, más bien, diversos comensales desconocidos eran atendidos por Ofelia mientras que otra muchacha, que reconoció del barrio, estaba cocinando. No pretendió Vidal encontrar explicación alguna; entró a su dormitorio y se recostó sobre la cama.

Los días se sucedieron con una inclemencia insoportable pero sirvieron para que, lentamente, la singularidad que había caracterizado en las primeras semanas las inconsultas modificaciones que Labarthe introdujo en casa de su amigo Vidal, se convirtiera, por su insistencia exasperante en repetirse diariamente, en monótona costumbre. Por eso mismo, no le sorprendió mucho a Vidal que un día, luego de largo tiempo sin verse ni hablarse, Labarthe lo invitase a almorzar en su propia cocina, convertida entre mediodía y las dos de la tarde en un verdadero restorán de barrio. Y luego de los agradecimientos de rigor por la forma como venía ayudándolo, Labarthe le planteó a su huésped la imperiosa necesidad que tenía de ocupar el último de los cuartos vacíos con el fin, según le explicó, de ampliar su taller de zapatería, ahora que había empleado a Isidorito para que le trabajase la parte del Dodge que le correspondía a la familia.

Vidal, que, más que escuchar a su amigo, había estado intentando buscar una adecuada definición de la amistad, no tuvo reparos en acceder a la solicitud de Labarthe, agradeciéndole, por el contrario, que le hubiese consultado antes de proceder. Y cuando estuvo solo, mientras orinaba en el baño, se miró en el único rincón del espejo que unas medias de seda de mujer colgadas habían res-

petado, y se dijo que era un cobarde. Se prometió entonces —y se lo dijo en voz alta— que nunca más se miraría en un espejo.

La vida tiene extrañas formas de retribuirse la gratitud y de compensarse por lo que nos concede, pensó Vidal, mientras que, ya en su habitación, recordaba las muchas afortunadas coincidencias que, según él, le había deparado el destino. Y con esto en mente y el descubrimiento de su propia cobardía, se quedó dormido.

Muy temprano por la mañana le despertaron unos ruidos originados en la pieza colindante, que el día anterior había consentido prestarle a su amigo Néstor. Un martillo castigaba duramente la pared que separaba su dormitorio de aquella habitación. No pudo aguantar el retumbo de los golpes y se levantó. Se dirigió al baño, pero estaba ocupado. Fue al lavatorio de la cocina y, entre ollas sin lavar y restos de comida del día anterior, se enjuagó la cara.

El nuevo socio de Labarthe sí tenía aparentemente muchos ahorros, constató Vidal, pues a los pocos días de haberse iniciado los trabajos de remodelación y ampliación de su departamento, comenzaron a llegar algunas maquinarias. Y una mañana en que Vidal regresaba de su acostumbrado paseo matinal, vio un flamante letrero que colgaba casi de la ventana de su departamento y que desde entonces anunciaría, en grandes letras rojas, el sueño de su amigo hecho realidad: —Labarthe-Contreras —Calzado Fino Importado—.

Al subir a su piso y llegar a la puerta notó, perplejo, que esta se abría hacia otra puerta, seguramente —pensó de inmediato Vidal— una puerta que su amigo había instalado para convertir en un corredor independiente del resto de la casa aquel espacio que separaba un taller del otro. La idea le disgustó pero al momento encontró que, efectivamente, la separación independizaba lo que quedaba de su departamento. Mientras pensaba en esto, unas personas entraron a su casa; recordó entonces Vidal que era la hora del almuerzo.

Esa misma tarde decidió que tendría que comprar un cerrojo con candado para la puerta de su dormitorio. Sería acaso —pensó con fatídica amargura— un signo más de la vejez aquello de tratar de proteger de esa forma sus recuerdos, esos mismos que, como el manto de polvo antiguo que los cubría, llevaban impreso mucho de su propia vida. Pero esa misma tarde, al entrar, había encontrado su dormitorio artificialmente ordenado y, sobre la cómoda, junto a sus cartas y sus revistas apiladas, había descubierto una palangana con agua a un costado de la cual asomaban, temerosos, escondidos, como avergonzados de su forzada reubicación, su cepillo de dientes, un jabón y el peine. ¡Manos ajenas —se dijo Vidal— manos extrañas a ese cuarto, a esos objetos —se dijo Vidal—, manos indignas de alterar el orden que las cosas mismas se habían ido asignando poco a poco —se dijo Vidal—, habían profanado ese espacio suyo encuadrado

por esas cuatro únicas paredes amigas, y al que no le estaba permitido ingresar sino a él y, cuando él los invitaba a pasar, a sus recuerdos!

Así las cosas, su departamento reducido por una zapatería que había crecido como un gusano que sentía que le carcomía ahora las entrañas; una puerta que se levantaba, discriminante, en un corredor retaceado; el dormitorio de Ofelia que había anexado con exclusividad el único baño del departamento; una cocina que ahora rezumaba un olor a menestras, que hacía tiempo había reemplazado para siempre el otrora opimo sabor a yerba mate; Vidal se sintió por primera vez en su vida con miedo. El camino a la vejez —pensó— había sido lento pero resuelto: de la incomprensión de los hechos había pasado a la cobardía, y de allí había descendido a la agonía del temor. Por primera vez también, sintió que no quería hablarse a sí mismo, menos aún en voz alta, y que no deseaba más pensar. Pensó entonces —y se dijo que sería la última vez que lo haría— que el exilio fuera de sí mismo y de los demás era la única forma de velar al acecho de la muerte.

II

Esa noche, una noche como cualquier otra, don Isidro Vidal tuvo un sueño. La guerra del cerdo había recrudecido. Estaba él en su habitación con Nélica, cuando vino Faber y le dijo abochornado: «Al altillo, hermano, al altillo». (Curiosamente, Faber tenía en aquel sueño la misma cara verrugosa y compungida del Néstor Labarthe de Barranco). Explicó algo de disparos, de los jóvenes turcos tratando de abrir la puerta del caserón a balazos. Luego se encontró —no recordaba muy bien cómo— se encontró refugiado en el altillo, con Faber, con el encargado del edificio y con doña Dalmacia y su nieta. Pasado el peligro, a la mañana siguiente, decidieron bajar. Y mientras él, Vidal, se asomaba a la frágil y empinada escalerita que descendía del altillo, se encontró con la cara de Faber, este otro, el de la cara verrugosa y compungida, quien, fingiendo una sonrisa, le decía, al tiempo que le cerraba la mirilla: «Te quedas, Isidro, tú no bajas. ¡Necesito tu dormitorio para ampliar mi zapatería!» Trémulo, como si el aire no llegara más a sus pulmones, vio cómo se le cerraba la portezuela mientras alguien le gritaba «¡Para siempre!»

Se despertó sobresaltado por la última visión del sueño: desde Barranco hasta Buenos Aires, todo estaba invadido de zapatos: zapatos chicos, grandes, medianos; zapatos de hombre, sandalias; zapatos de mujer, botines; todo el cielo saturado de zapatos y, colgando del espacio, un enorme letrero que decía: —La-

barthe-Contreras —Calzado Fino Importado—, destilando una tinta roja como sangre brotando de una llaga que se llamaba Isidorito.

Tenso, transpirando como si estuviese afebrado, exhausto, con el cansancio entre los huesos de quien ha dormido demasiado, se reclinó en su cama. Permaneció así varios minutos. Se pasó entonces una mano por la cara y notó que la barba estaba crecida. Pensó entonces que, seguramente, habría estado durmiendo varios días.

Recordó luego el sueño, entre vagas referencias y sensaciones de hambre, de mal gusto en la boca y en la comisura de los labios. Creyó entonces, en ese mismo instante, escuchar entre las penumbras de un amanecer que aún se resistía a serlo, la manija de la puerta que giraba; luego, a lo lejos, un susurro: «Vidal, ábreme... Vidal... » Era la inconfundible voz de su amigo Labarthe. Se lo imaginó de pie allí no más detrás de la puerta, el socio a un lado, Ofelia dos pasos atrás, esperando los tres, listos a entrar..

Vidal echó un último vistazo a su dormitorio, sus cartas sobre la cómoda apenas alumbradas por el débil amanecer, sus revistas, el libro aquél.

Entonces se recostó y cerró los ojos.

Y escuchó que la puerta se abría.

(De *Escuchando tras la puerta*. Barcelona: Tusquets, 1975)

CARLOS CALDERÓN FAJARDO

Carlos Calderón Fajardo nació en Lima en 1946. Inició sus estudios en la Universidad Católica en 1964. Siguió la especialidad de Sociología y concluyó sus estudios con la tesis: *Paramonga-Pativilca: un caso de marginalidad*, 1974.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

La colina de los árboles. Novela. Lima: Editorial Salesiana, 1980.

El que pestañea muere. Cuentos. Lima: La Vieja Morsa, 1981.

La conquista de la maravilla. Novela. Lima: Mosca Azul Editores, 1983.

El hombre que mira el mar. Cuentos. Lima: Mosca Azul Editores, 1989.

La conciencia del límite último. Novela. Lima: Mosca Azul Editores, 1990.

El viaje que nunca termina. Novela. Lima: Ediciones Pederal, 1993.

La conquista de la plenitud. Novela. Lima: Consorcio Serviuni, 2001.

ELIANA Y EL TIGRE DEL SUR

Solo un endeble tabique separó el cuarto de Eliana del mío. Entre el delgado muro de madera triplay, cartón prensado, fina línea entre dos soledades: intu-yéndonos, adivinándonos, afinábamos el oído. Él había entrado definitivamente al cuarto de Eliana a vivir como un mueble, como ocupando una pared desde donde era visible desde cualquier ángulo. Éramos dos en la vida de Eliana. Un boxeador cuya imagen refulgía en un afiche: un boxeador en posición de guardia defensiva. Los dos guantes altos delante de la ñata nariz; sus ojos casi cerrados por los golpes y las piernas calzadas en zapatillas hasta media canilla, y encima del afiche las doradas letras que decían: **El Tigre del Sur-Campeón del Pacífico**. El otro era yo.

El tal tigre con su arrecho nombre, con Eliana en esa posición de pájaros en vuelo disparatado, daba vuelta a la milagrosa esquina del barrio como dos globos inflados que se van volando rumbo al cine por delante de un bazar de telas cuyo turco propietario mantenía el portón de metal como una boca abierta hasta casi las diez de la noche. El Tigre del Sur circunvaló la arista de la manzana cargando con el cuerpo sin grandes protuberancias de la menudísima mujer que era Eliana, muy suavemente, con una fuerza invisible que parecía escrita en una canción que decía lo que pesan dos soledades juntas.

La garúa mojaba las chirriantes aceras; salí del edificio de peldaños deshilachados y al dejar mi cuarto lo hice abandonando los ladridos quejumbrosos de mi perrita Laika. Desenganchando mi saco de un clavo, le había dado la última mirada a mi cama de remolinos tibios, de frazadas de lejana muda, mirando el polvo acumulado como costra acumulada en las superpuestas hojas de la persiana. Era un edificio de ventanas tapadas de viejas persianas, pintado de azul eléctrico; afuera alumbraba eso de escurridísimamente penumbroso que son los focos de los postes cuando el viento de agosto va y viene inusualmente. El Tigre, que también vivía allí, había llegado como el reflejo de una estrella para irse con Eliana al cine trotando por la oscuridad de la noche.

Por supuesto que me peiné con un peine de cacho de toro que saqué del bolsillo fundillero, delineando con cuidado la raya en mi cabeza. Yo había salido

rumbo al cine Fénix pensando en un radiante día de un mes de enero, cuando, como ya sabemos, era una noche de un venteado y plomizo agosto. Y Eliana había apagado la luz de su piecita de arreglo coqueto esfumando la luz anaranjada que flotó hasta esa hora en el dintel de la puerta; había terminado de acicalarse, de pintorrearse en la escalera. Mejor dicho, en algún momento, los tres habíamos salido a la calle cuando en el cine había show.

A Eliana yo la apodé la sputnik porque cómo llamar a alguien que le gusta darle tantas vueltas a la manzana. Y Eliana por el borde exterior de la calzada solía girar como siempre, como el cometa Halley, regirando alrededor de los dormidos inmuebles, pero no esa noche, que, como dije, era noche de show en el cine.

El tal Tigre, un fortachón, además del apodo acojonante, llevaba, cual pelaje, una apretada camisa de seda, y de él flotaba entre nosotros eso: que logró pelear por la disputa de un boludo título en un torneo internacional en el puerto de Valparaíso. Y cuando había show en el cine se le salían todos los recuerdos; apurando el paso transportaba plumíferamente a Eliana como diciendo: no solo fui boxeador terrible en los cuadriláteros sino muchas cosas más, hasta posé para la propaganda que salió en el afiche de un perfume dentífrico.

Yo, además de criar una perrita de motas negras sobre el pelaje blanco, adornaba la pared de mi cuarto con el afiche de Yuri Gagarin, el resplandor de los avisos luminosos golpeaba la cara de ratón del astronauta que sonreía atisbando desde detrás de una metálica escafandra. Era noche de arreboles; la vida, la inmensa y querida galaxia en órbita, ingresaba a los fulgores de la ilusión y del espectáculo; ellos llevaban una decisión tomada y por más arrumacos y arrepentimientos que tuviesen ya no se iban a echar para atrás.

Entre la casa y el cine, en noche de show, se extendía una vida de por medio: cómo olvidar las gárgaras de doña Josefina y que la anciana se lavaba el cuerpo entero en una gigantesca palangana abollada, enjuagándose con una jarra aporcelanada; doña Josefina era de las que salía del edificio solo para una cosa: a misa con Eliana. Doña Josefina murió de una pulmonía fulminante por remojarse la cabeza a las cinco de la mañana un 30 de agosto, día de Santa Rosa. Se la llevó la santa. Eliana desde entonces vivía sola. Doña Josefina que fue su tía, pero más que tía casi una madre, falleció en olor a novenas y millones de avemarías rezadas con unción; se fue dejando a su sobrina Eliana solita en el desierto del mundo y con la obligación perentoria de conseguir trabajo. Doña Josefina cobraba una cesantía, pero los mil soles (que alguna vez fue un montón de plata, antes de la gran devaluación en el primer gobierno de Belaúnde) solo servía para una dieta de faquires: té Toro, a pasto, sarandajas y unas tremendas lornas fritas que doña Josefina freía hasta que alcanzaran consistencia de galleta.

El edificio se saturaba de tufo de pescado frito, eso sumado a la fetidez de la harina de anchoveta que todos llevábamos como sombrero, era como vivir como un bufeo en el fondo del mar y soñarse con Eliana, la sirena, velando el cadáver blancuzco de doña Josefina. El entierro fue un sábado y para el miércoles y por mediación de un viejo compadre de doña Josefina, Eliana conseguía trabajo de vendedora en la juguetería-locería propiedad de un chino que se movilizaba en moto. Eliana bordeaba los treinta y ocho y no había trabajado nunca antes en su vida.

Eliana tras el mostrador lucía cual pescadito de fantasía, había estado presa en el dogal de un traje negro que cargó como duelo riguroso desde el deceso de su padre, un tranviario que murió de hemiplejía, y fue paso trascendental de su nueva vida el no enfundarse en un segundo luto después de la muerte de doña Josefina. La casi cuarentona Eliana, nació en santa virginidad, con el olor al primer perfume que se puso en la vida, con su cara que despierta al recibir el primer color de los polvos y los anhelados coloretes; llevaba un traje de doblez conservador en la rodilla y plisado en la cintura, como recién fabricadita para el mundo a los treinta y ocho años de edad. La muerte de doña Josefina parecía una bendición que llegó tarde. Recibió su primer sueldo y se compró una botella de licor de menta, un radio transistor japonés, y fue todo un espectáculo verla sacando uno a uno del edificio los cachivaches de doña Josefina, que vendió en el negocio de trastes viejos que administraban dos viejas solteronas, las hermanas Baroni, hijas de un italiano loco que había sido en la década del treinta una especie de estrafalario inventor que tuvo como hobby el coleccionar llaves antiguas. Vendió el tocador, el ropero de tres puertas, la vieja máquina Singer, la palangana y la jarra de porcelana, y arrojó varios kilos de estampitas al acantilado; abandonó al interior de un confesionario todas las estatuillas de santos que había en su casa; se quedó solo con un catre de dos plazas (en donde durante treinta y un años había dormido doña Josefina) y tampoco vendió la vienesa. Eliana se sentaba en la mecedora, arropada con un chal, a escuchar boleros de Los Panchos hasta las dos de la madrugada y cuando apagaba la radio. A eso de las diez de la mañana abría la tienda, la juguetería-locería, que quedaba a dos cuadras del edificio azul y a una cuadra del bazar del turco.

La locería era indudablemente como una pecera: Eliana, uniformada con un traje-mandil color lúcumas, desplegando una invitante sonrisa hacia la acera, sonriendo durante un mes; luego recuperó su cara de mujer flagelada por los encierros y los sufrimientos de la esclavitud, de la lucha por la acumulación de indulgencias. No supo que caía en un mal mayor: en el tedio insufrible que reina en las jugueterías. En corto tiempo, Eliana era ya diestra vendedora; que una señora con un traje acampanado entre con un niño de pantalón corto y que

Eliana manipule con sus transparentes manos un soldadito de cuerda que dispara su ametralladora, o un xilófono de juguete con el que Eliana tocaba una canción pegajosa, un juego de bolos con bolas rojas; los juguetes en los andamios que cubrían las paredes, y en las vitrinas iluminadas con fluorescentes de neón estaban también en la cabeza de Eliana como al interior de una computadora. Eliana con un plumero de plumas de pavo sacudía trenes y triciclos, pelotas de fútbol y elefantitos de loza hasta que el sol huía de la tienda, hasta que ya de noche se iban vaciando las aceras y se despegaban los niños curiosos de las vitrinas que daban a la calle. El chino, el dueño de la juguetería, llegaba en su moto y recogía la plata de la caja. Eliana se quitaba el mandil y se ponía un traje con grandes flores rojas. El chino cerraba la tienda y le daba la llave a Eliana sin saber que un boxeador rondaba desde hacía semanas por las inmediaciones de la tienda, sobre todo de noche.

Así es, la noche era el Tigre del Sur. El Tigre era el de mucha gomina en el cabello y su cabeza espejeaba igualita a la de Carlos Gardel. Durante el día se encasquetaba una redecilla; como buen «morocho del abasto» sabía bailar el tango «empiernado»; debió de haberlo bailado con Eliana en alguna fiesta de carnaval; probablemente el Tigre del Sur fue un mujeriego de cuenta; lo decía él mismo: que había conquistado tantas mujeres como pelos tenía en la cabeza. Eliana lo sabía y mientras atendía en la locería imaginaba a su novio regresando a su casa al amanecer, después de picantes furtivas aventuras. El Tigre se echaba calato en la cama y sacaba de la mesa de noche un montón de revistas de ombli-gueras que se amontonaban entre zapatos, pantuflas, bacinicas y bolas de pelos. El Tigre imaginaba romances trepidantes con mujeres de apodos saltarines como la Mara, la Anakaona o con Tania la Salvaje. El Tigre del Sur se paraba de la cama y hacía flexiones mirándose en el espejo posando como fotografía de la revista Muscle Power; después apagaba la luz. En lugar de dar un felino salto en la oscuridad, se echaba a llorar en la cama envolviéndose la cabeza con la almohada. Al día siguiente se levantaba reconstruido y siempre diciendo lo mismo durante veinte años: que algún día llegaría a ser millonario. Los caminos que el Tigre del Sur eligió para llegar a ser millonario eran sumamente originales: sacar-se la polla, eso en primer lugar, ya que nadie sabía más de aprontes, de linajes de caballos y de arreglos y cambalaches entre jinetes que el Tigre del Sur estudiaba religiosamente; revisaba el programa hípico de las nueve a las diez de la mañana, hora que salía volando rumbo al Ramo de Loterías en busca del número que se había soñado la noche anterior. Era de corazonadas. A veces almorzaba, a veces no, según como estuviese su estado de ánimo. A las doce del día tomaba varias tandas de su trago preferido: cerveza negra con una gotitas de ron. Dormía largo la siesta. A las cinco de la tarde se levantaba a tomar el lonche y se iba a la dul-

cería de un panameño que había peleado en la Segunda Guerra mundial a las órdenes del general Omar Bradley. El Tigre del Sur, para no quedarse atrás, mientras comía su mazamorra, contaba que había trabajado como trapequista de circo en la carpa del circo Caballini, del que pasó al Berolina, antes de ser boxeador; quizás fue cachascanista más que boxeador, en todo caso se decía que el Tigre había hecho de pulsario en una época, en los intermedios de los cines de barrio, pero lo que sí era seguro es que había posado como modelo para fotos que se ampliaban y se imprimían en afiches como aquel que Eliana colgó en su cuarto. La cosa es que el Tigre siempre andaba buscando trabajo, siempre fue un misterio saber de qué vivía. Boxeaba. Eliana, la pequeña mujer que era su novia le hacía masajes con frotación Charcot para aliviarlo de los golpes.

La suya fue la corta escena de asedio y cacería antes de la consumación del amor. El Tigre del Sur rondaba en las noches por la tienda mirando a Eliana a través de los vidrios refulgentes de la vitrina como un niño que quiere ese juguete y ningún otro. Le hacía la guardia hasta las diez, hora que el portón de la tienda caía estrepitosamente. El Tigre se escondía metiéndose a la cantina de la esquina o a un callejoncito cercano. El chino arrancaba su moto y se iba metiendo estruendo. Eliana, luego de empolvarse la nariz, empezaba a girar alrededor de la manzana. El Tigre del Sur caminaba a unos metros detrás de ella, noche tras noche, hasta que un día Eliana le aceptó que caminara a su lado. Y junto a ella, entre sombras nocturnas y hedores a aderezo que brotaban de los edificios, el Tigre no decía nada. Tenía estilo para expresar sus sentimientos. Era un experto escritor de cartas de amor. Eliana leía esas cartas en sus interminables horas en el mostrador de la juguetería y, cuando caminaban juntos por la calle, las frases de amor que antes habían sido escritas con letra dibujada caminaban con ellos como maceradas antes de romper el silencio. Nadie podía decir que no se le veía elegante al Tigre. Eliana se enamoró de sus brazos en camisas de manga corta, de sus bíceps; un mechón de vellos negros brotaba entre los botones de su camisa abierta. Eliana vivía enamorada de los brazos velludos del Tigre, que tenía pelos hasta en los dedos de las manos. Los silencios y las grandes frases dichas en esos paseos prepararon una declaración de amor pronunciada con voz ronca, ayudado el Tigre por lo previos tragos que había bebido en la chingana del barrio antes de declararse a la que fue su novia por cortísimo tiempo.

La verdad es que nunca había trabajado el Tigre en su vida. Nunca llegaron a casarse porque Eliana le reclamó que trabajara y como el Tigre no había nacido para trabajar los largos paseos terminaron en los gruesos lagrimones de Eliana, quien nunca borró de su memoria el día que cansada de llorar le dijo al Tigre que ya no quería seguir siendo su novia. Nunca le perdonó que por lo

menos hiciera un intento de trabajar, pero tampoco olvidó cada día memorable: el día que lo conoció, mejor dicho el día que él le habló por primera vez; el día que se le declaró, la vez que se dieron el primer beso en la boca. Siempre presentes cada una de esas fechas que Eliana festejaba sola y a su manera. Se resignó a vivir solo casada en el corazón, sin importarle que yo, su hijo lo lamentase.

Vivieron juntos treinta años; no se casaron; nadie puede censurar a Eliana. Yo fui el único hijo que tuvieron y por eso soy como soy. Ellos procrearon un romántico, un enamorado con cara de sábado en la noche, un empedernido soñador. Mi cabeza siempre estuvo llena de rojizos arboles. Ellos fueron mi origen y mi destino siempre pensé que sería la astrofísica, no podía ser de otra manera con padres como los míos. Desde que nací de la unión carnal de Eliana la juguetera y un boxeador apodado el Tigre del Sur, cada vez que yo miraba el cielo yo me decía como alguna vez se había dicho a sí mismo Von Braun: mi meta son las estrellas.

Pero la vida decide, terminé mirando el cielo y no las estrellas. Despegué el chiclets del somier de la cama, me lo metí a la boca y salí del edificio. Detrás de la esquina estaba el cine. Yo trabajaba de boleterero. Ya no era un jovencito; casi pierdo el trabajo cuando mi perrita Laika se metió en una película con Clark Gable y Dorothy Lamour; se armó tal bochinche y demoramos tanto en chapar a la perrita que casi se suspende la función de noche. Yo bordeaba la treintena y ya se imaginarán que viejos estarían Eliana y el Tigre del Sur, sin embargo si uno los veía en la penumbra de la calle parecían no haber cambiado. Él grandazo, ella menudita. Eliana seguía poniéndose sus trajes plisados y el Tigre sus camisas de manguita corta. Eliana decoraba su cara con una mezcla de colores rojo fuego y violeta tentación y además se ponía grandes pestañas postizas. El Tigre había encorvado la espalda pero aún se le veía macizo. Yo, como ya dije, era el boleterero del cine Fénix, y a pesar de todo había llegado a las estrellas; yo les conseguía a mis padres entradas gratis para el cine y esa era su gran distracción.

Todas las noches iban al cine: ellos salían primero a la calle y yo les daba el alcance y después de caminar juntos ellos esperaban una seña mía para entrar. Yo me paraba tras el cajón de los boletos, pegaba el chiclet a la madera, hacía un movimiento con la cabeza y mis viejos pasaban a sentarse en dos butacas de la última fila.

Eliana y su Tigre envejecían viendo cine gratis aunque repitieran el filme, era la única diversión que les quedaba en la vida. Pero, sobre todo, los días que ellos no faltaban al cine eran los días que había show. No se lo perdían así hubiera terremoto y Eliana estuviera con jaqueca, o el Tigre con la perseguidora. Eran días en que todo el barrio se ponía de cabeza y nuestra casa más de cabeza toda-

vía. En noches así se le veía a Eliana y al Tigre del Sur, bien peinados y entelados yéndose por la acera a ver el espectáculo.

—¿Van a cantar los Panchos? —había preguntado esa noche Eliana en la calle.

—Solo bailarinas que van a hacer la calatieri —había respondido el Tigre con una sonrisa picarona a medio viaje.

Yo, el boleterero, me mantenía firme en mi sitio, imperturbable en los lunes femeninos, en las películas «impropias para señoritas», los domingos en matiné, los jueves Santo, que exhibían la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, el trabajo se recargaba pero nunca como cuando había show de calatas. Se enroscaba una larguísima cola de gente como una enorme víbora y en la lucha por sacar boleto volaban los botones de las camisas y hasta a veces venía la policía a caballo, que aporreaba sin piedad. Como para sentirse importante, el que decide quién entra y quién no. Los viejos entraron, yo los hice pasar. Pero cuando fui a revisar la sala, Eliana y el Tigre del Sur no estaban en las butacas que solían ocupar. Me hice reemplazar en la boletería por el iluminador de sala y fui en su busca. Cómo no lo había pensado antes, los asientos eran numerados y probablemente los habían hecho volar del asiento. Para temer lo peor; jamás antes había pasado. Siempre se apoltronaban como un par de estatuas en su asiento. Ya iba a empezar la función y cuando entré a la sala comprobé estupefacto, que no era ni lo uno ni lo otro. Yo estaba por desmayarme porque ambos estaban subidos sobre el escenario.

Lo que había pasado es que ocuparon su asiento, y Eliana como lo había hecho durante los últimos treinta años le reclamó que no trabajara.

—¿Cuándo vas a trabajar? ¿Por qué no buscas trabajo? —había rogado la anciana señora.

El Tigre enfurecido se había parado del asiento y se había dirigido al escenario. Eliana lo había seguido.

Estaban allá arriba. En la sala había una atmósfera de sorpresa, un rumor que parecía decir: y a éstos espantapájaros qué les pasa; algo así como: ahorita nos empezamos a reír; hay que silbar, hay que aplaudir. Yo, rígido como una estatua de sal, clavado en la mitad del pasadizo, ya me desmayaba de tanto estupor.

Lentamente, el Tigre del Sur se quitó la camisa. Eliana, a corta distancia de él, parecía la *partenaire* del mago, del malabarista, y poco a poco el rumor de un enjambre atolondrado de moscones, que eso era el público, se fue aquietando. Quedó un silencio cargado de suspenso, tanto que parecía escucharse a lo lejos el redoble de un tambor. El Tigre del Sur hizo unos cortos y ligeros ejercicios de calentamiento flexionando piernas y brazos. Su musculatura despertó de un largo sueño y con la elasticidad de un salto primero y sorpresivo el Tigre dio varios

volatines apoyándose con las palmas de las manos en el suelo; sus piernas habían girado velozmente en forma de aspa; la velocidad y la facilidad de los volatines generaron un rumor de asombro.

De pronto el Tigre se quedó muy quieto. De cabeza, apoyado en sus manos. Pegando sus piernas alzadas en cámara lenta, permanecía parado de cabeza con la quijada hacia adelante. Había una tensión contenida en toda la sala ante ese cuerpo tan perfectamente rígido. El cuerpo del Tigre del Sur giró hacia adelante, sus pies tocaron el piso y, ante el asombro de la sala ya casi llena, dio un espectacular salto mortal y cayó parado. Agradeció con una venia y el público estalló en un sonoro y largo aplauso.

Era el boletero el que tenía que bajarlos pero yo estaba como petrificado.

Los aplausos no cesaban. Eliana, bailando, movía rítmicamente los brazos y las piernas, y de repente en medio de esa marejada de aplausos y silbidos irrumpió su voz cristalina como el vuelo de un lánguido pájaro. Un silencio grave se instaló en la sala, un silencio respetuoso; un extraño sentimiento de ternura parecía ir envolviendo los corazones como una enredadera de campanillas azules. Eliana cantaba:

*Como un rayito de luna
en mis noches sin fortuna...*

La voz melodiosa surgía cargada de esa ternura que daba la sensación de haber permanecido guardada en el rincón más hermoso del corazón. Eliana había demorado treinta años en recorrer el trayecto entre el edificio azul de las persianas y el cine, y al llegar había trepado a ese escenario que era como la vida donde se recuperaba por momentos una juventud inigualable. Las mujeres lloraban y los hombres contenían las lágrimas.

Un hombre muy gordo, de pie, acercándose suavemente a mi hombro me susurró al oído, no a mí, al hijo, sino al boletero:

—¿Dígame, él no es el Tigre del Sur, el que fue famoso boxeador?

—El mismo —contesté—. Y su esposa es Eliana, la reina de las estrellas —añadí mientras dos lágrimas descendían por mis mejillas como por una calle silenciosa.

(De *El que pestañea muere*. Lima: La Vieja Morsa, 1981)

FERNANDO AMPUERO

Fernando Ampuero del Bosque nació en Lima en 1949. Inició sus estudios en la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica en 1970.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Paren el mundo que acá me bajo. Cuentos. Lima: Editorial Ari, 1972.

Mamotreto. Novela. Lima: Editorial Ari, 1974.

Deliremos juntos. Cuentos. Lima: Kosmos Editores, 1975.

Miraflores Melody. Novela. Lima: Serconsa Editores, 1979.

Caramelo verde. Novela. Lima: Jaime Campodónico / Editor, 1992.

Malos Modales. Cuentos. Lima: Jaime Campodónico / Editor, 1994.

Bicho raro. Cuentos. Lima: Jaime Campodónico / Editor, 1996.

Cuentos escogidos. Cuentos. Lima: Alfaguara, 1999.

El enano. Novela. Lima: Mosca Azul Editores, 2001.

PÁNICO EN LA CLÍNICA DE TARTAMUDOS

El hecho es que, en mi familia, los sofás traen pésima suerte. En opinión de Nora, una antigua empleada doméstica, mi abuela materna sentó el precedente al morir de infarto en un canapé y, años después, el mal de ojo reapareció, más vigoroso y sutil, con nuevos desastres: mamá extravió un costoso brillante en la salita de estar —en vano destriparon el mueble—, y mi hermano mayor, confiado practicante del *coitus interruptus* y víctima de un sofá-cama, se vio obligado a casarse por no salirse a tiempo. Y ahora ha llegado mi turno. Me he sentado unos segundos en el sofá de la sala y, en un tris, mis sonrisas, mis palabras y todos mis actos se han vuelto deplorablemente antipáticos.

Todo empezó dos meses atrás cuando papá nos definió como una familia liberal, aunque con ráfagas de tradición. Una visión fugaz, a su regreso de la oficina, le inspiró esta idea. Al entrar a la casa y detenerse en el vestíbulo se fijó en el libre albedrío de mi hermana Mimi, que en ese preciso momento subía las escaleras —plano contrapicado, en el argot cinematográfico—, alborotada y en faldita de tenis. Una hora después, en un rincón del jardín y hablándome con su más fría expresión, reestructuraba las bases morales de nuestro grupo familiar.

Mimi, desde luego, tenía toda la culpa.

—Voy a salir con Javier en la noche —nos había dicho a la hora del desayuno en tono musical y jactancioso. El tal Javier, tablista de mechones rubios y héroe secreto del litoral mirafiorino, tenía veintisiete años, doce más que Mimi, diferencia que mereció, según las ráfagas de tradición aún en estado larval, un fuego graneado de críticas que iban desde «Está muy viejo para ti, Mimi» a «¿Qué te puede haber visto ese viejo decrepito?»

Le había visto lo que Mimi con mucho orgullo sabía que tenía. De manera que papá, que también lo sabía (aunque en vez de orgullo sentía unos celos de hombre de las cavernas), decidió ponerse asquerosamente abusivo y me nombró su guachimán.

—Te voy a hablar de hombre a hombre —me dijo—. Ese Javier es un pen-dejo y no quiero que pase nada que tengamos que lamentar, ¿entiendes?... ¡Vigílalos!

A partir de aquel día, donde quiera que Mimi y Javier estuviesen, yo debía ser siempre el que sobraba, el pesado, el convidado de piedra, el chiquillo ladilla. Acepté el difícil encargo. Mi debut aconteció, ya lo dije, en el predestinado sofá de la sala. Y de ahí, de sentada en sentada, pasé a la butaca de cine, al asiento trasero del auto y a muchas otras superficies sentables. Una chamba cumplida con diligencia y, en sus inicios, con gran comprensión.

No sé si ya lo habrán advertido, pero yo me considero, a mis trece años, el intelectual de la familia (leo los diarios y hasta un libro por semana, hago el geniograma), y entendí entonces que, en los tiempos del sida y de-la-más-grave-crisis-económica-que-vapulea-al-país, nada podía ser menos aconsejable que una vida desordenada. Lo entendí, rechinando los dientes. Y también sonriendo, qué le vamos a hacer, pues el fastidioso encargo de papá —conocedor de las debilidades humanas— tenía como corolario un chorro de propinas capaces de convertir a un libertino en un puritano de la peor especie.

Ponerse comprensivo, sin embargo, no es a veces lo más conveniente. La gente se aprovecha, quiere sacar ventajas, intenta a toda costa voltear la tortilla. Y Mimi y Javier son típicos ejemplos ilustrativos al respecto.

A pesar de mis buenas intenciones me dispensaron desde el saque un odio feroz. ¿Qué les molestaba tanto de mí? No lo sé. A mí me gustaba salir a dar vueltas en auto. Javier tenía un Mercedes antiguo, de los años setenta, una de esas amplias naves con asientos de cuero verdaderamente cómodos. Lo único incómodo, si se quiere, era el espejo retrovisor, pues ahí de vez en cuando brillaba la mirada asesina de Javier, podrido de saberse chequeado en cada uno de sus movimientos.

Yo, en verdad, no les decía ni palabra. Pero igual no me soportaban. Por tanto, dadas las circunstancias, no me quedaba otra cosa que amoldarme a la situación. Y lo hice con gran estilo. Iba siempre en el auto, callado y sonriendo, o bien serio y afectado como esos nazis neuróticos de las películas. Claro que no siempre exageraba la nota —buscaba, las más de las veces, una fórmula de transacción: por ejemplo, pasaba largos ratos comiéndome las calles, contando semáforos o avisos de neón, a fin de darles tiempo a una caricia furtiva y desautorizada—. Pero ni siquiera estos detalles generosos tenían buena acogida. Javier mantenía todo el tiempo una tensa cara de mula y Mimi no se dignaba abrir la boca. Y además ambos eran rigurosamente sordos ante cualquiera de mis comentarios.

No era que yo tuviera muchas ganas de hablar, pero a ratos el alma se me venía al suelo, y les decía lo primero que se me ocurría:

—Pucha, no sabía que hubiera tantos baches por esta calle —la reacción de ellos, en tales casos, consistía en poner el radio-cassette a todo volumen—. ¡Ni tampoco imaginé tantas ventanas rotas en los edificios! —elevaba la voz procurando competir con Michael Jackson o quien fuera que resonara en los cuatro parlantes triaxiales—. ¿Cuándo diablos las irán a arreglar? El próximo coche-bomba que estalle no va a tener nada que destruir, ¿no les parece?

Un alud de cubitos de hielo me sepultaba en el asiento trasero. Ni ella ni él se inmutaban. Aunque no siempre era así, pues mi boba y apetecible hermana, en las noches de luna, pretendía de alguna manera mostrarse piadosa.

—¡Estúpido! —me decía. (Aquellos insultos, hay que decirlo, en el fondo dolían menos que la indiferencia y, sin duda, mucho menos que la tacañería de Javier, que cada vez que nos deteníamos en un snack bar agitaba sus cuadradas mandíbulas de boxeador y se embutía un par de hamburguesas dobles y helados —Mimi, fanática del tenis y las dietas para adelgazar, pedía una ensalada— y a mí se me invitaba a lo sumo una chicha de sobre. De todas maneras, oír que Mimi me insultara no era ningún consuelo.)

Así, pues, a punta de maltratos, cedí a unas profundas ganas de joder. Digamos que se las ganaron a pulso, y muy tontamente, porque no era algo que yo había alentado en ningún momento. Tranquilamente, si se daba la ocasión y siempre y cuando la cosa no hubiera sido excesiva, yo podía haberme hecho el desentendido. Total, qué me importaban un par de manoseos, unos chapes y unas revolcadas por ahí. Vivimos en los últimos años del segundo milenio, la historia está llena de amoríos escabrosos, y a estas alturas sería un necio / un anormal como papá si me interesara cambiar las cosas.

Pero no me dejaron intentarlo. Me ningunearon desde el principio, me despreciaron, creyeron que me iban a acomplejar y a dominar, y de pronto me crucé todito y les salí al paso. Actuando como un juez de línea empeñoso, con los ojos movedizos y anhelantes de pescar faltas, comencé a reparar en cada uno de sus tímidos avances y ademanes, y hasta me anticipé a estos obstruyendo su realización con ataques de tos, bufidos, silbidos, abucheos e intempestivas carcajadas. En realidad, hacer todo eso me hacía sentir bastante mal, un completo miserable, pero definitivamente ellos se lo habían buscado.

¡Ni qué decir que me odiaron a morir! Y al cabo de unas cinco salidas, ese odio turbio, caliente, gelatinoso, adquirió ribetes de locura. Mi sola aparición en la sala o, lo que era más rutinario, mi adusta instalación en el Mercedes, les producía auténticas náuseas. En consonancia, mi carácter se hizo inflexible. Al menor desdén amenazaba con quejarme a papá, lo que equivalía a la suspensión de salidas u otras sanciones. Ellos, entretanto, agonizaban, pues su lánguido romance requería a todas luces un mínimo de contacto físico.

Entonces sucedió lo previsible: se quebraron.

El primero en cambiar fue Javier. Una noche íbamos los tres por la alameda Pardo, apáticos, cansados de dar vueltas, y en eso, sonriendo, se me quedó mirando:

—Eres una rata —dijo—, pero me caes bien. Además, creo que tienes ojos inteligentes, ¿sabes? No pareces un chico de trece años...

—¿De qué edad parezco? —pregunté.

—No lo sé. Pareces un niño, pero hablas como una persona mayor.

—¿Una persona mayor?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Claro —dijo Javier, casi feliz—. ¿Nunca te lo han dicho?

Impávido, con un rictus impenetrable, junté las manos entrelazando los dedos:

—Pánico —dije con voz apagada. Mostraba la seriedad de un médico que acaba de diagnosticarle cáncer a un esperanzado paciente—. Pánico en la clínica de tartamudos.

—¿Qué? —titubeó Javier—. ¿Pánico? —y en ese desconcierto reventó el chupo.

Mimi lanzó a todo pulmón un berrido escalofriante, en tanto Javier, con un susto que le dejó por unos segundos la sonrisa congelada, no tuvo mejor reacción que pisar a fondo los frenos de poder del Mercedes. Un golpe seco sacudió el auto por detrás. Se nos había empotrado una camioneta ranchera, conducida por una señora robusta, maquillada, llena de alhajas de fantasía. La señora, que era de baja estatura y tenía ojos saltones y cuello de toro, bajó de su vehículo echando chispas.

Javier no sabía qué hacer primero. Si calmar a Mimi, que ahora, dando de gritos como si la desollaran viva, intentaba liquidarme con su cartera, o enfrentar al pequeño y arrugado energúmeno que lo amonestaba frenéticamente por la ventana de su portezuela. Comenzó por Mimi, que se lo agradeció con dos lagrimones. Le dijo que por favor no se preocupara, y ella, para recuperar la calma, se dedicó un buen rato a ordenar los cassettes de la guantera. Luego, continuó con la señora, cuyo trámite resultó más engorroso. Esta le exigió su número de teléfono, su dirección y un documento personal. Javier accedió en todo —le entregó su carné del club Pacífico Sur—, y se comprometió a que pagaría los daños, un faro roto y una abolladura fea en el capot. Después, cuando nos reincorporamos al luminoso río de autos que circulaba por Miraflores, Javier pidió las correspondientes explicaciones. Pidiendo disculpas entre hipos y sollozos por haber perdido los estribos, Mimi se las dio, y le aclaró que lo que yo había dicho

no era más que una frase estúpida —corroboré, en efecto, la inocencia de mi comentario—, una tontería inventada por papá hacía muchos años para anunciar que se avecinaba un momento crítico, una ocurrencia sin pies ni cabeza, pero que por algún motivo la había sumido en un absurdo estado de nervios.

Pronto, no obstante, el accidente quedó atrás, al igual que el propósito frustrado de Javier de buscar un arreglo, y los ardores amorosos de Mimi y Javier entraron en un obligado receso que duró varias semanas.

Un par de buenas razones recomendaban aquel paréntesis. La primera era que comenzaba diciembre, mes de controles en el colegio. Mimi y yo teníamos que ponernos a estudiar con ahínco —ella más que yo, obviamente—, y las visitas de Javier, que solía venir por lo general a eso de las seis de la tarde, se hicieron menos frecuentes. Y la segunda, ya sin Javier de por medio, la tácita carencia de dulzura en nuestro hogar. Vale decir, mi hermana y yo, cada uno en su habitación, nos poníamos a chancar unas horas, y luego salíamos a pelear en las diversas estancias de la casa. Reproducíamos, a mi pesar, los tics de las comedias domésticas americanas, los alardes de ironía, la conducta sobreactuada. Y en eso Mimi, mimética como su nombre lo indica, era una verdadera estrella de Hollywood: extendió su sordera punitiva al ámbito familiar, se aplicó en devorar sistemáticamente mis yogures y tomó la manía de dar portazos. Aquellos portazos, sí señor, enloquecían de felicidad a papá, que veía (y oía) ahí la prueba palpable de que yo estaba haciendo un buen trabajo.

Cuando hablo de problemas caseros, ya lo habrán notado, me refiero casi en forma exclusiva a papá, Mimi y yo. No cuenta mi hermano Roberto, que no vive con nosotros desde hace un par de años, ni tampoco mamá, consagrada a sus tres boutiques de lencería en el centro Camino Real. A ellos el asunto de Javier ni les iba ni les venía, aunque mamá, si bien estaba de acuerdo en que Javier era un tanto mayorcito, lo consideraba por encima de todo un buen chico: blanco, pulcro y con futuro.

—¿Con futuro?

—¡Sí! —replicó no hace mucho mamá entornando los ojos—. ¡Tengo la plena certeza!

(Ló más probable era que alguna vecina le acabara de chismear que «ese muchacho tan guapo que está visitando a tu hija» es nada menos que hijo de Dámaso Araujo, dueño de una floreciente empresa importadora, en la que el propio Javier, cuyo talento para el marketing es muy apreciado, ocupa un altísimo cargo.)

Nada de esto, en todo caso, modificó en lo sustancial nuestro conflicto. Y pronto volvimos a lo mismo. Claro que, en lo concerniente al entorno y la claustrofóbica mecánica de la vigilancia, las condiciones se tornaron menos asfixiantes. El verano había empezado, los horarios de salida cambiaron, y para Javier, que estaba en su pepinal, el calor, la playa y un espléndido bronceado adquirido en pocos días lo catapultaron, de ola en ola, a momentos de gloria y genuina emoción. Y esto era algo que Javier sabía transmitir. A mí, por decir lo menos, consiguió deslumbrarme. Salíamos los tres rumbo a la playa, hacia Punta Rocas, ahora como es lógico a mitad de la mañana, y Javier se metía al mar dos o tres horas con su ceñidísimo wetsuit negro retinto y su multicolor tabla de tres quillas tipo aletas de tiburón.

Yo, por esos días, me sentía mucho más relajado. Aunque podía imaginarme, no sin cierta pena —¡no soy un malvado a tiempo completo, por Dios!—, que a Javier se le complicaba la vida. Después de ejecutar limpiamente sus hazañas náuticas, de revelar al cielo, a las gaviotas y a los lenguados de la zona, y a nosotros de paso, todo su coraje y destreza para remontar las olas más grandes de la racha, solía emerger chorreante de brillos en la orilla, agitando el pelo con alegría, ostentando una amplia sonrisa de íntima satisfacción, feliz de recostarse en la playa y contemplar a Mimi en todo su esplendor —no importa que la chica sea ligeramente bizca, pues ese defecto, por el contrario, incrementa su sensualidad—; contemplarla, en suma, y desearla y untarle bloqueador quince, y luego imaginar quizá el sabor de la sal marina adherida a sus labios mientras constataba, maravillado, que el breve bikini color turquesa de Mimi era una talla menos de la que necesitaba, de manera que la apretaba justamente por donde él hacía más de dos meses debía soñar con apretarla.

Trance difícil que Javier conseguía sobrellevar bastante bien, pero que, al mezclarse en esos largos y calurosos días con las sucesivas trampas que mi hermanita ideaba para hacerme cambiar de actitud, me instaron a conservar mi distancia.

—¿Te parece lógico lo que quiere tu papá? —me preguntó una amiga de Mimi en una ocasión que pasamos el día en la playa El Silencio. Era una chica bastante atractiva, con un fabuloso cabello negro, crespo y esponjoso, que contrastaba con unos bellos ojos verdes tipo aguas del Caribe—. Su visión de las cosas es algo más que anticuada. Es idiota.

—Puede ser —repuse—. Pero es más idiota no entender sus temores. Él conoce bien a Mimi, y sabe lo impulsiva que es. En otras palabras, no quiere ver a Mimi embarazada e impedida de ir a la universidad, tampoco quiere un aborto, y mucho menos la quiere ver casada de cualquier manera.

Por ratos, mientras charlábamos, a la amiga de Mimi se le daba por hablarme en secreto. Se reía mucho, abrazándome como una tía cariñosa y calentándome el oído con su aliento. Esto era algo muy raro —que me encantaba, por supuesto—, pero lo seguía viendo raro, lindante con lo rarísimo, y no tardaría en ponerme los pelos de punta. La chica, ataviada con uno de esos pañuelos de tela translúcida que se anudan a la cintura para ocultar provocativamente la traza del bikini, me miraba con los ojos adormecidos como si estuviera loca por mí. Y ello fue el anuncio de nuevas rarezas que ya estaban en camino.

Mi condición de galán irresistible, para empezar, me hizo acreedor a toda suerte de retos. Un fin de semana en que otra amiga de Mimi (esta vez era una diosa vikinga, con cuerpo de sirena) la invitó a dormir a Punta Hermosa —sería mejor decir, nos invitó, pues mi padre solo dio su permiso si yo era de la partida— variaron la fórmula. La vikinga tenía la casa para ella sola. Su familia había emprendido un viaje de dos meses, un crucero por las islas del mar Egeo, lo cual la dejaba en la más absoluta libertad, y ella naturalmente la usufructuaba, haciendo y deshaciendo en su casa como le venía en gana.

Más claro: reclutaron a la vikinga y, con fina malicia, me la pusieron en vitrina. Se me zambulló, pues, en las aguas del erotismo. Desde luego, no se trataba de aguas profundas. Como en los preámbulos soft de La serie rosa, la cosa se reducía a una que otra escenita incitante —la amiga de Mimi paseaba como Afrodita rediviva por la casa de playa en una tanga hilo dental, o bien batía el récord mundial en descuidos al salir de la ducha—. Era casi una suerte de lecciones en vivo de anatomía femenina, con insinuaciones y gracias del más fino glamour, que se dictaban de la noche a la mañana. El plan consistía en hacerme sentir en carne propia la angustia de los deseos insatisfechos.

No pisé el palito, pero indudablemente me quedaron los nervios hechos tiras. Javier, que se había dado cuenta de los efectos catastróficos que la vikinga producía en mí, me sugirió que me metiera por la noche en su cuarto. ¿Estaba loco? ¿Acaso la vikinga me recibiría? Yo todavía no lo he hecho nunca, pero pienso que ya estoy apto para el negocio. ¿Pero cómo creerle a Javier? ¿Sería sincero? ¿O solo buscaba un modo de distraerme mientras él se metía al cuarto de Mimi?... ¿Y si todos estaban en combinación? ¿Y si la vikinga, que era la sensualidad andando, se dejaba tocar y besar solo para ayudar a Mimi y Javier? ¿Qué haría entonces? ¿Me dejaría besarle las tetas? Me conformaba con besarle una sola, la teta derecha, no quería fastidiarla. ¿Pero sería posible semejante locura? ¿Y no sería esto, a fin de cuentas, un magnífico trato?

—Pánico —musité otra vez—. Pánico en la clínica de tartamudos.

A decir verdad, me moría de miedo. Y no me atreví a hacer nada —las piernas me pesaban como plomo cada vez que avanzaba hacia el pasillo—, y ellos, en consecuencia, tampoco pudieron hacer nada.

Me pasé la noche en vela, pensando que Javier intentaría una escaramuza nocturna, y desarrollé una paranoia que impidió incluso que bebiera las diversas aguas o gaseosas que varias veces me fueron ofrecidas. Temía que les hubieran echado alguna pepa para dormirme.

Y pasados unos días, en otro fin de semana playero, en que de nuevo nos invitó la blonda amiga de Mimi (cuyo nombre, Erika, le iba como anillo al dedo, aunque yo prefería llamarla la vikinga), agregaron una nueva rareza, que en el fondo no lo era tanto, pues no pasaba de ser un soborno, y lo único que tenía de raro —y también de infantil— estaba en la forma en que se llevaba a cabo. En un mismo día, como en el juego chicote quemado, encontré cuatro billetes de cinco dólares en los sitios más extravagantes: en el vasito de mi cepillo de dientes, dentro de una de mis zapatillas, en el bolsillo secreto de mi ropa de baño y como marcador de página del libro que por entonces estaba leyendo. Veinte dólares en total, que bien me hubieran servido para comprar los últimos diskettes de juegos para mi PC, mi deseo más acariciado, pero que lamentablemente no pude aceptar debido a uno de esos odiosos e insalvables obstáculos que la dignidad personal antepone a las bajas pasiones.

De manera que, haciendo una bola con los billetes y arrojándolos al suelo, hice mi entrada triunfal en la terraza que daba a la playa. Mimi y Javier, que tomaban una limonada mirando las olas —era uno de esos días en que el mar estaba bastante picado—, se sorprendieron al ver los billetes arrugados a sus pies.

—No —les dije—. No atraco.

Mimi se hizo la que no comprendía. Javier, en cambio, no se pudo reprimir. Algo le cambió de pronto en el rostro. Una crispación dramática en la comisura de los labios, y a su vez en la curtida piel alrededor de sus ojos, donde ya se adivinaban unas incipientes patitas de gallo.

Era cerca del mediodía, y el sol estaba pegando a la bruta. Y la braveza del mar —al día siguiente, en los diarios, se diría que el «maretazo que azotó las costas peruanas tenía su origen en una remota tempestad polinésica»— hacía crecer y crecer las olas, espantando a los bañistas y hasta a algunos tablistas duchos que batallaban con rostros de zozobra y desesperación en la turbulencia de las resacas. No era nada fácil salir, ni remar con la tabla, y mucho menos correr aquellos olones. Sin embargo, un kilómetro mar adentro, cuatro tablistas se deslizaban magistralmente en sus tablas, asombrando a un público a cada minuto más numeroso en las terrazas de las casas frente al mar. Alguna gente los

miraba con binoculares. Y así, en medio de ese espectáculo, Javier me tomó fuertemente de un brazo y me trasladó a toda prisa a un lado de la terraza.

—¡Quiero que me escuches con claridad! —me espetó—. ¡Yo quiero a tu hermana, la quiero de veras, y tú me vas a dejar que yo se lo demuestre! —y me zarandeó de lo lindo—. Necesito estar con ella, ¡me oyes, enano agrandado?

Quedé pasmado. Y no pude responderle —no me dio tiempo, en realidad—, no solo porque permaneciera unos instantes aturdido y tembloroso, sino porque Javier optó por coronar su arrebató cogiendo su wetsuit (que se secaba en el murito de la terraza), y de inmediato aferró su tabla bajo el brazo y se encaminó hacia el mar. El labio inferior se me cayó a los pies. ¿Qué se proponía Javier? ¿Pensaba meterse? No, pensé. Es puro show. Nadie puede estar tan loco. Y no dije nada —Mimi se había sentado en el muro y miraba en silencio a Javier, ahora a cincuenta metros, de rodillas en la arena húmeda y con el wetsuit a medio poner, encerando su tabla—. A prudente distancia y mirándola de reojo, yo también me senté en el muro... ¿Realmente pensaba meterse? Ver a Javier, en ese plan, alistando su tabla, comenzó a inquietarme.

Entonces llegó la vikinga. Venía del mercado, liviana en su fresca inconsciencia, riendo, haciendo fintas y balanceando una redcilla de mandarinas, y se mostró muy impresionada no bien pisó la terraza.

—¡Chucha! —exclamó—. ¡Parece semana santa! ¡Nunca se pone tan grande en esta época! —y lentamente se detuvo ante el muro, junto a Mimi.

Se sentía un aire enrarecido. Al chillido de las bandadas de gaviotas se sumaba el estruendo del oleaje, que retumbaba en los oídos, y también la lejana histeria de varias personas, amigas o parientes de otras que aún no salían del mar. Muchos se arremolinaban en la curva de la ensenada. Preferían ese lugar, menos expuesto, pues la franja de arena de la playa se había achicado.

—Calculo que son olas de cuatro o cinco metros —acoté.

—Sí —dijo la vikinga—, deben ser de cinco.

Una niña de trenzas pasó vociferando por la playa:

—¡Manuel se ahoga! ¡Manuel se ahoga! —y siguiendo los pasos de la niña vimos durante unos minutos que un chico era rescatado, tendido en la arena y auxiliado con respiración boca a boca.

—¡Y ese que está a la derecha? —abruptamente la voz de la vikinga sonó con un matiz de atropello—. ¿No es Javier? ¿Qué es lo que pretende?

Ya había terminado de encerar la tabla y observaba el mar detenidamente. ¿Estudiaba las rachas? «Ni de vainas», me negué a creer. «Este cojudo se sigue haciendo». (Nadie en el universo, excepto Mimi, con quien compartía algunas taras de origen familiar, debía estar de acuerdo conmigo.)

De pie en la orilla, con el agua que le mojaba los pies, Javier se volvió el foco de atención. Encarnaba la imagen de un figurín de publicidad surfer: el cuerpo erguido, la fina tabla de colores fosforescentes, el impecable wetsuit cruzado de cierres relámpagos. Un ser irreal, fulgurante. Hasta que torció el cuello y miró hacia la casa un par de segundos. Yo sentí que me miraba a mí.

La vikinga aprovechó la ocasión para indicarle con señas que regrese.

—¿Qué le pasa? —se irritó, como tocada por un vago presentimiento—. ¡Mimi, dile que venga!

Con sus negros anteojos de sol, Mimi exhibía su clásica pose de estatua. Pero en seguida reaccionó:

—Está bromeando —dijo sonriendo, y estiró el cuello dando de voces—. ¡Javier! ¡Javier!

La vikinga la secundó con el mismo risueño entusiasmo:

—¡Javier! ¡Javier, no te hagas el bacán!

Pero Javier ya no oía.

Una montaña de agua botó en ese momento a un tablista que varó en la orilla dando volantines en un remolino de espuma. Conmocionado, con la respiración agitada, el muchacho comenzó a salir. Se le había roto la tabla en dos, y arrastraba una de las partes que pendía de la cuerda atada a uno de sus tobillos. Una sombra de humillación se reflejaba en su cara, como si el mar lo hubiera escupido.

Javier se cruzó con el muchacho. Hablaron algo, y el muchacho apuntó con una mano a la derecha, como advirtiéndole del peligro de una corriente. Luego se despidieron, y a partir de ese instante mis problemas se agudizaron. Javier se echó sobre su tabla, dispuesto a remar mar adentro, consiguiendo en el acto que el hasta entonces divertido bullicio de Mimi y la vikinga se trocara en desaforados gritos de alarma seguidos de espavientos. De inmediato unos vecinos, tragos en mano, se pasaron a nuestra terraza. Mimi, entrecortada, explicó que era su enamorado. Y todos se concentraron de nuevo en el mar. ¿Por qué se arriesgaba tanto?, preguntaban. Javier continuaba internándose. Me harté de quedarme ahí —sentía, creo, la mirada de Mimi como un látigo— y bajé corriendo a la orilla.

En cosa de minutos Javier se dejó llevar por la resaca, atravesó la rompiente y se confundió con los otros tablistas que estaban al fondo. Todos se ubicaban, tan lejos que apenas se los divisaba, a unos treinta metros de la punta de la isla, meciéndose en los tumbos. Ahí estaba el point. Las olas, que eran de largo reco-

rrido, nacían un tanto chorreadas, crecían con fuerza y a veces reventaban por los dos lados.

Estuve unos treinta minutos más o menos mirando a esos diminutos puntos que se encaramaban en las olas. Y luego, al volverme hacia la playa, el paisaje había cambiado por completo. Ya no se veían bañistas morados, ni escenas de primeros auxilios en la orilla, y, cosa extraña, el clima de preocupación se había desvanecido. Habían desaparecido los grupitos de histéricos y la playa estaba desierta. Muchos de ellos debían haber pensado: «Esos chicos siguen en el mar porque saben lo que hacen». Como si fueran tritones, deidades marinas, encargadas de amansar las procelosas aguas de estos lares. Caminando por la playa noté que también la gente en las terrazas, descontada la casa de la vikinga, se encontraba muy tranquila.

Ante una de esas terrazas, donde había una especie de jolgorio, me detuve y vi a varios muchachos pegados a sus binoculares. No conocía a nadie, pero igual los saludé: ¡Hola, muchachos! Me ignoraron. Sin amilanarme, cambié de objetivo: un tío gordo, bastante mayor, en bermudas y camisa hawaiana. Se hallaba en el otro extremo de la terraza, medio encorvado y con un ojo cerrado, observando a los tablistas a través de un catalejo asentado en un trípode. Me aproximé y no vacilé en pedirle que me permitiera echar una mirada.

El tío me observó, como quien despierta y contempla a un marciano, pero en seguida enarcó las cejas y asintió con una hospitalaria sonrisa:

—Sube —me dijo. De un salto trepé a la terraza y casi al instante me cuadré ante el catalejo. Era un bello cilindro esmaltado de blanco, adornado con cromos que centelleaban a la luz del sol.

—Más a la izquierda —me aleccionó el tío—. Así, así —me corrigió la dirección del lente—. Y en este costado tienes una ruedita para graduar la visión.

No sé cómo decirlo. Yo había mirado antes por uno de esos trastos, pero nunca había experimentado tal cúmulo de emociones como aquella vez. El catalejo me puso a los tablistas a unos diez metros de distancia. Los veía subiendo y bajando en los tumbos; los veía esperar, sentados a horcajadas en sus tablas; los veía hacerse señas; los veía reír cuando alguien, a mitad de un roler, perdía pie y caía desde la cresta; los veía tensos, remando a toda prisa, antes de atreverse con la más grande de la racha... Y en una de esas vi a Javier.

—¡Ahí está! —aullé retrocediendo un paso—. ¡Pucha, ahí esta!

—¿Quién está? —preguntó el tío, intrigado—. ¿Qué color de tabla?

El tío ya se había agenciado unos potentes binoculares. Y no era de ninguno de los muchachos, pues con una rápida mirada lateral vi que cada uno de ellos, detrás de sus binoculares, seguía en lo mismo. En esta casa, pensé, o son enfermos de los largavistas o alguien es dueño de una tienda que los vende.

—Verde y amarillo —respondí—. ¿Lo ve?

—No.

—Es el segundo contando por la derecha.

—¿El segundo?... No lo veo... Está empezando a nublarse —el tío retiró los ojos de sus binoculares y oteó el horizonte—. Hay una bruma que viene del mar hacia la playa.

—¡Mire! —lo interrumpí—. ¡Es el que está haciendo el quiebro! —con el rabillo del ojo advertí que el tío se volvía a entornillar—. ¿Lo ve ahora?

—¿Izquierda o derecha?

—Derecha.

—No... ¡Ey, espera, ya lo veo! ¡Y ahorita se acaba de zambullir!

—¡Sí! —dije lleno de alegría—. ¡Es Javier!

—¡Wow, qué espuma! Parece que agarró una grande. ¿Es tu hermano?

—No, no —me confundí, embrollándome—. Es el... es solo un amigo.

Rebosando simpatía, y girando con gran elegancia, una señora de tacones altos apareció entre nosotros con una bandeja de bebidas, tragos y papitas lighth.

—¡Papá, míralo a Pacho! —tronó un muchacho desde el otro lado de la terraza—. ¡Está haciendo un roler!

—¿Tabla azul y roja? —interrogué precipitadamente al tío.

—Sí, azul y roja, ¿pero dónde está?... ¡Carajo, está ahí! ¡En mis narices! ¡Ahí está el maldito! —el tío estaba excitado como un rinoceronte en celo—. Es mi hijo, Pacho, ¿lo conoces?

—No —sonreí.

Tras un asomo de extrañeza, el tío ratificó su espíritu hospitalario dándome ahora una palmadita. Y en el acto nos entornillamos de nuevo. Pendientes del más ínfimo detalle de los tablistas, con el corazón en la mano, oscilábamos entre una actitud absorta, hipnótica, y unas culebritas que nos hacían tremolar en los picos de exaltación.

—¡Mira eso, muchacho! —se apasionaba el tío—. Eso es un verdadero late-drop. ¡Míralo, míralo!

O también, como quien descubre una perla en una concha, entraba en éxtasis:

—¡Dios mío, un tubo! ¡Y Pacho está entrando en el tubo! —en tales ocasiones, el tío hacía una pausa para dar una breve disertación—. Que en esta playa haya tubos es algo sumamente raro —explicaba—. Para eso tienes que irte a La

Herradura o a las playas del norte —y en cuanto a Javier, a quien pudo apreciar en media docena de olas, opinó—: Abusa un poco del estilo radical, pero de todas maneras me parece uno de los mejores.

Fueron casi veinte minutos grandiosos.

Después, todo se estropeó. Bastó menos de media hora para que se cumpliera el indeseable pronóstico del tío. Se tapó el sol, comenzó a enfriar —los muchachos de la terraza, que estaban en ropa de baño, se pusieron toallas sobre los hombros— y se hizo mucho más densa la niebla.

En determinado momento veíamos con las justas la punta de la isla, y luego ni siquiera se distinguía la forma de las olas. No ocurría lo mismo con los tablistas. A ellos se los veía gracias a sus tablas de colores y sus wetsuits negros. Y aunque a ratos se perdían, no tardaban en aparecer flotando en medio de una nube de niebla como comparsas de un ballet mágico. Era una situación extraña, pues los tablistas no parecían estar fastidiados. Continuaban agarrando las olas, incansables.

—Ya se va haciendo hora de que salgan —comentó el tío.

—Sí —contesté—. Ahora es cada vez más difícil verlos. Pero por allá la cosa debe ser diferente. Ellos verán mejor, ¿no?

—Puede ser, pero preferiría que ya salieran.

Silenciosa, inquieta, toda la gente de la casa se fue acercando a mirar el horizonte. Un mismo gesto de preocupación uniformaba también al resto de las terrazas. Se habían apagado los gritos, se desinflaba la alegría. Y de unas terrazas de la izquierda llegaron tres vecinos, con las caras abotagadas por el whisky, ansiosos de hablar con el tío:

—¿Está Pacho adentro? —indagaron.

—Sí.

—También está Miguelito y el hijo de los Vidaurre, que se queda a dormir en casa. ¡Son unos locos estos muchachos!

El tío meneaba la cabeza:

—Deben estar poniéndose de acuerdo para preparar la salida. Ellos saben controlarse. Hay que mantener la calma.

—Yo tengo el número telefónico de los salvavidas —dijo el vecino más atribulado—. Podrían enviarnos un helicóptero.

—¿Es tan grave? —gimió la señora de tacones altos.

Uno de sus hijos, que la escoltaba, le pasó un brazo por los hombros.

—¿Qué les pasa, por Dios? —se enfadó el tío—. Esos chicos son muy buenos, y en cualquier momento van a salir.

—Claro —concordó alguien.

Pero no salían. Y cada minuto que pasaba nos parecía una eternidad. Mientras tanto, yo estaba como clavado a la caza de tablistas en la niebla.

—¿Viste a alguien? —se interponía el tío a cortos intervalos. Desde que arribaran las visitas, con quienes debía conversar, él no podía mirar por los binoculares.

—Están todos completos —decía yo.

Los otros hijos del tío, que tampoco se desprendían de sus binoculares, estaban mudos. Sabían que mentía, para suavizar la incertidumbre, pues ya la bruma era como toneladas de algodón sucio. Aunque, en cierta ocasión en que se despejara una masa de bruma, me di con que decía la verdad y nada más que la verdad:

—¡Caray, son unas fieras! —prorrumpí.

Desde la cumbre de un tumbo empinado, Javier se lanzaba en una veloz diagonal por la cara de la ola, deslizándose con los brazos abiertos y alejándose de la rompiente que se extendía, como si fuera a envolverlo, a medida que la ola avanzaba. Solo fueron unos instantes, un atisbo nítido y extraordinario, pues pronto la niebla volvió a cubrirlo todo.

—¡Esto pasa por estimular tanto a los chicos con estas tonterías! —le reprochaba al tío la señora de tacones altos.

Esperamos con el alma en un hilo otros largos, larguísimos minutos.

Y lo más electrizante, en ese lapsó, fue el fragor de las olas y el vertiginoso salto de la espuma cuando esta se estrelló violentamente contra unos arrecifes. Ahí, en esos momentos, se podía ver, como si estuviéramos en el cine, las imágenes de los pensamientos en las caras de todos. Cuerdas rotas, tablistas a merced de las corrientes, bocas tragando agua...

¡Aguanten!, gritó entonces una voz dentro de mi cabeza. ¡Aguanten! ¡Tienen que aguantar, solamente aguantar! ¡Este es todo el secreto: aguantar, y no perder el control! ¡Habla el telépata desamparado! ¡Me copian, tablistas invisibles?... ¡Cuánto tiempo oí esa voz? ¡Cuánto tiempo imaginé que todos se agrupaban y decidían salir juntos en la misma ola?

Lo único que recuerdo es que un creciente barullo de voces y pasos en la terraza me sacó del catalejo e hizo que me volviera, todavía incrédulo, en dirección a una playita segura que quedaba en el extremo norte de la ensenada.

—¡Por allá! —señaló alguien—. ¡Por allá!

Riéndose entre ellos, caminando en calma, los tablistas emergían del mar de los sargazos. Y todos los veían, todos los contaban —¡están completos!—, todos

los reconocían a través de sus lágrimas, lanzando hurras y gritos jubilosos, corriendo hacia la orilla para tocarlos y abrazarlos y acompañarlos del brazo a sus respectivas casas. Retomé el catalejo y los miré. Pacho cargaba la tabla encima de su cabeza y Javier, como de costumbre, sacudía de un lado a otro su cabello empapado rociando gotitas a su alrededor. Y entonces —rpto de excitación contenida— caí en un marasmo. Me acometió el deseo de saltar de la terraza a la arena y echar a correr, como todo el mundo, para abrazar a Javier y felicitarlo. Pero no me moví un centímetro.

¿Me sentí derrotado? ¿Me sentí un tonto? ¿Sentí que la especie humana era tonta cuando se entregaba a admirar las acciones temerarias? Admití ser, en todo caso, un grandísimo tonto feliz (agradecido a la vida por depararme el privilegio de vivir aquel momento) como lo era el tío tontísimo de la camisa hawaiana, y sus hijos, y su mujer, y el resto de los vecinos, y también la vikinga, revoloteando en la orilla, y una apacible Mimi, que ahora se colgaba del cuello de Javier y lo besaba lentamente, suavemente, intensamente.

Aparté la mirada del catalejo y me di cuenta de que estaba solo en la terraza. Y desaparecí. Enrumbé hacia Kontiki, una playa vecina, donde sabía que pasaban vacaciones unas amigas del colegio a quienes decidí visitar.irme por unas horas, me dije, va a ser la mejor manera de felicitar a Javier.

Estuve cinco horas en Kontiki, paseando, jugando a las cartas y, sobre todo, conversando con Mónica, una chica de segundo año. Y no pensé demasiado en papá, ni en Mimi, ni el ya mitológico Javier. Ciertamente, en algún momento, consideré algunas cuestiones elementales. Que papá, por ejemplo, podría llegar a enterarse de mi conducta, por lo cual declararía a mi flamante adolescencia en bancarrota. Pero, de hecho, yo no pensaba decírselo, ni me resultó difícil deducir que tampoco Mimi fuera de ese temperamento. ¿Qué podíamos decirle a papá? ¿Que unas olas descomunales habían logrado disuadirme? Esa era fundamentalmente la verdad, aunque también contribuyera, para afianzarme en mi decisión, el inesperado inicio de una vida propia. Y Mónica, complemento caído del cielo, era el barro de esa nueva vida. Mi encuentro con ella había resultado algo más que una sorpresa. Para ser exactos, quedé absolutamente fascinado con su modo de reír y de hacerme trampas en las cartas y de burlarse de mí —«¿así que te crees el genio de la computación?»— con sus coquetos desplantes y sus poses de gimnasta aeróbica, que le daban una dimensión muy diferente a la que presentaba en el colegio.

Dos horas estuvimos echados como lagartos bajo el sol calcinante que volvió a salir en la tarde de ese día.

Su bikini, sus pecas diminutas en el nacimiento de los senos, su fragante olor natural. Todo me daba la impresión de que Mónica era alguien que acababa de conocer. Como si no la hubiera visto jamás.

Asegurándole que volvería a verla, me despedí cuando se hacía de noche. Y en el camino de regreso fui redescubriendo, con una agradable sensación de bienestar, los bellos contornos de la playa, que acertadamente alguien había bautizado Punta Hermosa. El lugar se merecía de veras el presumido nombrecito. La arena gruesa, la espuma blanca como la crema de leche, el cielo con desgarrones celestes, dorados y rojizos, los acantilados de roca desnuda cayendo a pique en el mar, todo, en fin, se hallaba dispuesto en perfecta armonía. Advertí que las aguas, de un tono verde oscuro, estaban ahora más tranquilas. Y que el movimiento en las terrazas —una tras otra las luces de las casas comenzaban a encenderse— había disminuido.

La casa donde nos hospedábamos era una de las pocas que aún se veían en la penumbra. Pero la terraza se iluminó antes de que yo llegara. Y ahí, al cabo de unos minutos, encontré a la vikinga, esta vez en recatados shorts y polo, hundida en los mullidos cojines de una butaca de mimbre. Leía con sumo interés una revista. Tosí para hacer notable mi presencia. La vikinga, que usaba unos anteojos de leer sin aro, levantó una mirada sorprendida.

—Hola —dije.

—Hola —cantó.

No podía hallarse de mejor humor. Y lucía, como siempre, despampanante. Su largo cabello rubio, sus diáfanos ojos azules. Me detuve a su lado, y unos segundos después vi que también se encendía una luz en el interior de la casa.

—¿Es Mimi? —pregunté.

—Sí, están adentro —la vikinga me dirigió una vivaz miradita que me lo decía todo—. ¿Y tú dónde has estado?

—En Kontiki. Fui a ver unas amigas.

—¡Vaya! —exclamó ella dando un brinco para incorporarse de su asiento—. Parece que te estás haciendo un hombrecito —y revolviéndome el cabello con una mano, agregó—: Ya verás que dentro de poco las chicas van a perseguirte.

Una risa lejana se coló entre nosotros. Era la risa de Mimi, medio ahogada, pegajosa, tan familiar, y semejante a la risa que tenía de niña cuando jugábamos al cucurucho. Esa risa, creo, me tomó desprevenido. ¿No la había estado oyendo hace un rato? ¿No se parecía notablemente a la risa de Mónica?

—¿Tienes hambre? —indagó la vikinga.

Dudé un segundo antes de contestar:

—Sí.

—¿Qué quieres comer?

—No sé.

—Bueno, vamos a ver qué te provoca —sonrió.

Tomándome de la mano, jalándome cálidamente, me condujo hacia la cocina todavía a oscuras y, con la actitud de quien hace una travesura, se detuvo ante el refrigerador. Al abrirlo un suave resplandor nos bañó a ambos de pies a cabeza.

—Veamos —cantó otra vez, agachándose—. Hay palmitos, quesos, apio, aceitunas, champiñones, tomates y todo tipo de verduras. Y acabo de leer una receta de sueño para hacer una ensalada, ¿no es maravilloso?

Lima, 1992

(De *Malos Modales*. Lima: Jaime Campodónico / Editor, 1994)

MARIELLA SALA

Mariella Sala Eguren nació en Lima en 1952. Realizó estudios en la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica entre los años 1970 y 1972.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Desde el exilio. Cuentos. Lima: Ediciones muñeca rota, 1984.

Desde el exilio y otros cuentos. Lima: Ediciones muñeca rota, 1988.

DESDE EL EXILIO

A Carmen Ollé

1

Miro los ojos atentos de Gonzalo y me pierdo en dos pozos negros, insondables. Manotea sin cesar; en él la vida es movimiento puro. Acción. Me pierdo en sus ojos y me alejo; mi mente vuela dejando mi cuerpo inmóvil. En qué momento perdí la libertad, en qué momento dejé de saltar vallas y permanecí contemplándolas. La casa huele a coliflor y ajos, pero hay silencio. Una aparente paz. Mi inmovilismo la convierte en un sanatorio. La indecisión de mis pasos impide al extraño ver una escena de normalidad cotidiana. En qué momento perdí el ritmo, cuándo abandoné la carrera. Qué nostalgia ahora el jardín de la casa materna, el triciclo oxidado, el silbido del viento en las ventanas apolilladas. El domingo fui allí a recobrar, a sentir que yo alguna vez había existido. La casa estaba vacía, poblada de fantasmas. Fantasma era mi madre sentada en un sillón mirando a través de la ventana. Fantasma los hermanos y sobrinos; presencias sin alma deambulando por los corredores de la infancia. Mi hermano encontró una bolsa con antiguas cartas. Ávidos nos pusimos a leerlas; ahí estaba la prueba de que había un pasado en común, cuando andábamos sueltos buscando las señales que no encontraríamos. Nos desconcertamos. Mi hermano dijo que pondría una tienda para vender ropa de última moda. Yo miré a Gonzalo sentado en su coche frente al espejo y tuve ganas de llorar. No lo hice; en cambio, me tendí sobre la cama y me dormí.

Durante el regreso trataba de darme ánimos; cuando algo se acaba es porque algo comienza, me decía. En verdad, comenzaba la vida de Gonzalo, pero yo me sentía dentro de un sueño. ¿En qué momento se terminó el día? ¿Cuándo entré a vivir el sueño? Pero esa noche no pude dormir. Recordé las calles. Estaba exiliada de mi propia vida. Mi vecina, la costurera, pasó toda la noche trabajando. Cada vez que me levantaba a beber un poco de agua, veía el fulgor de la luz de su casa sobre el comedor de la mía. Trabaja mucho y su vida es gris. Hace un mes que yo no escribo una línea y mi vida también es gris. Una vez perdido el amuleto, la suerte está echada. Eso no evita que sienta un indefinible malestar

cada vez que veo su luz encendida durante la medianoche. Yo suelo pasarme toda la noche pensando inmóvil, pensando y recordando. Nada puedo construir ya, solo exorcizar el pasado. Tengo una llave que abre las puertas que alguna vez cerré... y no abre nuevas puertas. Una vez perdido el amuleto... pero tengo un hijo, una criatura que nació de mí y que veo crecer hora tras hora. Afuera está la incesante lucha, dentro de mí una batalla más despiadada se desarrolla.

Ayer vino mi tía a visitarme; trajo un kilo de azúcar, melocotones y su eterna carga de preocupaciones. *¿Y qué haces? ¿Estás escribiendo? ¿No escribes? Fíjate en tus hermanos; ellos sí saben hacer las cosas bien, no tienen carencias. En cambio tú, siempre envuelta en problemas. ¿No lo ves? Por eso tengo que ayudarte. Te compadezco porque no tienes el talento necesario para vivir. Y yo explicando, demostrando que sí, que tengo capacidad para elegir, que no soy como ella ni como la gente que conoce, que amo otras cosas. Es igual: nací con el estigma de los seres indefensos. Todo lo que ocurra con mi persona la moverá a compasión. A veces me pregunto cuántas veces me traicioné tan solo por cambiar esta imagen que de mí tiene. Y siempre fracasé, siempre ella ganó. Es cierto: a mí nadie me amó; todos me clavaron cuchillos por la espalda. Siempre. Hasta que me escondí en esta casita, en mi sanatorio privado. Soy la vergüenza de una familia cuya naturaleza la obliga a lamentarse de cada instante de su existencia.*

Y el dinero, he ahí el gran problema. Debería preocuparme de eso si no quiero provocar compasión. Mira a tu alrededor, me dicen; mira cómo todos luchan hasta desangrarse por vivir con comodidad. El dinero mueve al mundo, me explican. *¿Cuándo entenderás de qué se trata la vida? La angustia entonces me corroe. Ya no puedo leer, no puedo escribir, paso los días durmiendo, me preocupo por mi aspecto físico, por mi casa amoblada con todas las vejeces que la familia quiso botar. Me duelen los pies al caminar, necesitaría un automóvil. Leo una revista que es el símbolo de estos tiempos, cuando el oropel triunfa sobre la llaneza. Pienso que yo debería contagiarme de ese brillo, frecuentar fiestas hawaianas, vestir disfraces rutilantes y ser alguien que sabe disfrutar de la vida, a pesar de los niños que tocan a mi puerta pidiéndome comida. Entonces decido trabajar por un sueldo y empiezo a sentirme próximo al suicidio. Una carencia, es todo lo que me ocurre, una carencia fundamental.*

Sin embargo, ayer en la mañana cuando salí a pasear con Gonzalo por el parque y vi los árboles verdes por la lluvia de la noche, el pasto húmedo en un día de niebla y resolana, volví a sentir la magia de la vida. Había un silencio de tareas nobles, una atmósfera de destinos que se cumplen cabalmente y ese ins-

tante, a mitad del paseo en que me recobré, entendí que estaba en mi lugar. Y estaba ocurriendo todo lo que debía ocurrir. Poco después un muchacho de aspecto muy tímido me siguió y me dijo que lo iban a llamar a mi teléfono. Estaba tan apesadumbrado que no me percaté de lo peculiar de la situación. Yo no sabía quién era. A los pocos minutos una voz de mujer joven preguntaba por él. Lo fui a llamar al parque y con toda naturalidad el muchacho habló delante de mí. Un par de jóvenes en problemas; una huida, un aborto, voces alarmadas. Todo esto también tenía que ocurrir una mañana de niebla en noviembre. El muchacho salió de mi casa y su historia es ahora una de los millones de historias que se están desarrollando allí cerca en el parque. No vayas a hacer nada sin mí, le advirtió el muchacho a la muchacha, y es seguro que cada cual actuará según su naturaleza, tomarán sus propios rumbos y quizá pronto se recuerden sin amor. La vida de cada persona la constituyen solo los grandes instantes. Toda una vida puede cambiar con un gesto, en el momento preciso. No creo en la continuidad, la rutina, el comportamiento de hormiga: no somos insectos, sino entes opacos que de pronto se iluminan y vuelven a apagarse y toda la vida es eso: búsqueda de luz.

Yo recuerdo muy bien esos instantes. Mis cinco años en la habitación de mi madre. Mi hermana mayor y yo mirándonos en el espejo y de pronto esa sensación de un rayo electrizando mi cerebro. Ella no es yo, ella es otra, me decía perpleja y luego preguntándose, quién eres, qué sientes tú de no ser yo y ella mirándome extrañada para luego verse reflejada en el espejo, señalarlo y decirme risueña: yo soy esa. Era la soledad, la soledad, mi compañera. Miré el mar gris del invierno y comprendí que ya no había retorno. Por primera vez, sentí miedo. Desde ese entonces tengo la misma sensación cuando veo el mar en el invierno. En cambio el mar del verano me trae la nostalgia de mis primeros años, cuando el universo era yo.

Pero debe ser cierto: me han acuchillado por la espalda. Inciertos enemigos me han llevado de las narices hacia el borde del abismo. Y aquí estoy: treinta años, todos los sueños derrumbados, menos uno, el imperecedero sueño de ser yo. Un milagro. Y puesto que decidí que la literatura sería mi arma, ahora me impongo escribir. Debo dinero a la vecina, al verdulero. Podría escribir algunos artículos literarios para ganar algunos soles. Pero esta es una situación límite. Una no puede vivir treinta años de su vida aferrándose a algo que nunca ha visto. Mis libros, mis inexistentes libros, tendrán que aparecer aunque para ello tenga que dejar de comer. En todo caso no ha de suceder; por algo Pedro hipo-

teca su vida diariamente. Por algo hemos construido esta pequeña canoa cimbreante que flota en un río de pirañas. Y no llegamos a caer en la tentación de pasar al yate del prójimo y no caemos tampoco en los dientecllos de los peces. Sale a trabajar todas las mañanas con los bolsillos de los pantalones descosidos, la camisa zurcida por él mismo, pero está lleno de ánimos. Su imagen me paraliza durante una hora y me revuelvo en la cama sin saber qué hacer. Todo ese tiempo perdido y escribir, escribir, suena a algo muy abstracto cuando tienes un marido que sale a luchar todas las mañanas para poder subsistir. En la casa, los olores de la comida me marean: culantro, ajos, coliflor. Y sin embargo, son los mismos olores de mi infancia.

Miro los insondables ojos negros de Gonzalo y recuerdo otros ojos. Estoy ante el espejo: todavía soy una adolescente. Me miro fijamente mis cabellos escasos pero largos, mi larguísima nariz. Me digo asustada y agresiva, desde hoy ya no serás virgen, desde hoy cambiarás. Siento miedo. La reputación de una mujer es como el espejo, si se acercan mucho a ella, se empaña, me dice mi madre. Y yo, recordándolo, me acerco y empañó el rostro en el espejo de mi habitación. Estoy preparada, ropa interior nueva, perfume, nada de maquillaje. Esto no impide que me sienta una víctima. Es una mañana de abril y el sol hace brillar mis cabellos al salir de la casa. Mi madre me ha pedido que le haga una gestión en el banco. Me despido de ella con un beso y soy Judas. La traicionaré, le haré daño al acostarme con un hombre, seré una puta. Siempre nos ha dicho que el sexo es asqueroso y que las mujeres superiores, como deberemos ser nosotros, son frías. Me rebelo: estoy entre él y ella.

Paseo un rato por el malecón antes de decidirme a ir. Estoy preparada para el gran momento, pero algo en mí se resiste. Me siento forzada. Nada es espontáneo. Me encamino hacia su casa; a esta hora él ya estará solo. Golpeo la ventana de su dormitorio, tímidamente. Él aparece envuelto en una gran sábana blanca. Parece un monje tibetano. Se pone muy nervioso al verme; se excita y corre hacia la puerta haciéndome señas para que me dirija hacia allá. Lo sigo hasta su habitación. Está desnudo bajo las sábanas y cuando se recuesta, se descubre mirándome sonriente. Siento náuseas y no quiero ver esa carne colgante. Miro hacia el estante de libros y él empieza a conversar aparentando tranquilidad. Luego me ruega que me acueste junto a él. Me disculpo diciéndole que solo venía de paso, que tengo que salir al banco por encargo de mi madre. Me siento una estúpida; no creo en lo que estoy diciendo y él empieza a impacientarse. La situación entonces se torna cómica y yo deseo desaparecer. Empiezo a enfurecer. Me levanto, consciente de que estoy actuando y empiezo a desnudarme a la par que amenazó; él me mira perplejo. Lo sorprendí, suda de nervios. Me acuesto en la estrecha cama, nuestros cuerpos se tocan. Siento que voy a ser operada, una

enfermera me inyectará una droga. Se sabe encima de mí y forcejeo. Estoy paralizada. Finalmente me dice perdóname y yo siento un gran alivio; no sé lo que ocurrió, pero sigo virgen. Ahora nos bañaremos en la tina como se ve en las películas. A mí me repele esa intimidad fingida. Salimos a la calle y me compra un regalo. Al despedirnos, me ruega que no comente con nadie que no llegamos a copular, y nuestra relación que siempre fue literaria, siguió su curso a pesar de ello.

Una mujer que cuida su casa termina siempre por volverse invisible. Sucede lentamente, sin que ella lo note. Vive en una constante agitación, atendiendo a los hijos, limpiando la casa, lavando y cocinando. Por eso es casi imperceptible para ella su propia metamorfosis. Hasta que llega a los cincuenta años. Esta edad que sería ideal para la cosecha, en la mujer es la edad del abandono, de su consagración como mujer invisible. Se torna en una reliquia. Se ha ido mimetizando con los muebles de su casa y su anonimato es por cierto el más escandaloso de todos. Protectora de seres preocupados en sí mismos, solo nota su terrible soledad cuando las presencias físicas se han marchado. Pienso esto ahora que paso todo el día con Gonzalo esperando la hora del almuerzo y luego la hora de dormir. Mi madre está ahora sola en su vieja casa y a veces me olvido de su existencia. La he llamado esta mañana. Me dice que está mareada, que siente angustia. Cuando sube a los altos de la casa, siente que va a perder el equilibrio. Es cierto: una mujer acostumbrada a estar rodeada de niños que tiran de sus brazos y faldas, siempre en medio de presencias que exigen actitudes de ella, finalmente las toma como la vara de un equilibrista. Una vez desaparecida la vara, se pierde el equilibrio. Mi madre está a punto de caer porque necesita una muleta. Ahora me sucede lo mismo con Gonzalo. Por eso he optado por no salir de mi pequeña casa, de mi sanatorio.

He pedido dinero prestado y, cuando lo hacía, fantaseaba con el proyecto de estar trabajando. Me imaginaba como una periodista estrella, viviendo la vorágine de los acontecimientos políticos, arrastrada por el vaivén del mundo. Pronto deseché la idea. Ciertamente quiero dejar al mundo correr sin mí, quiero abstraerme, vivir en un paréntesis hasta descubrir el misterio que llevo dentro. Para eso escribo: para desentrañar. Esto que me obsesiona es, pues, mi carencia. Esta carencia me paraliza y es por ello que provocho en algunos casos desprecio, en otros compasión. La gente a menudo intenta sacudirme. Yo la miro desconcertada, ignórenme, les digo, soy invisible, pero inevitablemente sus tretas me provocan angustia. Pero lo entiendo: nos han programado para vivir

en una atmósfera de oropel y el amor a las imágenes se sustituye siempre por el verdadero amor.

Miro los insondables ojos negros de Gonzalo, su oscura tez, sus rasgos tan ajenos a los míos. En ellos veo mi esperanza, mi anhelo de sentirme perteneciente a alguien. Porque esta sensación de ser ajena a todo lo que me rodea, me ha perseguido desde siempre. He visto a innumerables personas actuar en torno a mí, envolverme sin poder participar en mi propia vida. Se me ha implicado en todas las escenas sin que yo actuara. Me he dejado arrastrar por ellos, los actores. Por eso escribo una novela en la que el único personaje soy yo; el resto son fantasmas, apariciones fugaces. A veces intenté las justificaciones, los razonamientos, esas pequeñas trampas que te enredan aún más con el prójimo: fracasé, fracasé ante ellos y ante mí mismo. Entonces continúo paralizada, no escribo. Para probarme escribo, me describo. Si se puede hablar de alguien, ese alguien es real. Estoy pues empecinada en ser.

Durante mi adolescencia, entre dos hermanas bellas y con aplomo, pronto me descubrió etérea. Mientras en otros seres la vida se desarrollaba hacia fuera, yo era casi invisible. Era todos los personajes de los libros que leía y todos los libros. Y mientras mis hermanas se miraban en los espejos para constatar lo que el mundo les decía que eran, furtivamente, en el silencio de la noche, yo lo hacía para interrogarme, para saber si existía o no. Y cuando a fuerza de raciocinio aceptaba mi ser, el mundo se encargaba de desaparecerme. Pero no era mi figura la invisible: era mi ser inexistente. Era la presencia ajena. Y ahora, solo ahora tengo tiempo para pensar en ello y no sé si es peor esto que no tener tiempo y moverme por todos los lugares con el pensamiento que oprime, con el miedo a que ese pensamiento me invada. ¿Qué somos sino un único pensamiento que vuelve y vuelve? Yo seré siempre ese pensamiento descubierto a los cinco años, cuando me interrogaba al espejo. Ese pensamiento de duda constante que me hace huir de todo. La indecisión que me ha convertido en una mujer invisible, que me ha acorralado en esta casa-sanatorio.

Gonzalo está sentado frente a mí y a la máquina de escribir; me interrumpe a cada momento con sus pequeños gritos. Le alcanzo la cucharita de mi taza de café porque ya lanzó lejos de sí todos sus juguetes. La observa sorprendido. Es la primera vez que tiene una cuchara entre sus manos, torpes aún. La descubre,

la mira, la voltea, la lleva varias veces a la boca en todas las posiciones. Cuando la ha probado lo suficiente, la suelta. Para él solo existe el presente; para mí, lo que fue y no podrá volver.

Que nuestra imagen sea un reflejo fiel de nuestro ser, es lo que han perseguido siempre los sabios. Durante mi adolescencia buscaba este perfecto ensamblaje, constriéndome, reduciendo mi mundo. Aparté de mí las tentaciones mundanas para no mentir; para ser verdadera. Habitaba un cuarto muy oscuro en la azotea de la casa de mi madre, rodeado de novelas y poemas. Salía a pasear mirando la luna y me sentía completa. Era completa. Tanto que jugaba con la muerte diariamente. Hablaba sola, el futuro no existía. Lo negué todo menos a mí misma y por ello intenté varias veces el suicidio. Luego fui arrancada como una mansa palomita de mi pedante autosuficiencia. Entonces lo acepté todo y yo me negué. Volví a preguntar como a los cinco años al espejo, quién soy, quién eres. Los hombres siempre me dieron respuestas maravillosamente inconsistentes y fue una delicia vivir esas ilusiones a destiempo. Fui una diosa, una musa, una lúcida intelectual en los ojos de otros.

Ahora, a los treinta años, me impongo una tarea de la que aún no me siento capaz. Sin embargo, no he encontrado la señal, la llave maestra que descubrí en mi infancia. Quizá llegue a los cuarenta intentando empezar nuevamente. El almuerzo ya está casi listo; he echado hierba buena al guiso.

(De *Desde el exilio y otros cuentos*. Lima: Ediciones muñeca rota, 1988)

GIOVANNA POLLAROLO

Giovanna Pollarolo Giglio nació en Tacna en 1952. Licenciada en Literatura. Realizó estudios en la Universidad Católica entre los años 1980 y 1986.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Atado de nervios. Cuentos. Lima: Alfaguara, 1999.

LA NOCHE DEL POETA

Como el sueldo de jubilada de su tía se reducía cada año por la crisis económica y él era lo que los especialistas llaman un inactivo; la gente común e insensible, un vago, y los seres sensibles, un poeta, la tía decidió alquilar las habitaciones de la casa que había pertenecido a sus padres y conservó para ella y para él la más grande. Lo de compartir el cuarto le resultó un poco incómodo al principio, pero después se acostumbró. La tía dividió la habitación en dos partes iguales gracias a una cortina de plástico y cada uno supo acomodarse a su nuevo espacio. Los primeros pensionistas fueron tres estudiantes que solo iban a dormir. Como él se levantaba tarde, apenas si alguna vez se cruzaba con ellos. Por las mañanas leía los periódicos en la sala, donde estaba el televisor; y por las tardes iba al cine o al hipódromo. Nadie lo molestaba. Pero después se instaló una pareja que tuvo un bebé a los pocos meses y la madre de ella vino a Lima para encargarse del recién nacido. A partir de ese momento perdió la cuenta de los habitantes, pues la casa se fue llenando de personas que eran parientes o amigos de algún pensionista. Los veía ir y venir, se instalaban por unos días o semanas, algunos se quedaban más tiempo. Estaban por todas partes y a toda hora; las mujeres discutían por el uso de la cocina, del baño y por los baldes de agua, pues la casa no tenía cisterna y debían juntar agua por las noches o comprarla a los camiones cisternas que pasaban de vez en cuando. También se acusaban unas a otras de robarse el detergente o la ropa lavada. Él ya no podía leer en la sala, convertida ahora en un lugar de paso. El televisor había desaparecido y fue inútil buscar un culpable; nadie supo dar razón. Últimamente todos los pensionistas, salvo dos, habían dejado de pagar y la tía estaba alarmada porque se decía que habían formado una asociación para reclamar derechos de propiedad sobre la casa.

No se compraba ropa, no fumaba, no tenía carro ni compromisos de ninguna clase. Sus únicos gastos diarios eran la entrada al cine o dos apuestas en el hipódromo; y aunque no trabajaba organizaba muy bien su día. Por las mañanas leía el periódico luego de desayunar y se ocupaba de limpiar su parte de la habitación, lavar y planchar su ropa y hacer algunas compras en el mercado. Por las tardes iba al cine, o al hipódromo. Nunca se dormía sin haber organizado sus

actividades del día siguiente. Algunas noches le tomaba horas decidirse entre tal o cual película, apostar a este o a otro caballo. Había superado, aunque no sabría precisar cuándo, el drama que lo atormentó durante su juventud y parte de sus años de adulto. El que a sus cuarenta años no se hubiera acostado nunca con una mujer era algo que ya no le importaba, ni siquiera pensaba en ello. No había sido por falta de ganas; ocurría que simplemente nunca había podido relacionarse con una mujer como para llegar a la cama. Tal vez por timidez, tal vez por ser demasiado respetuoso; o porque, también lo había pensado, las mujeres en general no le gustaban lo suficiente. En realidad, las únicas mujeres a las que veía eran su tía y las inquilinas de la pensión; nunca hablaba con ellas, no sabía sus nombres ni recordaba sus caras. Su vida había llegado a ser apacible y sosegada. Era, como decía su tía, un solitario con alma de poeta. Él decía que solo era un solitario.

Por eso se quedó tan sorprendido la noche en la que uno de los pensionistas gritó si ahí vivía un poeta, que lo estaban buscando. Salió de su cuarto y en la puerta lo esperaba una muchacha muy joven. Tendría veintidós años, el pelo corto y un rostro bastante común. Mientras hablaba, notó que era ligeramente bizca y eso lo mantuvo algo incómodo, pues no sabía si ella lo miraba a él o a la pared, a los muebles, o a las personas que pasaban en ese momento. Dijo que ella también era poeta y quería hacerle una entrevista. «Los poetas y las poetas de mi generación te consideramos el único artista digno porque eres un verdadero marginal, un poeta de verdad», dijo casi de un tirón. Él afirmó que no tenía nada que decir, que no se consideraba un ejemplo para nadie, que no era poeta. «Tengo un ejemplar de tu único libro publicado hace veinte años, no seas mentiroso», dijo ella sonriendo. Por un instante sus ojos coincidieron en el mismo punto: lo miraba directamente a los ojos, con un cierto aire seductor. Como no la había hecho pasar, a cada momento la conversación se interrumpía porque los inquilinos entraban y salían. Cuando a él le cayó en la cabeza un pelotazo lanzado por el grupo de chiquillos que jugaba un partido de fútbol en lo que alguna vez fue la sala de la casa, ella le preguntó si podían ir a tomar un trago o un café a un sitio más tranquilo. No tenía plata y le dijo que no. «Entonces mañana», dijo ella. «Mañana no puedo», se excusó, «pasan una película que quiero ver». Ella se entusiasmó pues también le gustaba mucho el cine y quedaron en encontrarse en la puerta. Se despidió dándole un beso en la mejilla. Le hizo prometer que después de la función hablarían de su poesía. Solo cuando la vio marcharse, reparó en las piernas de la muchacha y en su minifalda. Caminaba contorneándose y moviendo las caderas como las negras cuando bailan el alcatraz. De lejos parecía mucho más atractiva. Esa noche decidió que al día siguiente iría a la casa de su único amigo, al que visitaba una vez cada cuatro domingos. Habían

ingresado juntos a la universidad pero ya se conocían desde el colegio. Había logrado comprar un departamento cuando regresó de Europa donde estuvo durante cuatro años gracias a una beca y ahora dirigía una revista. Era, además, profesor a tiempo completo en una universidad particular. Estaba haciendo sin proponérselo, decía siempre, una excelente carrera académica; y si todo seguía así, dentro de unos años podría ser rector. Su habilidad para conseguir becas y también invitaciones a distintos congresos, le permitía viajar fuera del Perú dos o tres veces al año. Su amigo se sorprendió al verlo pues no era domingo, pero cuando le contó la visita de la muchacha y le pidió que le hiciera un pequeño préstamo pues tenía que invitarla al cine, entendió la visita no programada y lo felicitó sinceramente. Le dio la plata con la condición de que lo tuviera al tanto del romance. «Podría ser mi hija y no habrá ningún romance. Quizás ni se presenta», dijo.

Pero se presentó. Llegó incluso antes que él. Le contó que había leído su poemario más de una vez y que le seguía pareciendo mejor que los de muchos poetas de esa generación. Mientras hablaba, él intentaba concentrarse en un punto de la cara de la muchacha para evitar el curso incierto de sus ojos. Notó que el ligero bizqueo del día anterior se había acentuado. Dijo que compraría las entradas, pero ella ya tenía la suya. Compró una y pensó que podría invitarle un café a la salida. La sala estaba casi vacía pero se sentaron en la última fila. «No me gusta adelante», dijo ella.

Cuando apagaron las luces, le rozó la mano. Él creyó que se había equivocado, que ella solo quería apoyarse, y se retiró discretamente. Entonces sintió algo tibio y húmedo en su oreja, volteó y se dio cuenta de que ella lo estaba besando. Quedaron tan cerca uno del otro que sus labios se rozaron. Ella metió su lengua en la boca de él, recorrió su paladar, los dientes. «Saca tu lengua», le dijo. «Ahora muérdeme despacito». Volvió a tomar su mano y la puso entre sus piernas. «Acaríciame», gimió. Abrió las piernas y él empezó a bajarle el calzón, le metió los dedos en la vagina y ella se movía diciendo «sigue, sigue». Él le mordía los labios; con la mano que le quedaba libre acarició sus grandes pechos sin esperar a que ella se lo indicara. Le desabrochó la bragueta y empezó a corrésela. Entonces se asustó y tuvo un poco de vergüenza cuando se dio cuenta de que no podía evitar irse entre las manos de la muchacha. El fuerte olor de su propio semen le provocó una ligera náusea. Ella no parecía incómoda ni asqueada; le preguntó si tenía papel o un pañuelo y se fue al baño. Cuando las luces se encendieron, ella empezó a peinarse con un cepillo que sacó de su cartera; después se pintó los labios con un lápiz rojo. Le sonrió, lo miró directamente a los ojos y dijo: «ahora vamos a un lugar donde podamos hablar. Ya tengo listas las preguntas y he traído una grabadora».

Lo llevó a un bar muy ruidoso. En una mesa estaban sentados entre diez y doce jóvenes y ella dijo algo así como *qué mala suerte*, pero igual se acercó. Lo presentó, le dijo que pidiera dos cervezas y se puso a hablar con un muchacho que parecía algo molesto. En un momento se apartaron del grupo y a él le pareció que estaban discutiendo. El que estaba a su lado lo felicitó por haber publicado solo un libro y haber sabido cultivar el silencio; «las palabras no sirven para nada», dijo. Después se puso a hablar de las diferencias entre la poesía filosófica y la metafísica con una chica que estaba frente a ellos. Pasaban de un tema a otro, de un interlocutor a otro; los diálogos se cruzaban y muchas preguntas quedaban sin respuesta. Hablaban de música, de gente que él no conocía; y se reían sin motivo alguno. Dejó algo de dinero sobre la mesa y se fue sin que nadie lo advirtiera. Afuera estaba ella hablando con el mismo muchacho. Al verlo se acercó y le pidió que no se fuera, que la esperara un momento. Pero él no tenía ganas de volver al bar y se disculpó diciendo que tenía un compromiso. Le pareció notar una cierta ironía en su mirada, pero no estaba seguro si se dirigía a él o al muchacho que la esperaba apoyado en un árbol. Antes de dormir decidió que al día siguiente no iría al cine ni al hipódromo. Necesitaba contarle a su amigo lo que había ocurrido.

Le dijo que ahora las chicas eran así, iban y venían, y que había desperdiciado una magnífica oportunidad. Debió quedarse hasta el final y después llevarla a un hotel. Él dijo que no conocía ese tipo de hoteles, que no tenía idea de cuánto le habría costado uno, y que lo ocurrido en el cine era más que suficiente para él. «Ese es tu problema, te conformas con muy poco. La próxima vez tienes que ser más audaz». «No va a haber próxima vez», aseguró él.

Dos días después, una de esas raras mañanas en las que la casa estaba extrañamente silenciosa y mientras barría su habitación, la tía abrió la cortina y le dijo que tenía visita. Era ella. Traía un viejo ejemplar del libro de poemas y una grabadora. «La otra noche te escapaste», le dijo sonriendo. «¿Te puedo entrevistar ahora?» Estaba incómodo porque su tía se había puesto a baldear el corredor y dos mujeres empezaron a discutir a gritos. Una decía que acababa de comprar cuatro huevos y acusaba a la otra de haberlos usado para hacer una tortilla. La otra reclamaba ofendida que su esposo le había dejado plata, que no era ninguna ladrona. Mientras miraba de un lado para otro, la muchacha comentó que detestaba la vida cotidiana; «¿no tienes un espacio propio donde podamos estar tranquilos?» Contestó que no. «Podríamos encontrarnos otro día en algún lado», dijo ella mientras sacaba su agenda. «Si quieres vamos ahora al cine», se atrevió. Ella dijo que no había pensado en el cine sino en un lugar donde hacerle la entrevista. «Vamos al cine primero y después hablamos en un bar que no sea el del otro día», dijo sorprendido de sí mismo. Ella pareció dudar. Después dijo que

podría ser mañana, pero ¿qué película y dónde? Él no pudo recordar qué películas estaban en cartelera, pues para esa tarde había planeado ir al hipódromo. Quedaron, a sugerencia de ella, en que él la llamaría por teléfono. Como no tenía agenda ni libreta de direcciones, anotó el número en una hoja que ella arrancó de un cuaderno.

Su amigo le dijo que finalmente le había llegado su oportunidad. Más fácil no se podía haber presentado. «En lugar de entrar al cine, la llevas a un hotel y se acabó». «No sé si pueda», dijo él. «Ni siquiera sé si quiero».

—Quizá ella es virgen. Quizá no sabe cómo se hace.

Su amigo dijo que eso, aunque sonara extraño en estos tiempos, era posible. Él había conocido a muchas mujeres que en el cine o en un auto eran totalmente desinhibidas, pero que a la hora de la verdad se aterrorizaban. «Por lo que me has contado, tu poetisa puede formar parte de ese grupo, y eso es una desventaja para ti».

Por un momento permanecieron en silencio. Él no tenía ganas de hablar del tema, era como volver al pasado otra vez, como volver a empezar.

—Sabes que odio prestar mi departamento, pero por esta única vez lo voy a hacer. Traes a esa chica acá y te sacas el clavo de una vez por todas.

Él prefería el cine, ahí ya sabía a qué atenerse. Aunque no hubiera mencionado después lo que pasó entre ellos, a ella parecía haberle gustado; si no, no hubiera aceptado ir otra vez. Aunque también estaba interesada en hacerle la entrevista.

—Eso del cine debería darte vergüenza. Por una vez estuvo bien, pero ahora pórtate como el hombre adulto que eres. Es ahora o nunca —dijo su amigo con firmeza.

—Tú sabes que no sé cómo se hace. No sé si sabré hacerlo; ni siquiera sé si quiero hacerlo.

Sin poder evitarlo empezó a llorar mientras hablaba.

—Yo estaba tranquilo —gimió— ¿Por qué tenía que venir esa loca a perturbarme? Para ella esto es un juego, es una snob pretenciosa. Se cree muy liberada pero solo es una, una... —No encontró ninguna palabra que le sirviera, tal vez porque no sabía quién era ella.

Su amigo canceló una cita y sacó una botella de vodka. «Te voy a dar la mejor clase de orientación sexual que hayas recibido en tu vida», dijo mientras servía el vodka. Durante años se había negado a llevar la conversación a ese punto, pero esta vez se quedó callado.

Con la misma voz que seguramente impostaba para dictar sus clases en la universidad, su amigo le explicó cómo se hacía, por dónde tenía que empezar, en qué momento debía pasar de los escarceos a la penetración, cómo y dónde.

También le dio instrucciones sobre detalles aparentemente banales pero prácticos, como la música ideal, la dosificación del trago, cómo hacer para llevar a la mujer del sofá a la cama. Sin darse cuenta, perdió de pronto la vergüenza y se atrevió a hacer preguntas: qué era mejor, con las luces apagadas o encendidas; una sola vez, o varias; los puntos eróticos claves, el tiempo razonable de duración de los preliminares. Hablaron también de las ventajas de la minifalda frente al pantalón, sobre todo de esos tan ajustados que convertían, dijo su amigo, uno de los más eróticos y excitantes momentos de la relación en una verdadera tortura gimnástica. Él recordó aliviado que ella nunca usaba pantalones.

—Debería dedicarme a instructor sexual —bostezó su amigo dando así por terminada la clase—. Ven mañana temprano para que recojas la llave. Eso sí —le advirtió—, me dejas todo limpio, y trae tus propias sábanas. ¿Tienes plata para comprar trago?

Mintió y dijo que sí, no quería seguir pidiéndole tantos favores.

—Los preservativos te los regalo, están en mi mesa de noche.

Se sentía un poco culpable sin saber bien por qué.

Esa noche no durmió pensando en cómo iba a conseguir la plata para comprar las sábanas y el trago, cómo le diría a ella que había encontrado un lugar mejor que el cine. Desesperado por el insomnio trató de imaginar sus piernas, de recordar cómo eran sus pechos, cómo se habían besado. Pero solo lograba ver sus ojos bizcos. Extrañó las noches en las que su única preocupación era decidir si iría al cine o al hipódromo.

Se levantó muy temprano para ser el primero en la cola de los que necesitaban usar el baño. Y mientras le servía el desayuno, sorprendida de verlo levantado tan temprano, su tía le preguntó si había tenido pesadillas o insomnio. «Las dos cosas», dijo. Como no tenía apetito le convidó la leche y el pan al hijo de una pareja de pensionistas. Le contó a su tía que había la posibilidad de un trabajo, y que uno de los requisitos era tener el título de bachiller. Antes de que ella empezara a recriminarlo una vez más por no haber hecho la tesis cuando debió hacerla, él le contó que ahora el título se otorgaba automáticamente, nada más pagando algo así como cincuenta dólares. «¿Los necesitas ahora mismo?», preguntó ella tan contenta que él se arrepintió de haber inventado lo de la tesis para conseguir dinero. Pero prefirió quedarse callado. «Ya entiendo por qué pasaste tan mala noche», dijo. Y recordó que cualquier situación nueva le producía siempre una gran ansiedad. El primer día de clases, la primera comunión, la primera fiesta. «Esto de la universidad es como empezar de nuevo», dijo. «Fuiste un niño nervioso, demasiado sensible para este mundo. Es por el alma de poeta que tienes», murmuró pensativa. Si su amigo hubiera presenciado la conversación habría replicado que tenía razón, solo que el problema no era a causa

de su sensibilidad poética sino pura cobardía. Dijo que con unos veinticinco dólares podría iniciar los trámites en la universidad. La tía fue al cuarto y regresó con un billete de cincuenta que había reservado para alguna emergencia. «Sé que te va a ir bien; ya tomaste la decisión y lo vas a lograr. Mi bendición, poeta», dijo. Y lo abrazó.

La llamó de un teléfono público. Contestó un niño que apenas balbuceaba, después una niña que dejó olvidado el fono y empezó a gritar al niño, que lloraba como si lo estuvieran golpeando. Tuvo que introducir otra moneda para que la llamada no se cortara. Los gritos y llantos sonaban cada vez más fuertes. Finalmente escuchó su voz acercándose; hizo callar a los niños y se puso al teléfono. Dijo que salía de clases a las ocho y podían encontrarse en el cine que quedaba cerca de su facultad. No le tomaría más de diez minutos llegar allá. «Y después podemos venir a mi casa para hacerte la entrevista». «¿Vives en una pensión?», preguntó él. «No, con mis padres y hermanos, ¿por qué?» «Por nada», dijo él. Y se despidió.

Su amigo estaba por irse a trabajar. Se quejó de la resaca que tenía, le dio la llave y le pidió que terminara antes de las once pues había dormido muy mal y quería acostarse temprano. Él volvió a agradecerle, pero se quedó preocupado. Del cine hasta el departamento el microbús tardaba por lo menos una hora.

«No tienes por qué entrar al cine», dijo su amigo. «Se encuentran en la puerta, tomas un taxi y la traes. Si sigues mis instrucciones al pie de la letra, todo terminará antes de las once».

Compró un juego de sábanas, una botella de ron, cigarros, queso y maní. Limpió el departamento con minuciosidad, trapeó la cocina, enceró la sala, pasó la lustradora, sacudió el polvo de los muebles, cambió las toallas del baño, y puso las sábanas nuevas. A las cinco todo lucía impecable. Se dedicó entonces a revisar los preservativos. Quería probarlos. Del cajón de la mesa de noche sacó una revista porno y luego de pasar la primera página empezó a excitarse. Controló el tiempo que le tomaba abrir el sobre y colocarse uno. Mientras se lo ponía, tuvo una eyaculación. Ensayó una vez más sin mirar las revistas pues solo quería conseguir una erección. Consideró que ya podía colocarse el preservativo con cierta pericia. Contó cuántos quedaban. Había seis, y pensó que era más que suficiente. Volvió a echarse en la cama y practicó desde el principio. Era mejor dejar el cajón ligeramente abierto para no perder tiempo. Cuando iba a guardar las revistas, tuvo la tentación de mirarlas un rato y masturbarse cómodamente, sin pensar en que estaba ensayando, pero no lo hizo. Arregló otra vez la cama, se duchó, se lavó la cabeza, se afeitó. Revisó la ropa guardada en los cajones y encontró una camisa celeste, de jean; se la iba a poner, pero le pareció demasiado juvenil, y ese no era su estilo. Los calzoncillos le gustaron. Se probó

uno de color negro, de un material que ajustaba y permitía adivinar el tamaño del pene erecto. Pensó que a ella le gustaría ese más moderno que su anticuado calzoncillo blanco de algodón. Antes de salir se echó agua de colonia en la cara y separó algunos casetes. Puso dos vasos, el ron, el maní, el queso y un cuchillo pequeño en la mesita de la sala.

Esperó en la puerta del cine durante media hora; y cuando pensaba que ella ya no vendría, la vio bajar de un micro. Su tardanza le facilitó las cosas. Dijo que odiaba ver una película empezada y que dejaran el cine para otro día. Podían hacer la entrevista en el departamento de su amigo.

Antes de que ella preguntara algo, dijo con forzada naturalidad que un viejo amigo le había prestado su departamento para que pudieran hacer ahí la entrevista. Estarían solos y tranquilos.

—Claro, vamos —dijo ella—. Mi casa es también un caos, aunque no tanto como la tuya.

Sus ojos miraban fijamente algún punto de la vereda, y él pensó que no era realmente bizca. O en todo caso era una bizca muy particular.

Gastó lo último que le quedaba de los cincuenta dólares en un taxi que tardó una hora en llegar al departamento. El taxista se detuvo a echar gasolina, luego el motor recalentó y encontrar una estación de servicio que accediera a regalarle o venderle agua para el radiador le tomó cerca de veinte minutos. Eran casi las diez cuando bajaron del taxi. Ella permaneció muy callada y seria, como si estuviera asustada. Cuando llegaron, abrió su cartera y sacó una hoja en donde había escrito las preguntas. Dijo que las pilas de la grabadora no estaban muy buenas y que buscaría un enchufe. Recién ahí él se dio cuenta de que ella no se había puesto su minifalda. Tenía un jean muy ajustado y una camisa ancha. Sirvió dos tragos y puso el casete de boleros de Luis Miguel.

«¿Y la entrevista?» Un ojo miraba el vaso que él le entregaba. Dijo que esas cosas lo ponían muy tenso, que necesitaba relajarse y que después hablarían de trabajo. Ella miró su reloj y dijo que no tenía mucho tiempo. Y de pronto no supo muy bien qué hacer. Ella se sentó en el sofá, muy al borde, como si quisiera irse, como si estuviera disgustada. Estuvo a punto de preguntarle si le pasaba algo, pero recordó las instrucciones y se sentó también al borde, muy cerca. Le agarró la mano, le acarició el pelo y la besó. Ella no respondió, estaba rígida como una estatua. Sirvió más ron, a pesar de que ella había bebido apenas un sorbo. Se le ocurrió que podían hablar de poesía, y le preguntó si ya había publicado algo. «Puedo hablar con mi amigo para que te promocioe en su revista. Ya sé que la fama no te interesa, pero siempre es bueno que a uno lo conozcan». Ella preguntó qué revista era, y cuando le dijo el nombre, pareció entusiasmarse. Lo notó por los ojos, que se dispararon por toda la habitación.

—No sabía que él era tu amigo. No lo conozco, pero sé perfectamente quién es. ¿De dónde se conocen? —Parecía más tranquila y relajada. —Estuvimos juntos los primeros años de universidad hasta cuando yo me retiré sin hacer la tesis de bachillerato, porque consideré que todo era una farsa y que no me interesaba ser un profesional burgués.

—Pero tu amigo sacó su doctorado —dijo ella—. Hasta donde tengo entendido estudió en Harvard o en Stanford, no estoy segura. ¿O fue en La Sorbona?

Pensó que ella admiraría su rebeldía, o tal vez elogiaría la voluntaria marginalidad, la autenticidad, o algo así. Pero no. Sin beber una sola gota, parecía concentrada en los hielos del vaso que tenía en la mano, los ojos totalmente reposados. Vio la hora y no había avanzado nada de acuerdo con las instrucciones. En verdad tenía poco tiempo y pocas ganas; estaba incómodo porque el calzoncillo le apretaba las caderas y el material sintético le producía escozor. Hubiera querido estar solo para sacárselo y ponerse el suyo.

Nunca podrá entender qué le pasó. En cuestión de segundos, cuando ella trataba de recordar nombres de universidades europeas, él sin pensarlo procedió a abrazarla, le pasó el brazo por el cuello, la besó como lo había hecho en el cine y bajó su mano a la bragueta. Notó que ella se resistía. No le importó. Le agarró la mano con más fuerza y casi la obligó a bajar el cierre. Como volvió a retirarla, la cargó y la llevó hasta el cuarto. Ella gritaba un poco, pero no demasiado fuerte. La echó en la cama y empezó a forcejear para sacarle el pantalón. Pataleaba y gritaba, ahora sí más fuerte y él sintió un fuerte dolor; ella le estaba dando rodillazos en los testículos; luego le dio un empujón y se fue corriendo a la sala. La siguió.

—Eres un bruto —gritaba mientras lo amenazaba con el cuchillo de cortar el queso para evitar que se acercara, los ojos fijos en la pared.

—Perdona —dijo avergonzado—. No sé qué me pasó. Yo nunca...

—Eres un enfermo, un loco —siguió ella. Pero ya no gritaba.

Él se sentó en el sofá y bebió una buena cantidad de ron directamente de la botella.

—Lo del cine me hizo pensar que te gustaba un poco.

—En el cine me gustaste, pero eso no quiere decir nada. Fue cosa del momento, un agarre. ¿Nunca has agarrado con nadie?

—No entiendo de qué me hablas.

—Los hombres de tu generación son un asco —dijo ella—. Creen que son los únicos que tienen derecho a agarrar y a largarse cuando se aburren.

Él no sabía cómo eran los hombres ni las mujeres de esta generación ni de la suya, y se limitó a beber otro trago de la botella. Ella fue al baño y cuando

volvió parecía otra. Estaba calmada y algo sonriente. Se sentó en el sofá, bebió un poco del ron y puso el *play* en la grabadora.

—¿Te parece que hagamos de una vez la entrevista?

—¿Después de lo que acaba de pasar? —preguntó sorprendido.

—Una cosa no tiene que ver con la otra —dijo ella.

La miró. En verdad, la chica no le gustaba. Tenía las caderas muy anchas, los dientes torcidos y usaba un perfume demasiado fuerte. Hubiera querido que se fuera de una vez y aprovechar el tiempo que quedaba para sintonizar el canal porno del cable.

—¿Por qué escribes? —preguntó ella.

Parecía poco interesada en la respuesta, su ojo derecho miraba el papel en el que había escrito las preguntas; el otro apuntaba a la botella de ron. El que manda es el derecho, pensó él.

—¿Por qué escribes? —Parecía impaciente.

—No escribo.

—Perdón —dijo forzando una sonrisa—, ¿por qué escribiste?

—Nunca he escrito.

—Aquí está tu libro de poesía, no lo puedes negar. —Irritada, sacó el viejo poemario de su bolso.

—Yo no soy ese —dijo—. Es un homónimo. Te confundiste de persona y me aproveché de tu error.

Se puso de pie sorprendido de sí mismo, de la voz con la que había hablado, de esa decisión abrupta tan ajena a sus maneras pausadas. En menos de una hora había actuado dos veces sin pensar, como si no fuera él. Ella sonrió desconcertada. Parecía no saber si tomarlo en serio o considerar que estaba ante un entrevistado esquivo. Cuando estaba a punto de replicar, se abrió la puerta. Él miró su reloj, eran las diez y media de la noche.

—Hola —dijo su amigo.

—Hola —dijo ella y apagó la grabadora.

—¿Cómo les ha ido? —Y pareció darse cuenta de que nada había resultado bien.

—Justo estábamos empezando con la entrevista, pero tu amigo dice que no es ni fue poeta. ¿Es verdad o me está meciendo?

La miró con cierto desagrado. Cuando una chica le gustaba, asumía poses de seductor. Conversaba, halagaba, bromeaba. Pero si no, era indiferente y hasta podía ser cruel. Como lo estaba siendo con ella.

—Tú eres la entrevistadora, no yo. Sigán no más, no se preocupen por mí.

Y entró a la cocina. Pero se notaba que estaba disgustado. A nadie le gusta encontrarse con extraños en su propia casa, él lo sabía muy bien.

—No seas malo —le dijo ella—. Me costó un montón encontrarte y necesito aprobar el curso. Yo le hablé al profesor de ti y me dijo que si lograba sacarte una entrevista me calificaría alto. Empecemos de nuevo, por favor. ¿Cómo descubriste tu vocación poética?

Por primera vez parecía débil y honesta, y sintió pena por ella. Bebió otro trago y dijo que mejor le diera las preguntas y él las contestaría con calma, por escrito. A ella le pareció buena la idea, pues ya era tarde y no quería incomodar. Dijo que llamaría un taxi. Mientras esperaban, su amigo regresó a la sala, y como nadie hablaba encendió el televisor. Vieron un programa de noticias que acababa de empezar. El taxi llegó justo cuando el periodista deportivo daba los resultados de los partidos jugados ese día, tema que le interesaba mucho a su amigo. Estaba tan atento a la noticia que se limitó a hacerles un gesto de despedida con la mano. Bajaron las escaleras en silencio, y cuando ella cerró la puerta del taxi le pidió que la llamara en cuanto hubiera respondido las preguntas. «Trata de hacerla rápido, *porfa*», dijo sonriendo y tratando de ser amable. Vio partir el taxi, aliviado.

Recordó que había dejado el papel con las preguntas en el departamento, pero no tuvo ganas o valor para volver. No podría explicarse ni a sí mismo lo que había pasado. Tomó un microbús que lo dejó a dos cuadras de su casa, cerca de la farmacia recién inaugurada que atendía las veinticuatro horas del día y contaba con una excelente sección de periódicos y revistas importados. Hojeó unos Playboy, miró algunos libros y se fue sin comprar nada.

La pensión estaba alborotada como siempre a esa hora. Había un grupo de jóvenes en la puerta y varias parejas en los rincones de lo que había sido la sala de la casa. Solo un foco alumbraba el corredor. Entró al dormitorio y sin encender la luz para no despertar a su tía, buscó a oscuras un calzoncillo y se dirigió al baño. Se encerró un buen rato y salió solo cuando uno de los pensionistas empezó a golpear la puerta. Mientras se acostaba y oía los ronquidos de su tía detrás de la cortina, decidió que no contestaría las preguntas y que dejaría pasar un par de semanas, o tal vez un mes, o un año, antes de visitar nuevamente a su amigo. Le diría a su tía que lo de la universidad no era seguro pues debía cursos que a estas alturas ya no podía estudiar. Y que se había gastado la plata en comprar libros. Total, para ella era un poeta y pensaba que los poetas no entienden las cosas de este mundo. Antes de quedarse dormido decidió que al día siguiente iría al hipódromo.

ALONSO CUETO

Alonso Cueto Caballero nació en Lima en 1954. Siguió los estudios de Literatura en la Universidad Católica entre los años 1971 y 1977. Su Tesis de licenciatura se tituló: *Filiación y heterodoxia en la poesía de Westphalén*, 1977.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

La batalla del pasado. Cuentos. Barcelona: Alfaguara, 1983.

El tigre blanco. Novela. Lima: Premio Planeta, 1985.

Los vestidos de una dama. Cuentos. Lima: Peisa, 1987.

Deseo de noche. Novela. Lima: Apoyo, 1993.

Amores de invierno. Cuentos. Lima: Apoyo, 1994.

El vuelo de la ceniza. Novela. Lima: Apoyo, 1995.

Cinco para las nueve y otros relatos. Cuentos. Lima: Alfaguara, 1996.

Pálido cielo. Cuentos. Lima: Peisa, 1998.

Demonio del mediodía. Novela. Lima: Peisa-Arango, 1999.

LA OTRA

I

Le presento a miss Marion Philips, me dijo el profesor Han una mañana mientras ella me sonreía y ambos nos estrechábamos la mano por primera vez. El aire de señorita empezaba en su pelo corto y amarrado, seguía en su chaleco azul y terminaba en unos zapatos de taco, negros y resplandecientes, contra la alfombra de la oficina.

Había algo de temor y algo de dulzura y mucho de belleza en esa cara. Una suerte común nos había unido: la de ser los profesores asistentes que los demás miembros de la Facultad iban a examinar y juzgar durante los siguientes cinco años. Ella era de Virginia y especialista en poesía española del Siglo de Oro. Yo, aprovechando mi origen, me hacía pasar por un experto en literatura latinoamericana, y un conocedor mediano de su historia y su cultura. Así pensaba ganarme la vida; y además el trabajo tenía su importancia.

Ya había cumplido veintinueve años. Me consideraba un joven educado, inteligente, no muy feliz, y trataba de demostrarlo en cuanto se presentaba la ocasión. Chicago, donde había empezado a vivir, era una ciudad deslumbrante, en la cual, todos mis deseos y tentaciones iban a encontrar un desahogo más que suficiente. Pero en esas primeras semanas, arrinconado por mi condición de extranjero, me pareció lógico buscar la compañía de la otra persona que había llegado a la misma ciudad, en las mismas condiciones. Y allí estaba la señorita Marion Philips, con quien había intercambiado algunas frases previsibles, mientras me miraba de frente con su sonrisa suave y dulce, en los corredores de la universidad.

—Me habían hablado de usted —le dije, después de estrecharle la mano—. Tal vez podamos vernos con frecuencia.

Me había decidido a cultivar su amistad, a pesar de esa formalidad, algo cómica, con la que me seguía saludando.

«Creo que voy a comer algo», dije al día siguiente, metiendo la cabeza en su oficina. «¿Quieres venir conmigo?»

Asintió con una sonrisa y salimos juntos, por el patio de arbustos. Ella caminaba a mi lado, con el pelo cubriéndole parte de la cara, avanzando con pasos lentos y firmes, mirándome con sus grandes ojos azules, mientras yo le informaba de mis primeras impresiones de Chicago. Esa fue, ahora que lo pienso, nuestra primera cita.

O tal vez en aquel tiempo sería más exacto decir que fue solo un encuentro de amigos. Recuerdo que en Marion había algo que me impedía verla como una futura novia. Cuando la conocí bien y cuando llegué a intimar con ella, su belleza, su simpatía, su inteligencia, me parecieron virtudes domésticas, cualidades propias del tipo de gente que yo ya conocía. No había nada que pudiera abrir de pronto el vacío y la necesidad en las que una pasión puede encontrar su fuerza. Era muy sana, muy buena, muy en sus cabales, y esas eran para mí cualidades de madre, de amiga o de compañera de trabajo.

Desde los primeros meses, mis encuentros con otras mujeres, en los bares de la ciudad, me compensaban por esa medianía virtuosa, asexuada, que durante los días de la semana compartía a veces con ella. Así, pues, salíamos a comer, paseábamos, íbamos al cine, pero yo siempre prefería volver a los bares donde encontraba a las mismas mujeres que me recibían con la boca roja y húmeda, dispuestas a celebrar mi soltería con unos hombros desnudos que terminaban en el abismo de un escote. Con frecuencia yo le contaba a Marion de mis encuentros con esas mujeres y ella se mostraba curiosa y divertida. «Estás totalmente loco», me repetía con frecuencia. «Si el chairman lo supiera...».

—Te aseguro que hace lo mismo —me reía yo—. Es un soltero, y le place serlo.

—No puedes seguir así, siempre solo —me dijo una noche—. Tienes que buscarte a alguien, alguien a quien puedas darle ese cariño que tienes escondido detrás de tu aspecto serio y tus gestos de cínico.

Así pasó un año y luego, otro. Yo sostuve un romance de menor importancia con una de mis alumnas. Esta relación felizmente fue tomada con buen humor o con indiferencia por los demás profesores de la Facultad. Otros problemas mucho más serios parecían anunciarse. Tanto Marion como yo éramos candidatos a los puestos vitalicios que la universidad otorgaba, pero ya había corrido el rumor de que por razones presupuestarias, estos puestos irían a escasear en los próximos años y que el Decano otorgaría solo uno de ellos. Así, pues, circunstancias distintas pero igualmente azarosas a las que nos habían reunido, podían hacernos competir ahora por la gloria precaria pero nada desdeñable de obtener un trabajo permanente en la universidad. Casi nunca hablábamos del asunto y nuestros almuerzos de hermanos cómplices, nuestras bromas en el corredor, nuestras conversaciones de café sobre poetas y novelistas admirados,

nunca se cruzaron con la extraña sensación de estar compitiendo por un puesto que algunos hombres mayores y solemnes iban a decidir en los siguientes meses. Más que mi rival, Marion era la persona a quien confiaba los secretos de mi rutina, cosas de las que no hablaba con nadie más por esos días.

Y todo hubiera seguido así, despreocupadamente, de no haber tocado mi puerta una noche el chairman, con una botella de vino y una malévola noticia entre manos. Aún recuerdo la barba rala, las mejillas infladas y la voz brusca de ese hombre que se había sentado delante de mí, apretando un cigarrillo.

—Voy a ser franco con usted —dijo.

El hombre estaba obviamente orgulloso de una franqueza que emanaba de su autoridad.

—Usted va a ser elegido por el Departamento como candidato para el puesto —siguió—. No todos piensan que es mejor que la Srta. Philips, pero la mayor parte de la gente, incluyéndome, cree que sí.

El chairman, que movía sus bigotes espesos como los de una morsa sonriente, se acercó a uno de los vasos que yo había dejado cerca de él, y lo llenó.

—El problema ahora es que ella no lo sepa —continuó, después de dar un sorbo—. Si ella se entera, puede mover la influencia de la única amiga que tiene en el Comité, la de Jennifer Zegler, y podría pasar un voto en contra de su candidatura. Además, como supongo que ya sabe, usted no le es muy simpático a esa señora.

—¿Y qué quiere que haga para evitar que ella se entere? —balbuceé, elevando también mi vaso.

—No se lo diga, simplemente —me ordenó.

—¿Y para qué ha venido a contármelo?

—Solo quería darle una buena noticia —concluyó.

Tal vez el rango, las frases directas o el aspecto robusto de aquel hombre, me obligaban al silencio. Era evidente que su decisión de favorecerme venía de alguna oscura razón que no tenía que ver solamente con su interés por mi trabajo.

—Bueno, y ahora me retiro. Felicitaciones. Es un placer tenerlo en el plantel de la Facultad —se despidió.

Cuando recuerdo la visita de aquella noche, lo que más me asombra es que en ese momento no me diera cuenta de cómo iba a afectar mi vida. Yo sabía que su decisión y su visita respondían más bien al deseo de involucrarme de algún modo en su propio proyecto: ganar un aliado en su enemistad con la Sra. Zegler,

quitarle un voto en los próximos comités, y prolongar su mandato por otros cuatro años. Yo no me oponía a sus designios pero tampoco estaba interesado en favorecerlos. Durante su visita me inspiró una especie de respeto que sin embargo desapareció a los pocos minutos de haberse ido. Su partida se produjo sin demasiadas fórmulas de cortesía, tras un apretón de manos y un acuerdo para verlo en su oficina dos días después. Me asombraba la determinación con que había tomado mi inclusión en el cuerpo de profesores, y aunque suponía los verdaderos motivos, la cosa no dejaba de halagarme. Pero esa charla de quince minutos, esa botella de un vino tinto importado que había comprado camino a mi casa, esos bigotes enfurruñados y firmes que buscaban a un profesor joven como una pieza para su permanencia en el poder, suponían eliminar, aunque no lo quisiera, a la persona con la que yo había compartido más horas de compañía desde mi llegada a la ciudad. Y esa noche, repasando las palabras de mi visitante, no pensé que la traición, que yo y otras personas cumpliríamos con minuciosidad en las semanas siguientes, se iba a proyectar como una sombra maligna por todo el resto de mi vida. «Fue entonces, durante aquellos días, cuando las cosas tomaron su rumbo», me dijo Marion en una larga carta que me envió desde el sur algunos años más tarde.

A pesar de mis reparos, yo había sido tocado por una emoción que ciega a los hombres jóvenes e inseguros: la emoción de la vanidad. De pronto era posible que la mayor parte de los profesores de la universidad me estimaran o por decirlo así me hubieran elegido. Estaba seguro de que los profesores y los miembros del comité habían leído mi libro sobre Palma y mis rigurosos artículos sobre Onetti y Martín Adán, por los que me habían escogido como colega. Era natural que me diera pena que esa elección se hubiera producido sobre la cabeza de Marion, pero mirándolo bien, pensé que su rivalidad conmigo no era sino producto del azar, el que yo no debía otorgar un sino trágico. Ella comprendería las circunstancias, me felicitaría con la madurez y la generosidad de siempre, y seguiríamos siendo amigos. Después de todo, pensaba yo...

Un tiempo más tarde, cuando el Departamento confirmó el nombramiento, Marion se acercó a mi oficina.

—Me alegro tanto por ti —sonrió—. Me puse tan contenta cuando supe la noticia.

—Muchas gracias —le contesté y me acerqué a besarla.

—Pienso postular a otra universidad —dijo ella, sentándose—. Creo que sería lo mejor.

—Puedes apelar aquí —le sugerí.

—Sí. Pero va a ser muy difícil. Creo que no va a resultar.

—Será una lástima —le dije, mirándola de frente—. Será una lástima que te vayas.

Debo admitir, y aquí empieza lo peor de mis recuerdos, que mi tono de voz en ese momento, no confirmaba mi aparente pesar por su partida. Su compañía seguía resultando el componente natural de una rutina, como tomar desayuno o lavarme los dientes o preparar material para mis clases. Sentía en ese momento el anuncio de su partida como una mala noticia inevitable, cuyo vacío podría llenar fácilmente. Sería, pues, en efecto, una lástima, igual a todas las lástimas que en mi juventud solitaria y arrogante estaba acostumbrado a ignorar.

Muy pronto Marion no fue más que una voz en el teléfono o una firma que terminaba discretamente una carta, llena de noticias sobre su nuevo lugar de residencia. A principios del otoño, estando ya en mi primer semestre de profesor regular, empecé a recibir sus cartas en mi nuevo apartamento cerca del campus. Uno de los motivos para mudarme fue un pequeño patio de hojas y de flores que me encargué de cuidar desde el comienzo. Un lugar en el que un pacto de silencio parecía tramarse por encima del rumor de tráfico que llegaba desde el fondo. Allí, durante las frescas semanas de setiembre, leí sus cartas, en las que me contaba de su nuevo trabajo en una ciudad encantadora de calles sombreadas por árboles y un sol tibio. «Cuando quieras», me decía, «podrías visitarme en Austin, para escapar del hielo y el ruido de Chicago». Yo le contestaba a esta invitación con noticias sobre los profesores y con vagas promesas de ir a verla, en cuanto tuviera un tiempo libre.

Una mañana, varios meses después, tuve que asistir a una reunión administrativa en uno de esos increíbles comités universitarios que formaban parte de mi nuevo status.

Durante la reunión, la Dra. Zegler, que desde mi nombramiento por encima de Marion, me había tratado con una distancia realizada por sus impávidos ojos de lechuga, propuso nuevas obligaciones para los alumnos, que reducían los cursos de literatura hispanoamericana, que «después de todo», según ella, componía apenas un «apéndice» de la literatura española.

Yo no podía menos que sentirme aludido y, haciendo uso de todo mi resentimiento ante la forma como ella me había tratado durante los meses anteriores, le dije que un compatriota mío, don José de la Riva Agüero, había esbozado una tesis similar alguna vez, a los veinte años y a principios de siglo. «Tal vez a usted

le hubiera gustado conocer a don José», le dije. Algunos profesores sonrieron ante mi frase, y luego supe que alguien la había interpretado como una alusión a la edad de la Dra. Zegler. Poco después, sin embargo, yo sustenté mi opinión con toda la elocuencia de la que era capaz, y con razones que ahora mismo no recuerdo bien. Como era de esperarse, se acordó nombrar a alguien para que revisara los syllabi, pero la medida me pareció más bien una manera de zanjar la discusión sin alterar fundamentalmente el estado del programa. El consenso parecía estar básicamente a mi favor.

En el corredor, crucé algunas palabras con James Wolcott, un profesor pecoso y gordo, de voz cascada. Mientras lo oía, noté que la Dra. Zegler se había parado muy cerca. Resignado a enfrentarme con ella, tuve que despedirme de Wolcott y volteé con una temerosa sonrisa. Su gesto resultaba una deformación macabra del rostro atento y compuesto que yo le conocía. Nunca olvidaré cómo mantuvo ese gesto mientras me hablaba, con los ojos negros y la voz pausada, sujetándome a ella.

—Le voy a hacer un favor —me dijo—. Voy a decirle algo que seguramente nunca le han dicho y que necesita oír. Usted está cometiendo el peor de los pecados que puede cometer una persona joven e inteligente. Usted cree que la gente lo querrá y lo considerará siempre por su inteligencia. Pero eso no es verdad —siguió diciendo—. En este mundo nadie es tan importante. Usted está en la edad en la que se piensa que la gente vale mucho por sus valores intelectuales o por sus capacidades, y no por su bondad o su generosidad. Pero algún día verá que lo que cuenta es que la gente sea buena. Perdóneme que le hable como una madre —bajó la voz la señora—, pero una madre y un consejo es lo que usted necesita.

Las palabras de la Dra. Zegler, fuera de algún matiz de voz elevado, me habían dejado perfectamente tranquilo. Era obvio que estaba disgustada y aunque sus palabras no dejaron de inquietarme, la vehemencia con la que me miraba, me producía sobre todo risa y ganas de escapar.

—Además —agregó de pronto con un tono grave—. Además usted arruinó la vida de su amiga Marion aquí.

La parquedad de su frase me produjo una repentina sensación de vacío.

—¿Arruiné su vida? —pregunté—. ¿Qué quiere decir?

—Ella supo que el chairman había ido a su casa para pedirle algo relacionado con su promoción y la postergación de ella —dijo en voz baja, bajando la cabeza—. Nunca supo qué había sido, pero se sintió humillada.

—Nunca me dijo nada —contesté.

—Por supuesto que no —continuó la señora—. Ella sabía que iba a perder ese puesto porque pensaba que usted estaba más calificado. Pero no se imaginó

que usted iba a ocultarle algo. No pensó que en ese increíble enredo que se armaba para promocionarlo, usted estaba complicado, sin decírselo. Y usted no se imagina las veces que lloró delante de mí, las veces que tuve que ir a verla a su casa. Hace tiempo que quería decirle esto, pues sé que ella nunca va a hacerlo.

La Dra. Zegler dejó salir un largo suspiro, como si se hubiera librado de una carga, y se alejó con las puntas de sus tacos resbalando en el silencio oscuro y solemne del corredor.

—No se dio cuenta, ¿verdad? —me dijo antes de irse—; no se dio cuenta del daño que le hizo.

Su voz, al pronunciar estas últimas palabras, y su mirada filuda, me acompañaban mientras manejaba de regreso a mi casa. Al entrar al apartamento, y encontrarme de golpe con la habitación que ocupaba desde mi ingreso definitivo a la universidad, supe que empezaba a hundirme en una especie de vacío. La profesora no me había conmovido con sus palabras, pero había abierto algo en mí, había movido la silueta delgada y terrible de Marion y me había mostrado que detrás de su ausencia tal vez latía ahora un odio devastador que yo nunca había imaginado.

Cuando la llamé esa noche, para preguntarle si las acusaciones eran ciertas, permaneció en silencio para luego decir que eran exageraciones de la doctora Zegler. De pronto parecía que le estaba hablando a una persona diferente. Era como si algo se hubiera destemplado en su voz y aparecieran, de algún modo en ella, las pruebas de mi culpa.

II

Durante mucho tiempo, Marion me siguió escribiendo y hablando por teléfono, pero fue ella quien se negó, con excusas astutas o con silencios, a volver a verme. Luego supe que se había casado y que tenía una hija en San Francisco, adonde se había trasladado tras una oferta de trabajo.

Por un amigo común, el profesor Wolcott, que fue a dar una charla en Berkeley, supe algunas cosas más. La había visto dos veces, una en el campus y otra, cenando en su casa. Habían hablado mucho. Un esposo algo vulgar, una universidad mediocre y algunos problemas económicos, me contó Wolcott en su

oficina. No es nada excepcional, concluyó. Los mismos problemas que tiene mucha gente, en todas partes.

He cumplido cincuenta años, y la historia que narró tiene alguna antigüedad. Mi vida se ha compuesto de una serie de semestres apacibles y trabajosos durante los cuales un aura de prestigio no ha dejado de rodearme con mayor o menor persistencia. Cinco o seis años después de la partida de Marion, me casé con una chica de Florida con quien viví en Chicago e hice algunos viajes por el país y por el extranjero. Durante el verano de 1975, pasamos una semana juntos en Lima. Nuestro matrimonio, que duró ocho años, no estuvo marcado por grandes acontecimientos, sino por una melancolía secreta que poco a poco, en la rutina de todos los días, fue agotando mis deseos. Cuando finalmente nos separamos, recuerdo haber sentido con especie de tranquilidad por mí mismo y al mismo tiempo, un terrible pesar por la relación que terminaba.

Hasta que ocurrió lo único que yo no había previsto. Recuerdo que esa mañana estaba a punto de partir hacia un congreso en Washington, viaje que suspendí de inmediato, al recibir una carta de Marion que cerraba diabólicamente la serie de nuestros encuentros, y terminaba por descubrir que mis sospechas habían sido en parte justificadas. El hecho de que supiera de su próxima muerte al escribirla parecía evidente. Había algo de perverso y al mismo tiempo de generoso en el hecho de que ella me confesara, por fin, que mi sensación de culpa tenía algún asidero. Al saber la verdad, de algún modo la sentí más cerca que nunca, y pensé que había empezado por fin a conocerla. Cuando la llamé la mañana de ese domingo y su marido me dijo, con un tono seco, que había muerto de cáncer unos días antes, sentí que nuestra relación cobraba un nuevo giro y que en cierto modo, apenas había empezado.

Digo esto porque durante los años que han pasado desde que recibí la noticia no he experimentado ninguna otra pasión. Una vehemencia de autodestrucción se apoderó de mí cuando me volvieron a ascender en la universidad y vi mi futuro asegurado, con la bonanza y la tranquilidad que, sin admitirlo, yo siempre había esperado, y que ahora, sin embargo, apenas me alegraba. Había considerado a Marion como un don natural, la había necesitado y necesitaba aún, y yo mismo la había obligado a irse. Viviendo de mi buen sueldo, rodeado de amigos y sin compromisos serios con otra mujer, mi situación me permitía apoderarme de esta obsesión, la obsesión de la culpa, hasta no poder diferenciarme de ella.

Estas ideas se agolparon en mí cuando, en el primer aniversario de su muerte, recibí un gran paquete desde California, con una cantidad de pertenen-

cias de Marion. Un sobre de su esposo acompañaba el encargo con unas cuantas líneas en las que me informaba que volvería a casarse el mes entrante. «Estas cosas son —lo sé— más suyas que mías», decía la última línea de su carta. Me imaginaba por esta frase que el matrimonio no había sido tan feliz como ella me había asegurado.

El hombre decía también que Anne, la pequeña hija de ambos, había ido a estudiar, poco antes de la muerte de su madre, a un colegio de Baltimore. Me lo contaba en pocas líneas, sin ningún comentario adicional, pero el hecho de que me la mencionara en esa ocasión, al devolverme las pertenencias de Marion, me hizo pensar que a su manera, fría y amarga, también me la estaba encargando. Y a mi edad, cuando por miedo, por cansancio y por egoísmo, ya me había convertido en un solterón, el hecho de que existiera esa chica, la hacía —¿por qué no?—, un punto en torno al cual podría proyectar mi futuro. Las palabras de Marion a los veinticinco años, sentada frente a mí en un restaurante italiano volvían ahora. «No puedes seguir así, siempre solo», me había dicho. «Tienes que buscarte alguien, alguien a quien puedas darle ese cariño que tienes escondido detrás de tu aspecto serio y tus gestos de cínico». Esas palabras que había desechado por su simpleza, volvían a mí ahora, convertidas en los golpes pausados y dulces de alguna voz que me llegaba desde el silencio. «Alguien a quien puedas darle tu cariño», había dicho con una sonrisa maternal. Tal vez ahora ella seguía esbozando esa sonrisa en los labios de la hija perdida que caminaba por los corredores de un colegio. Me la imaginaba rubia y delgada, con el pelo largo y los ojos pequeños y azules; empecé a pensar en ella con tanta frecuencia en los días que siguieron a la carta de su padre, que tomé la decisión de conocerla aun cuando fuera de un modo indirecto, y de hacer de ese contacto una de las alegrías —quizá la más grande— del tiempo que me quedaba por vivir. Pensé entonces que lo más natural sería ir a Baltimore y visitar el colegio donde seguramente estaría terminando el semestre.

—¿Pagarle sus estudios? —dijo la voz de hombre por teléfono.

—Sí. Me ofrezco a eso —afirmé—. Si no tiene usted inconveniente...

—No tengo inconveniente —sonrió la voz jovial y algo vulgar—. Después de todo usted tiene dinero, según parece, y yo no. Y por lo visto a usted le daría gusto.

Cuando colgó sentí un gran alivio. Esa misma semana, en Baltimore, me presenté al director del colegio como «un enviado del padre de la señorita Fischer». El hombre no pareció sorprenderse cuando le expliqué que en adelante los che-

ques por la matrícula y pensión de su hija no vendrían desde California, sino desde mi domicilio en Chicago.

—Muy bien —contestó—. Ese no es mi asunto. Mantendremos contacto con usted.

—Perdone que le pregunte —me atreví, viendo que se había quedado en silencio—. ¿Cómo está ella?

—¿Quiere decir en su rendimiento? —me preguntó, mirándome de frente.

El director hablaba pausadamente y me miraba con ojos firmes. A pesar de mis años, me sentí de pronto atemorizado en su presencia.

—Sí —contesté—; en su rendimiento.

—No es una mala alumna —respondió, recostándose en el espaldar—, aunque tampoco de las mejores. Lo hace bien en los cursos de matemáticas y biología. Seguramente escogerá una carrera científica.

—¿Y es una chica sociable? —seguí.

—No. No es muy sociable. Tiene una o dos amigas íntimas, pero me parece que tiende a aislarse del grupo —siguió el hombre—. ¿No preferiría usted verla?

La propuesta me llenó de sorpresa y de miedo al mismo tiempo. Hubiera querido preguntarle por la apariencia física de Anne, pero mi natural reserva me lo impedía. La sola idea de verla me inspiraba un oscuro terror.

—No —le dije—. No. Le daré mi dirección y mi teléfono. Le enviaré el primer cheque la próxima semana.

Al pararme, le di la mano y me retiré con prisa aunque algo vacilante. Salí otra vez y de inmediato tomé un taxi hacia el aeropuerto. Había sentido de pronto, entre esos corredores llenos de muchachos y muchachas que caminaban con sus libros al hombro, un olor familiar. Era el olor de ella, el mío y el de la otra. Un perfume de dulzura que casi había olvidado.

Aun cuando salía en largos viajes de vacaciones, seguí enviando el cheque, siempre por la misma cantidad, al director del colegio en Baltimore. Un año después de haber empezado a hacerlo, sin ninguna explicación, recibí por primera vez sus calificaciones, lo que me dio una extraña alegría.

«Esto y ayudando a una chica en los Estados Unidos», le decía algunas veces, entre risas, a mis amigos de Lima. Sus preguntas irónicas y las risas con que reci-

bían mis palabras me impedían, felizmente, abundar en detalles sobre mi historia secreta.

Mi vida transcurrió en esta rutina de viajes, clases y amigos hasta que llegó el día en el que Anne Fischer debía terminar el college y optar por una carrera en la universidad. Poco antes del fin de las clases, el director me envió un recuento de las actividades de Anne desde que había ingresado algunos años antes. Una foto de ella aparecía finalmente, sonriente y mirando de costado, delante de un fondo blanco.

Lo que me asombraba no era tanto el parecido con Marion, sino un gesto de frialdad que lograba colarse a pesar de la sonrisa, más bien provocada, con la que enfrentaba la cámara. Unos ojos azules y afilados miraban fijamente con una distancia gatuna, que se aligeraba por la mata del pelo rubio cayendo a ambos lados. La piel muy blanca contribuía a aumentar la firmeza de la cara. Tenía delante de mí a la hija de Marion, a la joven cuyos estudios yo había pagado con la fidelidad de un padre. Junto con el libro de promoción, cuyas páginas seguí hojeando de un modo distraído, había una tarjeta en la que me invitaban a asistir a la graduación, dos semanas después. La fecha era conveniente pues para entonces yo ya habría terminado con mis compromisos en la universidad. Me imaginaba que su padre, de quien hacía algún tiempo no sabía nada, no iba a asistir. Mi presencia en Baltimore, por lo tanto, para ver a esta chica terminando sus estudios con las mejores calificaciones, me parecía uno de los eventos más importantes de mi largo y solitario exilio.

—Tengo que decirle algo —me confesó el director, en su despacho.

La ceremonia había transcurrido con todos los rituales de otras tantas graduaciones. Ahora eran más de las seis de la tarde y solo me faltaba que ella entrara por la puerta, a la oficina donde la esperaba.

Tal vez cometí una indiscreción —siguió diciendo el director—, pero hace unos días, ella vino a contarme algo. Me dijo que había hablado con su padre en California y que este le había dicho que no vendría a la ceremonia. Luego ella le respondió que quería estar acompañada por alguien de la familia en esta ocasión. Le dijo que quería estar con «alguien a quien pudiera enseñarle su diploma», según me contó ella. Su padre le respondió que se imaginaba que alguien estaría aquí —me miró el director—. Cuando ella le preguntó a quién se refería, el padre le habló, al parecer por primera vez, de usted. Le dijo que era un caballero sudamericano a quien su madre había conocido de soltera en Chicago y además que se había encargado de pagar sus estudios durante los últimos años.

La chica evidentemente no sabía una palabra de esto. Cuando vino aquí, y me preguntó si era cierto, tuve que contestarle que sí. Le dije que no sabía mucho de usted y que lo había visto una sola vez, pero también le conté que vendría a la ceremonia. Ella dio media vuelta y se fue.

—¿Volvió a preguntarle por mí? —murmuré.

—No —dijo el director—. Esto fue hace pocos días y no he vuelto a saber de ella. Sin embargo debe estar esperándolo. Voy a hacerla llamar.

Unos segundos después, cuando escuché el ruido de la puerta, me levanté y me di vuelta. Marion acababa de entrar al cuarto, con una cortés sonrisa, y me estrechaba la mano. Su piel era tibia y suave y aún recuerdo el impulso con el que me llevé su mano a los labios para besarla.

—Es un gusto conocerlo —me dijo, inclinando la cabeza.

Una hora después, mientras cenábamos separados por una vela y dos copas de vino, mi asombro y mi alegría no habían disminuido. La había visto entrar a la oficina del director con un traje azul atravesado por un cordón blanco que se sostenía por encima de uno de sus muslos, con ese gesto de cortesía, de suavidad y de timidez que eran los de su madre.

—Sí. No tiene que explicarme. Ya lo sé —dijo ella, levantando lentamente la taza de café.

Yo había empezado a hablarle de Marion, animado por la gentileza de su trato. Al salir de la oficina del director y luego de pasear por el college, la había invitado a un restaurante que ella escogió. El lugar era sofisticado y lujoso, y la cena que ordenó tenía algunos de los platos más caros de la lista. No fue sino hasta después cuando descubrí que había una secreta y trivial venganza en hacerme pagar, a cambio del privilegio de comer con ella. Y ahora, después de haberme hablado de sus estudios, de sus viajes y proyectos, estaba frente a mí, café de por medio, respondiéndome que ya lo sabía todo, preparando una venganza orquestada desde mucho antes, que ahora iba a darse el placer de intentar.

—Sé quien es usted —repitió—. Ha pagado mi educación en estos últimos tiempos y es un profesor peruano. Sé que conoció a mi madre de soltera.

No hace falta añadir que había un atisbo de acusación en sus frases monocordes. Había conocido la voz de Marion en ese momento y su gesto elegante y fino. Ahora, de pronto, tanto la voz como el gesto había perdido la dulzura que

siempre tuvieron. Ahora estaba allí para decirme la verdad, al cabo de tantos años. Esa verdad no era la de su rostro sereno caminando por los corredores de la Universidad de Chicago, sino la de una ferocidad medida por la lucidez y el cálculo.

—Y casi todo lo que sé —siguió diciendo ella—, lo sé porque mi propia madre me lo dijo. El otro día, cuando hablé con el director, me imaginé que usted era el hombre del que ella me habló una vez.

Al terminar el café me miró fijamente. «También mi padre sabe quién es usted», añadió.

En la pausa que sucedió a estas palabras, su cara adquirió una expresión implacable. Bajó la vista y siguió hablando.

—Poco antes de morir, mi madre nos contó acerca de usted. Según ella, usted era un hombre sin sentimiento, incapaz de ofrecer afecto. Era eso, nada más. Un tipo egoísta, cínico, incapaz de amar, de hacer algo por nadie. Dijo que le tenía lástima por eso.

Fue entonces cuando sentí que la voz asordinada de la jovencita empezaba a producir una especie de indiferencia que, de algún modo, cada vez más, se parecía al alivio. La escuché decir que había conocido otros hombres como yo. Luego ya no escuché lo que siguió diciendo. De algún modo, mirándola a ella, sentí que me miraba también a mí mismo como desde lejos. Comprendí como nunca que la melancolía de mi vida se debía a mi sensación de culpa por no haberme acercado de veras a Marion cuando tuve la ocasión de hacerlo. Tal vez esta culpa me había impedido enamorarme, escribir libros, tener el ánimo de hacer viajes más extensos. De algún modo, Marion me había hecho más daño a mí del que alguna vez le había hecho yo a ella. Y ahora su hija me miraba con la orgullosa insolencia de los jóvenes, con la cara de los que sienten que han sido heridos y creen que no van a cometer ningún error en su vida. «Esta chica», pensé con sorpresa, «me está liberando de la agonía que he arrastrado durante todos estos años».

Desde aquella noche en Baltimore, hubo algo que cambió para siempre. Algo se instaló en mí cuando ya había alcanzado una edad en la que no se espera grandes transformaciones. La aparición de la chica había logrado cerrar el círculo que yo había abierto. A través de ella podía recordar ahora la cara de Marion con una nueva distancia que me ayudaba a alejarme del fantasma de la culpa que me había seguido. Esa noche fui directamente al aeropuerto y esperé el primer avión que me llevara a Chicago. Una semana después de haber regresado, recibí una invitación a la Universidad de Puerto Rico, desde donde partí al Perú por un mes. Al regresar a Chicago encontré, entre cuentas, propagandas y algunas cartas, un informe final del college sobre el desempeño de la alumna

Anne Fischer. El sobre incluía una carta del director donde decía, entre otras cosas, que no dejaba de extrañarle que ella hubiera partido sin despedirse de nadie, pocos días después de la graduación. «Tal vez esté con su padre», terminaba diciendo el hombre.

Esta historia, cuyos fragmentos se han esparcido, intercalados con otros episodios de mi vida, a lo largo del tiempo, me ha venido como una unidad a la mente por una razón concreta. La otra tarde, mientras preparaba una clase, encontré, entre unos viejos papeles, una foto de Marion, muy joven, en una banca de la universidad. Cuando la vi, el rostro de su hija, erizado, se superpuso al de ella y me pareció que había vuelto a escuchar la venganza de una niña decidida. Después de hacer a un lado la foto, volví a cogerla y la puse en el fondo de una ruma de papeles, pensando que tal vez, con algo de suerte, no volvería a encontrarla nunca.

(De *Los vestidos de una dama*. Lima: Peisa, 1987)

ALEJANDRO SÁNCHEZ AIZCORBE

Alejandro Sánchez Aizcorbe nació en la ciudad de Panamá en 1954. Inició sus estudios en 1969 en el Programa de Literatura en la Universidad Católica.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Maní con sangre. Cuentos. Lima: Arte Reda, 1985.

Jarabe de lengua. Cuentos. Lima: Editorial El Quijote, 1987.

El gaznápiro. Novela. Lima: Editora Perú, 1995.

Comedia pía (Caribbean affaire). Novela. Lima: P.E.N. Club del Perú. Sinco Editores, 2001.

LATIN LOVER

Tras diez horas de viaje, arribamos a una estación oscura, repleta de gente gris y locomotoras exhaustas. Pantalón bombacho, saco beige, corbata delgada, Casimiro Fernández, el poeta, nos esperaba en el andén. A César lo abrazó. A mí me estrechó la mano sin mirarme. Nos llevó al aparcamiento y nos hizo trepar a un Fiat cinquecento del año de ñangué. Una catalana insípida tomó el volante, arrancó, estuvo a punto de embestir a un autocar y aplastar a un peatón, recibió maldiciones y se detuvo intempestivamente. Creí que habíamos llegado a destino, pero no: Casimiro quería comprar condimentos para las lentejas a la romana que nos iba a invitar. Juzgándome obligado a colaborar en el gasto, crucé la calle y entré a la tienda. Mientras Casimiro se ocupaba de lo suyo, compré una botella de leche, pan lactal y una bolsa de naranjas. Las tripas me sonaban, prefería curarme en salud de la frugalidad española. La catalana nos llevó a una callejuela marrón, frenó, bajamos y el cinquecento se fue quemando aceite. Ascendimos por una escalera angosta, húmeda, fétida. Casimir abrió la puerta. El interior era una orgía de libros, revistas. Las ventanas ofrecían un paisaje de tragaluz con ropa tendida. Olfía a tamarindo y se escuchaban los excesos melódicos de un idioma asiático y el borbolleo de una fritanga, pues en el primer piso funcionaba un restorán vietnamita cuyos vapores contaminaban el aire del edificio. Me vinieron ganas de abordar el microbús morado y volver a mis criollos cuarteles de Jesús María. Nostálgico, me apoyé en el marco de la ventana, los codos se adhirieron a la madera, los levanté y, al examinarlos, vi que se habían embadurnado con la melcocha que exhalan las hornillas. Le pregunté a Casimiro dónde quedaba el baño. Me contestó que no había agua y siguió recomendando a César la novela que tenía en la mano. No identifiqué ni el autor ni el título y me pareció exageradamente gruesa.

—Estoy mudándome a otro apartamento —dijo Casimiro—. Pero no se preocupen, ayer limpié este.

Yo me preguntaba dónde diablos iba a dormir. Hasta ese momento no había divisado la cama. Por fin, en lo que se suponía que era la alcoba, descubrí un colchón, una frazada y junto al colchón un candelero con vela a medio consumir. O sea que tampoco había electricidad.

—Ahí dormirán —dijo Casimiro—. Hubiera podido traer otro colchón de acá cerca.

«Pero no lo trajiste», pensé.

—Tú duermes sobre la frazada —me dijo.

—¿Estará segura mi maleta aquí? —pregunté.

Sometiéndonos a Casimir como a cacique, salimos y paramos un taxi. Durante el trayecto nuestro anfitrión discursó respecto de un tema que yo no domino: hembraje. Penetramos en una zona llena de edificios iguales pero mucho mejores que los conventillos del sector antiguo, de donde veníamos. Ya en el departamento, me llamó la atención la escasez de muebles: apenas una mesa, unas sillas y un buró con un atril sobre el cual languidecía un libro abierto. Me acerqué al libro y leí unas líneas que elogiaban a Dante. Casimiro conectó el televisor para que nos entretuviéramos mientras preparaba la cena. El programa que estaban pasando quizá entretenía a los catalanes, pero a mí me aburría de lo lindo. Y es que en Catalunya, a raíz del gobierno socialista —que de socialista tenía menos que Kornílov—, se les había ocurrido alentar la jergonza vernácula. Consecuentemente, el dicho programa se hablaba en catalán, afrancesado dialecto ininteligible para peruleros y cristianos viejos como yo. Cambiar de canal hubiera sido inútil, puesto que la incomodidad no me nacía precisamente de la televisión, sino más bien de la cara grasosa, las axilas y entrepiernas sudadas, y, en general, del olorillo a misa que despidió a las pocas horas de mi última ducha.

—Quiero lavarme —proclamé—. ¿Dónde queda el baño?

Molesto, Casimiro me guió a una puertuca.

—Aquí.

Prendí la luz, apestillé. Pensaba higienizarme, pero me di con que en aquel sucucho solo había cagatorio. ¿Era factible que el departamento no incluyera un cuarto de baño con lavabo? No. Casimir (¿Casimiro?) me había hecho entrar en el baño de la servidumbre, como si yo fuera un peregrino de segunda categoría. Barbilla enhiesta, orgullo herido, salí del retrete. Casimiro estaba cocinando sus lentejas a la siciliana. Tal como yo lo había supuesto, no comeríamos más que lentejas. Al tiempo que César y su amigo rememoraban nombres y anécdotas antiguos, eché mano del pan y de la botella de leche y se los ofrecí:

—No, gracias —dijo Casimiro.

César aceptó dos tajadas de pan.

Me daba risa ver a Casimiro, el poeta, cocinando lentejas a la napolitana con corbata.

—¿Para qué voy a regresar a la miseria de allá —dijo, pronunciando *miseria* con los labios apretados cruelmente.

Yo puse la leche aparte, inhalé energía y dije:

—Franco, franco, encuentro mayor miseria aquí que en todas las barriadas, callampas y favelas de allá. Los exilados son una piara de buscones, peores que Públicos, infames como el Lazarillo de Tormes, mamacallos que resume el espíritu español. Yo de santo no tengo un pincho. También me ha tentado la alternativa del Lazarillo. Pero me la han negado justamente los buenos que debieron acogerme, protegerme, sobornarme. Aquí solo he conocido sartas de travestis sin alma: si viven en París, aparentan ser más franceses que Carlomagno y evitan hablar nuestra lengua bendita; y si mendigan en España, le vienen a uno con zetas inadmisibles en gente de bien. Piratean cabinas telefónicas, asaltan paisanos en el tren, coleccionan maletas y pasaportes, mueren helados por dormir en las cavernas del metro, pero así y todo pretenden ser fijodalgos y hablan como fijodalgos sobre soledades, insomnios gnoseológicos, obsesiones hermenéuticas... icojudeces!

Alelado de mi propia expresiva, reposé un instante acumulando bilis, escupí por la caries y continué:

—Siendo blanco, en España me he sentido negro. Como a negros nos tratan. Pero ustedes, los sudacas, responden fingiéndose siúuticos, ciñéndose perejiles de poeta por haber publicado un mamotreto bilingüe que les sirve para agenciarse tiquetes y asistir a congresos.

Respiré hondo. Di por finalizada la perorata.

Sin apartarse de la olla, Casimiro dijo:

—En esos términos no discuto contigo. Si me hablas de prosodia, tal vez nos entendamos.

Yo había olvidado el significado de *prosodia*, excepto que tenía algo que ver con acentos.

—¿Qué es prosodia? —emplacé a Casimiro.

En vez de contestar, revolvía mecánico las lentejas.

Yo bebí medio litro de leche a efecto de calmarme la acidez y, de paso, permitir que se cambiara de tema. Mal que bien, Casimir (*¿Casimiro?*) nos había proporcionado alojamiento y nos estaba cocinando unas apetitosas lentejas a la cordobesa. Trascurrieron minutos inocuos, superfluos, transidos de recuerdos letrárgicos. No obstante que yo había manducado un kilo de pan y bebido tres vasos de leche, me senté a la mesa.

—Vamos a ver un programa de concursos —anunció Casimiro y cambió de canal.

En la pantalla, apareció un médico joven desgañitándose por decir quién pintó *El jardín de las delicias*, hallar en una computadora la media aritmética de treinta números, hornear un pudín, y averiguar al vuelo cuántas botas del mismo

color tenían seis ulanos que marchaban entre los decorados. Lo constante en las secuencias era el pudín y la desesperación del médico por sumar el puntaje necesario para ganar un pasaje a cualquiera de los destinos que cubrían las alas de Iberia. Mejorado el humor gracias a la neurastenia del hipócrates, pregunté a Casimiro qué sabía de Pedro Solar, asunto que para nosotros es como hablar de la inflación o del cáncer. Contestó que las casas barcelonesas ya no recibían a Solar, a raíz de que había apantallado el más grande asesinato de misioneros que registra la historia, y de que militaba en una secta dirigida por un general fascista. Dijo *casas*, eso mismo, lo cual implicaba que él frecuentaba tales casas. En lugar de una respuesta política, o político literaria —que ya hubiera indicado resabios de frivolidad—, dio una respuesta doméstica, donde el arte supremo de la política venía a colación como cláusula relativa. Comí la mitad de las lentejas a la berlinesa, que estaban crudas y salpicadas de piedritas catalanas. Terminada la famélica cena, propuse al anfitrión ayudarlo a fregar los platos, pero no me contestó, sino que puso los platos en una pileta y nos ordenó salir.

Una vez en la calle, como si yo no existiera, dijo:

—Vamos a una reunión en honor a César. Alberto Slim vive aquí al frente. Ayer comí con él —agregó sin venir al caso.

«A mí qué me importa», pensé. Yo no había leído a Slim porque, acabando de comprarla, había olvidado su novela en el tren a Barcelona.

Caminando que caminábamos, llegamos a la Plaza de Catalunya.

—En este lugar se cita la gente —dijo Casimiro señalando una esquina.

Dos punks retacas desfilaban ante nuestros ojos.

—Ahí están las hembritas —comentó Casimiro.

«¿Dónde?», me dije yo.

Acto seguido, nos hizo entrar en una de esas cafeterías en las que, con los pies inflamados de trotar por el metro, tiene uno que tomar parado el café si quiere tomarlo pronto, apaciguando el cerebro al borde de la trombosis a causa del calor, la música imbécil de los parlantes, la melodía circense de la máquina tragapesetas y los alaridos de los clientes, que, para entenderse a través del ruido, descargan un litro de aire en cada verbo y dos en cada interjección. Yo pedí un café solo, por favor, un café solo, siempre por favor, para que el camarero, que deseó con toda el alma ser arquitecto y no pudo, ser biólogo y no pudo, ser capitán y no pudo, ser cualquier vaina que no fuera camarero y nunca pudo, para que energúmeno semejante me arrojara rabioso la taza, la cuchara y la bolsita de azúcar. ¡La bolsita de azúcar! Acostumbrado en mi tierra a servirme cucharadas de azúcar rubia en el tazón de leche, había venido a parar a España, donde se endulza el café con el contenido de una bolsita rascuache y donde se venden las naranjas con etiqueta plástica en la cáscara, que no se sabe si son

naranjas o pelotas de tenis. Casimiro y César chuparon un aperitivo y yo, amargo, mi café. Se me secaron las pilas, las reservas de alegría. Casimiro compró una botella de ron y el muy pendejo se la endilgó a César y César, monse, la cargaba por calles y plazas. «Es claro», pensé, «está mal visto que un amigo de Alberto Slim vaya cargando una botella de ron por el centro de Barcelona; para eso hay punceños huevones.» Rumbo a no sé dónde, Casimiro se metió en un cajero automático y salió contando billetes como señor. «Cualquiera entra allí», pensé, «saca billetes del bolsillo y sale barajándolos.» Casimiro guardó la plata, paró un taxi, subimos, el chofer bajó la señal y partimos.

—Ante noche capturamos una hembra —dijo Casimiro—. Yuri se encargó de la parte de arriba y yo de la de abajo.

«Nos está dando una lección maestra de amor», pensé.

—Yuri se la cachó primero pero se vació en seguida, así que yo me quedé follando con la zutana.

«El marqués de Bradomín y sus siete polvos», pensé, «son un cuento de niños si se comparan con el monstruo de la naturaleza que tengo delante.»

Cuando nos apeábamos, Casimiro le dijo a César:

—Te voy a poner una muchacha.

Dicho y hecho, una rubia menuda, trasparente, albina, surgió del túnel del metro. Al saludarla con un beso, noté que tenía una excrecencia carnosa en la encía superior, justo entre los dientes. No estaba lo que se dice requetemamacita, pero su rabo meneaba. Tal vez le sirviera de visa a César. Hacía dos meses, en el avión, César me había confesado que iba a España para quedarse. Le pregunté cómo pensaba lograrlo y me contestó que Casimiro lo ayudaría consiguiéndole una jerma. Barrunté que mi amigo pifiaba crasamente si creía que, con su cara de doliente huaco mochica, le iba a ser fácil enganchar una maja. Racionalicé mi agudeza advirtiéndole que en España no campeaba el internacionalismo sino la xenofobia. Preguntó qué significaba *xenofobia*. Respondí que aversión a los extranjeros. Pese a mis objeciones, César todavía abrigaba la esperanza de triunfar en España como hombre ecuatorial, caliente, amador, macho, celoso, traidor, beodo, tierno, castigador, poeta, espontáneo, chichero, inverecundo, ahorado, repentista, infiel, bufo, pasionista, marxista y demás elementos del tipo que cautiva a ciertas europeas que están hartas de los abúlicos, formalistas, cumplidores, frígidos, posmodernistas, amantes de sábado por la noche, holocáusticos, responsables, desarrollados, claudicantes, babosos, catastrofistas, verdes y momificados europeos. Esa noche, en la rambla que los barceloneses inundan como desagüe, todo hacía presagiar que los sueños de César se volverían realidad. La albina, sin embargo, caminaba a mi lado. Yo no sé cómo conquistar a una hembra. Las hembras me producen paroplejía; las mujeres, no. Sucede que concibo a la

fémica como la imagen misma de Oriana, Cavillaca, Dulcinea, Beatriz, Isolda, María Lionza, y la trato con la delicadeza y con el desenfreno correspondiente a su investidura. Tanto así, que las hembras se mofan de mi galantería (las pobres). Pregunté a la gringa por qué la gente estaba reventando cohetes.

—Hoy es la fiesta de san Pedro —contestó.

—En mi país —le dije—, los pescadores también celebran el día de su patrono.

Mostrando la excrecencia, dijo:

—¿Shí?

Acuciado por su patente interés, pasé a contarle que en Chimbote, otrora el puerto pesquero más grande del orbe, los pescadores se hacen a la mar rezándole a san Pedro, y si regresan con la bodega llena lo bendicen, pero si retornan comiéndose la carnada lo putean hasta derribarle la aureola. Mis condicionales se perdieron en una seguidilla de explosiones. Me había equivocado de sitio para narrar las costumbres de mi pueblo. Entre tanto, Casimiro no acertaba con la dirección. Ya que había sido adscrita a César, yo me separé de la albina para que él la enamorara. Casimiro miró su libreta y dijo:

—Aquí es.

Frente a nosotros agonizaba un edificio novecentista, oscuro, tugarizado. En el dintel de la puerta se leía *Casa asegurada contra incendios*. «Será pues contra incendios de antes de la guerra civil», pensé, «porque basta que se prenda una de esas bragas que cuelgan entre casa y casa para que arda Catalunya entera». Casimiro apretó el botón del comunicador. Nos recibió una pareja. Ella era española, él peruano, de manera que la renta la pagaba ella y él disponía del departamento, de ella y de su dinero. Subimos y pasamos a la sala. Sobre la mesa, rastros de chorizo, jamón, salame. Él, que apellidaba Olivera, trajo vino. Yo humedecí los labios y dejé el vaso. Iban llegando más invitados. Olivera me presentó a un novelista ojoso, punk, atarácico, quien, luego de estrecharme la mano, se acurrucó en una colchoneta aderezada en el suelo. Los compatriotas abrazaban a César con grandes aspavientos de amistad, pero a mí apenas si me saludaban y ni eso. A fuerza de pupileos traté de seducir a la española más hermosa de la reunión, pero no me dio bola. En una silla cercana, posó las nalgas otra española linda. En el sofá, al lado de su adscrita, César se amustiaba. A la que había posado las nalgas en la silla le dije:

—¿Tú eres catalana?

—Shí —me miró extrañada.

—Qué bien —exclamé yo.

—¿Y tú? —dijo ella.

—Yo, peruano —respondí.

—Mmmh —sonó ella.

—Sí, pues —murmuré yo.

—¿Qué? —dijo probando el vino.

Yo fingí beber de mi vaso y espeté al desbocaire:

—¿Tú qué haces?

Orbitó los ojos, le tembló un párpado, puso cara de aprieto, se acomodó en la silla.

—Parece que te he hecho una pregunta grave —le dije.

—Esh que prezishamente en esho eshtoy.

Su respuesta desbarató mi plan de asedio. Yo suelo preguntar «tú qué haces» a las personas que acabo de conocer y pueden responder «pateo latas y paro todo el día bajo un poste escupiendo a los flancos», y acaso yo me detenga junto al que así ha respondido y escupa mis propios flancos para saber qué se siente irrigando diez mil centímetros cuadrados de acera. Pero que me contesten «en esho eshtoy» es como decir «abre tu pan, zambito, que no vacila tu nota, ¡manyas?»

Procurando romper el saco por la costura débil, le dije:

—Me encanta el catalán.

Ignoro por qué mezclé tan torpemente *talán* con *canta*.

—¡Ah, shí? —retrucó ella.

—Sí, pues. Me encanta escucharlo y leerlo aunque no entienda ni jota.

—Mmmh —sonó ella y tomó un trago de vino.

Yo remojé los labios y dije:

—La lengua nativa del Perú, la que hablaban, jéjé, antes de la conquista, es el quechua.

—¿El chuaque? —inquirió.

—Que-chua —deletreé.

—Di algo en chuaque —solicitó.

—Sé palabrotas, lisuras, groserías —repliqué usando sinónimos que garantizaran la comunicación, pero ella no captó ni los archifonemas. Se le notaba ausente, turbada, inquieta.

—¡Mentira! —dije de repente.

Arqueó las cejas como averiguando quién era el mentiroso. Yo simplemente quería dar a entender que era una broma lo de las groserías, aunque en realidad constituyeran el setenta por ciento de mi vocabulario quechua.

—No sé otra cosa que palabras sueltas —aclaré y, haciendo acopio en mi memoria, dije: —Tú eres *pasña*, mujer joven, y yo soy *mak'ta*, joven fuerte, valiente.

Gracias a mi sutileza le había arrancado una sonrisa. Eché una mirada en torno y me fijé en César: con su ojo sano luqueaba el éter mientras la adscrita, tiesa, aburrida, anillaba el humo con los labios. Volví a mi catalana y, penetrando sus sentimientos, le dije:

—La equis en tu idioma se pronuncia *shhh*, ¿no es cierto?

—Depende, shí... Xambó, por ejemplo.

—¿Qué?

—Xambó.

—¿Qué significa?

—Chambón.

«Sin duda», pensé, «el romance progresa.»

Y cuando le había pedido que recitara octosílabos en catalán y ella se apresuraba a complacerme, apareció un xambó, un gilipollas, y se sentó a su lado. Trascurrieron segundos de expectativa. Yo miraba al frente: la albina permanecía en el sofá, flagrantemente abandonada de César. Mi ex mujer le dijo al xambó:

—Él me contaba que en el Perú hablan checua.

«Quechua», pensé y al pensar se me enrojeció la frente. Qué manera de aludirme. ¿Por qué revelaba lo que le había contado? «K'anra», dije para mis adentros. El gilipollas era su macho, se había tocado de celos y ella le presentaba explicaciones y de paso me decía «abre tu pan, cuñadito, que voy a cambiar de estación.» Me puse de pie y me dirigí a otro sitio. En el camino, que fue circular, reparé en que no había otro sitio.

Casimir (*¿Casimiro?*) le iba ganando terreno a la jerma más rica de la fiesta. César se licoreaba a lo animal; el novelista atarácico analizaba las miasmas del ámbito desde su colchoneta. Enojada, la adscrita alisó los pliegues de su falda y caminó hacia la salida. Yo la alcancé cuando giraba el picaporte.

—Supongo que volverás —le dije, cortés.

Me mostró la carnosidad de la encía y se marchó. ¿Qué pretendía César? Le facilitaban una jeva, una maja, una visa, enana como él, pero la plantaba en el sofá. O era romántico como yo y sabía elegir a sus mujeres, o era dipsómano y prefería el cuerpo del aguardiente —el vino se había terminado. Me asomé al balcón adoptando una pose retraída que invitara a que una Beatriz se acercara diciendo «yo soy tú, es absurdo continuar separados», y me llevara al lecho de las flores. Obviamente nadie vino. En el pasillo, alrededor de César, se había formado un grupo al que me uní. César ajustaba una guitarra bromeando a cada momento. Sus amigos aparentaban respetarlo.

—La clavija se ha malogrado —dijo—. La cuarta se baja en cuanto la templo.

Sus ademanes transmitían la inocencia del buen salvaje. Tras la algarabía de los circunstantes acechaba la turbulencia, el desengaño, la sospecha. César cantaba como indio, en quechua y castellano. Era entonado y tenía ritmo, pero atoraba las uñas en los trastes y su pésima memoria liquidaba las letras. Daba lástima, rabia. Estaba fuera de forma, tocaba mal. Súbito, en medio de un huayno, resucitó la adscrita. Viéndola, César improvisó rimas picaronas. La dueña de casa dijo:

—¿Por qué no pashan a la shala para que losh otrosh también partizipen?

Nadie le hizo caso. César pulsaba las cuerdas en festivo bordoneo.

—Eso es un huaylas —exclamó alguien.

Los peruanos acompañaron con palmas y taconeo la música que César no alcanzó a ligar y, al final, detonaron aplausos medio cachondos.

—Ahorita van a ver lo que es un huaylas —dijo uno con pinta nasqueña, extrayendo de un estuche una guitarra de concierto.

Si se contaba con tan fino instrumento, ¿por qué le prestaron a César una guitarra carcomida? El de pinta nasqueña tocaba un huaylas, pero un huaylas teñido del estilo sensiblero que había estado de moda hacía diez años. César embuchó un trago de ron, avanzó hasta el centro del pasillo y empezó a zapatear, bonito. Alardeando de ser cusqueño, Casimir se quitó de las rodillas a la hembra más rica de la noche y, armado como gallo, se dio a zapatear en desafío a César. Cada vez que la música se lo sugería, César taconeaba duro y se detenía donde se debe —en un acento— clavando la mirada en Casimir, que no entendía el desplante y verdadero desafío y dudaba entre quietarse o bailar. César reiteró la jugarreta a lo largo de la pieza con una ironía, una felicidad y un gesto de triunfo que solo afloran en los bizarros de su raza. Casimiro terminó mojado de transpiración y se fue al baño. Como yo había estado de pie, cogí su silla y me senté. Un zambo clarete desenfundó una quena que deslumbraba con su abrazadera de plata. Celebré el nuevo instrumento. De un instante a otro se desencadenó un altercado entre el zambo y el guitarrista a causa del afinamiento de la quena con las cuerdas. Esos dos peleaban en el trance que los músicos precisan estar absolutamente de acuerdo.

—No se preocupen —dijo el chino de nombre Yuri—. Se aman.

Al oír el chiste trillado los litigantes sonrieron. Lo habían estado esperando. Es que ellos pleiteaban por hábito, diciéndose con variaciones lo mismo que se habían dicho infinitas veces en reuniones similares, y se detestaban como dos viejos actores que desempeñan los mismos papeles secundarios toda la vida. Discutieron un rato más y, aunque ninguno dio su brazo a torcer, convinieron en tocar. Los párpados del zambo no contagiaban la íntima confianza del inspirado sino la tensión y la rigidez y la maestría del oficiante. Así como pese a su buena

técnica al guitarrista le faltaba color, brío, atrevimiento, su tierra bajo sus pies, la quena cumplía su parte disciplinadamente pero en realidad estaba cojinova, medio muerta. Con todo, me agradó su voz soponciera. No bien acabaron los aplausos le dije al zambo:

—Felicitaciones, compadre, qué buena tu zampoña.

—No es zampoña, es quena.

—Ah, sí, quena, pues, qué bruto soy.

Busqué dónde esconderme, encontré la silla, me senté. En eso, vino Casimiro. De pura cortesía hice como que me levantaba para que él dijera «no te molestes, sigue ahí». Por el contrario, me quitó la silla del trasero refunfuñando:

—No, que no, porque no.

Yo no iba a matar por una silla, así que apoyé el trasero contra la pared. Valiéndose del intermedio, la dueña de casa nos llevó a la sala. Las horas trascurrían con lentitud exasperante. Yo no hablaba más de lo necesario. Me bastaban síes, noes y onomatopeyas para sobrevivir. El dúo comenzó a tocar salsa: galanes a por ella, parejas a bailar. Un resquemor premonitorio impidió que yo extendiera el brazo diciendo «¿bailas?» Además, las españolas no entienden ni entenderán la salsa mientras no sepan que tiene mucho del sustrato rítmico de la música árabe. Las españolas de diferentes reinos contoneaban el caderamen, sí, pero dislocadas del ritmo. Yo me entretenía azuzando el compás con dedos, manos, pies. El explotador de la dueña de casa, Olivera, había sacado un cajón de cocina y lo aporreaba con especial ineptia. «El cajón es mi salvación», pensé, «cuando lo coja no lo suelto.» Borracho, descuadrado, lengua traposa, César ambulaba y rugía:

—Quién es Vallejo, carajo, quién es Vallejo.

La adscrita se había injertado al guitarrista: mientras él tocaba, ella le daba vueltas; si reposaba, lo obligaba a bailar; si le venía en gana ir al baño, lo seguía y aguardaba en la puerta hasta verlo salir. Relativamente licoreado, Casimiro disponía a su antojo de la hembra más rica de la fiesta. El novelista punk seguía enrocado en su colchoneta, deleitándose con el vaivén de las moléculas del aire. Aprovechando una pausa de los músicos, la dueña de casa estiró la boca en farsa de sonrisa, avanzó adelantando un pie y otro pie y otro, convencida de la importancia cósmica de lo que hacía, mientras Olivera, su inefable macho-camaradamarido-chulo, que parecía un mosquetero desahuciado, rascaba en la guitarra algo semejante a la samba argentina, lo más apropiado para poner en evidencia los arrítmicos pasos de su mujer. «¿Será danza moderna?», pensé. Provista del desenfado que brinda la total carencia de gracia, la dueña de casa insistía en repetir sus morisquetas, quimérica, absurda, asexuala.

Como la concurrencia reclamaba bailar y el dúo se preparaba a complacerla, la guitarra le fue incautada a Olivera. A mí, sentado sobre el cajón, me resultó grato parafrasear el tátata del huayno. El guitarrista aprobaba mis percusiones. Tan pronto escucharon el cajón, las parejas recalcaron el trasiego de los pies, y cada quien apercibió el esqueleto a efecto de hacer las mejores fintas. Le pegué duro a la madera, como a Vallejo, y, acabado el huayno, seguí dándole suave a guisa de trasfondo. Consustanciada con el guitarrista por un cordón umbilical de ansiedad, la adscrita bailoteaba sin pareja. Apoltronado en el sofá, César desplomó el mentón sobre la clavícula y desde la jeta se le alargó un hilo de baba. Se le acercó Casimiro y dijo:

—Así no, concha de tu madre.

Lo zangoloteó de los cachetes y, al soltarlos, la engominada cabeza volvió a caer.

—Despierta, por la concha de tu madre.

Lo jaló de la muñeca, la nariz rebotó en el cojín y el brazo se dobló bajo las costillas.

—Déjalo, coño —intervino el guitarrista.

—No te duermas, concha tu madre —gimoteó Casimiro, le alzó la cabeza y, sosteniéndolo del sobaco, dijo: —Párate, mierda.

—No lo maltrates —conminó el guitarrista.

Al soltarlo Casimiro y caer libre el cuerpo, el blanqueo de la pared fue abollado por el arco superciliar.

—Achachau —se quejó César, dormidito.

Casimiro se alejó vituperándolo, y César quedó sufriendo en posición semejante a la del combatiente de *Guernica*. Halé del cianótico brazo y le apoyé la espalda en el cojín. Sus ojos farolearon y me reconoció.

—Te quiero, hermano —dijo, entornó las calcinadas pestañas, sonrió, boxeó con potentes hooks contra sus pesadillas, y cuando me fui roncaba como ángel.

Al regresar al cajón, contesté el bordoneo de la marinera con un redoble aritméticamente perfecto y después me resigné a marcar los acentos. Adoptando el talante digno y coqueto que requiere ese baile, los peruanos agitaban sus pañuelos. Sorprendidas en el terreno, las españolas solo atinaban a bailar pasodoble. El humor de mis manos regía los pies. Sin proponérmelo me había convertido en el pulso de la fiesta. Me sentía útil. En plena combinación de redoble, quena y voces, Casimiro gritó:

—Ahí hay un cajón.

No sabía lo que decía. Si el más humilde de los cajoneros de mi barrio me hubiera prestado oídos, sin duda me habría partido el cajón en la cabeza. Aunque nadie me habló al concluir la marinera, advertí que me cataban distin-

to, como aceptándome. Guitarra y quena habían hecho un alto, pero yo continuaba tocando y las parejas bailando al son de mis manos. Ejemplificación de discrepancia con el ritmo, la dueña de casa estampaba pasos percherones en el torturado suelo. El guitarrista bailaba con la adscrita preguntándose cómo podía aguantar tanto, porque hacía horas que no descansaba: festejo, huayno, huaylas, marinera, pasodoble y cueca eran para ella una misma chanfaina que la inducía a resobar sus piecitos nerviosos, rápidos, voraces, y a mirar al guitarrista como diciéndole «¿te gusto? ¿te gusto? ¿te gusto?» Pese a la hinchazón de mis manos, yo aplicaba palmazos cada vez más vigorosos al cajón. En un ínterin, la dueña de casa asomó al balcón y mandó al cuerno a los vecinos que se quejaban de la bulla. Sopesando los agarrotados brazos, calculé el placer incalculable que hubiera podido causar a una mujer en vez de aporrear el cajón. Desperdiciar energía era lo que había hecho caminando al garete por la rambla de Barcelona, por la Gran Vía de Madrid; sentándome con los pies fundidos en los cafetines más crueles del mundo, donde se prohíbe hablar de frente y mirar de veras; yendo a ver *Je vous salue, Marie* de Godard, pese a la amenaza de los curas fascistas de ponernos una bomba en el Cine Alphaville, porque la Virgen María se excitaba en la película; cifrando huera esperanzas en hallar una traza de amor en las crestas reales y los anteojos de lunas negras de las satánicas punks; riéndome a carcajadas del palacete de la Real Academia de la Lengua; pastando todo el café de España sin siquiera asistir a un velorio, sin siquiera presenciar una inhumación aymara como las del camposanto de Tacna.

—¡Mañana trabajjjo! —gritó un vecino.

—¡Puesh yo también! —chilló la dueña de casa y cerró las hojas del balcón.

El zambo sopló una melodía sincopada, yo le pegué al cajón para destrozarlo y las parejas se desmarañaron en contorsiones intensas, primitivas, obscenas. «¿A qué hora se desnudan?», pensé. Ebrios, reumáticos prematuros, tardos de nacimiento, los varones intentaban piruetas que resultaban nudos de tobillos, resbalones, caídas espectaculares.

—¡Un solo, un solo! —demandó el chino Yuri.

Me concentré ya no en los compases sino en la furia del aburrimiento y mis palmas, mis nudillos, las yemas de mis dedos, mis puños y mis cordones de nervios produjeron un conglomerado de estallidos, crescendos, disoluciones, paradas en seco, errores mal disimulados. Y tarolas, bombos, napoleones, tinyas, tumbas, platillos, bongós, atabales, timbales y pillkus volaron de mis manos sangrantes, brutales, invisibles. Y arrebatos, fragores, querubines, gárgolas y wak'ones volaron de mis manos veloces como las alas de picaflor. Crenchas al desgaire, compulsiva, histérica, poseída del anticompás, la dueña de casa estampaba los cascos en el suelo. Manos entrelazadas a la altura del sacro, Casimiro zapateaba un huaylas

y de su barba brotaban dardos que se le clavaban en el vientre. El novelista punk regoldó, empalideció, expiró, amarilló, se apergaminó, se desmoronó. Confundiéndolo con un montoncito de ceniza, el chino Yuri lo sacudió con displicencia al tomar asiento en la colchoneta. César, que había despertado, caminaba sobre los muebles rugiendo en do y sol:

—Pu-tas, pu-tas.

Las parejas se colgaron de las vigas como murciélagos; se abrieron las hojas del balcón y entró en la sala una tufarada de lamentos de náufragos; cuajó en el relente una máscara procaz, loquesca, sátira. Mis falanges fueron alargando el espacio entre los golpes, hasta que de repente apliqué uno tan poderoso que se acabó el solo al tiempo que los murciélagos aterrizaron recibiendo una lluvia de astillas, virutas y aserrín, que era lo que quedaba del cajón. Asustado, me refugié en el sofá, junto a un hombre grueso. Olivera, apenas repuesto, se apretó la guitarra al tórax para denigrarla con un rasgueo flamencoide. Cerca de Olivera, sugiriendo un Martín Fierro desorejado, menesteroso y con acento mapochino, un joven improvisaba versos, estrofas. César reía como bajo los efectos de la marihuana. La dueña de casa no tardó en situarse en medio de la sala y cantar un pie delante del otro, torpe, fanática, contenta. Por mi parte, yo tuve el atrevimiento de soltar un chiste.

—Tú mejor cállate, que no has chuntado una en toda la noche —me dijo Casimiro.

Yo le hubiera devuelto la impertinencia a sopapos, o tal vez ornándole la barba de flemas, a no ser porque una reacción de tal magnitud podría haber trocado la fiesta en bronca y quizá en tragedia, nunca se sabe. Insatisfecho con ofenderme a mí, Casimiro le dijo a César:

—Tú eres un pelotudo.

César irguió su vaso para responder:

—Casi, brindo por ti, casi.

Olivera reanudó el rasgueo. Picado por la mala fe de Casimiro, el Martín Fierro se burló de su atripada corbata.

—¿A ti quién te ha invitado a esta casa? —replicó Casimiro.

El Martín Fierro se parapetó tras el mutis. Sacando ventaja de su silencio, Casimiro dijo:

—¿Alguien conoce a este pobre diablo?

—Yo lo conozco —respondí—. ¿Cuál es el problema?

—Ten calma, won, ten calma —me dijo el hombre grueso, tocándome el brazo.

—Oye, concha de tu madre —porfió Casimiro—: tú me llegas a la punta del pincho. Serás muy fuerte físicamente, pero eso no quita que seas un pobre y triste huevón.

Me tragué la mentada, pues si lo había aguantado antes, no veía por qué molerlo a golpes ahora. El hombre grueso me secreteó:

—Lo que quiele ez que le zaquéz la mierda, won.

Del uso del *won* colegí que mi consejero también venía de tierra araucana.

—¿Eres chileno? —le pregunté.

—Zí, ¡y tú?

—Yo, peruano.

—Zomo' herrmano, entonses.

—Claro, lo demás son cojudeces.

—Cojjudezes —ratificó.

—¿Quién se clasifica para el Mundial? —le dije, puesto que Chile y Perú se iban a enfrentar en las eliminatorias.

El hombre grueso encogió los hombros.

—Si López se pone diablo —agregué—, ustedes se clasifican.

—Yo le conosco a López —me dijo—. Porque yo he jjugao con él pora zerección amatér.

—¡Ah, futbolista!

—Zí. Pero me queblé una pielna y tuve que abandoná.

—Caramba, qué pena. ¡Hace cuánto tiempo que andas fuera de Chile?

—Bueno, mirá, yo zarí con er gorpe 'e Pinoché. Yo era zecletario 'e jjuventús. A mi hermano lo asesinaron a zien metro 'e mí, en el estadio de Santiago.

No supe qué decirle cuando empezó a llorar. Le acaricé el pelo. Dominó el llanto y continuó:

—Me volví vaporino. He rrecorrío er mundo. Pero ahora estoy varao aquí, eshpelando...

—¿Barco? —me adelanté.

—Zí, balco.

—Yo soy mejor poeta que cualquiera de ustedes —gritó Casimir.

El guitarrista se le aproximó diciendo:

—Tú estás cagao, lleno de mierda, Casimiro... ¡Calla, que vas a escuchar!... Nosotros vivimos acá y no allá. Tú y tu rollo de las guerrillas no funcionan acá, coño, y tú lo sabes y ila puta que te parió, joder!

Al término del florilegio del guitarrista, Casimiro parecía un toro castrado delante de su vaquillona. Su derrota no me alentó ningún tipo de satisfacción. Antes bien, me dolía que un gil tan arrogante acabara machucado como repucho a punta no más de carajeo. Lo cierto es que yo no me sentía comprometido

con lo que pasaba ahí. A esa hora de la madrugada solo deseaba una ducha, toallas secas y cama limpia para descabezar la mala noche.

—¿Dónde queda el baño? —pregunté— ¿Dónde está el aseo, el servicio? —corregí.

La dueña de casa suspendió uno de sus pasos magistrales y me dijo:

—Al fondo, a la derecha.

Acerrojé la puerta y me di con que a duras penas cabía en el interior. Aquello no era baño sino ducha, meadero y lavatorio adaptados en un ropero. Haciendo milagros con la hostia de jabón me purifiqué la cara, el pescuezo y la nuca. Tomé prestado un cepillo y me escobillé los dientes, las encías, las encapsuladas muelas del juicio y la lengua, que la tengo larga. Exhalé un pedo sonoro, meditado, y salí como cometa: con cola. Afuera, tan fresco, Casimiro cuchicheaba con la pebeta más rica de la fiesta. La monserga del guitarrista no lo había afectado. «Cómo lo va a afectar», pensé, «si el guitarrista le grita lo mismo desde hace diez años.» César dormitaba en el sillón, las arrugas envileciéndole el cutis. La dueña de casa ya no hundía las pezuñas en el suelo. Huérfano, melancólico, el futbolista mapochino fijaba la vista en el punto de fuga del balcón. Dechado de contumacia, Olivera rasgueaba su abortado flamenco mientras el Martín Fierro terminaba de malograr los ya arruinados compases traqueteando con las manos en la mesa. La luz mañanera diluía los focos de las lámparas. El quenista se despedía con ademanes vagos, tibios. El guitarrista había hincado el anular en la coronilla de la adscrita, quien, así sujeta, bailaba sola como un trompo. Enculado al sofá, prendí mi último cigarrillo. Vino la pebeta más linda del bailongo para recoger su encendedor de la mesa. Al inclinarse, se le abolsó el escote, incidente que yo aproveché para espiarle la teta, pendiente, triangular, coronada por un pezón bermejo, carnoso, erecto. Ella me miró, se miró el escote, y tornó a mirarme como quien dice «no importa que me hayas visto la mamella». La imagen me reanimó un instante, pero en seguida volví a sumirme en el sopor pachorrudo que me dominaba desde la ida al baño. Atu-sándose los bigotes, Casimiro me dijo:

—Eres un cojudazo.

Hacía horas que ameritaba un par de cocachos. Yo estaba al borde de que supay, el demonio, se metiera en mi cuerpo. Cuando eso sucede, por lo general las consecuencias son funestas para mí mismo: así lo atestiguan las treinta puntadas en mi pantorrilla derecha. Ignoro por qué, cuando debo agredir a alguien conocido, descalabro en su lugar puertas, ventanas, vidrios y cuanto objeto inanimado esté a mi alcance. Supongo que si no fuera así estaría entre rejas. Me controlé imaginando lo fácil que hubiera sido incrustarlo como tarugo en la pared. «Quiere que le pegues», pensé, «no le des con el gusto».

—Yo soy mejor que tú, concha tu madre —gritó Casimiro.

—Mira, Casimiro, Casimir o como te llames —le dije engolando la voz—: yo solo estoy esperando que sean las siete para que me des mi maleta y largarme a un hotel, porque sencillamente no te soporto.

Una tensión sorda se instaló en la sala. Yo había impreso verdadera repulsa a mis palabras.

—Oye, chochera —le dije a César, que dormía—: dile a tu pata que se porte bonito.

Los circunstantes temían que yo me abalanzara sobre Casimir. Poco faltó. Superé el temblequeo previo a la violencia respirando en el ombligo y permanecí donde estaba. Había sonado la hora de matar: el guitarrista llevó a la adscrita a un dormitorio. ¿Bailaría ella en la cama?

Afuera, divisé a Casimiro, llegué a él y le dije:

—Oye, quisiera recoger la maleta de tu departamento.

Soltó la mano de la jeva más rica del bailongo y contestó:

—¿Cuál maleta, cuál apartamento?

Asió la mano de la chelfa y enrumbó calle abajo. O lo cuadraba ahí mismo o lo dejaba irse. Lo dejé irse. César tortugueaba calle arriba junto con el Martín Fierro, el futbolista rengo y el chino Yuri. Les di alcance.

—Casimir no quiere entregarme mi maleta —le dije al chino—. Necesito su dirección.

Yuri apucheró los carrillos a la francesa.

—Mira que si no me la devuelve lo denuncio en la comisarfa.

—No puedes hacer eso.

—¿Quién lo impide? ¿Tú?

Yuri apucheró de nuevo los carrillos.

—Voy a denunciarlo.

—Espera.

Lo soslayé. Se vino a mí.

—Hablemos comiendo unos bollos —dijo.

—Cómetelos tú, que yo voy a la comisarfa.

Me agarró del brazo.

—No me toques —pelé los dientes, me zafé de sus dedos flacos de iguana y seguí mi camino. Al doblar la esquina, vi que el chino y los otros entraban en un boliche. Pregunté a un parroquiano por la comisarfa: quedaba a dos cuadras.

Anuncié al centinela mi voluntad de sentar una denuncia por robo y me dejó pasar. En el segundo piso, expliqué los pormenores a un sargento. Me aconsejó que primero actuara por las buenas. Siguiendo su consejo, fui al boliche y le pedí al chino Yuri la dirección de Casimiro. Desconfiado, el chino anotó su teléfono en una servilleta. Telefoné desde una cabina pública. Atendió Casimir.

—Dame mi maleta, por favor —le dije.

—¿Cuál maleta?

—Si no me la devuelves ahorita te zampo una denuncia —amenacé.

—Ándate a la concha de tu madre —gritó.

—Si llego a verte te saco la puta de tu madre —repliqué.

Colgó.

Regresé a la comisaría y expliqué al sargento que Casimiro me había mandado a la que me alumbró e insistí en sentar una denuncia por robo. El sargento opinó que no cabía robo sino apropiación ilícita.

—Me parece justo —concedí.

—¿Cómo she llama eshe sheñó? —dijo.

—Casimir, Casimiro Fernández.

—Déme shu teléfono, que le llamo yo.

Le di la servilleta. Marcó el número.

—¿El sheñó Cashimiro Fernández?... Puesh náa, que aquí hay un sheñó que dize que ushtë tiene shu maleta y no quiere devolvérshela... ¿Qué?... No, sheñó, borracho eshtë ushtë y mucho por lo que oiggo. No. Déme shu dirección que ahora mishmo irá este sheñó a recojjé lo que le perteneze. Oigga, y shin complicaciones, eh.

El sargento garrapateó la dirección y me pasó el tubo.

—Todo lo que deseo es que me devuelvas mi maleta —dije.

—Muy bien —contestó Casimir—. Espérame en la esquina de mi apartamento.

—Yo solo espero en la esquina a las mujeres.

—Entonces en el café del frente.

—No tomo café. En diez minutos te encuentro en la puerta de tu departamento.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero a Alberto Slim no le va a gustar esto.

—¿Quién es ese sujeto? Yo no conozco a ningún Alberto Slim —colgué.

El sargento me entregó la dirección, le agradecí, bajé la escalera y detuve un taxi.

Cuando arribé al sitio acordado, Casimir se apeaba de un Fiat cinquecento exacto al de la víspera. Se acercó al taxi, abrió mi portezuela y dijo:

—Baja.

—Yo no confío en este —le manifesté al taxista—. ¿Sabes qué? —me dirigí a Casimiro— Tráeme tú la maleta.

—Pero pesa treinta kilos.

—Te ruego encarecidamente que la traigas.

Obedeció y regresó jadeante, doblado por el peso. Recibí la maleta y le dije:

—Muchísimas gracias.

El taxi arrancó. Tras el parabrisas del cinquecento latían los ojos asustados de la piba más rica de la fiesta. Como despidiéndome hasta pronto de una vieja amiga, le hice adiós con la mano. Antes de perdersen en la avenida, me volví: el nudo de la corbata en el esternón, las piernas débiles, escoliótico, apergaminado, Casimir Fernández, el poeta, zapateaba un huaylas. Ordené al taxista que me llevara a un hostel moderno de dos estrellas. Me llevó al Turín, a pocos metros de la rambla.

Un vejanco me asignó la habitación docientos tres —siempre me asignan la habitación docientos tres—. Deposité allí la maleta de la discordia, fui a la tienda, compré cien gramos de jamón y cien de queso, una botella de leche, pan de molde y un kilo de duraznos. Volví a mi habitación, practiqué mis idiomas leyendo el cartel de escape, distribuí los manjares sobre la mesa y desayuné como Gargantúa. Tiré la basura al tacho, guardé las provisiones sobrantes en una gaveta del ropero, me froté las manos de contento, pegué unos saltos de regocijo, cerré la persiana, me quité la ropa, tomé una ducha larga, hirviente, y me acosté desnudo, como me gusta vivir. Encendí la lámpara, abrí un libro y subrayé una observación genial sobre el encuentro de Tutaykire con la Virgen Ramera. Al poco rato, el libro se me cayó de las manos, puse los quevedos a un lado, estiré la espalda hasta crujir, suspiré hondo, deseé compartir la vastedad de las sábanas con la muchacha más linda del bailongo, por ejemplo, o la albina de la excrecencia, y me dormí. Soñé que nadaba en un río de musgos aromáticos y sacuarales. Yo he estado en ese río. Yo volveré a ese río cuando se me agote el odio y consiga escapar de esta gente, de esta ciudad, donde sin darme cuenta he permanecido demasiado tiempo.

Lima 1985

(De *Jarabe de lengua*. Lima: Editorial El Quijote, 1987)

GUILLERMO NIÑO DE GUZMÁN

Guillermo Niño de Guzmán Cortés nació en Lima en 1955. Inició sus estudios en la Universidad Católica en 1973. Culminó sus estudios en la especialidad de Literatura y se graduó con la tesis: *El periodo de aprendizaje en la vida y obra de Ernest Hemingway*, 1988.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Caballos de medianoche. Cuentos. Lima: Seix Barral, 1984.

El tesoro de los sueños. Novela. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.

Una mujer no hace el verano. Cuentos. Lima: Jaime Campodónico / Editor, 1995.

GOOD MORNING, HEARTACHE

In memoriam B. H.

"I don't know why but I'm feeling so sad..."

(Comienzo de Lover Man, una canción que solía cantar Billie Holiday)

La Reina tomó aliento, acercó el micrófono a la boca y empezó a cantar. Era una negra descomunal: gorda y fofa, recordaba a Bessie Smith, y su cara era tan fea como la de Ella Fitzgerald. Su voz, en cambio, insinuaba la presencia de una seductora Billie Holiday con su infaltable gardenia en el cabello. La Reina llevaba el ritmo del contrabajo con todo su cuerpo; sus enormes tetas se movían como badajo de campana debajo del vestido mientras su rostro comenzaba a poblarse de un pegajoso sudor que, momentos después, se convertiría en el río que descendería por sus brillantes mejillas.

Nunca había conocido a una mujer que sudara como La Reina; su cuerpo transpiraba caudalosamente y a tal punto que en el intermedio tenía que ir a su camerino y darse una ducha rápida y ponerse otro vestido. No llevaba nada bajo la ropa; esta se mojaba tanto que su cuerpo se transparentaba bajo la tela, aunque eso la tenía sin cuidado. De cualquier manera, era una negra que cantaba como las grandes. No solamente desde el fondo de su oscura e insondable alma, sino con cada uno de los filamentos de su desbordante humanidad. Uno podía sentir que ella vibraba como si estuviera actuando en el Carnegie Hall ante diez mil personas.

Tenía mucho swing, un excelente y fantástico swing. Sin embargo, era una mujer algo extraña. Nadie había podido penetrar en su vida privada y poco se sabía sobre ella, aparte de su gordura y de su ilimitado amor al jazz. Corrían muchas versiones acerca de su surgimiento en el mundo del espectáculo, aunque en realidad no era muy famosa. En la ciudad el jazz apenas se había difundido y no contaba con muchos adeptos. No obstante, la pequeña y fiel porción de aficionados la admiraba y veneraba.

Casi todas las preguntas giraban en torno a cómo se había interesado por el jazz. Algunos decían que ella era hija de un jazzman de segunda fila que se había detenido en el país por pocos días en el curso de una gira, el tiempo sufi-

ciente como para dejar familia. Otros alegaban que tenía formación académica, que había estudiado música en Berkeley o en Juilliard. Había otros que afirmaban que era una autodidacta. En fin, solamente se podía estar seguro de que su voz era única.

Me gustaba mucho cuando cantaba *Lover Man* o *Embraceable You*. Tenía una extraordinaria habilidad para alcanzar súbitamente notas altas con sorprendente precisión. Su fraseo era suave y delicado regularmente, pero podía tornarse áspero y brusco de acuerdo a su estado de ánimo. Su sentido de la melodía era envidiable y su capacidad para improvisar no se quedaba atrás. El profundo *feeling* y la rica sensualidad que caracterizaba a sus interpretaciones eran lo que más me atraía de ella.

Cuando terminó aplaudí entusiasmado desde mi lugar de la barra. Había cantado *Perdido* y no lo había hecho nada mal. Sin embargo, el público no la ovacionó como correspondía. Ella hizo una mueca y se retiró del escenario sin saludar. Estaba disgustada porque se veía obligada a cantar en un club al cual la gente asistía para pasar un buen rato pero no para apreciar a una cantante de jazz. Su trabajo consistía prácticamente en proveer música de fondo a las parejas que se acariciaban al calor de la oscuridad. Y lo hacía porque tenía que comer.

—Estuviste muy bien —le dije cuando ella vino a sentarse a mi lado. No me miró—. De veras que sí— insistí.

—No jodas —dijo entonces, todavía sin darme la cara y se volteó hacia el barman—: Una cerveza bien helada y una copa de pisco, Armando.

—Estás con ganas de suicidarte hoy día —murmuré. Ella no hizo ningún comentario. Cuando le trajeron la cerveza vertió la copa de pisco dentro de ella. Luego se enjugó el sudor del rostro con ambas manos. Le alcancé mi pañuelo.

—No es para tanto —dijo, aunque no lo rechazó.

Entonces giró y me miró por primera vez a los ojos con esa mueca de desesperación temblando en los labios. Tenía los ojos hinchados y por un momento creí que iba a echarse a llorar.

—Vámonos a beber algo a otra parte —sugirió.

La miré sorprendido.

—Aun falta la segunda parte...

—Bah, no importa. Se acabó.

—¿Y el contrato?

—¡Al diablo con el maldito contrato!

Salimos afuera. La noche estaba clara y despejada. Entramos en el auto.

—¿Quieres ir al «Flamingo»? —le pregunté.

—No, carajo. Ahí no.

—Van a ser las tres...

—¿Y?

—Bueno, no hay muchos lugares abiertos.

—Compra una botella y se acabó el asunto.

—Tengo una de pisco en la maleta.

Bajé y fui por la botella.

—¿Adónde vamos? —pregunté al tiempo que encendía el motor.

Ella se encogió de hombros. Luego empuñó la botella y bebió un largo sorbo y me la pasó.

—No quiero —le dije. No me caía muy bien el pisco.

—Chupa, maricón —insistió ella.

Bebí solamente por complacerla. Tal vez así se sentiría menos sola.

—Así me gusta —dijo ella—. Ahora vamos a la playa.

—¿A la playa?

—Sí, a la playa. Al mar. ¿Por qué no?

Arranqué y el auto partió bruscamente.

La Reina bebía con una extraña vehemencia.

—Espacio, mujer —le dije.

—No jodas —y siguió bebiendo.

Enrumbé hacia el malecón. Las calles estaban desiertas y uno podía sentir ese agradable rumor de la noche cuando todo es silencio. Parecía como si la noche lo abrazara a uno y lo acogiera en su regazo oscuro.

A medida que nos acercábamos a la playa el viento que rompía contra el parabrisas nos trajo oleadas de aire salino. Salí de la avenida y luego atravesamos el puente y vimos el mar, oscuro e impenetrable, allá abajo. Seguimos bordeando el acantilado y tomamos finalmente la cuesta que conducía a las playas.

—Dame un cigarrillo —me pidió La Reina

—No te conviene fumar, Reina —le dije. Yo siempre me encargaba de recordárselo.

—Vete a la mierda.

—Estás insoportable esta noche —le alcancé la cajetilla.

Terminábamos el descenso y el rumor del mar fue haciéndose cada vez más fuerte. Cuando tomé la curva final con velocidad, imaginé por un instante que nos salíamos de la pista y caíamos al mar. Pero no sucedió así.

Disminuí la marcha. Miré a La Reina. Estaba recostada contra el vidrio de la ventanilla y mantenía la botella en sus manos.

—Cambia de cara, por favor —le dije.

Ella me miró con sus ojos ebrios y me hizo un mohín con los labios.

—O.K., *man* —dijo imitando el acento sureño, estirando las palabras de la misma manera como acostumbraba alargar las notas al estilo del saxo de Lester Young cuando cantaba. Entonces estalló en una risa voluptuosa que continuó a intervalos. Yo también empecé a reírme y llegó un momento en que ninguno de los dos paraba. La Reina se encaramó sobre la ventanilla y sacó medio cuerpo afuera. Gritaba mientras el viento se estrella en su rostro. Apreté el acelerador a fondo.

La playa estaba oscura pero había luna llena y las olas brillaban al fondo. Cuando me detuve, La Reina salió del auto y comenzó a correr como una chiquilla hacia la orilla. Corrí tras ella.

Cuando llegamos cerca de la orilla nos derrumbamos sobre la arena. La Reina yacía jadeante y alegre. Todo su cuerpo se agitaba espasmódicamente como un elefante moribundo sacudido por los últimos estertores.

—Creo que me voy a dar un baño —dijo ella.

—Estás loca.

—Lo que más quiero ahora es darme un baño —insistió.

—Como quieras.

La Reina se despojó de su vestido y su piel negra y lustrosa brilló bajo la luna. Era impresionante: un cuerpo negro y voluminoso ardiendo en la noche. Se aproximó al mar bamboleando las amplias caderas y tentó con un pie la temperatura del agua y exhaló un gritito nervioso. Luego se decidió y entró paulatinamente, soltando cada tanto grititos. Cuando reventó una ola La Reina se zambulló y salió inmediatamente a flote como un lobo marino. Se puso de espaldas y comenzó a reírse como una loca.

Cuando regresó le extendí la toalla que había encontrado en su maletín. Apareció corriendo, redonda y grande y muy contenta. Daba gusto verla así. Se frotó vigorosamente.

—¡Qué frío! Ayúdame ¿quieres?

Me levanté y cogí la toalla y comencé a secarle la espalda y las caderas. No terminaba nunca. Ella reía mientras me empeñaba en mi tarea. Luego me ocupé de los inmensos senos.

—Te gustan ¿no? —sonrió—. Dame un trago.

Le di la botella y ella sorbió un buen trago. Me la devolvió y yo hice lo mismo.

—¿Cómo te sientes?

—*Terrific, man*.

—Eres una negra grande y gorda y te quiero mucho y no me gusta que te pongas mal —le dije a boca de jarro.

Ella hizo un gesto con la mano.

—Bah, cállate.

Se sentó sobre la arena y empezó a rebuscar en su maletín. Sacó un paquete, lo desplegó y me lo mostró.

—Es muy buena —me aseguró—. Moños rojos.

Salió un grueso cigarro. Aspiré hondo, retuve el humo y tosí como un tuberculoso. Diablos, realmente estaba muy buena.

—Eres magnífica, Reina —dije, pero ella ya estaba a miles de kilómetros de distancia.

—Quiero irme a Groenlandia —dijo después de un rato.

—Hace mucho frío y hay mucha nieve allí. ¿Para qué diablos quieres irte a Groenlandia?

—Dicen que es el lugar más seguro de la Tierra.

—Quizá, pero no sabes si tocan jazz allá.

—Por Dios, hombre, jazz hay en todo el mundo.

—Bueno, Reina —dije levantando la botella—. Por tu feliz ida a Groenlandia.

Y bebí todo lo que quedaba.

Más tarde, cuando enfilábamos cuesta arriba, ella empezó a cantar *Summertime*. La voz era extremadamente intensa y modulaba los tonos con una precisión increíble. Pero de pronto cesó el blues desgarrador.

—¿Por qué no aceleras a fondo hasta sacarnos la puta madre? —farfulló.

Estábamos todavía en la cuesta, en la parte más alta, cuando ella lo hizo. Se tiró sobre mi lado, se aferró al volante y apretó el acelerador con su pie izquierdo. El auto derrapó y se acercó peligrosamente al abismo. Yo trataba desesperadamente de mantener la dirección pero ella me presionaba con todo su peso. Por último, cuando creí que ya era inútil, le metí un codazo en el estómago y ella aflojó el acelerador. Recuperé el control del volante y detuve el auto.

—Casi nos matamos, estúpida.

Ella lloraba cubriéndose el rostro con las manos, acurrucada contra la puerta. Esperé que se calmara y reanudé la marcha.

Atravesamos toda la ciudad. Ella me guió hasta su casa. Nos detuvimos frente a un edificio sucio y ruinoso de los suburbios. Bajé y le abrí la puerta.

—Déjame —me dijo—. Yo puedo sola.

Pero ella no podía. La ayudé a bajar. Ella se apoyó en mí. Pesaba una tonelada. A duras penas llegamos hasta la puerta del edificio.

—No quiero que entres —me dijo, pero los dos sabíamos que ella no podría subir sola.

Demoramos una eternidad en subir hasta el cuarto piso. Una bocanada de aire fétido nos recibió cuando abrí la puerta del departamento. Era una habita-

ción estrecha con escasos muebles y una ventana que daba a un tragaluz. Acomodé a La Reina sobre la cama y luego me tendí junto a ella en la oscuridad.

— Me quieres mucho ¿no, *darling*? —dijo después de un rato.

— Tú sabes que sí, Reina. Te quiero con toda mi alma.

—¿Con toda tu alma y con todo tu cuerpo?

—Sí, con toda mi alma y con todo mi cuerpo.

—Abrázame, por favor.

Lo hice.

— Te necesito mucho. No sabes cuánto te necesito.

— Lo sé, Reina. Lo sé.

— No; no sabes. Tú no sabes nada. Te necesito ahora más que nada en el mundo. No te vayas a ir.

—No me voy a ir.

—Júrame que no te irás.

—Te lo juro.

—Júralo por tu madre.

—Bueno, lo juro por mi madre.

—Te necesito tanto, *dear*.

—Ya lo sé. Ahora trata de calmarte un poco.

—No puedo calmarme y tú lo sabes muy bien.

—Inténtalo.

—Lo intentaré pero no creo que dé resultado. Dame un trago.

—Ya no queda. Lo terminamos en la playa.

—Ámame, *darling*. Ámame con toda tu alma y con todo tu cuerpo.

Me cogió una mano y la posó sobre uno de sus pechos. Luego hizo lo mismo con la otra mano.

—Sé que te gustan. Ahora son todo tuyos. Ámalos.

Me incorporé un poco y la besé.

—Hazlo de nuevo.

La besé más largamente y pude sentir que se relajaba un tanto.

—Eres un estúpido, *darling*.

—¿Por qué?

—Por querer a una negra fea, gorda y loca como yo.

—No digas tonterías. Descansa.

—No puedo descansar. Ahora ámame, por favor. Lo necesito.

Cuando desperté ya era de día. La cabeza me daba vueltas y el amargor de la boca era insoportable. La Reina dormía profundamente. Busqué la puerta del baño y abrí en su lugar un clóset. Una bocanada de aire fétido me golpeó el rostro. Iba a cerrarla cuando algo me detuvo. El clóset estaba ocupado por una

cuna, de donde provenía un olor nauseabundo. Me asomé para poder ver en su interior. Por un momento no comprendí; me quedé paralizado, sin poder creer lo que veía. Dentro de la cuna yacía el cadáver de un bebé vestido de rosado en avanzado estado de descomposición. Retrocedí aturrido y cerré la puerta. Me vestí rápidamente y salí y arranqué el auto y me alejé de allí lo más pronto que pude.

Aquella fue la última vez que vi a La Reina. Un mes después fue encontrada muerta en la calle. Las circunstancias no fueron debidamente esclarecidas. La policía habló de una sobredosis pero yo sabía que la verdad era otra. La Reina había muerto de tristeza y nadie me podría convencer de lo contrario.

A su funeral solo asistimos Mauricio, su pianista, y yo. La enterraron junto con su hija. Pensé que quizás le hubiera gustado que alguien tocara *When The Saints go Marchin' In*, pero lo cierto era que nadie tenía ganas de escuchar música.

(De *Caballos de medianoche*. Lima: Seix Barral, 1984)

PILAR DUGHI

Pilar Dughi Martínez nació en Lima en 1956. Realizó estudios de Humanidades en la Pontificia Universidad Católica del Perú entre los años 1974 y 1977.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

La premeditación y el azar. Cuentos. Lima: Colmillo blanco, 1989.

Ave de la noche. Cuentos. Lima: Peisa-APJ, 1996.

Puñales escondidos. Novela. Lima: Banco Central de Reserva, 1998.

LAS CHICAS DE LA YOGURTERÍA

—En esta ciudad, no se puede ser alegre y bonita —rezongó Lucha— porque la gente murmura.

La mujer pareció no entenderla.

—Olvídelo, estaba pensando en voz alta —continuó.

—¿Usted la conoce? —preguntó la mujer.

—Bueno, la he visto en la yogurtería.

—Ah, Luchita, mejor no se junte con ella —afirmó sentenciosa la mujer, que era una empleada de la municipalidad muy habladora y conocedora de los chismes de la localidad. Le gustaba comentárselos a Lucha cada vez que la veía. Lucha sonrió débilmente y se despidió. La mujer le hacía perder tiempo.

Desde que llegó a Ayacucho, hizo algunas amistades sin mucho esfuerzo. Tenía cinco meses en la ciudad y ya era conocida como administradora de un proyecto de desarrollo rural. Se había presentado ante las autoridades locales con las que tenía que coordinar por razones de trabajo: profesores de la universidad, directores de instituciones afines, y hasta con el obispo auxiliar. El proyecto era de cierta envergadura y le habían aconsejado en Lima que estableciera buenas relaciones con el gobierno regional.

Un día, a las pocas semanas de su arribo, se encontró con una antigua conocida, una psicóloga que, le explicó, vivía hacía un año en Ayacucho. Era originaria del lugar, y, como ella, desde que la zona se estaba pacificando, muchos habían regresado a establecerse de nuevo. El turismo se había incrementado, se inauguraban nuevos negocios y hostales.

—Mi marido ha puesto un restaurante en la Cámara de Comercio ¿por qué no vienes? —le propuso la mujer.

Le daba pereza cocinar diariamente y se acostumbró a ir a almorzar al local de la Cámara de Comercio. Como el lugar estaba regularmente vacío a partir de las dos de la tarde, entonces ella se compraba el periódico e iba a comer tranquilamente. Por las tardes, cuando estaba libre, daba una vuelta por la ciudad. Luego hacía un paseo por las inmediaciones de la plaza central, tratando de conocer las tiendas, las farmacias y los cafetines. Así fue que encontró un pequeño comercio donde se expendían productos lácteos y hierbas naturales, pero la

especialidad de la casa era un yogurt natural que se preparaba con plantas aromáticas, a pedido de los clientes. La dueña, una mujer de unos treinta años, que atendía detrás del mostrador, llevaba el cabello largo y ondulado teñido de rubio. Sus ojos vivaces, acentuados con lápiz delineador de color negro, animaban el rostro redondo de piel sonrosada. Desde el principio fue muy amable.

—Tú no eres de aquí —le dijo con convicción.

Lucha se presentó como estaba habituada a hacerlo. Pensaba que en una ciudad donde la mayor parte de gente se conocía, una debía ser cordial. La tendera se llamaba Charito y conocía bastante de productos naturales. Le habló del germen de trigo, mostrándole con orgullo una colección de infusiones medicinales empaquetadas, semejantes a las que se vendían en el mercado.

—La diferencia, es que yo selecciono las mejores hierbas —le explicó Charito— y si no conoces su uso, es mejor que compres los productos ya escogidos.

Hablaron de dietas y de cómo conservar mejor la piel en el clima serrano. El frío helado de la ciudad, le había resecaído a Lucha el cutis y los labios. En ocasiones había sufrido de gastritis y reacciones alérgicas de causa desconocida.

—Lo mejor para tu estómago es el ajeno —y le alcanzó una bolsa de hojas secas— lo preparas en infusión, y bebes unas dos tazas diarias.

Lucha agradeció.

—Si lo mezclas con cáscaras de naranja, es bueno para el mal aliento —añadió Charito con picardía.

Desde entonces, Lucha se convirtió en una compradora asidua. El yogurt natural era lo único que tomaba durante el día cuando tenía apetito. La comida serrana le producía gases y la digestión se le hacía pesada.

Cuando caminaba por las calles, la gente le saludaba. Ella a veces no recordaba bien los rostros o los nombres, pero siempre respondía con una sonrisa. Poco a poco la fueron invitando a fiestas y reuniones. Conoció a músicos notables y participó en festejos y pachamancas. Alquiló una pequeña casita en Dos de mayo, una calle colonial que serpenteaba cerca del río. Tenía un alto portón de madera, un pequeño jardín sembrado con jacarandás, tunas, girasoles y retamas. A veces llegaban bandadas de palomas que se posaban en los techos vecinos. Ella les dejaba pedacitos de pan que los animales picoteaban sin ninguna timidez. Como se sentía un poco soía, compró un televisor pequeño que mantenía generalmente encendido para escuchar el noticiero nocturno.

En la sala de entrada habilitó una oficina para recibir a la gente del trabajo. Colocó algunos taburetes sobre los cuales distribuyó publicaciones y documentos que el público podía consultar. Instaló un teléfono en el dormitorio y amplió las conexiones de luz. Cuando necesitaba a un carpintero o gasfitero, consultaba a

los conocidos con los que se encontraba en las calles. El agua escaseaba, así que a partir de las once de la mañana, guardaba el líquido en grandes recipientes para poder lavar y asearse. Ese era un problema antiguo de la ciudad. La gente decía que la población aumentaba tanto, que ya las cañerías no se abastecerían hasta que culminara la construcción de una nueva central de irrigación, que era el sueño de toda la región.

A veces se aburría, así que adquirió una bicicleta, y por las tardes se dedicó a pasear a lo largo de la calle. Se vestía con unas mallas de gimnasia, y hacía invariablemente el mismo recorrido. Bajaba por la avenida hasta el río y volvía remontando la pendiente. Notó que al atardecer un grupo de vecinos solía sentarse en la vereda de la calle y conversar hasta caer la noche. Bebían cerveza y la miraban pasar. Uno de ellos, de unos cincuenta años de edad, con nariz prominente y piel enrojecida, la contemplaba fijamente cada vez que ella regresaba exhausta de su recorrido.

—Qué rica hembrita, mueve tu culito —le decía cuando pasaba.

Lucha le devolvía una mirada furiosa.

—Muévete, muévete —le contestaba el tipo.

Los otros hombres se reían y Lucha trataba de evitarlos, pero se sentaban muy cerca de su portón y era imposible.

—¿No quieres chupármela? —le dijo un día el tipo.

Lucha se le acercó.

—¡Huevón! ¡Cállate! —le contestó.

El hombre se puso rígido.

—¡Déjala! ¡Déjala! —le gritaron los otros. Uno le cogió el brazo y lo jaló hacia ellos.

—Putas de mierda —masculló el hombre.

Desde entonces, Lucha redujo sus horas de deporte. Supo que el tipo vivía en la casa de al lado. No había reparado antes en él, pero ahora lo veía con frecuencia en la bodega y en el horno donde compraba el pan. El hombre parecía observarla con rabia. Lucha dejó de saludar indistintamente a los vecinos, porque ya no sabía cuáles eran los groseros que podían tener amistad con aquel. Cuando lo veía, evitaba su rostro, esquivándolo al cruzar la calle.

Para entretenerse, acudía a la biblioteca de la universidad. Ahí se encontró con un profesor, bastante gentil, con cierta autoridad fundada en sus largos años de docencia. Intercambiaron libros y luego se encontraron en algunas reuniones. Conoció a su esposa, una mujer joven y pálida que la saludaba con cortesía. Una vez el profesor le prometió un libro que supuso sería muy útil para Lucha. Ella lo fue a buscar varias veces a su oficina, pero no lo encontró. Una noche, el profe-

sor tocó la puerta de su casa. Ella lo recibió con alegría y lo hizo pasar a la sala. El hombre parecía algo nervioso. Lucha no supo qué hacer y le invitó un café.

—Te has acostumbrado bastante bien —le dijo él.

—Más o menos —contestó ella— la falta de agua me molesta. Es penoso tener que recolectarla todos los días.

A Lucha le complacía tener relación con la gente de la universidad. Sentía que podía conversar sobre las reflexiones que le despertaba su trabajo, de las noticias locales, y los libros que leía. La principal forma de enterarse de lo que pasaba en la ciudad, era intercambiando opiniones con ellos. Ya que no había un periódico regional, la radio y los encuentros personales eran alternativas para estar informada.

—¿Y qué tal te parecemos los ayacuchanos?

—Oh, han sido muy hospitalarios conmigo. Lo único que no me gusta es que beben mucho en las reuniones y si una no quiere hacerlo, se molestan. Lo consideran una afrenta.

—Ah, eso es en toda la sierra el campesino bebe en sus fiestas patronales durante días. La comunidad entera, hombres y mujeres, hasta perder el sentido.

—Sí, ya lo sé, pero es excesivo.

—Es un pretexto para poder llorar —comentó él— sin tener vergüenza —exclamó él—.

Y a continuación contempló el techo alto de la sala.

—Esta casa es muy antigua, tiene techos de bóveda —señaló.

—Es muy fresca cuando hace calor.

—¿Puedo ver la casa? —inquirió él.

—Sí, claro.

Él se levantó y se dirigió hacia la cocina, que daba al patio.

—Bonita casa —dijo y luego se acercó hacia el cuarto que estaba al lado de la sala. Era el dormitorio de Lucha.

—Tienes una cama matrimonial —le dijo.

Y la miró con curiosidad. Lucha se sintió incómoda.

—¿No tienes frío? —le dijo él y trató de rodearle los hombros. Lucha se apartó rápidamente.

—No —contestó irritada.

—Es una cama muy grande para ti —respondió él, tratando de abrazarla de nuevo.

Lucha salió inmediatamente del dormitorio.

—Ya es muy tarde —le indicó—, es mejor que te vayas.

El hombre salió detrás de ella y se puso la casaca que había dejado sobre la silla del comedor.

—Anda a buscarme a la universidad cuando quieras —subrayó mientras Lucha le abría la puerta.

Lo despidió de un portazo. Estúpido, pensó. ¿Qué se ha creído este cirio? Se preparó un mate de coca y antes de acostarse ajustó los cerrojos de las puertas.

La época de lluvias había llegado y el clima se volvió húmedo. Por las mañanas se levantaba con la nariz congestionada y comenzó a toser en forma intermitente. Se encontró con Charito que conversaba con dos amigas en uno de los portales de la plaza.

—Yo creo que debes tomar canchalagua —le recetó Charito— además de ser buena planta para el resfriado, facilita la digestión y la puedes preparar con limón como refresco.

La presentó a sus acompañantes. Eran dos chicas altas, algo gorditas, no pasaban de treinta años y lucían bastante guapas. Tenían el cabello largo, ondulado y suelto sobre los hombros.

—Son mis amigas —le dijo Charito— cuando quieras, podemos hacer footing hasta el aeropuerto los domingos por la mañana.

Se había convertido una costumbre en la ciudad, correr a lo largo de la carretera los fines de semana desde horas muy tempranas. El camino hacia el aeropuerto era la distancia preferida por los deportistas. Jóvenes y adultos de ambos sexos enfundados en buzos de colores practicaban el deporte los domingos. Lucha aceptó la invitación pero no quedaron en nada concreto. Caminó hacia el mercado a comprar algunos quesos de cabra para enviar a Lima. En la calle distinguió al mayor de policía, un hombre canoso y fortachón, muy conocido entre los ayacuchanos. Cruzaron algunas palabras de simpatía. Lucha le estaba agradecida porque siempre le resolvía algunos problemas que no faltaban en el trabajo, como los permisos que a veces tenía que recabar para que los promotores del proyecto pudiesen viajar a la zona de la selva ayacuchana con algunos productos, como el kerosene, que estaban restringidos por la presencia del narcotráfico en la región.

—Te he visto conversando en la plaza —le dijo el mayor.

—Ah, sí, con Charito y sus amigas.

—No es una buena compañía, Luchita —le contestó.

—¿Por qué? —objetó sorprendida.

—Yo sé lo que te digo, Luchita —insistió el mayor.

—¿Pero no era tu amiga? Yo también te he visto conversando con ella.

—Por eso mismo, Luchita, yo la conozco —respondió él moviendo la cabeza con cierto tono de censura.

Lucha se quedó callada. Se despidió de él y continuó caminando. Sintió que le invadía la cólera. ¿Y ahora de qué se trata? es porque son bonitas, y si son ale-

gres, peor, se dijo. Estuvo reflexionando en ello los días siguientes y rememoró algunas escenas. Recordaba haber visto a las chicas en la yogurtería por las tardes, platicando entretenidamente con algunos parroquianos a la hora en que la gente salía a pasear por la plaza. Era un trío que no dejaba de ser llamativo en la esquina de la tienda.

Aquella semana llovió intensamente y el muro de adobes de barro que rodeaba parte del patio interior de su casa se desplomó con la lluvia torrencial. Tuvo que hablar con la dueña y contratar a un par de albañiles para que le reconstruyeran la pared. Una noche en que se encontraba cocinando, descubrió que se habían robado la ropa colgada en el cordel.

Asustada y provista de una linterna, revisó sus pertenencias y vio que además se habían llevado varias cajas con medicinas y alimentos. Como todavía no estaba reparada la pared derruida, tuvo miedo. Se dio cuenta de que era muy fácil introducirse a la casa desde la calle. Llamó a la policía. Cuando llegaron los gendarmes, recorrieron las calles laterales y los vecinos se alarmaron. Lucha les explicó que le habían robado. Uno de los muchachos vecinos se ofreció a subirse a los techos a revisar si habían huecos. Era el hijo del hombre grosero que le hacía comentarios vulgares cuando ella paseaba en bicicleta. Al poco tiempo llegó el tipo furioso.

—Esa mujer es una loca —les gritó a los policías señalando a Lucha—. Se ha peleado con todos los vecinos.

Y llamó a su hijo dando alaridos.

—Oiga, idéjelo! —protestó Lucha—. Él me está ayudando.

El hombre cogió del brazo a su hijo y lo arrastró dándole empujones hacia su casa. Los policías tranquilizaron a Lucha.

—Ese tipo es un malcriado —les dijo indignada—. Es un descarado.

Una vecina le contó confidencialmente a Lucha que ese hombre era un antiguo policía dado de baja por comportamiento violento. Le pegaba a su mujer y a sus hijos y era un borracho. Lucha se despidió de la gente y se encerró en su casa. Inspeccionó los seguros de las puertas y ventanas y decidió comprarse candados grandes para instalarlos al día siguiente. La imagen del tipo exaltado alardeando en medio de la calle le molestó. Resolvió tener más cuidado. Los vecinos no eran todos de fiar.

Al día siguiente al atardecer, cuando regresaba de hacer las compras de la semana, vio a un grupo de chicos jugando en la acera de su casa. Entre ellos distinguió al hijo del vecino, el muchacho que había intentado ayudarla la noche anterior.

—Por culpa de esa, mi papá me ha roto el pote anoche —exclamó el chico, lanzándole una mirada cargada de violencia. Los otros la miraron también.

Lucha se sintió desnudada. Ingresó inmediatamente a la casa y cerró con fuerza el portón.

La habían invitado a una reunión por la noche y pensó que le convenía salir para despejarse un poco. Casi no había podido trabajar en la oficina apurando a los albañiles para que terminaran la construcción y buscando a un cerrajero que le reemplazara las bisagras oxidadas de las puertas. Siendo día de semana prefería acostarse temprano, pero la inseguridad de la casa producida por los desmanes del aguacero le generaban una cierta aprehensión y temía no poder dormir. Se preparó una infusión de azar muy cargada y se fue a la fiesta. Era un grupito pequeño, gente que trabajaba en algunas instituciones con las que se relacionaba y había también algunos desconocidos. A media noche los invitados se convirtieron en cantantes improvisados, danzaban huaynos y bebían sin parar. Uno de los asistentes la enlazó por la cintura.

—¿Qué hace una mujer solita en Ayacucho? —le preguntó mientras bailaban.

—¿Me conoces de algún sitio?

—Aquí todos nos conocemos —contestó él desdeñosamente.

Alguien bromeó y dijo que Lucha no estaba sola sino que era amiga de los visitantes asiduos de la Cámara de Comercio. La gente estaba ya borracha y reía. ¿Cómo iba a estar sola, Luchita?, repetían. Siempre estaba bien acompañada, decían jocosamente. Lucha comenzó a inquietarse. ¿Sabían dónde vivía? ¿Que estaba sola? El resto de la noche permaneció ensimismada, y pidió a una de las mujeres que la acompañara a tomar un taxi en la plaza. Una pareja de esposos se ofreció a llevarla. Las calles estaban bastante oscuras y la iluminación era muy débil. Al llegar a su casa abrió el portón y cruzó raudamente el jardín. Cerró las puertas y las aseguró con candados. Tengo que poner más luces afuera, pensó. Revisó su linterna y notó que le faltaba una pila. No sirve para nada, razonó, y la arrojó sobre la mesa. Recolectó velas y fósforos y los puso sobre la mesa de noche. Trató de dormir pero escuchaba ruidos en el techo. Las paredes eran de quincha, al estilo de las construcciones antiguas, de barro empastado con caña y crujían permanentemente. Era imposible distinguir pasos humanos o pisadas de gatos. Al menor ruido, llamo a la policía, pensó. La puerta del patio era de listones de madera y de consistencia muy frágil. De una patada la pueden destrozarse, se dijo. Pero ella escucharía los ruidos y correría hacia la calle. ¿Tendría tiempo de cruzar el jardín? Se dio vueltas en la cama durante la noche sin poder conciliar el sueño. Se levantó en la madrugada al escuchar las campanadas de la iglesia vecina. Por primera vez desde que había llegado a la ciudad sintió que era una foránea. Aquel día decidió no comprar yogurt a pesar de que se le había

acabado. No quería pasar por la tienda y que la vieran conversando con Charito y sus amigas.

Cuando iba a la municipalidad a recoger unos documentos, se encontró con una señora integrante de una vieja familia ayacuchana que trabajaba como directora de una institución.

—Ay, Luchita —le dijo afligida— no sé si ya sabes lo que ha pasado. Una desgracia, una verdadera tragedia.

—No, no sé nada —contestó Lucha.

—Quién lo iba a decir, aquí, en la ciudad, ya ha llegado la plaga.

—¿Qué ha pasado?

—La gente está comentando en todos los sitios, hijita. La semana pasada un paciente murió de Sida.

—¿Cómo?

—Sí, de Sida, imagínate.

—¿Cómo ha sabido usted?

—Me lo comentaron en el consultorio del doctor Capuñay.

Era el dentista del hospital.

—Me lo ha dicho también la señora Rojas, la obstetriz —exclamó compungida la mujer— tenemos que hacer algo por nuestra juventud.

—Bueno, es una pena, así ocurre en todo el país.

—Pero tenemos que pararlo ahora, antes que sea demasiado tarde. Tanta corrupción, tanto alcohol —continuaba la mujer— hay mucha vida indecente, demasiada inmoralidad.

Aquel día en la Cámara de Comercio, cuando Lucha fue a almorzar, la dueña se acercó a conversar con ella.

—Dicen que van a hacer campañas preventivas en los colegios —le explicó a Lucha— ha estado aquí el director de la Región de Salud con otros médicos y con el mayor de la policía. Van a hacer un despistaje.

—¿Un despistaje? pero tendrían que hacérselo a toda la población.

—No, pues —alegó la mujer— nada más a los sospechosos.

—¿Y cómo van a saber quiénes son sospechosos? Es imposible.

—Luchita, se sabe, eso aquí, se sabe —afirmó la mujer con seguridad.

Lucha rió.

—Están locos.

La mujer la miró desconcertada.

—Pero el mal recién ha comenzado. Además en la ciudad, nos conocemos muy bien y eso facilita la intervención, eso lo dicen los médicos —continuó.

Ella se alzó de hombros y pidió un menú. Comió sin mucho apetito pensando en el trabajo que tenía atrasado. Aquí son unos chismosos, caviló mientras

intentaba pasar algunas cucharadas de sopa de verduras. De segundo había un estofado de pollo que se veía muy grasiento, así que apenas pudo comer el arroz con un poco de zanahorias guisadas, apartando cuidadosamente la carne y la salsa del resto del plato.

A los tres días fue a una de las bodegas más surtidas de la calle principal, que quedaba al lado de los portales de la plaza. Se encontró con uno de los abogados que trabajaban en el juzgado.

—¿Ha sabido ya, Luchita? —le preguntó él.

—¿Qué?

—Lo del Sida.

—Sí, ya me han contado.

—Han detenido a varios sospechosos.

—¿Pero cómo van a hacer eso?

—Yo sé de nueve personas que se los han llevado al hospital a hacerles análisis.

—Pero no puede ser —exclamó Lucha asombrada.

El abogado continuó distraídamente.

—Que tal castigo. Es como la sífilis antiguamente, de noche con Venus y de día con arsénico. Porque se medicaba con arsénico, muchos se morían con la cura ¿sabía usted?

Lucha ya no escuchaba.

—Es una llamada de atención para los muchachos, para la gente de vida ligera. Digan lo que digan, es una verdadera muestra del abandono de las buenas costumbres. La sociedad ayacuchana de tanto sufrir con el terrorismo se ha relajado mucho— exclamó sombríamente.

Lucha se despidió precipitadamente y salió del local. Al dar la vuelta en una esquina se tropezó cara a cara con la empleada que trabajaba en la municipalidad.

—Luchita, Luchita, ¿adónde vas tan apurada? Hace tiempo que no te veo.

—Uf, he tenido mucho trabajo —contestó.

—Oye, se han llevado a las mujeres esas, a las de la yogurtería.

—¿Cómo?

—Sí, a varios los han llevado al hospital para ver si estaban contagiados de sida. A las tres mujeres también les han obligado a hacerse el examen.

—¿Pero por qué? ¿Cuándo?

La mujer abrió los ojos.

—¿Cómo que por qué? Por prevención, pues. Porque una de ellas trabajaba en el hospital y allá todo el mundo se ha enterado. Ayer las obligaron a ir. Imagínate. Con el mayor de policía y todo.

—Ah, bueno, qué sorpresa —contestó Lucha automáticamente.

Continuó caminando sin levantar la vista de la calzada. Al llegar a la esquina vio a Charito que estaba parada en la puerta de la tienda, como siempre. Cruzó la vereda, pero no pudo evitar que sus ojos se encontraran con los de ella. Volvió entonces la cara sin saludarla y desapareció presurosa por otra calle.

(De *Ave de la noche*. Lima: Peisa-APJ, 1996)

JORGE NINAPAYTA

Jorge Ninapayta De la Rosa nació en Nasca en 1957. Ha realizado estudios de maestría en Literaturas Hispánicas en la Universidad Católica durante los años 1992 y 1993.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Muñequita linda. Cuentos. Lima: Jaime Campodónico / Editor, 2000.

MUÑEQUITA LINDA

Cuando Muñeca murió —por completo y de la noche a la mañana—, el barrio pareció recobrar para siempre su estatura miserable, y la gente que empezó a salir por las noches a fumarse un cigarrillo solía mantener siempre la cabeza abandonada al desconsuelo. Así pues, los vecinos de la tercera cuadra de la calle Virú se detenían en la puerta de sus casas, se saludaban con movimientos de cabeza, mientras miraban indiferentes cómo el olor espeso de las frituras pasaba flotando en jirones, estirándose desde los negocios de las vivanderas cerca del Parque Botánico. Luego volvían a dejar sus miradas colgadas de la ventana de la habitación del viejo Marcos, en los altos de la imprenta, donde oficiaba de guardián, y desde donde volvía a derramarse la música del tocadiscos: «Muñequita linda... de cabellos de oro... de dientes de perlas... labios de rubí...». Pero la vida ya no era igual, no, ya no tenía la consistencia flexible de los días capaces de ser vividos, pues una porción intrusa como de leche agria había terminado por estropearlos.

La tarde anterior, los cuatro viejos jubilados, con Marcos a la cabeza, habían ido a enterrar a Muñeca. «Muñeca, Muñeca» (su nombre aún rebotaba con insistencia en cualquier conversación de los vecinos). El amor que ella les había repartido en partes iguales a los cuatro hubiera alcanzado hasta para un regimiento de solitarios; pero ellos tenían su orgullo y nunca quisieron compartirla con nadie más.

Los días que a Muñeca le tocaba vivir con Marcos, los vecinos de Virú oían brotar incansable, ya de día o ya de noche, el mismo bolero afilado por la aguja del tocadiscos Nordmende. Y no necesitaban entrar en la imprenta, doblar hacia la derecha por el pasadizo, subir los ochenta y dos escalones de mármol gastado y llegar a la habitación de él para saber que estaba bailando con Muñeca, «chic tu chic», su cara perdida entre los cabellos rubios, apretando la cintura —¡ay!, ya no tan estrecha como cuando era más joven— e insistiendo con la rodilla pecaminosa entre las piernas siempre núbiles de ella. Hasta que en algún

momento, si era de noche, la luz de las bombillas se desmayaba en sombras púdicas (Muñeca nunca gustó de los escarceos amorosos a plena luz). La siguiente semana, ella la pasaba con otro de los cuatro viejos.

Hasta los vecinos de otras calles, como los de Espaderos y Mariquitas, aseguraban oír la música, que se esparcía por sobre los techos poblados de trastos, como si alguien sacudiera la mugre de sus frazadas, y al final todos quedaban con el alma despeinada por una vaga desazón.

Los cuatro viejos habían ido a enterrar a Muñeca en el cementerio Baquijano y Carrillo, del Callao. Antes, la habían velado en esa habitación de los altos de la imprenta. Definitivamente, resultaron días difíciles para ellos y para todo el vecindario que aún recordaba la histórica contribución de Muñeca al encumbramiento de Barrio Bajo como un barrio realmente popular; pues ya no solo quedó como distrito de antigua prosapia, de criollos jaraneros, de bardos y poetas, sino que pudo sumar a esos blasones el de barrio de bellas féminas. El título de Señorita Hermosura Nacional, celebrado trece años antes, se lo había traído ella prendido de sus caderas, su busto y su rostro angelical (¡eran tantas sus gracias!). Uno de los bardos locales había cincelado la proeza de Muñeca en versos de rancia estirpe musical que cantaban orgullosos los vecinos: «Fémina de gracia sin par, que a Barrio Bajo supiste dar, blasón de galanura...» (aquí rumor de voces, choque de vasos y estruendosos «¡salud!»).

El certamen de belleza se había realizado en el tradicional auditorio de Radio Central. Fue la única vez que una representante de Barrio Bajo obtuvo ese título. Muñeca había salido triunfadora en una justa entre muchas bellas, entre las que sobresalía Nanette, de Barrio Acero, un barrio que —abusivamente— se autonombraba tradicional; también Juanita Regalado, cuya cintura de avispa podía ser encerrada entre el índice y el pulgar de una mano, quien terminaría como esposa del gobernador de la ciudad; además, Cuchita del Solar, bella y letrada, estudiante de periodismo en ese tiempo, carrera que luego seguiría como narradora de noticias en televisión, y muchas otras.

Ni bien Muñeca dejó este mundo, los cuatro viejos se dedicaron a buscar un ataúd adecuado. Visitaron las diversas funerarias que recorren la avenida Mayorazgo, frente a la Morgue Central. Pero no hallaron un ataúd barato y decente donde poner límite a las ilimitadas formas de Muñeca. ¡La que varios

años atrás había honrado al barrio no conseguía un ataúd decoroso ahora que había muerto definitivamente, de principio a fin! Estaba visto que algunas veces la pobreza no permitía devolver los honores recibidos. Por ello, muchos criollos hacían avanzar sus penas a paso de tres por cuatro, en ritmo de vals: «La pobreza mancilla honores, pero en medio del fango brilla la gema del amor» (rumor de alguien que en el fondo del bar se aclara la voz, que amenazaba con romperse en un llanto de pena).

Nadie había podido presentarles un ataúd decente a cambio del puñado de monedas y billetes arrugados que los viejos lograron reunir luego de esculcar bajo sus colchones de paja, vender trastos y finalmente pedir prestado con promesas fementidas. Al final, andando y andando, recalaron en la funeraria del Vampiro. ¿Sería cierto lo que se contaba de él?; la gente aseguraba que la historia había saturado las crónicas rojas de la época, veinte años atrás.

Marcos avanzó en la penumbra cerrada de la funeraria del Vampiro, siempre a oscuras y olorosa a madera podrida, seguido por Rómulo, Cleto y Lucio. Avanzaron tanteando en la oscuridad, calculando el lugar de la puerta de la oficina, donde Marcos golpeó con los nudillos. Finalmente, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, comprobó que estaba golpeando la frente marmórea del Vampiro. ¿Sería cierto que les hacía el amor a los cadáveres de mujeres hermosas que traían para maquillarlas antes del velorio? Por si las dudas, no había que dejar a Muñeca ni un minuto a solas con este degenerado.

Para eterna vergüenza de los otros funerarios, el Vampiro fue el único que pudo ofrecer un ataúd al precio que ellos podían pagar. Aunque es justo indicar que se trataba de un ataúd de madera endeble (Muñeca era frágil e ingrátida), con una delgada capa de barniz diluido (Cleto podía robarse un poco de barniz para darle otra pasada).

Toda la noche, los cuatro permanecieron en el velorio. Primero tuvieron que esperar que por la tarde el dueño de la imprenta, el chino Lam, anunciara con profunda pena a sus empleados que había acabado la jornada, que se fueran todos, para que entonces los viejos, subrepticamente, trajeran cargando el ataúd con Muñeca. Lo hicieron pasar por sobre las resmas de papel bond del primer piso, por sobre la máquina cortadora malograda y, finalmente, lo subieron por la escalera de mármol de ochenta y dos escalones, cuya estructura crujió con desesperación.

En algún momento, Marcos volvió a dejar brotar la canción. Movié el brazo entablillado con gutapercha del viejo tocadiscos, llevó la aguja hasta el acantila-

do del disco y desde allí lo dejó caer rebotando: «Muñequita linda... de cabellos de oro... de dientes de perlas... labios de rubí...». La bombilla de la habitación se descolgaba desde el alto techo, tan alto que se había quedado cansada a medio camino, por lo que su fulgor mortecino no llegaba del todo hasta esas figuras delgadas que de rato en rato se movían, caminaban, trastabillaban y se iban corriendo por las paredes.

Muñeca. Muñeca. Marcos miraba a sus amigos: Lucio lloraba sentado cerca de la ventana, Cleto volvía a pasar una franela al barniz que aún parecía algo húmedo, Rómulo volvía a encender las velas que se apagaban. Afuera, en las calles cercanas, la noche se había quedado detenida a las nueve en punto y ya no quería avanzar por nada del mundo. «Las penas hondas duran más en el alma del menesteroso» (una tos trabajosa se estira por sobre mesas con vasos llenos de ron, mientras la guitarra teje bordones extraviados).

La noche del concurso de belleza, el centro de la ciudad estuvo más iluminado que de costumbre porque el gobernador iba a presidir el certamen. El amplio auditorio de Radio Central terminó por repletarse de invitados, políticos y periodistas a eso de las nueve. La gente —sobre todo la que no asistió— contaría después que hasta los vecinos de otros barrios siguieron, aplaudiendo y dando vivas, al carro alegórico donde al final se retiró la triunfadora Muñeca, flanqueada por sus damas de honor. La noche de ese día —desconcertada por el alcohol efusivo y la música incansable— perdió el paso y duró casi lo que tres noches en Barrio Bajo, en medio de fiestas en la municipalidad y en las calles.

Pero ni esa prueba de jerarquía había servido para algunos, o algunas. Sobre todo para los de Barrio Acero, quienes encumbraban a la Nanette, supuestamente traída de Francia. Por ese motivo se registraron escaramuzas entre los vecinos de los dos barrios, especialmente en las celebraciones de Fiestas Patrias. Marcos y los otros tres varias veces habían debido hacer frente a punta de escobazos a varios viejos de Barrio Acero quienes, ayudados por una sarta de maleantes, sifilíticos, tuberculosos, lúmpenes y sidosos pretendían dejar establecido que la Nanette era superior cuando se trataba de dar amor a los desvalidos. ¡Habrás visto!

¿Pero cómo se iba a comparar esa meretriz de plástica bajeza con la Muñeca de ellos? La Nanette, en la actualidad, era ya solo un despojo pintarrajeado que arrastraba sus años otoñales entre viejos alcohólicos y drogadictos. No era como Muñeca. Aunque es de hidalgo reconocer que la Nanette era de buena factura, traída de Minnesota y no de Francia (como se especulaba equivocadamente

debido a su nombre de batalla y a su pasión por los perfumes de ese país); pero su naturaleza ramplona dejaba notarse en que había formado parte de un lote ya acabado, de los que alguna vez se envió a Vietnam para apaciguar los ánimos venéreos de los soldados. Por ello mostraba sin pudor numerosas mordeduras en el cuello y en los muslos, que felizmente no habían llegado a desgarrar toda la piel.

Muñeca había llegado al país dentro del maletín de piel de cocodrilo de un contrabandista panameño que venía de Miami. En una kermés en favor de los enfermos de la Asociación de Ex Combatientes del Cuarenta, Marcos había oído el comentario: el contrabandista ofrecía «una hembra de primera, de las fácilmente inflables», traída de Estados Unidos —nada menos—, ese gran país. Solo después de varios tragos, se animó a pedir la dirección.

Al otro día, luego de su turno de ayudante de almacén en un ministerio —aún no se había registrado la ola de despidos en las instituciones públicas—, fue a visitar al contrabandista. Este le dijo que Muñeca era de un material que ya no se usaba, porque justo después de ella se prohibió su libre comercialización, para usarlo solo en la fabricación de trajes para astronautas de la NASA. Habló maravillas de Muñeca, de sus bondades, de sus costumbres; pero lo que más convenció a Marcos fue el rostro perfecto y las formas finas de ella. Se enamoró sin remedio.

No quería dejar pasar la oportunidad y trató de conseguir dinero a como diera lugar. Si vendía lo poco que había juntado en toda una vida de 67 años —lo cual, bien apretado, cabía en un costal de avena Tres Chanchitos—, con las justas llegaba a la cuarta parte del precio. Al final se le ocurrió: si puede darme amor a mí, también podría dárselo a otros. Claro que a conocidos, a gente respetable como él, y no a zarrapastrosos como los de Barrio Acero. Y fue a buscarlos.

Dos días después se apareció donde el contrabandista, con los otros tres viejos, quienes deseaban ver con sus propios ojos a Muñeca. Solo bastó unos minutos para que todos estuvieran de acuerdo. El contrabandista volvió a soltar su *speech* sobre la piel y los astronautas. Y añadió que, debido a la mezcla usada en ese material, tenía un calorcito bien rico: “Toquen, toquen”. Los viejos tocaron con dedos trémulos y —«sí, sí, claro»— sintieron que adentro latía un corazón amoroso, mientras afuera resplandecía ese rostro, esos ojos y esa boca siempre a punto de hablar.

La trajeron en una caja de cartón plastificado de 30 x 30 cm. Fueron al cuartito donde dormía Marcos y allí, desesperados por verla crecer, soplaron y

soplaron hasta casi dejar la vida en el esfuerzo. Luego, al apreciar todo ese continente erguido vibrando frente a ellos, concluyeron que era más bella de lo que les había parecido al inicio. Acordaron que la rotarían, cada uno de los cuatro la tendría una semana.

El único problema que advirtieron más adelante fue que en los instantes de pasión, cuando después de perder la cara entre sus cabellos rubios alguno de los viejos acezaba empujado por la fuerza que tanto había demorado en reunir, de pronto esta parecía acusar recibo de un poco de agua fría cuando veía, justo detrás de la oreja izquierda, la etiqueta que algún diseñador inconsciente había decidido colocar precisamente allí: *Made in USA*. Pero con el tiempo llegaron a acostumbrarse a ello, como a tantos caprichos de Muñeca.

Durante estos años, Muñeca también había ido envejeciendo, aunque —claro— en ella era menos ostensible que en ellos. Sus ojos adquirieron un relente de vaga pesadumbre, porque la vida se había tornado mucho más dura en el país. Algunas veces Marcos la dejaba sentada mirando la calle a través del tul de la ventana, y a ella se le humedecían los ojos al advertir tanta pobreza, al ver pasar alguna manifestación de despedidos, uno que otro asalto, y al comprobar cómo el barrio se había ido viniendo cuesta abajo. En sus pestañas temblaban algunas lágrimas. No era la garúa de la ciudad, sino lágrimas, que ella trataba de disimular. Es que todo se iba deteriorando y la gente debía hacer lo indecible para sobrevivir: trabajar en más de un lugar, escatimar gastos y muchos hasta armar negocios de venta de comida a las puertas de sus casas, adonde nadie acudía.

Y últimamente los cuatro viejos habían sentido que, cuando Muñeca hacía el amor con ellos, se quejaba de la espalda, específicamente de dolor a las costillas. Siempre había padecido de dolores a la espalda. El contrabandista mismo les había confesado que ella, antes, había vivido —brevemente, es cierto— con un coronel norteamericano alcohólico, mutilado en Corea, que la golpeaba. «La belleza no condice su existencia con el hedor del fango» (ruido de una botella de licor que cae rota al suelo y su contenido se derrama por entre el aserrín).

Entre los cuatro viejos, Lucio era el más temperamental y bebía mucho. Desde joven había sido así. Marcos podía dar fe de ello, porque lo conocía desde los años cincuenta, época en que Lucio entró a trabajar en el mismo ministerio. Luego, cuando se divorció y más adelante sus hijos ya no querían saber nada de

él, Lucio se había hecho más amigo de Marcos. Ahora se dedicaba a lavar platos en la trastienda de un restaurante chino. «La ingratitud te aplasta, pero no te puede matar» (alguien llora, y otro lo calma dándole palmadas en el hombro).

Por su parte, Cleto era el que menos requería a Muñeca, debido a sus problemas de la próstata, que se le inflamaba con solo orinar. Culpa de las caminatas seguramente, porque Cleto se dedicaba, junto con Rómulo, a comprar y vender trastos y fierros en un triciclo. A lo que conseguían le daban una lijada y una mano de pintura y lo revendían a los negociantes de los mercadillos. Varias veces, cuando Marcos había ido a ver a Cleto durante su semana de suerte, lo había hallado mirando por la ventana de su cuartucho, con Muñeca vestida y sentada en una silla, solo dialogando con ella, sobre el tiempo, las inundaciones en el norte del país, el alza del dólar; sobre tantas cosas.

Hasta que hace dos días por la tarde, justo después de que Marcos acababa de frotarse con unguento la rodilla derecha que solía dolerle por el frío, llegó Rómulo corriendo a la imprenta. «¡Se nos muere. Muñeca... se nos muere!».

Ambos fueron corriendo hacia el cuarto de Lucio, ubicado en una miserable quinta de casas detrás de un mercado. Y mientras corrían, acezando, deteniéndose a ratos para tomar aire, palmeándose el pecho, Cleto le había informado: Lucio, que por esa semana tenía a Muñeca, había llegado borracho a su habitación y se había puesto a bailar y a beber ron con ella, profiriendo lisuras contra el gobierno y pretendiendo tratarla como a una simple pelandusca: «Ya sabes cómo es él cuando está ebrio». Cansado y triste —se le daba por llorar y hablar de su familia ingrata cuando bebía—, Lucio se había puesto a bailar con ella. Había olvidado que cuando a Muñeca la trataban mal, se enfadaba y decidía no hablar. Además, ella nunca bebía —el licor le producía gases— y aborrecía el lenguaje procaz de los borrachos. Lucio, irritado y luego sollozando, le había pedido que le dijera que lo quería, pero que lo quería como a un verdadero hombre y no como a un viejo solitario que habla consigo mismo. Mas como ella se mantuviera en silencio, ciego de ira y de alcohol, le había propinado una feroz dentellada en el cuello.

«Se nos muere...». Entraron al cuartucho y Marcos advirtió la dimensión de lo sucedido. Desde el primer vistazo, supo que ya no había nada qué hacer. Ella

se moría, sin remedio. El aire se escapaba, entreverado con la vida y el ánimo de Muñeca.

Estaba echada sobre un viejo sofá destartado, con las ojeras acentuadas y más pálida que nunca. A su lado, arrodillado, sin camisa y solo en biviér, que dejaban ver el torso raquítrico y la piel con pecas de senilidad, permanecía Lucio, implorando: "Por favor, perdóneme, Muñeca".

Muñeca lo miraba y, sin decir nada —no era necesario, sus ojos lo decían todo—, lo perdonaba. También miró a los recién llegados y pareció querer hablar. «Calla, no hagas ningún esfuerzo», le dijo Marcos, y se dedicó a revisar la herida. En un vano intento, le pusieron un retazo de gasa, cola gel, un poco de alcohol y hasta vendas reforzadas, pero nada. Se les moría.

Más tarde llegó Rómulo. Cuando abrieron la puerta para dejarlo entrar, vieron que afuera se arracimaba mucha gente, muchos vecinos solidarios en el dolor, con expresión contrita; algunas mujeres rezaban murmurando bajito. «El dolor de los de abajo se comparte cual si fuera oro» (la guitarra desgrana sus notas mientras se oye que alguien abre otra botella de ron).

Al día siguiente por la tarde, poco antes de la hora de llevar a Muñeca al camposanto, Marcos echó la última mirada a través de la ventanita del ataúd. Ella estaba vestida con su traje rosado de domingo, ese de falda hasta las rodillas y saco corto, y tenía los ojos, ¡ay! definitivamente cerrados. Le parecía extraño verla así, porque ella ¿cuándo había cerrado los ojos? Siempre los había mantenido abiertos, ya fuera de noche o de día, a solas o en compañía; sus ojos siempre habían envuelto con la luz de su mirada lo que la rodeaba: cuartuchos malolientes, trastos miserables, gatos derrengados y viejos solitarios.

A eso de las cinco de la tarde, un poco retrasados porque Cleto demoró en conseguir corbatas negras para él y Rómulo, los cuatro salieron con el cortejo. Abandonaron la imprenta por el portón de fierro y se encaminaron hacia la avenida Grau.

Marcos y Cleto iban adelante, Rómulo y el inconsolable Lucio, quien no cesaba de llorar, seguían atrás. Iban con el ataúd en hombros, muy lentamente debido a la exigencia de las circunstancias y sobre todo a la incertidumbre de sus piernas. A su paso, habían salido los vecinos a las puertas de sus casas, a las azoteas, mientras un grupo numeroso formado por adultos, niños y perros seguía detrás en silencio. La masa inundó la cuadra cinco de la avenida, donde un desconcertado policía de tránsito demoró más de la cuenta en hacer sonar su silbato para que los vehículos dejaran pasar el cortejo. La gente que observaba desde

las veredas permaneció un buen rato viéndolo alejarse calle abajo, por entre los edificios sucios de hollín, hasta que se convirtió en una mancha a lo lejos, un poco de humo en el aire y finalmente hizo iplop! y desapareció del todo.

Ahora que todo había pasado, los vecinos del barrio volvían a salir por las noches a la puerta de sus casas, con la excusa de tomar el fresco, y se quedaban oyendo la música que puntualmente se derramaba desde la ventana del viejo Marcos: «Muñequita linda... de cabellos de oro... de dientes de perlas...». La música se desperdigaba con la misma lentitud de siempre, pero ahora con mayor peso, como agua de lluvia que bajara por las paredes sucias arrastrando tierra y hollín. Adivinaban al viejo volviendo a poner el disco, bailando solo en un rincón oscuro, pero creyendo que volvía a bailar en el centro del cuarto, que apretaba una cintura estrecha y perdía su rostro entre unos cabellos largos y rubios, besando, mordiendo y creyendo también que volvía a sentir eso que había sentido no hace mucho: lo que alguna gente llamaba la felicidad y que ya no sentiría jamás porque el amor, el verdadero amor, se gozaba solo una vez en la vida. (¡Salud!).

(De *Muñequita linda*. Lima: Jaime Campodónico / Editor, 2000)

DANTE CASTRO

Dante Castro Arrasco nació en Callao en 1959. Ingresó a la Universidad Católica en 1977 y egresó de la Facultad de Derecho. También realizó estudios de Antropología.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Otorongo y otros cuentos. Cuentos. Lima: Lluvia editores, 1986.

Parte de combate. Cuentos. Lima: Ediciones Maguaré, 1991.

Tierra de pistacos. Cuentos. La Habana: Premio Casa de las Américas, 1992.

SHUSHUPE

Resbaló sobre la superficie húmeda del tronco que hacía de puente entre la trocha y el rocotal. Quiso sujetarse pero las manos también resbalaron. Crisóstomo cayó pesadamente en medio de la vegetación que cubría la acequia de aguas estancadas y uno de sus pies desnudos tocó aquel cuerpo blando, de escamas gruesas, cuyo contacto le hizo lanzar un alarido de pánico a la vez que se desesperaba por salir hacia el camino. El machete había desaparecido entre la hojarasca que formaba un colchón natural sobre la zanja y, en medio de la maraña de totorillas, ya se alzaba el cuerpo oscuro de dibujos perfectos en posición de ataque.

Crisóstomo logró cogerse del puente y salió por fin hacia la pampa recién quemada, esquivando las raíces ennegrecidas que obstaculizaban su fuga. Se dejó llevar por la bajada que lo traía acelerado, como su corazón, hacia el tambo donde acostumbraban descansar los jornaleros esperando el refrigerio de las seis.

—Míralo al Crisóstomo, óe... —comentó Manuel, arrugando el rostro enjuto en gesto burlón.

—Corriendo como endiablado viene ¿no?... ¿Qué habrá hecho con la herramienta? —habló Sebastián, chascando la lengua contra su bola de coca.

Algunos del grupo creían adivinar de qué se trataba. «Lo mismo de siempre», murmuró alguien bajo la penumbra. Meneaban la cabeza, sonreían. El hombre que se veía pequeño a lo lejos se acercaba sudoroso calmando el trote, tratando de aparentar serenidad frente al grupo.

—¿Otra vez, cho... ?

—Otra vez, pues. Me ha vuelto a sorprender —se rindió al fin avergonzado por las risas de los compañeros de faena.

—¿On' tá tu machete? Seguro que lo has abandonado sobre el sitio de nuevo. —dijo Manuel mientras afilaba el suyo con una lima oxidada.

La lluvia había empezado a mojar las quebradas cubiertas de selva y los cafetales de los colonos. Los jornaleros, con plásticas sobre los hombros, se dirigieron hacia la cabaña de Manuel para tomar el café de las seis y luego retornar cada uno a sus pagos.

—¿Cómo así, pues, te dejas sorprender? —le preguntó Pancha, la mujer de Manuel, mientras preparaba el refrigerio entre el olor de la leña y la ceniza.

Los goterones implacables arrancaban a las calaminas un sonido estremeceador y parejo, comparable con la creciente súbita del río. Pancha sacó yucas humeantes de la olla y las ofreció en un plato que fue corriendo de mano en mano; se rió de los dos perros y del gato que se acurrucaban juntos bajo la cocina de leña. Sirvió café en anchas tazas de plástico y volvió a reír.

—Maricones son los hombres —dijo sonriéndole a Crisóstomo— Pensar que el otro domingo maté una faninga con la escoba nomás.

—El michi la habrá matado —le respondió la voz de Sebastián con los carrillos llenos de yuca cocida. Todos rieron menos Crisóstomo. Manuel tampoco quiso reír.

—La faninga no es culebra peligrosa, pues. A ver, quisiera verte con la que lo asusta a Crisóstomo —dijo a su mujer—. Esas cosas no son pa' andarse burlando. Nadies tiene miedo porque quiere.

En la oscuridad el cielo escampaba y los hombres iban retirándose con las plásticas recogidas y las herramientas al hombro. Crisóstomo se quedaba a dormir como siempre, junto a la cocina de la cabaña, mientras Manuel y Pancha subían al altillo para pasar la noche. El río bramaba furioso arrastrando rocas en medio de la crecida.

—Mañana vas a tomarte el día libre, Crisos... —dijo Manuel antes de subir al altillo con su mujer— ... Solo quiero que recuperes la herramienta y recojas del rocotal un saco de maduros. De ahí te vas pa' la otra banda a visitarlo a Vega. Llévale ese regalo al viejo. Seguro que él te puede ayudar.

Lo miró con lástima antes de subir. Crisóstomo, herido en su amor propio, quedaba allí junto a los perros y el gato para compartir el calor de la cocina y el perfume de las cenizas. Se revolvería toda la noche tratando de dormir, escuchando sapos y chicharras, sobresaltándose con los ladridos de los perros que avisan el paso de alguna fiera o de la carachupa ladrona, rememorando en sueños de pesadilla la imagen de la shushupe dispuesta a morderlo.

El día despertó con amago de diluvio. Las cumbres selváticas se hallaban cubiertas por la densa neblina mañanera y el río había dejado de crecer, manteniéndose parejo el caudal de aguas ocreas. Crisóstomo cargaba un saco de rocotos suspendido mediante la vincha que rodeaba su frente. Había pasado por el puente de metal a la otra banda de río y cogió la subida que conducía a la

cabaña de Alfredo Vega. El viento se llevaba los nubarrones negros hacia los cafetales de Tambo Real, donde seguramente iba a llover.

—Me traes rocoto como pa' un ejército —le dijo Vega viéndolo llegar, mientras desgranaba el maíz en posición de cuclillas.

Vivía solo, sin más compañía que sus perros chuscos, en esa choza que nunca conoció mujer. Crisóstomo descargó el saco junto a uno de los poyos de argamasa y piedra que sostenían la vivienda.

—Buenas, don Alfredo... Este rocotito se lo mandan los Olorte.

—Ven pa' que me ayudes a desgranar. Así la muerte no te agarra ocioso.

Crisóstomo tomó el tronco donde picaban la leña para usarlo como asiento. Con manos expertas empezó a desgranar las mazorcas sobre los sacos vacíos que don Alfredo Vega había tendido en el piso.

—Dicen que las penas se confiesan mejor desgranando maíz. Mejor que el cura en su confesionario... Debería desgranar maíz y así termina confesándonos a toditos los de por acá.

—¿Qué cosas dice usted, don Alfredo? —contestó Crisóstomo con la mirada en las manos que iban dejando desnudas las corontas.

—¡Mejor por qué no me cuentas tu pena, Crisos? Así en un ratito acabamos con todo este fruto de Dios y me entero de tus tristezas. Vamos a ver quién gana... Sigue desgranando ese poco con las manos, mientras que con la boca me vas contando de ese demonio que azota tu alma.

—De repente ya le contaron... Es la shushupe, don Alfredo.

Confesó Crisóstomo sonrojado ante la mirada inquisidora del dueño de casa. El rostro del viejo se arrugó en una sonrisa compasiva y sus ojos rasgados lo observaron con lástima. Cuatro manos competían desgranando.

—¡No te digo que el maíz es mejor para confesarse? Seguro que el animalito ese te persigue a donde vas. No te deja trabajar porque te espantas al verlo. La sangre se te enfría y el corazón quiere salirse de tu pecho... No sabes qué hacer, a pesar de que tienes el machete en la mano. Nada te libra de sus ojos. ¡No es así, Crisos?

—Parece usted adivino. Capaz ya le han contado.

—Soy algo más que adivino, mi amigo. No necesito del chisme para enterarme de cómo son estas cosas. Pero dejémonos de hablar de uno. Terminas estito nomás pa' que luego me acompañes al monte, aprovechando que todavía es temprano.

El hombre joven abría camino entre las ramas y lianas que cicatrizaban una trocha olvidada en medio del bosque. El hombre maduro pisaba sobre sus pasos con la escopeta calzada entre sus manos venosas y ambos subían la quebrada surcada por manantiales cubiertos de vegetación. Se agachaban, resbalaban, volvían a resbalar, pero nuevamente se incorporaban para recuperar el camino. Crisóstomo golpeaba con fuerza sobre los bejucos rebeldes y a pesar de que salieron con los cuatro perros del viejo, a ninguno se le veía. Solo en contadas ocasiones sentían ladridos en medio del follaje y el dueño identificaba al animal.

—Ese es mi Coronel. Por su ladrido sé lo que ha visto... Está acosando al rucupe en su guarida. Pensaré que hemos salido a cazar el pobre. Ojalá no se deje hacer daño, como l'otra vez.

—¿Y qué le hicieron al Coronel? —preguntó Crisóstomo con la respiración agitada.

—El rucupe pendejo le clavó los dientes en el hocico y casi me lo mata al perro. Le iba a suceder lo mismo que a mi Chino. El pobrecito Chino murió cuando el sajino le clavó los colmillos en la panza. El perro quería cortarle la huida al sajino, pero por mi vejez llegué tarde. Blanquito era el pobre, mi pichicito lindo.

—No se acuerde de cosas tristes, don... —dijo Crisóstomo sin dejar de machetear.

—Qué me haría sin mis perros. Ellos conocen los senderos del animal. Por ahí mismito se meten a seguirlo, agachaditos nomás pa' dentro. Si es venado o sajino, arman su laberinto en grupo, rodeándolo, mordiendo aquí y allá, jalando y tirando hasta que yo me ocupo de darle su bala.

—¿Pa' ónde estamos subiendo, don Alfredo? —preguntó por fin, deteniéndose y tratando de recobrar la respiración.

—Por curioso y flojo no debería contestarte... Más arriba, donde la selva se junta con las nubes, hay una meseta de piedras solamente. Una pampa de piedras con otra vegetación, donde se refugia el oso y el tigrillo. A veces he encontrado boa por ahí durmiendo. Seguro serás el segundo hombre que llega a ese lugar, después de mí. El sol tampoco asoma en esos sitios, porque hay árboles gigantescos cubiertos de lianas y de orquídeas como nunca habrás visto en tu vida. Pero sigamos subiendo para aprovechar el día.

Tras una hora de machetear, vieron de nuevo el sol en el claro de una cascada que descendía de altos roquedales. El ruido del agua amortiguaba sus pasos sobre las piedras cubiertas de musgo. Los hombres sudorosos se miraron con satisfacción.

—En esas peñas asoma el tigrillo por una vez. Luego ya no lo verás jamás, porque sabe que el hombre mata de lejos.

Vega silbó fuerte en varias direcciones. Del follaje intrincado y sacudiendo las ramas más bajas de la vegetación, aparecieron sus desnutridos perros con los lomos cubiertos de humedad. Con las lenguas afuera y respirando agitadamente, contemplaban a su amo. Dio una palmada y silbó algo inentendible para que los canes obedientes corrieran por la trocha recién abierta.

—Ahora sí mi amigo... Desde aquí andaremos solos —sonrió mirando la cara de incertidumbre de Crisóstomo. Vega se puso la escopeta a la bandolera y frotrándose las manos miró hacia la parte superior de la cordillera selvática: la parte más empinada y áspera del camino que aún les faltaba recorrer.

Para subir las manos se prendían como garfios de toda rama o liana gruesa, así como los pies buscaban acomodarse en cualquier saliente de los roquedales. Los hombres resbalaban y volvían a sujetarse de cualquier elemento que facilitara la ascensión. Bufaban y resoplaban como toros furiosos tratando de vencer los obstáculos naturales y el machete de Crisóstomo relució en escasas oportunidades.

Luego de ganar la cumbre, Crisóstomo supo que lo que había detrás de aquella cadena de montañas donde los colonos sacaban algunas cuadras al monte, no era ninguna pendiente inclinada como podía suponerse desde abajo. Ante sus ojos se extendía una meseta de selva tupida rodeada por otras crestas de cordillera, igualmente cubiertas de espesura. Don Alfredo Vega miró regocijado la sorpresa que causaba el descubrimiento al colono.

—¿Cuánto tiempo habremos hecho hasta acá? —preguntó el viejo.

—Más de tres horas.

—Entonces vamos apurándonos... No vaya a ser que la lluvia nos coja por confiados.

Descendieron agarrándose de lianas secas los pocos metros que había de diferencia para alcanzar la llanura selvática. El terreno era seco, pedregoso. Las piedras se deshacían con solo tocarlas y la vegetación, compuesta por árboles diferentes a los que anteriormente conociera, no permitía ver el sol sino por tenues haces de luz. El follaje no era tan intrincado como en las tierras más húmedas y por eso el machete fue de escasa utilidad para avanzar entre los claros. El novato caminaba por sendas naturales entre troncos fabulosos rodeados de lianas y de neblina, absorto contemplando las orquídeas que se cultivaban solas en los troncos podridos por la lluvia. Con los brazos acibillados de picaduras separaba las lianas colgantes y seguía avanzando sin percatarse de que su acompañante se había rezagado. Vega, desde un rincón del bosque, trataba de escuchar los pasos de Crisóstomo mientras encendía un cigarro de tabaco fuerte. Entonces empezó a silbar tenuemente, casi sin arrancarle sonidos a su dentadura incompleta, en diferentes tonos acompasados. Absorbía el humo del tabaco y lo botaba inme-

diatamente con energía. Siguió silbando, cambiando paulatinamente de ritmo, acelerando el compás para luego disminuirlo y convertirlo en un susurro monótono. De pronto oyó el grito desgarrador del compañero. Sonrió.

Separando raíces aéreas y bejucos, llegó hasta el lugar desde donde había partido el grito. La selva se tornó silenciosa y ni los pájaros más pequeños se movieron de sus ramas. Allí vio la figura de Crisóstomo paralizada y con la mandíbula trabada en un gesto grotesco de pánico. El machete yacía a un costado. A su alrededor zigzagueaban cerca de una docena de shushupes, con su piel oscura de hermosos dibujos de ochos. La más grande se erguía en posición de ataque, con las fauces abiertas y enseñando el juego de colmillos venenosos desde los cuales caía una baba gruesa hasta el piso de piedra volcánica. El viejo sonrió a prudente distancia, al ver a su amigo paralizado frente a las víboras.

—No se mueva pa' nada, mi amigo... Sereno, quietecito nomás... Ni pestañees.

Desde aquella distancia de diez metros, sobre el claro natural de la meseta, Vega empezó de nuevo a susurrar algo en lengua yanasha. Crisóstomo trataba de reprimir el temblor de sus rodillas juntas, en posición de firmes. Vega silbaba y fumaba llenando la selva de humo amargo. Subió de pronto el tono de los cánticos guerreros y ante los ojos aterrorizados de Crisóstomo, las serpientes iban retirándose de una en una, menos la más grande que conservaba alerta su postura de ataque.

—Quietito, jovencito. Quietecito sino me arruina toda la operación. No se me vaya a escapar la más treja...

Desenfundó el cuchillo y cortó una rama verde y larga que crecía con otras entre el manto de rocas pulverizadas. Botó el tabaco sin dejar de silbar y, paso a paso, se fue acercando al hombre acechado por la serpiente. La vara flexible cayó certera sobre la cabeza del reptil, como un látigo. El segundo golpe fue del todo inútil.

El viejo Alfredo Vega, sin pérdida de tiempo, abrió de largo a la shushupe muerta y llamó al muchacho. No quiso acercarse presa aún del miedo.

—¡No ves que ya está muerta, hom...? ¡Hasta muerta le tienes miedo a la culebra! ¡Ven de una vez pa' curarte!

Con cautela y luego con rapidez caminó Crisóstomo hacia donde estaba el viejo acuciado. La serpiente, abierta de par en par, enseñaba sus entrañas. Dentro de ella yacía una ardilla alargada y cubierta de babas espesas.

—La hemos agarrado antes que se echara a dormir una siesta larga. Todavía la hubiéramos salvado a la ardilla, si llegábamos antes.

Vega le extendió algo sanguinolento, de forma alargada, al joven.

—Es su corazón todavía vivo... Trágatele, hom... Este es el fin de tus temores. Desde ahora la shushupe correrá de tu presencia y te dejará pasar sin molestarte... —le extendió el corazón.

Algo asqueroso que todavía se movía, crudo y sanguinolento, con una mucosa amarga a su alrededor, se deslizó lentamente por el paladar de Crisóstomo. Difícil de tragar, quiso devolverlo o vomitar en arcadas, sacudido por el escalofrío y las náuseas que se apoderaban de su cuerpo. Pero hubo decisión de no seguir huyendo de la víbora, más pudo la mirada del viejo Alfredo Vega que su propio asco. Haciendo un último esfuerzo para sobreponerse a la náusea y con los ojos lagrimeantes, deglutió el órgano del ponzoñoso animal.

—Eso es, mi amigo. Eso es... Te acordarás de este viejo para siempre, cada vez que la veas a la shushupe huir de tu presencia. Sácate la camisa y déjala por ahí cerquita nomás, pa' que su pareja se revuelque un rato. Si no puede perseguirnos buscando venganza.

El trueno les recordó que debían volver a casa. Los páucares chismosos anunciaron desde sus nidos colgantes que dos hombres regresaban por donde vinieron. Antes de ascender a la cresta, Crisóstomo volteó a mirar el sitio donde quedaba abierto el cuerpo de la víbora. Pero ya no estaba allí el animal despanzurrado por el cuchillo del cazador: en su lugar se hallaba tendido un cuerpo humano, abierto por un tajo que bajaba desde la barbilla hasta el pubis, exhibiendo sus entrañas bajo el haz de luz que se filtraba en el claro del bosque. Las hormigas anayo comenzaban a dar buena cuenta de él. Era solo un pobre infeliz con su mismo rostro: el rostro de Crisóstomo.

(De *Tierra de pishtacos*. La Habana: Premio Casa de las Américas, 1992)

ENRIQUE PROCHAZKA

Enrique Prochazka Garavito nació en Lima en 1960. A partir de 1978 cursó estudios en los programas de Filosofía y Antropología de la Universidad Católica.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Un único desierto. Cuentos. Lima: Australis, 1997.

En los misteriosos depósitos de la Puntanada,
vuelve a un error tan, quizá no sea,
que se puede equivocarse de ser en quien creemos.

Lima, Perú

Los abuelos y el nieto de un día de Carrado de Maravilla, y he aprendido que se escribe mi historia en un alfabeto que no sé si recuerdo, pero no me quedará en la mente del rey rubio: no con los Tama me creas, con la memoria bruta de los marañones de la zona. Cuando pudiese hacerse, hacerme su pasajero; pero una cosa son desmemorias y la muerte de un caballo no arremendará el error que el rey ha cometido.

Mañana reproduciré el libro por última vez hasta su origen. Habré completado mi círculo y entonces el Zodiaco completo el sur, los que quedan a cargo de mi obra serán el Hades y Hades sobre mi nombre. Pero un año me basta. Ya he vivido mil años.

El medallón es de bronce y cubre la palma de mi mano. No es raro que Carrado; en su infancia de la yestada, hurre mi insignificante nombre con un retiro oculto de sus amigos. Ni siquiera fui yo quien lo usó. Pero quedo del

EL PORQUERIZO

(Relato eslovaco de origen impreciso atribuido a Frantisek Palacky. Versión en español de Norbert Pséncik, S. D., con J. y E. Prochazka)

*Los pasos que un hombre da,
desde el primero de sus días hasta el último,
dibujan en el tiempo una inconcebible figura.
La Inteligencia Divina intuye esa forma de inmediato,
como los hombres intuimos un triángulo.*

Jorge Luis Borges

*En las misteriosas disposiciones de la Profundidad,
¿quién es de veras Zar, quién es rey,
quién puede enorgullecerse de ser un mero sirviente?*

Léon Bloy

I

He aceptado el medallón de manos de Conrado de Mazovia, y he aceptado que se escriba mi historia en un alfabeto que no sé si recuerdo, pero no me quedaré en la corte del rey polaco: no con los Tátra tan cerca, con la memoria fresca de los manantiales de la Biala. Conrado pretende honrarme, hacerme su consejero; pero mis años son demasiados y la muerte de un caballero no enmendará el error que el rey ha cometido.

Mañana remontaré el Odra por última vez hasta su origen. Habré completado mi círculo y, antes que el Zodíaco complete el suyo, los que queden a cargo de mi piara rezarán el Halotti Bészéd sobre mi tumba. Pero un año me basta. Ya he vivido suficiente.

El medallón es de bronce y excede la palma de mi mano. No es raro que Conrado, en su atolondrada gratitud, honre mi insignificante nombre con un retrato ecuestre de mi enemigo. Ni siquiera fui yo quien lo mató. Poco quedó del

cadáver, pero nadie de las casas de Arpád o Przemyslid podrá haber dejado de reconocer —es decir, de odiar— la cota y las armas del caballero Rudolf von Wiese, preste de la Cristiana Orden Teutónica, sobre la que escupo, como antes lo he hecho sobre los huesos destrozados de Rudolf.

El nombre de mis padres fue Procházka. Si tuve algún otro cuando pequeño no lo recuerdo. Nací en la Biala, en el último año de reinado de Kalmán el Bibliófilo, de la Casa Arpád. En la vecina Bohemia reinaba el infame Híndrik Przemyslid, quien decía descender del mismísimo Wenceslao. (He vivido cien años ignorando estas cosas: permitan que un anciano desordene lo que está escrito, con lo que sabe.)

De niño cuidé las ovejas y los cerdos de los Procházka cruzando, todos los días, de una a otra vertiente de los Tátra. De mi madre aprendí la lengua bohemía y el magiar de mi abuelo, que insistía en que adorara con él a la Blanca Dama de las montañas y mataba a los misioneros enviados por el duque Boleslao. En una boda me arrojaron al futuro lecho nupcial entre los novios, que así asegurarían su descendencia. Un rumor de caballos y unos gritos atroces llenaron la aldea. Entre ladridos de perros y cuerpos descabezados huí y me refugié en la erizada montaña. Pero los wiking tenían mastines y yo era solo un niño. Una mano monstruosa me arrancó de las rocas, un gigante alzó mis ropas hasta ahorcarme, un dogo se abalanzó a morder mi cara. La Blanca Señora ha de haber intervenido, porque todo cesó: fui vendado, atado y arrojado de vientre sobre un buey. Yo alcanzaba a saber que los Wiking —los Rus, como ellos me enseñaron después a llamarlos— rara vez mataban a sus prisioneros. Entonces, supongo, juzgué que sería mejor morir con mis padres que ser esclavo, pero por ese secuestro aprendí a leer las runas y conocí la más grande de las ciudades.

Nada recuerdo de ese primer viaje con los Rus. Debemos haber cruzado valle tras valle durante el otoño, hacia el oriente, para luego entrar a la helada estepa y atravesarla hasta Kyeb. En pago a una apuesta me pusieron al servicio de Hrollaf, hijo de Karni. Hrollaf era un wiking bajo y regordete: cuando fui más alto que él me dio a mi primera mujer, una sármata de Crimea. Recostada en los pastizales, aquel verano, ella me habló de cómo imaginaba a Miklagaard, la ciudad que unía el Cielo con la Tierra.

Hrollaf encabezaba un clan de comerciantes rus que bajaba todos los veranos por el Dnépr hasta el mar, poco antes de la boca del Ister, al puerto de Odessos. Desde niño me llevaron con ellos. Estibábamos cera, miel y pieles, que cambiábamos allí por aceite y vino. Los otros esclavos aseguraban que en verdad los Rus comerciaban con una ciudad divina, a la que nunca llevaban a sus siervos.

El trayecto era peligroso, porque en la estepa acechaban las tribus polovstianas y los temibles Petcheneg. (Entonces se decía que comían carne humana: ya

no estoy tan seguro.) A veces se ahogaba un rus en alguno de los siete rápidos. Cierta vez, en Aifor, la cuarta y más ardua de las cascadas, salvé de morir al imberbe Frithleif, hijo de Hrollaf; el astuto muchacho me pidió a su servicio y su padre accedió. Yo desesperé: en una incursión hacia el este, contra territorio Petcheneg, los esclavos de Hrollaf murmuraban que su amo tenía pensado llevarlos a través del mar hasta Miklagaard y a su templo, donde cabrían mil drakars. Frithleif quedaría en Odessos esperando a su padre con algunas naves... y conmigo. Hrollaf partiría al alba, cuando volviéramos al gran río. Mi furor creció con la oscuridad: yo quería ver Miklagaard, conocer sus palacios, sus tesoros y sus príncipes. Mientras Frithleif torturaba a un prisionero petcheneg descubrí que podía entender los juramentos del infeliz, apenas diferentes a los de la lengua de mi abuelo magiar. Logré hablar con el turquí: me dijo que era mejor hombre que yo y mejor hombre que el rus, pues era logoteta en la corte de Constantinopla, cosa que no entendí pero que me enfureció y llenó de envidia. A una pregunta de mi amo respondí que el prisionero me había retado a duelo. Su sorpresa al verse liberado entre risotadas y con su puñal otra vez en la mano lo demoró y pude acabarlo. Frithleif me permitió guardar el puñal. Yo, en secreto y con mis manos aún temblando de muerte, determiné hacerme algún día logoteta en la corte de Constantinopla.

Otras decisiones pesaron más sobre mí. He dicho que Frithleif era joven: en verdad teníamos parecida edad y nos habíamos criado con los mismos juguetes. Apretando el puñal petcheneg en mi mano, Frithleif me declaró hombre libre. Ahora yo era un rus, y Hrollaf me enseñaría el secreto de las runas.

Repetimos el trayecto de Kyeb hasta Odessos durante años. Mi habilidad con la lengua turquí me salvó en muchas oportunidades. Subiendo cierta vez por el río hicimos un campamento como tantos otros, y abrimos uno de los odres de vino. Hrollaf aseguró a todos que en el próximo viaje Frithleif y yo llegaríamos a Miklagaard. El gozo de saberlo despertó el recuerdo de una segunda promesa, y debo haber ocultado el rostro, pues Hrollaf demandó si acaso no era el suyo un anuncio jubiloso. Le expliqué que, en efecto, lo era, pero que lo que yo más ansiaba era conocer la corte de Constantinopla. La carcajada del rus anegó la estepa: Miklagaard era Constantinopla, la doblemente fabulosa ciudad de mis sueños, y para visitarla solo era necesario que me postrara y adorara al dios de los griegos, que era un carpintero crucificado. Mi abuelo me había prevenido contra ese carpintero: pero aunque Hrollaf había renunciado a Volos y a Perún, había ganado a Constantinopla. Frithleif me aseguró que, por Miklagaard, valdría la pena.

En la fabulosa ciudad fuimos llevados a un templo y sumergidos en agua por el Patriarca. Nos postramos frente a una enorme imagen cubierta por un velo.

De pronto, sin que nadie lo tocara, el tul se alzó y volví a ver, a través de los años, estepas, cascadas y montañas, a la Señora Blanca que me protegía en la Biala natal, y a la que casi había olvidado. Lloré, y los griegos alabaron a su dios por haber conmovido así el corazón de un varangio. No importaba su doble error: yo no podía adorar a un crucificado, pero sí adoraría a su Madre, mientras fuera también la mía.

Con el permiso de Hrollaf entré a formar parte de la Guardia Varangiana, destacamento rus que servía a la ciudad griega. Todos éramos mucho más altos que cualquier griego, y nos permitían seguir usando nuestras ropas y el cabello largo; yo era uno de los pocos que no era rubio. A mí y a mi compañero Halvdan nos tocó vigilar la galería sur del más grande de los templos, el fabuloso Hág Sophia que había cautivado a tantos hombres. Vimos riquezas que jamás creímos posibles. Recuerdo vasos preciosos, candelabros, crucifijos de oro macizo, veinticuatro atriles y un altar resplandeciente de oro, plata, perlas y diamantes..., revestimientos de ónix y nácar en el púlpito, en el trono del Patriarca Sacerdote del Imperio, los asientos recamados de los siete arciprestes, relicarios e incensarios fastuosos... En una balaustrada, Halvdan grabó sus runas; yo, que ya había aprendido el griego y lo enseñaba a los otros, pude arañar en el mármol con el filo de mi hacha el nombre que el Patriarca me había impuesto cuando no pude decirle el número de mis años: «Te llamarás como el Apóstol, ya que te gusta contar historias pero nada sabes de fechas». De este modo, sin darme cuenta, yo, Matej Procházka, porquerizo de los Tátra y después rus de Kyeб, pude llegar a ser logoteta en la corte de Constantinopla.

II

Yo había soñado con Miklagaard, pero a Constantinopla la amé con pasión durante todos los años que serví a los emperadores Comnenos. Mi conocimiento de cuatro lenguas y dos alfabetos al lado de mi facilidad para el disfraz me ganaron lugar como espía del imperio entre los Seljuk que, desde oriente y hacía dos siglos, amenazaban la ciudad. Estos turcos, primos de los Petcheneg, obedecían a Malik Shah, atabeg de un reino reseco en el cual pude introducirme lo suficiente para saber que los hijos de Malik maquinaban su muerte, y que los Seljuk en verdad solo nos hostigaban porque temían a un demonio llamado El Tártaro, venido desde el otro extremo del mundo.

Reporté que los Seljuk se aniquilarían entre sí, y que Manzikert, en cuyos pastos habían muerto veinte mil griegos, jamás se repetiría. Quizá el verdadero peligro fuera El Tártaro atroz: pero aquel al menos no se disfrazaba de amigo.

Pues nuestro enemigo principal a lo largo de esos años fue tan sutil como despiadado. Al sur de Anatolia quedaba Palestina, la tierra del Crucificado, que pertenecía a los árabes: de un modo incomprensible, franceses, venecianos y britones de pronto decían querer ganarla para todos nosotros. A su paso por Constantinopla arrasaban, quemaban y violaban, aduciendo defenderla. La Guardia Varangiana no sabía de política y les hizo frente. Muchos cayeron en las escaramuzas. Cierta vez perseguimos a Barbarroja por Anatolia hasta que él y su puñado se perdieron en el desierto; en tierras de Malik no tendrían salvación. Yo era por entonces capitán y, disfrazado de árabe, los seguí para verlos morir. En la noche áspera, bordeando un desfiladero, mi caballo perdió el piso y caí brutalmente por la ladera.

Gritos y un agudo dolor me despertaron. Un oscuro muchacho, apenas más que un niño, alejaba a pedradas a los buitres. Vestía de azafrán y se tocaba con una mitra carmesí. El hecho de que los dos ocupáramos una ínfima saliente del precipicio, a muchos codos de la cumbre y a muchos más del aplastado cadáver de mi caballo, no parecía incomodarlo y no pude imaginar cómo habría bajado él hasta mí. Mostrándome que estaba desarmado —aunque nada hubiera podido yo hacer contra el palo más burdo— trazó unos signos en mis mejillas, danzó estrechamente a mi alrededor, con una mano siempre a un palmo de mi rostro, y cuando recobré mis sentidos estaba tirado de vientre sobre un caballo que atravesaba con lentitud el rocoso desierto. El calor me hizo desvariar: otra vez me veía, niño aún, secuestrado por la horda rusa hacia lo más anónimo de la estepa.

Ni mis vestiduras ni mi dominio del turquí lograron engañarlo, me dijo, pero bastarían para entrar a la ciudad de Konya, en territorio Seljuk. Los años y el desierto habían borrado de mi clara piel la huella de su origen, y el muchacho nada pretendía averiguar. Agradeciéndole que me hubiera salvado la vida, que ahora le quedaba obligada, le pedí que no me vendiera a los Seljuk herido e indefenso como estaba. Él dijo ser Yalal Rûmi, aprendiz de derviche, y que nada debía temer de su parte. Su delgada voz me invitó a que abandonara mi vida pasada y lo acompañara a Antakya, su ciudad, que yo conocía como Theópolis. Pude haberme negado, puesto que el muchacho renunciaba a su derecho sobre mí. Pude haber robado una montura y, sin armas, lanzarme al desierto a buscar a mis varangios. Pero algo misterioso en la serena presencia de Yalal calmó mis afanes y accedí a acompañarlo.

Celebré, como miembro de la cofradía mawlawiyya de Yalal Rûmi, el año 544 de la Hégira. Dado que desconocían mi verdadero nombre, los sí'fes nunca exigieron que renegara de mi bautismo. En poco tiempo aprendí a leer y escribir el árabe, lengua superior a la griega, y juré defender la confesión del Profeta, cuyo Libro no ha de leerse sentado. Los sí'fes en general, y en particular los mawlaw-

wiyya —que danzan en círculos y se hacen morder la tetilla izquierda por sus mujeres durante el orgasmo—, tenían por burdos e ignorantes a los Seljuk e insistían sobre el estudio y la meditación. Pronto Yalal se mostró como un hombre santo, y su camino era difícil y plagado de tentaciones. Supo tempranamente que tal camino no era el mío e impulsó y asistió mis lecturas, insistiendo en que el sendero de la sabiduría sería la vía para la redención de mi alma.

Muchos libros leí en los largos años en que me hospedó Theópolis. Menos en árabe que en los originales griegos, conocí a Aristóteles y lo trabajé inclinado sobre los comentarios de Simplicio y Averroes, a quien conocí como Ibn Rûsd. Ya en la plenitud de su edad, Yalal me interesó en Plotino y en sus comentadores árabes. El tema era peliagudo: el califa Al-Mustaniyd execraba oficialmente las influencias de los neoplatónicos, y llegó a ordenar la quema pública de todos los ejemplares de las cincuenta y dos Epístolas de los Hermanos de la Pureza. No teníamos este valioso libro, inferior solo al Corán, e irritados contra la pobre miasma de piedad oficial que inspiraba al califa decidimos buscar uno y conservarlo. Supimos por un catálogo que el ejemplar más próximo aguardaba las llamas en Acre. Partimos a toda prisa, pero Alá, que lee las calamidades, quiso que llegáramos cuando los cruzados culminaban el sitio a la ciudad.

De lejos divisamos las naves del perro Ricardo, que de león tenía menos entraña que los gatos mecánicos que yo había visto en el palacio Comneno. Una turba entorpecía la puerta de Acre: una banda de cruzados a caballo nos cerró el paso, y eché de menos mi hacha. Yalal, herido de muerte, pudo aún entonar un cántico con aquel versículo del Azora decimosexto que habla de ríos de vino en el paraíso de los piadosos. Su arte no había menguado pero, mientras danzaba, tropezó y resbaló sobre su propio manantial escarlata. Al galope, un joven caballero de mirada salvaje le cortó la cabeza.

Avergonzado, huí trepando un flanco rocoso y mientras las flechas se negaban a acertarme comprendí que el circular rito de Yalal volvía a salvar mi inútil vida, que esta vez costaba la suya. Esa noche, desde el desierto, las lágrimas y el odio me impedían fijar los ojos en el pavoroso incendio de Acre.

III

Dos años anduve sin rumbo por la ancha cárcel del desierto. Primero fue la muerte de mi amigo —casi mi hijo y, sin embargo, casi mi padre— la que pareció aplastar mi espíritu, pero no tardaron en surgir otras razones. Ya un hombre maduro, sentía no obstante que los impredecibles días que me reservaba el porvenir serían tan extraños como los que me habían permitido conocer, en abiga-

rrada colección, los hechos de tres o cuatro vidas diferentes. Veía recién que una mano sobrenatural me había arrancado a la muerte en patrias distintas pero circunstancias parecidas: una peña, un desfiladero, una barranca; esa Elevada Mano no quería mi muerte. Sea que mi oculto protector fuese Alá, que ampara a los que creen, o el Crucificado, al norte de cuya tierra yo erraba, o mi Señora Blanca cuya desgastada efigie me revelara el hambre en la arruinada Baalbek, nada me impedía castigar mi cuerpo hasta la impiedad. Así pues, fue la vileza, no la santidad, la que inspiró los maltratos que, empero, templaron aún más mi viejo cuerpo.

Por dos años fui un eremita, pero afirmo que en tal plazo solo quise ser un hombre rector de su propio destino. La deshabitada llanura siria y el calor alucinante me fueron, pues, propicios; mas cierto día el peso de Algo cuya naturaleza no me era revelada me impulsó a volver a buscar la comunidad humana.

El valle se ensanchaba; desde un promontorio pude ver una abrupta ciudadela que surgía de las colinas como si fuera la propia tierra muerta que mostrara su osamenta. Muros formidables se convertían en una verdadera fortaleza por el lado oriental. Una mezquita de arcos muy amplios ocupaba, empero, un lugar poco destacado y por ello pude conocer que me encontraba frente a Harrán, la extraña ciudad de los sabeos.

Un velo descubrió un recuerdo que se remontaba cuarenta, cincuenta años atrás, a Constantinopla, a Miklagaard: cierta mujer griega que yo conocía, estéril y ya madura, había engendrado un niño de su esposo tras curarse con una piedra negra. Esta, decía la mayéutica, era una de las cien piedras del pozo de Jacob en la ciudad de los sabeos. De ellos se decía que adoraban a los planetas, a quienes sacrificaban un niño cada agosto en su templo redondo, y que eran grandes alquimistas.

Los infieles sabeos fueron amables con este ermitaño hambriento y seco. Vestían de levita y llevaban el pelo rizado. Aunque tenían por sagrados a los peces y no comían nada que proviniera de vaina, sus demás costumbres alimenticias semejaban a las del Pueblo del Libro y pude engullir después de dos años carne de animal (no sin una previa visita a la Casa de Dios, que hallé ofensivamente abandonada). Manifesté a Garrik, mi huésped y hombre principal, el deseo de conocer la biblioteca de la ciudad, si la había y si ello no ofendía a sus creencias. Asintió en silencio y me condujo, a través de una avenida, hasta un ancho edificio flanqueado por dos bustos. Uno de ellos tenía una inscripción que pude leer: era Apolonio de Tiana. El otro, explicó Garrik, era Nerón, un santo cristiano que con el griego y ciertas estatuillas de cobre protegían a la ciudad contra las serpientes del desierto, ávidas de la propia cola. Me pareció captar la insinuación de que algunas de esas sierpes andaban sobre dos pies. Atravesamos

salas, patios y galerías, hasta llegar a un rincón opresivo que albergaba a una mujer aún más vieja que yo. «Aquí —anunció Garrik antes de dejarme— hallarás toda la sabiduría que necesitas».

La bruja —sigo creyéndola una— confirmó mis más secretas sospechas. Nada diré de sus palabras: baste conocer que por su boca supe que en el futuro yo me encontraría con el más alto de los soldados, con el más astuto de los príncipes. Conrado ha sonreído al oír estas expresiones, pero su vanidad tropezará al saber que el anunciado guerrero es asimismo el más cruel de los hombres. Y que, por cierto, no es polaco, sino un enemigo: uno que tal vez (no lo permita Dios) pronto estará aquí, en Legnica. Pero estoy distrayendo el orden de mi historia.

Sostuve una entrevista final con Garrik, el seabo, al borde de uno de los estanques de peces sagrados. Relató que, según su fe, cada treinta y seis mil años ocurre una nueva creación, presidida por Sin, el pagano dios de la Luna cuyo emblema es un disco de plata. A cada creación, sostuvo, Harrán es fundada de nuevo para perdición de los viajeros. No hacía diez años Ibn Jubayr, el cronista cordobés, había confundido su mente en esta comarca. Antes Marwan, el último califa Omeya, hizo de Harrán su capital y con ello el fin de su linaje. Antes aún, casi mil años atrás según refirió, el romano Juliano el Apóstata partió de Harrán a la conquista de Persia; nadie volvió a saber de él. «Muchas volutas adornan la marcha de los años —sentenció—. Harrán es la más retorcida, la más misteriosa. Tus días son un círculo, como la Creación. Acata la voz de la pitonisa de Sin: regresa a tu pergamino llano y reseco. Vuelve, para siempre, a tu propio desierto». Diciendo estas palabras, me despidió.

Al norte de Harrán se asienta lo que fue Justinópolis, ahora llamada Edessa por los árabes. Aunque solo diez días tarda una caravana en llegar desde allí a mi adoptiva Antakya, no consideré regresar, acaso por negar el camino circular que los sabeos me vaticinaban. Residí en Edessa solo algunas semanas, suficientes para enterarme, empero, de la dolorosa muerte de Averroes y de la merecida del kurdo Salah al Din, matador de teósofos, cuyas aventuras tantas desgracias trajeron a los árabes. En los soleados patios de mis anfitriones —comerciantes o gentes de Dios— supe también que en Constantinopla los Comnenos habían cedido paso a ciertos Angeli, y que éstos deshonoraban la ciudad con líos fraticidas. Debo decir que ninguna noticia tuve de lo que ocurría al oeste del Bósforo: el rey de los polacos comprenderá que problemas más cercanos ocupasen los días de estas gentes.

Cierta tarde referí a algunos huéspedes parte de mi historia, mencionando cautelosamente la desgraciada búsqueda que nos había llevado a Acre a Yalal Rûmi y a mí. Para un grupo de invitados repetí en griego la narración; a su término dos de ellos, de aspecto extranjero como yo mismo, aprovecharon unos

instantes y su dudoso dominio del griego para pedirme una audiencia privada. No me parecían espías del califa: desconocían sinceramente el árabe, como comprobé con cierta astucia, y no opuse reparos a la entrevista.

Dijeron ser monjes cristianos y que su patria era el país de Arminya, veinte días a caballo al oriente de Edessa. En la fecunda biblioteca del monasterio de Agtamar, refirieron sin más preámbulos, había un ejemplar de las cincuenta y dos *Epístolas*. Dióscoros, *katholikos* del monasterio, los había enviado a Siria en busca de un traductor; su pobre vista —explicaron— que no se medía ya con su elevado conocimiento del árabe y del griego, le impedía acometer la tarea por sí mismo. No era aquél el único tesoro de la biblioteca, «Ni esta el solitario motivo de orgullo del convento, ni este el aislado mérito del país», se explayó el más joven de los dos, permitiéndose un dilatado tricolon que hablaba de un gusto incompleto pero no falto de refinamiento. (Después tuve oportunidad de percibir parecida ampulosidad en todos los monjes de Agtamar; Dióscoros mismo era su origen y mejor ejemplo, gracias, quizá, a su prolongada exposición a autores latinos.)

Se adivinará que los acompañé a Arminya, aunque en rigor no accedí a su petición. Mi vanidad me permitía considerarme a lo más un buen espía, pero nunca un dragomán; dependía demasiado de los maestros para la lectura. Sin embargo el libro me atraía como a un niño el dulce, y me sedujo la oportunidad de leerlo al lado de los célebres escribas de Arminya, cuya reconocida sapiencia, aunque amenazada por los Seljuk, aún lograba desbordar la estrechez de sus valles.

IV

Estrechos eran, en verdad; tan pronto como abandonamos el curso del Tigris y remontamos el del torrentoso Botan, fuimos hostilizados por kurdos azuzados por los seljuk contra toda forma de vida pacífica. Mis guías y yo mismo éramos tenidos por teósofos y, por lo tanto, malditos de Salah-al-Din al-Ayyubi, por quien en este país aún se llevaba luto. Denosté al kurdo que llegó a sultán de Egipto; mis piadosos compañeros recordaron que, si bien Saladino había arrebatado el Santo Sepulcro de manos cristianas y podía maldecírsele, su corte en El Cairo había sido un refugio para perseguidos sabios de toda fe, y que aquello lo redimía parcialmente. No era cosa de hombres sino de Dios, concluyeron, juzgar a las almas por sus formas mundanas. Recordaron después, con más animación, que uno de aquellos refugiados había sido Moisés ben Maimon, quien llegó a ser médico del sultán y que, al caer El Cairo bajo los cruzados, Ricardo de Inglaterra

había ofrecido al hebreo el mismo cargo en Londinum. Me perdí entre aquellas menciones a hombres y tierras desconocidos, pero me llamó la atención este notorio cuidado arminyo por las simetrías y compensaciones; vi después que se extendía a su industria, a su comercio y a toda su visión de las cosas.

Agtamar fue una continua fuente de sorpresas, empezando estas por su emplazamiento. Al anochecer, las rocas bajo un collado nos habían ofrecido algún abrigo; los monjes decían la misa poco antes del alba y yo los acompañaba con respeto. (Conocía, por supuesto, el rito: bastante me había adormecido con él cuando me apoyaba sobre mi hacha, en una Miklagaard menos distante en el espacio que en el tiempo.) A la indecisa luz de la aurora, horizontales pares de manchas luminosas parecieron extenderse apoyadas en el tenue aire de la montaña. El frío y el azoro pudieron recordarme mi infancia, pero en lugar alguno de los Táttra, me dije, las hadas se duplicarían a sí mismas con tal insistencia. De pronto entendí lo que mis ojos miraban. El monasterio, distribuido a lo largo de varias islas, reflejaba sus luces en un inmenso lago. Así los hombres creen ver la realidad de la obra divina, cuando lo que perciben es apenas una pueril imitación, o el reflejo de un reflejo.

No tengo claro cuántos años residí entre los monjes cristianos del lago Van. No fueron muchos, pero recuerdo haberlos acompañado en sus alabanzas por el advenimiento de un siglo nuevo antes de que me tocara alejarme de ellos para siempre. También fue allí donde supe, hacia el final de mi estadía, que los insensatos cruzados habían capturado Constantinopla. Aquella vez pensé en Yalal, luego en su asesino, quien —si vivía— era lo suficientemente joven como para causar aún mucho daño en las pendencias llevadas a cabo en nombre de la Cruz y que yo tan bien conocía. Una vieja furia aún se agitó en mi pecho. Conservaba todavía aquel viejo puñal petcheneg: entre mis ropas busqué su mango de hueso, su hierro primordial, y lo apreté hasta hacerme daño. Pronto, claro, me calmé; mal hierve la sangre en peroles viejos.

Fue el propio Dióscoros quien me introdujo a la vida en el monasterio de Agtamar. Para regocijo de los monjes, a mi arribo repitió con exactitud mis palabras (pero en griego) cuando me pronuncié admirado de su sabiduría y longeva salud. Así que a un tiempo traducía y saludaba. Rápidamente nos caímos en gracia, viejos pero aún resistentes ambos. Caminando del brazo, dimos en dar largos paseos por los cómodos edificios de la ciudadela, pues eso era Agtamar, una isla de bondad y tolerancia engastada en un país testigo de mil disputas. En cierta ocasión insistió en ofrecerme una muestra de los tesoros textiles y de orfebrería que renombraban a Arminya, algunos de los cuales servían, mencionó con resignación, para el pago de tributos a los Seljuk.

Sirviéndonos de una barca, acudimos a un palacete en la más boreal de las islas. La arquitectura de los edificios era muy fina, comparable a la de Constantinopla; Dióscoros se ufanaba mostrándome la variedad de candelabros y sedas conservados en uno u otro salón. Guardó para el final, por cierto, la pieza reina, enclavada en el centro de una sólida habitación octogonal, por cuyas ocho ventanas de medio punto se divisaba las montañas más allá del plácido lago. Se trataba de un extraordinario reloj de arena. Debo describir este objeto, el más precioso que jamás haya visto. Su doble globo de cristal, dividido por una angosta cintura, alzaba dos palmos sobre la mesa, y cada globo excedía un palmo de diámetro. El superior se coronaba con un grueso anillo de oro del que sobresalían ocho diminutas parejas de tritones y sapos, emblemas de la longevidad. En lo más alto, aprisionando el cristal, engastado de perlas y coronado por una cenital creciente de plata, un casquete áureo representaba el cielo estrellado, luciendo en su perímetro la inscripción CATARACTAE CAELI APERTAE SUNT, que —explicó Dióscoros— era latín, lengua que desconozco. Ello parecía menaguar la utilidad del aparato, puesto que no podría leerse invertido. De hecho, cuatro cortas patas, curvadas hacia afuera, surgían de un segundo anillo dorado que engarzaba el globo inferior y servía de inequívoca base al armónico conjunto. Anómala, empero, era la finísima varilla vertical que sustentaba, justo bajo la incesante cascada de arena, una barca en miniatura, también de oro.

Mi guía explicó con orgullo que este exquisito reloj representaba el Diluvio Universal, según lo enseñaba el Génesis. Al completarse el ciclo, la barquichuela había de quedar precisamente en la cima del cono de arena, que en ese momento sería —dijo— el Ararat. Se invertía al aparato por las noches, pues la representación tomaba las horas del día, según lo recomendado por Aristóteles.

Yo repliqué que en el Azora undécimo, versículo cuadragésimo sexto del Corán se aprende que, tras anegar al mundo, cupo a Alá varar el arca en el monte Chudí, en el Mosul. Dióscoros, no sin admitir la suma razón del Profeta, me invitó a situarme de modo tal que el reloj ocupaba el espacio entre la ventana noreste y mis ojos, y me pidió ver, replicado en el creciente montón de arena, el distante cono erguido del verdadero Ararat, llamado (enseñó) Chudí por los que creen, y en cuyos flancos boscosos prospera el carmesí, gusano del que se extrae un vigoroso tinte. Afirmó con sabiduría que es uso entre diferentes pueblos narrar con diversos nombres la misma historia, y llamar a montes y ríos y ciudades de modo disímil. Convine en ello, y le referí, no sin una sonrisa en mi corazón, que los bárbaros del norte llamaban Miklagaard a Constantinopla. Tal vez por cortesía mi reciente amigo logró mostrarse sorprendido, y juntos alabamos la maravilla y variedad de la obra del Creador, que es Uno.

El aparato reservaba aún mayores prodigios. Los tritones, que yo había creído fijos, en verdad pivotaban a la menor vibración sobre delicadísimos ejes, soltando unas esferillas que el sapo aparejado recibía en la boca abierta. Dióscoros mostró con entusiasmo que las efigies se distribuían de tal modo que señalaban la dirección de cada uno de los aislados valles de Arminya. Al sobrevenir un temblor, frecuente en esta comarca, bastaba a los monjes mirar qué sapo tenía una esfera en la boca para conocer la dirección de la que provenía el castigo y atender de inmediato las necesidades de los cuerpos y de las almas del valle más golpeado. Admirado, me pregunté en voz alta si correspondía a la ciencia del hombre retar así los designios del Cielo. Dióscoros repuso que en un tratado reciente que sus monjes en ese momento traducían, el hebreo Maimónides declaraba que aun cuando las ciencias pudieran descubrir el propósito de cada cosa de las que ocurren en el Mundo, nunca podrían conocer el propósito de este; y que, análogamente, aliviar los efectos del castigo divino no suponía, al entender del cristiano, negar su justicia. «*Allah a'lam* —agregó en la lengua del Profeta—: Dios lo sabe». Apaciguado con la docta lección del católico, tomé por una hipérbole su excesiva frase final: «Este reloj no mide el ciclo del Tiempo. Se atreve al de la Eternidad».

Leí pues, en excelente compañía, el libro que tan largamente había yo buscado. Agtamar conservaba una edición samánida de las *Epístolas*, hecha en el mejor papel; Dióscoros, a quien yo servía de ojos, enriquecía nuestras lecturas con inigualables comentarios. A propósito de nuestro ejemplar recordaba, por ejemplo, el episodio del río Talas, en el Muyún, donde los árabes obtuvieron de un traidor chino el secreto de la fabricación del papel durante los instantes previos a una despiadada batalla. «Así provee Dios a los hombres de instrumentos para la santidad o el pecado, en circunstancias pecaminosas o santas», afirmaba, siempre ganoso de simetrías. (Como ocurre esta noche, un escribiente procuraba recoger para la memoria el afán de aquellas veladas; justificaba su tarea la riqueza del tema, muy distinta al ínfimo valor de mi discurso.)

Pecaré contra la merced divina —que me permitió leer las *Epístolas*— al no referirlas a tan doctos señores. Pero demasiadas cosas habían pasado durante mi retiro, y algunas son causa más próxima de mi presencia en esta sala. Los Seljuk acabaron cayendo ante sus antiguos vasallos, los persas de Khiva. De entre estos últimos un nuevo sultán, el Khiví Muhammad Qubt ad Din Shah, hacía esfuerzos para reunificar a los árabes bajo una luz común tras las serias fracturas que había dejado su predecesor. Mal aconsejado, juzgó increíblemente que yo, un anciano bárbaro, sería el hombre adecuado para pastorear de vuelta a la ortodoxia a los Duodecimanos. Estos formaban una escuela que vanamente esperaba al duodécimo califa Omeya en Astrakán, donde el Volga se anonada ante el

Caspio. Muhammad envió por mí a ricos emisarios, que urgieron mi presencia en la ciudad santa de Qom, el despacho invernal del sultán. Interpuse excusas y protestas, pero una vez más me dejó sobornar. La biblioteca de Astrakán estaría a mi cargo.

Dióscoros, debilitado por una enfermedad pulmonar, me despidió desde el que sería su lecho de muerte. El mío, empero, no parecía acercarse: me sentía juvenil, pero también previsto por el insondable Cálamo. Nunca fui arminyo, como sí fui rus y derviche. No sentí dolor al saber que partía. Una última fraternal conversación con Dióscoros —en la que me llamó, inexplicablemente, *Mateo*— y la emoción de dejar Agtamar envuelta en la misma niebla auroral en que la descubrí fueron los signos que acompañaron mi obligado viaje a Tabriz, en los confines de Azerbaiyán, ciudad de donde iniciaríamos la larga subida a Qom.

Apenas salimos de Azerbaiyán, empero, una polvorienta hueste de jinetes proveniente de Persia nos informó que Muhammad y su séquito abandonaban Qom a toda prisa hacia el norte, y que era voluntad del sultán honrar con su despacho provisorio la diminuta Sari, al extremo meridional del Caspio. Mi escolta, visiblemente compuesta por hombres de valía, parecía sin embargo hallarse a un paso de un pánico secreto. Con muy poco orden nos adentramos por los secos valles de Qezel Owzan y Shahrud, hundidos entre los montes del Tabriztán, y tras variados tropiezos arribamos a Sari. Jamás me había maltratado tanto una silla árabe, y me fue difícil hacer conjeturas sobre la causa de este insólito desvío.

Pasaron varios días antes de que el atareado sultán nos introdujera en su atención, pero en el enardecido caos del mercado de Sari pude enterarme de la razón de tanto estrépito, y otra vez mis recuerdos se agitaron hacia Constantinopla. Según se gritaba en las callejas, Transoxania, y pronto Persia, caían bajo el dominio de un demonio venido desde el otro extremo del mundo. Pero no era El Tártaro. Su nombre —esta vez sí logré averiguarlo— era Temünjin. Algunos años pasarían hasta que quienes lo conocimos aprendiéramos que era mejor llamar a este hombre por su sencillo título: Gengis Khan, Señor del Mundo.

V

La exégesis alegórica, escribió Ibn Rûsd, acude en ayuda del filósofo confundido por la letra de la Ley. El vulgo está atado a esta: pero *al-jassa*, el sabio, debe ser capaz de ir más allá de la letra. Ha de buscar la verdad escondida en los símbolos, puesto que si las especies de nuestro mundo no son sino las sombras de las

especies del mundo de las esferas (sus Prototipos Eternos) aquel mundo circular y perfecto es la Eterna Causa y esta creación, el Efecto Eterno. Así creí aprenderlo de los libros del docto cordobés. Ojalá hubiera sido así; pero sé que fue el Khan quien en verdad me lo enseñó. Su crueldad lo aproximaba a la inexistencia (en Merv, o en Nishapur, tras matar a un millón de hombres mandó que se pudiera arar sobre las ruinas de la ciudad, y luego que murieran también todos los perros y los gatos) pero el mismo Plotino, en la sexta Enéada, enseña que la proximidad de lo Inferior muestra por oposición el camino a lo Superior.

El lustro siguiente albergó la más confusa de las épocas que me haya tocado vivir. Encabezando el ejército más numeroso desde que Dios formara del fuego a los ángeles y demonios, el sultán atacaba en Transoxania, se replegaba en el Registán, huía del Muyún y se reagrupaba al norte del Caspio. El demonio que se le enfrentaba no disponía de tantos hombres pero, en compensación, compartía la ubicuidad del Malo. Algunos cientos de miles de mongoles —tal es el nombre de este pueblo asombroso— colmaban la estepa con un ilimitado manto de bestezuelas ridículas, cuya monta alternaban sin cesar. Cuatro feos caballitos por hombre, a galope tendido durante días, resultaban en la fuerza guerrera más móvil que haya existido jamás; el paso de este ejército atronaba la Creación.

En dos oportunidades más me entrevisté con el sultán. La primera fue en Bakú, a donde nos llevó la rica nave que tomó toda la corte en Sari presionada por la presencia de una avanzada mongol en el Korasán. Se hablaba entonces de una retirada estratégica, y de cómo la nobleza y porte del mustango de pura sangre pronto se impondría a aquella caballería de juguete. Partí de Bakú hacia Astrakán en una barca más modesta, con la altanería de los varones persas pesando en mi espíritu. Tocamos antes una achatada isla próxima al confín oriental del mar: el vulgo afirmaba que estaba poblada de *yinn*, genios, y parte de mi misión era demostrar lo contrario. Lo que hallé fue un grupo de infieles jázaros en estado casi animal. Vivían del saqueo de las embarcaciones que encallaban en los bajíos y su único temor, como el de todo ser viviente de la región en aquellos años, era El Mongol. En mi lejana juventud los jázaros habían sido un pueblo grande y valeroso, que dominaba el bajo Volga y era enemigo digno de mis rus; las tribus polovstianas y los Petcheneg se les emparentaban por su sangre y por su sed de sangre. A través de este puñado de infelices supe, en una dificultosa conversación, que —tras las incursiones del Señor del Mundo— del gran pueblo jázaro apenas quedaba ya nada.

He mencionado esta inconspicua isla porque un par de veranos después sostuve en ella mi tercera y última entrevista con el Khiví Muhammad. El *shah* que me encargó la biblioteca de Astrakán —en cuyos libros me refugié del huracán mongol mientras fue ello posible— era un hombre vigoroso: el Muhammad que

Gengis Khan acorraló en la isla de los *yinn* avanzaba irreversiblemente sobre el hilo de ceniza que une este mundo con el de los muertos. Había intentado congraciarse con el Khan enviándole una embajada. Imprudente y tardía decisión, puesto que él mismo había mandado decapitar a varios comerciantes árabes al servicio del Mongol hacía algunos años, por una supuesta traición. El hecho de que el desproporcionado número de embajadores enviados a la muerte esta vez fuera de casi medio millar no es lo que hace terrible esta historia. La enorme, la atroz impiedad de Muhammad fue la de enviar cuatrocientos cincuenta niños, elegidos de entre las mejores familias persas. Sus cabezas fueron enviadas de vuelta.

El propio hijo del sultán, Yalal Mangubirti, joven general de los ejércitos meridionales, a duras penas salvó de ahogarse cruzando a nado el Indo; jamás volvimos a saber de él. Al conocer de su presencia cerca a Astrakán, acudí en una clandestina barca a asistir a Muhammad quien, agotado, enfermo y sin esperanza alguna, murió de congoja escupiendo sangre negra en una pobre tienda erigida a toda prisa en un médano del mar Caspio. Nada salvaría su alma, y ya su corazón estaba roto en dos partes.

La desesperación se extendió entre los árabes; pude ver cómo la certeza de la derrota a manos de aquella fuerza irresistible venida de Oriente destruía su espíritu y, en ocasiones, su fe. Gengis no pedía conversiones: exigía sumisión. Un creyente podía seguir leyendo el Corán sostenido a la altura de su corazón, pero ya no conocería otro señor que el Khan. Muchos no lo toleraron, y se entregaron al pecado del propio asesinato, la manera más dudosa de liberarse del peor de los enemigos. En cuanto a mí, obtuve provecho de mi abreviada estancia en la más septentrional de las ciudades del Islam: entre otras cosas, fue en aquella biblioteca donde obtuve pruebas de que Itil, la antigua capital de los jázaros —no lejos de allí— había albergado a caravanas de comerciantes daneses en viaje al sur. Hay, creo, más cosas en el cielo y en la tierra que las que pueden haber emanado del Uno: son repetición inútil y a la vez infinita variedad. Yo no era, en efecto, el primer varangio en adentrarse entre los árabes: aprendí cómo, en el siglo segundo de la Hégira, Fresleven, Amloth y otros improbables wiking a bordo de dromedarios habían llegado a la circular Bagdad, a la maravillosa ciudad de Scherezhade y del legendario Harún al-Raschid.

VI

El profundo Sur, corazón del Islam, y el Oriente interminable pertenecían a los mongoles; los Seljuk habían desaparecido, como el imprudente espía Matej

Procházka impensadamente anunciara a sus superiores en una muy lejana noche en Miklagaard. Quedaba entonces, y queda aún, el Poniente cristiano y el agreste Septentrión que la taiga y la tundra disputan. Con un grupo de jázaros conversos a la fe judía opté por este último. Mi edad recomendaba esperar al Khan en la tranquilidad de mi patio, pero —otra vez por algún impulso oculto— ante la antigua parsimonia del estudioso la aún más vieja costumbre marinera del rus se impuso. Partimos Volga arriba al fin de los deshielos de primavera. Mis ojos físicos apenas ayudaban a mi memoria a contemplar a las atemorizadas muchachas de los pueblos de las orillas, todas parecidas a aquella niña sármata de mi adolescencia, todas idénticos, engañosos simulacros del eterno verano de la vida. Recuerdo largas horas en la proa, mientras músculos jóvenes y un viento antiguo llevaban la barca más y más hacia el olvido. Poco, pues, creía entonces que me reservaba el agostado porvenir, acaso una predecible muerte en alguno de los meandros. Facilitaba esta convicción el rumor de que los borrosos demonios se hallaban no detrás, sino delante de nosotros.

Subir por aquel río era como remontarse a la más temprana era del mundo, cuando la vida se pudría sobre la innominada tierra y los infinitos pastos la regentaban. Día tras día la emprendíamos contra una corriente vacía, un silencio grande, una llanura sin límite; ninguna alegría acompañaba el brillo de aquel sol gris. El paisaje de la taiga, el pesado aire, todo parecía alentar un profundo mal que acechara desde el más oscuro fondo del propio corazón.

La geografía de la Escitia siempre fue sospechosa; hasta los mismos jázaros dudaban. Sabido es que el Volga no es siempre fiel a su cauce: para guiarme recurrí a viejos rincones de mi memoria. Cuando en un atardecer, con el sol al frente, se estrecharon las márgenes y cesaron los meandros, supe que entrábamos al antiguo canal que une a este río con el curso bajo del Don: uno de los circuncisos me señaló una grande y ruinoso torre de ladrillos, y recordé. En Constantinopla, a este antiguo capitán de la guardia se le había enseñado que hacía demasiados años el emperador Teófilo mandó a Jazaria a su general, Petronio Camatiro, a levantar una fortaleza en el punto en el que el Volga y el Don fluyen casi juntos. Sarkel se llamó esta edificación tan antigua como estéril: se decía que la dotación de trescientos griegos sirvió para engordar a los Petcheneg, quienes con horrible prudencia los hicieron durar dos inviernos.

En la desolada ribera aullaba una voz juvenil. Repechamos la margen y, desde ella, un muchacho chapoteó hasta alcanzar la barca. Pedí que lo recogieran. Su aspecto era cómico y pudo recordarme al de un arlequín: retazos de cien fibras distintas entrelazadas en terrible desorden hacían su indumentaria (*centón* llaman los griegos a estas feas combinaciones de hilo y harapos). Su rostro claro e imberbe carecía de rasgos propios; pequeños ojos azules y una sonrisa que iba y

venía con el viento se unían para evidenciar una mente muy simple. Era, nos dijo, Igor hijo de Melkhi, rus de Nowgorod, y narró su historia, que era increíble y que no me compete contar aquí. Solo diré que lo mantenía vivo la dudosa virtud de su escasa edad. Si la pura irresponsabilidad y la levedad de espíritu habían regido alguna vez a ser alguno, era a este muchacho parchado. Su charla fue para nosotros una inagotable fuente de confusión, ya que al principio la tomamos por noticia útil. Pronto los jázaros dieron en llamarlo Moisés e intentaron convertirlo a su credo. Por mi parte, con detestable vanidad, les disputé la fe del necio muchacho, a quien convencí finalmente de aunarse al culto de la última y definitiva de las Revelaciones.

Entre demasiadas otras cosas, nos dijo que la horda había cruzado el curso alto del Volga y atravesaba los bosques con la velocidad de un incendio; nadie sabía con exactitud dónde estaba. Se luchaba en Ryazan, farfulló; mis guías ubicaron esa comarca al norte de allí, cerca al nacimiento del Don. Asustados por la posibilidad de caer en el fuego por huir de la sartén, decidimos salir del río.

Quemamos la barca en un punto en el que el Don viene más del norte que del poniente; no la vendimos para no dejar rastro de nuestro paso. Los jázaros accedieron a dirigirse conmigo a mi vieja, viejísima Kyeb, donde yo supuse que se me dejaría morir en paz. Igor dijo mucho y en nada ayudó, y lo llevamos con nosotros. A poco de empezar la jornada surgieron a nuestra izquierda unas colinas: las supimos el camino a Ukrania, las supimos infestadas de salteadores empujados por la avalancha mongol. Una semana o menos duramos sobre los caballos en nuestro escape hacia occidente. Nos desvió un incidente que, perdido en el torbellino de aquella fuga, entonces no supe entender, pero hoy que repito este relato puedo creer que se trata de uno de los hechos que podrán justificarme ante Dios.

Los jázaros habían atrapado a un salteador, un rezagado de una banda a la que con trabajos logramos poner en fuga. Aquella noche se discutió la forma en que debía morir. Unos decían que debía ser entregado a los mongoles, otros, que nos sería más útil como rehén hasta que atravesáramos las colinas. Sus ropas lo denunciaban como petcheneg; todos recordaban que en aquella tribu los niños pasaban de sorber el pecho materno a hincar los dientes en carne humana. Yo volví a ver a aquel distante logoteta a quien había matado, recordé a Frithleif aproximando un tizón ardiente al oscuro rostro del turquí. Me acerqué hasta el rincón donde lo habían arrojado, atado de pies y manos, al lado del desangrado cadáver de otro salteador. Sobre mi cabeza pasé la sutil cadena que suspendía al puñal, el mismo puñal que Frithleif había oprimido en mi mano en un atardecer cristalino. La herrumbre se había apoderado de la hoja, el hueso estaba amarillo del lado que había reposado contra mi pecho durante ochenta años. El infeliz

me miró sin decir palabra; luego sus ojos descendieron al acero. Era un muchacho, era el mismo muchacho que yo acosé y corté en un campamento en las colinas de la margen izquierda del Borísthenes. De pronto entendí que no estábamos lejos de aquel lugar, que otra vez una voluta de mi vida se plegaba sobre sí misma. Me impedí pensar; de un tajo liberé sus muñecas, murmuré algo en su lengua. Me contestó y dejé la daga en sus manos. La miró, la sopesó como si hubiese sido suya desde siempre. No quise saber más. Dándole la espalda, lo dejé huir al matorral y al infierno de su propio círculo.

Creo que fue a la mañana siguiente cuando un nuevo encuentro empobreció aún más los ánimos de mis compañeros, ya a punto de creerme traidor. Desde lo alto vimos cómo un considerable gentío, del todo fuera de lugar en las colinas, era perseguido y alcanzado por una pequeña tropa abundante en caballitos. Los asediados no se defendían gran cosa: pronto se me dijo que en la muchedumbre no había varones. Arroyo abajo, flechados, descubrimos dos cadáveres aún abrazados: una mujer y una niña. Inquirí por sus vestiduras: mudos, acostumbrados a mil escenas iguales entre los suyos, los jázaros me entregaron a un ensangrentado sayo rus. Comprendí que los mongoles habían tomado Kyeb, que la habían pisado e incendiado como a sus defensores, que habían apagado ese fuego escupiéndolo y orinando sobre montañas de cadáveres. Sentí que estas desgraciadas mujeres eran iguales a ciervos que, sin esperanza, huían de un fuego que ha encendido sus colas. (Yo sé que no hay adonde huir: el mundo es una cárcel; pero ¿por qué ha de ser un hombre el carcelero?)

De modo que descendimos otra vez hacia el Don, que tocamos en un punto más alto, en el que no atraviesa ya la estepa sino el incipiente bosque. Los nativos llaman Voronezh al gran río en esta comarca: allí vimos misteriosas señales en el cielo, que ninguno sintió ganas de interpretar. Nos dirigíamos, en efecto, hacia Ryazan, pero ya habíamos aprendido que el fuego mongol nada podría quemar donde ya solo había cenizas. Conseguimos dos o tres barquichuelas y proseguimos viaje río arriba, a través de aquella creciente selva. El uniforme salvajismo de la región parecía convenir al carácter mongol: árboles, árboles, millones de árboles, macizos, inmensos, que apenas permitían intuir las formas de las colinas que así habían sojuzgado. A sus pies, enfrentando tozudamente a la corriente cuando era posible, subía aún la fatal procesión de barquichuelas, como insignificantes bichos penetrando por el pórtico de un gran palacio.

En un punto en el que el río se encañona y de pronto proviene desde el sur lo dejamos, pues ya no era navegable. Deliberábamos qué hacer con los botes cuando en un instante el río se llenó de otros muchos, cada uno con un hombre y dos caballos. Los mongoles demostraban otra de sus veloces tácticas: la invasión por vía fluvial. Años atrás, yo creí un cuento aquello de cómo este ejército

no necesitaba puentes; decían que cada jinete llevaba consigo una barquita plegable. (Un desolado caballero persa me contó cómo, en el Registán, Gengis hizo una astuta variante de esta maniobra: desecó el río que entraba a la amurallada Deshu y les llevó la muerte cabalgando por el cauce vacío). Ahora veía con mis pobres ojos su enorme audacia. Ellos también nos vieron, y una parte de aquel infierno se detuvo para ocuparse de nosotros. Los jázaros se defendieron con fiereza, invocando el más antiguo nombre de Dios; pero la escuadra mongol era, como siempre, interminable. De los treinta que partimos de Astrakhán, apenas quedaron seis; Igor, que no se alejaba de mi lado, nos indicó las maneras de la rendición, que él ya conocía. Con un estremecimiento, abandonamos las armas y nos recostamos, vuelto el rostro hacia la tierra.

Comprendimos que no iban a matarnos cuando proseguimos el viaje hacia el norte y el oriente, por una confusión de colinas y valles, ahora prisioneros de aquella disciplinada horda. Contra mi consejo, los últimos judíos intentaron huir y murieron flechados. Me sentí muy pequeño y muy perdido, pero pude aparentar el suficiente valor para infundir alguna confianza al desesperado Igor. Fue así como, tras dos semanas de móvil prisión y guiada por un designio incomprensible, la patrulla mongol nos depositó en el corazón de la selva, en el sombrío campamento del Señor de las Tinieblas.

VII

Como ya había tenido tiempo de suponer y de temer, eran las órdenes del propio Gengis Khan las que nos habían mantenido con vida a mi protegido y a mí; pero todo lo que yo estaba dispuesto a dar a Temünjin era mi muerte. La pitonisa me lo había advertido: conocería al más grande general y al más grande conquistador que de mujer hubiera nacido, y le daría la espalda.

Y no se trata (como pretende el noble caballero polaco que tras de mí eleva su voz) de Juan, rey cristiano de Catai, venido para salvar a la Cristiandad de la maldición de la media luna. Diré que Polonia preferiría caer bajo el menos justo de los sultanes, o bajo el teutón más fiero, que bajo los estrepitosos ejércitos del Señor del Mundo.

He olvidado muchos detalles de aquella prisión que, sin embargo, fue breve. Arribamos de noche a lo que me pareció una ciudad arruinada: edificios y palacios se desmoronaban a nuestro paso. Recuerdo el incesante murmullo de Igor que, entre todas las cosas posibles, describía una mezquita humeante y conjeturaba, fuera de toda realidad, que esta sería la legendaria Bolgar, imposible cuna de aquellos búlgaros negros que habían defendido a Constantinopla hacía cien-

tos de años. Que esta selva boreal y alucinante alojara a un pueblo fiel a la palabra del Profeta me pareció increíble; de cualquier modo, nadie parecía quedar vivo para confirmarlo.

Dejamos las ruinas y salimos otra vez a un gran claro. Por las fogatas se adivinaba un prodigioso campamento, el más grande que yo hubiera visto y oído. Concéntricos anillos de fuego hacían presumir un centro atroz y, en efecto, hacia allí se nos condujo, a un gran cilindro achatado rodeado, empero, por escasas antorchas: la habitación del ininteligible Señor del Mundo.

No hicimos antesala pues de seguro el Khan sabía de nuestro arribo. El chato edificio se hallaba en penumbras, lo que no me ayudó a ver su figura, no digamos su rostro. Pero oí su voz. Desde Persia la variada presencia de Gengis Khan se me había antojado una panoplia de sonidos: ruidos de galope, atemorizados rumores, griteríos frenéticos. Ahora escuchaba su propia, verdadera voz, el pobre faro de su razón. (O tal vez nunca la oí: en el fondo del silencio latía un apagado murmullo, y lo que yo creía la voz del Khan parecía esperar cada vez a que aquellas frases sibilantes concluyeran. ¿Acaso me hablaba un intérprete? No pude saberlo, pues tuve que prestar atención; de cualquier modo y para siempre, Temünjin será para mí tan solo aquel eco). Fuimos obligados a arrodillarnos y a mantener las manos en el suelo.

—El gozo mayor en la vida de un hombre —gritó aquella voz refleja— es quebrantar a sus enemigos, hincarlos de hinojos delante de uno, arrebatarles cuantas cosas les pertenecieron, oír el llanto de aquellos que los amaron y llevarse en brazos a las más deseables de sus mujeres, sobre los mejores de sus caballos. ¿Qué dices a eso, venerable? —concluyó, asombrándome con la deferencia.

Quise oponer que la caridad es la seña de Dios en el hombre, pero, ¿cómo argüir con quien es del todo indiferente al sufrimiento ajeno? Si su percepción del mundo así se alineaba del lado del no ser, ¿podía en efecto yo hacer otra cosa para salvar mi alma que darle la espalda, negarlo, dirigirme a la buena luz a partir de su nefasta, inmensa oscuridad? Así que apenas asentí, y aquel ser dos veces falso volvió a hablar. Mientras lo hacía, empecé a sentir (y siento todavía) que era mejor callar. Pues a un hombre así no se le habla: tan solo se le escucha.

—Eres viejo, venerable, muy viejo —continuó aquella voz.— Y aún andas derecho y sin ayuda. ¿Quién o qué te protege? —inquirió, pues, como yo mismo, había adivinado que la salud que triunfa allí donde de continuo ronda la Muerte es una especie de poder por sí misma.

Inventé que provenía de una familia de longevos. Entonces quiso saber el origen de aquella familia; y yo acudí a la más distante de mis historias, la de mi abuelo magiar. Aquello le satisfizo y mostró una curiosidad aguda por conocer el

resto de mi historia. (La ofrecí, muy compacta: nunca lo había hecho y el relato de mi vida me pareció entonces desordenado e inconexo, como debería serlo el de todos). Cuando empecé la voz pronunció un mandato, y al concluir se me dijo que mi historia había sido duplicada por un escriba. Entonces el Khan me exigió leer ese fugaz trabajo.

Se me permitió erguirme hasta poder ver un rollo de papel; una lámpara situada entre mis ojos y el trono servía a varios fines. Miré aquellos trazos, que no me parecieron recientes: en la escritura pululaban, conjugados y odiándose, caracteres rúnicos, griegos y algunos que me parecieron hebreos. Solo me fue posible reconstruir frases aisladas, fragmentos de palabras, dislates. Así lo dije al escriba, que tradujo a una lengua que desconozco. (Hubo un gruñido apagado que no inspiró eco alguno, pero pudo hacerlo cualquiera). Un murmullo de muchas lenguas creció y se apagó en el recinto, y fuimos despedidos. Al salir, cuando se nos obligó a recular hacia la entrada, pude ver que siempre estuvimos rodeados de lo que parecía una corte de viejos consejeros. ¿Acaso querría el perverso Señor del Mundo incluir mis sofismas en su colección? Me pareció que le eran inútiles: sería él, no yo, quien mostrara la espalda. ¿Qué se quería de nosotros? Nada supe aquella noche.

Al alba, en la prisión, el escriba fue autorizado a explicarnos parte del misterio. Ciertamente, se trataba de la secreta Bolgar, cuya existencia en el mundo de los Efectos siempre disputé en los patios de Antakya. La docta ciudad había sido incendiada hacía poco; con el espíritu trabado por la leche de yegua, unos soldados exterminaron a los hombres sabios contraviniendo órdenes directas del Khan, que —explicó— acostumbraba elegir de entre los capturados los más útiles para el enriquecimiento de la Yasa, que es el libro de su ley. A raíz de la impensada matanza (y tras decapitar, él mismo, a los ochenta trasgresores y hacer arrastrar sus cadáveres hasta el Volga) había enviado patrullas a rastrear la región en busca de sabios búlgaros fugados; una de ellas nos capturó. Su urgencia era esta: los mongoles habían hallado en la ciudad un libro que ningún hombre era capaz de traducir. Sus letras eran las del confuso alfabeto que ya había visto: lo del amanuense era una farsa para ver si yo reconocía la escritura. Al hacerlo a medias había salvado la vida, o al menos había diferido mi muerte. El libro, opinaban los magos, era un libro de navegación, y contenía una exacta descripción del mundo y de sus partes. Gengis Khan lo necesitaba para conquistar lo que restaba del orbe.

¿Debí intentar un engaño para salvar mi vida y la de Igor? Hubiera tenido menos de un día para fraguar un libro inexistente basándome en bárbaros cartógrafos; opté por no hacerlo, pues era postergar lo inevitable. Opté por la verdad. Dije que aquello era un embuste, que esos papeles estaban escritos en el antiguo

alfabeto rus que Cirilo y Metodio habían sustituido, y que mal podrían los búlgaros de tierra adentro haber escrito nada sobre las artes del mar. El Khan recibió el mensaje, pero transcurrió ese día sin que nos asesinaran.

A la noche siguiente volvió a convocarnos a su palacete flexible. Su vocación por la oscuridad lo hacía temible ante Igor, pero yo empecé a cobrar valor. Esta vez el Khan parecía mejor informado acerca de nosotros y, si aquella voz no era la suya, en aquel último y brevísimo encuentro supo transmitir aún más urgencia, aún más intensidad. Ignoro por qué se esmeraba en persuadirnos con un discurso: la lanza en mi espalda poseía elocuencia suficiente.

—¡Venerable! —aulló—. No quieres o no puedes darme el libro que necesito. Pero me serás útil de otra manera. Dicen mis magos que, aunque pareces musulmán y no eres búlgaro, llevas en tu sangre la ley de los bosques. Veamos cuánto conoces y si esa sabiduría logra salvar tu vida. Mis patrullas han escuchado que muy al norte de aquí, en lo más oscuro, habita el húmedo pueblo de los hombres-sapo. Quiero conquistar a los hombres-sapo, venerable, aunque no tengan caballos, aunque no sepa qué hacer con sus horrendas mujeres de mama triple. Alguna riqueza tendrá esa gente y yo debo poseerla. Quiero el pellejo de un hombre-sapo para el suelo de mi tienda, venerable. Así que dime dónde puedo hallarlos y qué los atrae, o muere de una vez —calló, y una doble punzada nos obligó al muchacho y a mí a pegar el pecho al suelo de lana.

Yo hubiera reído si hacerlo no hubiera significado nuestra inmediata muerte. Era grotesco ver aunadas en un adulto decisión tan grande y tan pueril superstición. Me vi perdido, bien porque confesaría mi ignorancia o mi desdén sobre aquellas tonterías, o porque, derrotado por la cobardía, inventaría cuantos hombres-sapo hicieran falta para salvar mis despojos, condenando así mi alma. (Después de todo, esto era más fácil que inventar un mundo).

Entonces habló Igor, apenas achatada su verborrea por tan indigna posición. Y por segunda vez me salvó un chiquillo; este, empero, no ataviado con la recta santidad de Yalal, sino armado con el peligroso pecado de la mentira. O al menos eso creí entonces.

Tras una torpe defensa de lo que llamó mi infinita sabiduría, que no descendería a hablar de pueblo tan desdeñable, el chico dijo apuradamente que de cualquier modo era sabido que a los Vodianoi u hombres-sapo se les podía encontrar en las *uwaly* (colinas, en nuestra lengua) de Severny, muy al este de Vologda, en los confines orientales del país de los antiguos príncipes rus de Nowgorod. Para el emprendedor Khan, aquello daba por terminado el asunto: con apenas un gruñido —que era de asentimiento, y también de irrevocable mandato— el Señor del Mundo nos envió a una cacería insensata en el último confín de su reino, de la que sin duda no saldríamos vivos. No lo lamenté por

mí, pero me dolió que por intentar salvarme Igor se hubiera enviado conmigo a la muerte.

Acompañados por una escasa patrulla y medio centenar de caballitos, tardamos dos semanas o tres en llegar a aquella ondulada región cuyas aguas hinchadas y corruptas, según decía el chico, engendran minúsculos endriagos. Pero ni entonces ni después vi a vodianoi alguno. Igor llegó a jurar que alguna vez aquellos seres habían emergido de este pantano o de aquel riacho, y describía sin asomo de asco ojos sin párpados, achatadas narices, bocas descomunales, bigotes ralos, barbas verdes e inmensas barrigas. En privado yo le reprochaba el escándalo, pero los supersticiosos mongoles parecían seducidos, hasta divertidos por las barbaridades que inventaba el muchacho. Una tarde, cuando nuestros captores desesperaban de no enfrentar a monstruo alguno, un escándalo en la orilla vecina se extendió hasta nosotros. Uno de los mongoles traía, con gran alboroto, algo ensartado en la punta de su lanza. Se detuvo en el centro del campamento, dando grandes alaridos: armados, todos los demás acudieron a mirar aquello, y en un instante el campo quedó desierto. Olvidados por nuestros guardianes, Igor y yo nos acercamos a un bulto pequeño y maloliente que quedó allí: barbotando, me dijo que era una gran mano verde, con dedos unidos por membranas y acabados en largas uñas de metal.

VIII

En esa momentánea confusión pudimos escapar de la enloquecida patrulla mongol, a través del bosque, hacia un país situado aún más hacia septentrión. Los infelices habían hallado a su hombre-sapo, o algo que pasaba por serlo, y enfrentaban una faena más interesante que perseguir a un viejo inútil y a un muchacho aterrorizado. Claro que no por ello dejamos de apurarnos hasta que estuvo oscuro.

Por semanas nos hundimos hacia el norte y hacia el oeste, cazando si podíamos, royendo cortezas cuando no podíamos. Mi sangre, gestada en la sonora intimidad de las montañas, hubiera querido llamar infinita a aquella mortaja verde y pavorosamente idéntica a sí misma que se adivinaba por delante, suma y fundamento de cada árbol de los millones que se ofrecían como obstáculo a nuestro penoso avance (pero que pagaban con el vital refugio de su sombra). Mi instrucción, sin embargo, me ayudaba a entender que estábamos en ruta hacia la inconcebible tierra de los hiperbóreos, a quienes —según comentó Heródoto— incluso el pretérito y caníbal pueblo Escita había temido.

Me precio aún de mi mente racional, que solo ha de anodarse ante Dios o —Él no lo permita— ante sus Enemigos. Lo digo, lo sé, menos para justificar ante esta sala el pavor que me produjo ese bosque que para mentir a mi vigilante conciencia, que podrá tal vez creer que nada ocurrió bajo el horrible amparo de aquella selva.

He llamado sonora a mi amada montaña: lo he hecho a pesar de que una de sus virtudes fue siempre la calidad de sus silencios. A lo largo de un siglo, yo supe disfrutar de ellos en cien lugares diferentes acompañado de la sabia rudeza de mi abuelo, de la exuberancia de Frithleif y Halvdan, de la sabiduría de Yalal o Dióscoros. En la montaña, el silencio es el hermano pequeño de la luz. Aparece breve y pacíficamente cuando lo demás calla. Por el contrario, en aquel bosque hiperbóreo el silencio no significaba el vital reposo de todas las cosas sino su cóncava actitud de conspiración, de secreta amenaza. No la paz presente, sino la futura guerra era lo que trababa todo ruido en esa urbe vegetal, y nos volvía a Igor y a mí partícipes y colaboradores en la extenuante labor de callar, de enmudecer, de esperar.

Aquella muda hostilidad se acentuaba al desaparecer el sol. Más que hundirse, el astro parecía rodar y herirse y sangrar hasta morir sesgado entre distantes árboles. La mente deseaba, urgía acompañar tal acto majestuoso del corno de los vientos, del tambor de una cascada. Pero siempre era inútil. Tantas veces jugó con nuestros sentidos la horrible continuidad del silencio (nos tentaba con un simulacro de ruido, tan atroz que lo lamentábamos al punto en nuestros corazones, y ansiábamos otra vez el retorno de la nada), que cuando en verdad oímos aquella canción ninguno de los dos dio al otro señal de que algo extraño estuviera ocurriendo.

Había luna aquella noche. Cuando el creciente pareció enredarse en los negros abedules fue imposible seguir fingiendo que nada escuchábamos: cantaba una mujer, y otras le respondían. Yo jamás había escuchado algo tan ajeno a este mundo, tan repudiado por Dios, que puso las constelaciones.

—¡Son las Russalkas, los espíritus del bosque! —gritó Igor, de pronto rebasado por el supersticioso terror que había venido vaciando su mente desde la visión de aquella mano—¡debemos calmarlas o nos perderán! Debemos quitarnos las ropas y ponérnoslas lentamente y al revés. Con fango yo me pintaré senos en el pecho. ¡Un pantano! ¡Debemos hallar un pantano! —acabó su voz deformada por el pánico, y se hundió en la noche como un lobo. Las voces seguían cantando, llamando.

Bien dice El que Habló (en el Azora décimo quinto, versículo décimo octavo) que se protegerá al creyente contra los demonios, excepto a aquellos que con descuido creen o fingen creer en Dios. Igor nunca tuvo verdadera fe, y

cuando más la necesitó volvió a sus ritos paganos y lo atraparon los diablos, la nefanda descendencia de Iblis, el de la rodilla endurecida.

Como pude seguí su nocturno rastro; no fue difícil, pues no cesaba de gritar. Lo hallé desnudándose a la orilla de un pequeño lago, replicando a la impía canción que parecía provenir de la orilla distante. No pude llegar hasta él antes de que se lanzara al agua, antes de que las urgentes voces atraparan al desgraciado en su hechizo mortal. Quedé allí impotente y solo, junto al negro desorden de sus ropas, viendo morir lentamente en la orilla las últimas olitas provocadas por su agonía, hasta que el lago volvió a ser el quieto círculo azogado que era antes. De nuevo se reflejaba en él la sonrisa inmóvil de la luna, y una tenue neblina empezó a extenderse sobre el agua. En ese momento se abatió sobre mí el último de los cansancios y, arrepentido de mis pecados, ofrecí a Dios la incomprensible suma de mis miserias, decidido a morir allí.

Pero aquello no me fue permitido. Las voces de esos demonios no habían dejado de llamar, de exigir. Yo apenas distinguía una colmena de manchas blancuecinas revoloteando entre los abedules de la orilla distante. Fuera de mí por las privaciones y el miedo, vaciado de toda voluntad, razón o instinto, vi o creí ver cómo esas manchas se fundían en una sola luminosidad blanca, surcaban con violencia el lago hacia mí, y se detenían a pocos pasos de mi cuerpo caído, flotando altas sobre la niebla y sin cesar nunca de cantar. Miré y vi un cuerpo gigante, blanco, atravesado por la luna; luego la luna fue su rostro, los rayos plateados sus larguísimos cabellos, y sus partes se fueron haciendo más y más femeninas hasta que tuve delante a una diosa, o a una bellísima *yinn*, esbelta y concreta, que seguía cantando. Y vi la blanca nube de su cabellera arremolinándose en su talle desnudo. Y vi sus piernas largas y seductoras como afilados minaretes de alabastro. Y vi cómo estas empezaron a ancharse y a apartarse, a hacerse cortas, curvas y grotescas, y entre ellas a destacar el abrupto triángulo de su sexo. Y vi cómo su cintura empezó a angostarse casi hasta la nada y sus senos albinos a crecer desmesuradamente, hasta remedar la rotunda silueta de la Diosa. Y vi la burla en su boca, que era como la luna, y que me dijo una palabra en griego: «Mi cuerpo es tu cárcel». Y no quise mirar sus ojos atroces pero luego los vi, y eran grandes como huevos, y del todo blancos, horriblemente blancos.

IX

Esta noche que, a pedido de Conrado de Mazovia (cuya hospitalidad a todos honra), repito la inútil historia que en privado anoche le referí, evitaré a los nobles caballeros polacos los detalles acerca de mi milagrosa salvación a manos

de una banda de cazadores hiperbóreos, de coloridos trajes. Solo diré que estimo que fue su superstición lo que les impidió matarme. Mi terrible aspecto ha de haberles recordado el de alguno de sus demonios, pues gritaron «¡Tuulikki! ¡Tuulikki!» al verme. Ninguno me tocó.

Hacia el fin del otoño, a orillas de un vasto lago gris, los tramperos me dejaron en manos de unos comerciantes de un pueblo nórdico con quienes, supongo, acordaron por mí un precio. Yo no hablaba su difícil lengua, pero ellos sí reconocieron el escaso polaco que pude reconstruir. Así fue como, salmodiando en siete lenguas, los convencí de que era yo un sabio mago rus y que, si no me acercaban a Polonia, me ocuparía de abrumar sus vidas con mis malas artes. Huyendo del invierno atravesamos un mar gélido y arribamos a Suomi, su país, a un puerto al que llaman Helsinki. Ignoro cómo sobreviví al espantoso frío de esa estación, pese a que los piadosos cristianos del lugar —pues ahora los hay por todas partes— hospedaron a este viejo agradecido en su ancha catedral de madera. Pasé allí aquel invierno y el siguiente y un tercer invierno, todos muy crudos: y consta que no morí, aunque por cierto faltó muy poco. Siento —estas cosas llegan a sentirse, en verdad— que en algún momento bajo el rudo techo de aquella iglesia debe haberse cumplido mi siglo.

Pero sobrevino la tercera primavera, que fue cálida, y yo supe, por fin, a dónde se me convocaba. Aquella Voluntad que me había salvado en tantas oportunidades se estaba dando enormes trabajos para mantenerme con vida, pasados los cien años, mientras me devolvía al lugar de mi nacimiento. Me pareció impío insistir en estorbar su misión: en cuanto me fue posible, y tras pagar con el relato de parte de mis desventuras a un comprensivo capitán, me embarqué hacia la costa polaca en una balandra cuyo hedor a arenque aún conservo.

Fue en ese viaje cuando supe que, invitados por el hoy contrito rey, la infame hueste de la Cristiana Orden Teutónica había penetrado a la tierra polaca a imponer su extraña paz. Nadie soy para juzgar la política de la Casa de Mazovia: pero ya que el rey me ha escuchado ayer y, quizá en atención a mis años, no me ha apaleado, repetiré que aquello fue tonto.

Ruego a los caballeros que dejen de reír. Mi protector requiere del apoyo de sus nobles, y no de su burla, para librar a Polonia de esta plaga alemana que él mismo en mal momento hizo caer. Y por esto, creo, es que ha querido mostrar cómo un acabado anciano como yo ha podido dar el primer golpe, que ya termino de contar.

En Gdąnsk viví dos años, tratando de escapar a la fama de hombre sabio que tejían los jóvenes a mi alrededor. Pude borrar mi cuerpo en los barrios miserables, pero en mi espíritu, por lo demás casi apagado del todo, crecía una furia antigua e inútil. Desde Constantinopla y Acre odiaba a los caballeros teutónicos

en abstracto: el largo año que me tomó subir de Gdąnsk a Poznan y de Poznan a Wrocław, ofreciéndome a cortar unos leños, a alimentar cerdos o a vigilar unas cabras por una limosna o unos mendrugos, en mi camino a los Tátra, hizo bien poco para hacerme olvidar ese viejo furor y, más bien, lo hizo concreto. Pues más de una vez mis cenizas huesos recibieron un bastonazo, un empujón o un puntapié para los que su despreciable autor ni siquiera se molestaba en desmontar.

Sé que los niños de Wrocław han contado cómo la piara enloqueció y atacó al caballero, y cómo aquel viejo porquerizo —a quien nadie conocía— se acercó, en apariencia a asistir al señor Rudolf a incorporarse. Para entender lo que pasó después ayuda (pero no basta) saber que soy tan corto de vista, y que aquella mañana yo había ido además a trozar leña.

Pues no supe quién era el caído, apenas entendí lo que los niños gritaban. Ya de cerca reconocí en su escudo un emblema antiguo, la salamandra blanca, y en su peto la erizada cruz que en esta tierra los alemanes han hecho sinónimo de crueldad. No vi su cara, pero algo en los ademanes tremebundos de aquel belloco que luchaba contra mi piara me hizo mirar muy adentro en el pasado.

El pasado contiene casi todas las cosas que pueden llamar la atención de un viejo como yo. En este caso, el verlo tendido en el suelo con un pie atrapado en la boca del más grande e irascible de los puercos, y el oír el rudo frenesí de los cascos de su montura por encima de horribles gritos en alemán me hicieron volver al miedo, al canto de Yalal y al rugido de aquel jinete, al sulfuroso infierno de Acre. En ese momento su yelmo cayó y pude ver, muy de cerca, la salvaje mirada del hombre al que yo iba no muy dispuesto a ayudar. (Pues, como sugirió Dióscoros, aliviar los efectos del castigo divino no supone negar su justicia).

Aquella lejana vez en Acre yo era un maduro peregrino en busca de un libro, y lamenté no ser de nuevo el temido capitán de la Guardia Varangiana que había puesto en fuga a Federico Barbarroja. Por Yalal había dejado aquello, y por dejar aquello perdí al muchacho y a la más valiosa de mis vidas a manos de un caballero teutónico, el mismo que ahora caía atrapado en la curva red de mis días. Ahora, más de treinta años después, yo era solo un pobre anciano al cuidado de unos puercos; pero esta vez sí tenía conmigo un hacha, y aún podía levantarla.

Sentí por última vez ese antiguo y candente temblor que deshacía mi espalda cada vez que recordaba la ronca voz de la pitonisa de Sin. Y, como antes hiciera dos veces frente a aquellos petcheneg que los años igualaron, no pensé. Y corté.

X

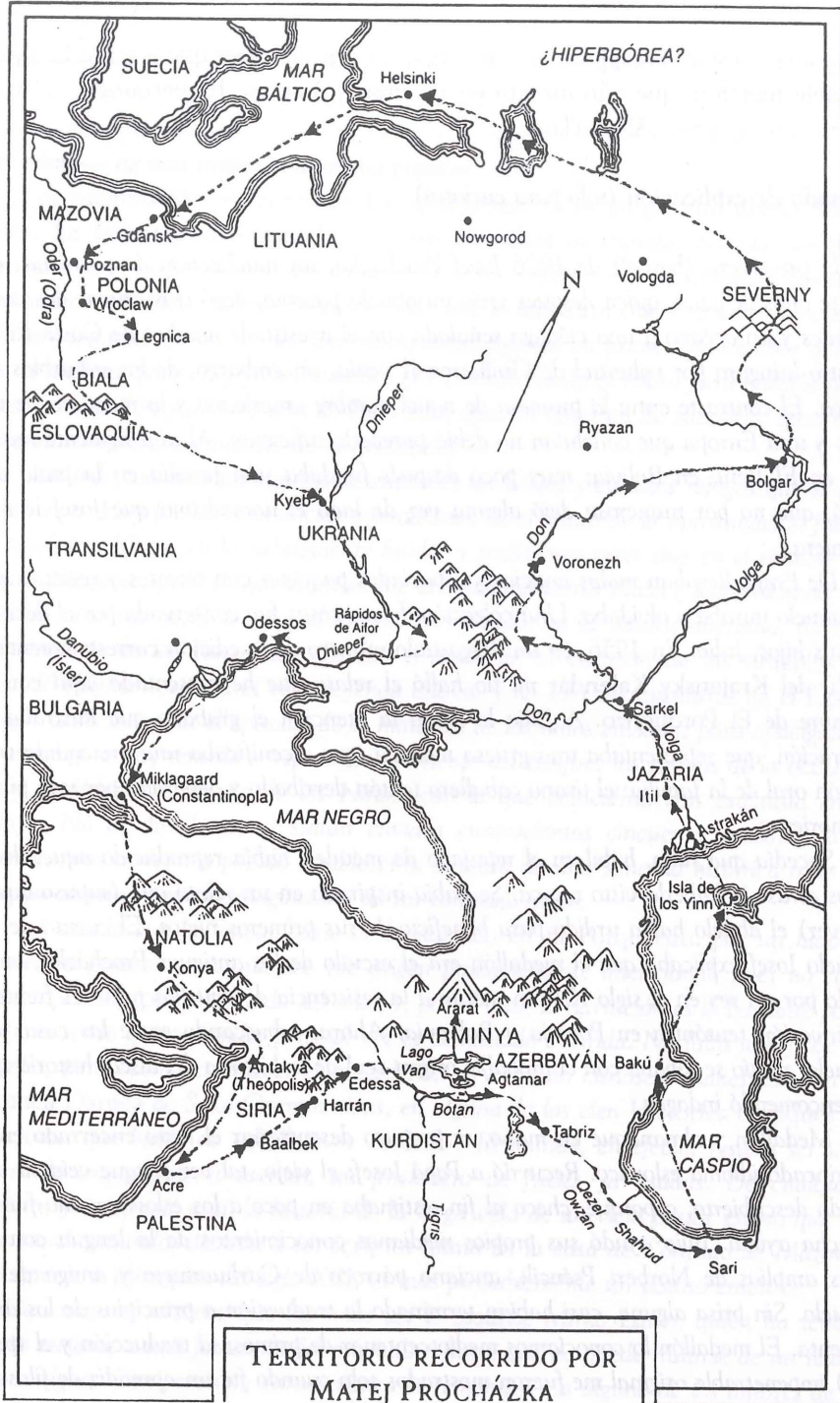
Concluiré mi relato; aseguro que me cansa a mí más de lo que los adormece a ustedes. He querido mostrar que, aunque yo tenía razones para odiar a Rudolf von Wiese, mi voluntad no habría cedido a la acción; otra es la Voluntad que me lo entregó. Y que si en efecto nos enfrentamos tras tantos años y murió con mi ayuda no hay en ello mérito ni culpa, tan solo un estéril equilibrio, quizá de algún valor pero, ¿quién puede interpretar el orden más elevado de las cosas?

Yo intenté hacerlo, es verdad. ¿Acaso me perdí en la búsqueda de una tenue simetría, cuando esta no era sino otra pérvida excrecencia de lo disperso, de lo múltiple? ¿He desviado —desvío aún— el curso de mi alma, de nuestra alma, a merced del distraído capricho de una emanación inferior? Tal vez yo soy o he sido el error de Alguien; pero no quiero creerlo y mi pecado es entonces juzgarme Causa y ser solo Efecto.

He vivido, es claro, más tiempo del que el Cielo aparta para un hombre; he vivido los hechos inadecuados y dispersos de una cascada de vidas. Yo no sé si se destinaban para mí grandes hechos; aborrezco esa posibilidad emprendedora, militar. Yo prefiero confiar en que la prudencia de mis pasos haya tomado vuelo sobre la iniquidad de la materia, sobre el extraño círculo de mis días. Pero no lo sé. Lo genuinamente inteligible se disfraza en ocasiones en lo impecablemente banal: lo sagrado puede esconderse en el caos plural del sueño, en los recuerdos de una noche o de un instante.

¿Será mi emblema el petcheneg a quien regalé la vida y el puñal, y que no es distinto de aquel otro de quien tomé la una y el otro? (Ante Dios, debo creer, esta igualdad me marca o me redime). O bien quizá mi papel ha consistido apenas en arañar con un hacha cierta balastrada en un templo griego; o bien en la fracasada conversión de un chico necio, o quizá solo en vengar con la vida de un infeliz la muerte de un santo. De ser yo un hombre sabio, de contar con la intuición precisa, cada una de estas posibilidades me aproximaría a lo inteligible (¿se suman tales imágenes, se compensan, se restan valor una a la otra?) pero los años me cierran el camino. Me sospecho, sí, culpable de algo. «Vuelve a tu pergamino», profirió Garrik el sabeo... es posible que no se refiriera al desierto amarillento. Anoche he extendido una roída carta incompleta que, según Estrabón, es una copia del orbe. (Vano, incesante intento de los hombres el de copiar lo inteligible sobre el mundo). Con mi rueda otra vez he faltado: temo haber dibujado en el tiempo una ruda copia del símbolo de la Eternidad.

Estoy muy cansado y solo soy un viejo guardián de cerdos. La hermana Muerte ya ha vencido para siempre el temor pendular que siempre me tuvo. Nos encontraremos pronto ella y yo en un quieto manantial, y su misión —interrum-



pir la mía— estará completa. Sin embargo, no dejo de creer que a mí (a la injustificable metáfora que aún me atrevo a llamar yo) se me ha permitido, tal vez, dar un primer paso. *Allah a'lam.*

A modo de explicación (solo para curiosos)

En la primavera (boreal) de 1906 Josef Procházka, un muchachón de poco más de veinte años de edad, quien después sería mi abuelo paterno, llegó tras cruzar dos continentes y un océano a una ciénaga señalada con el irresistible nombre de Costa Rica. Austro-húngaro por voluntad de Guillermo II venía, sin embargo, de los suburbios de Praga. El contraste entre la promesa de aquel nombre americano y la memoria de un siglo y una Europa que concluían no debió parecerle suficiente. Al año siguiente buscó oro en El Beni, en Bolivia; muy poco después fundaba una familia en la puna del Perú, que no por numerosa dejó alguna vez de lado el nomadismo que Josef le imprimiera.

De Praga llegaban malas noticias y espaciados paquetes con retratos y revistas que mi abuelo miraba y olvidaba. Una colección de sus cosas fue conservada por el décimo de sus hijos, Julio. En 1956, en un desgastado número de la edición correspondiente a 1920 del *Krajansky Kalendár* mi tío halló el relato que he presentado aquí con el nombre de *El Porquerizo*. A Julio le llamó la atención el grabado que ilustraba la narración, que representaba una gruesa medalla, que escenificaba una pretendida tradición oral de la familia: el tirano caballero teutón derribado y devorado por una piara hambrienta.

Sucedía que Julio, hábil en el repujado de metales, había reproducido aquel disco años atrás sin haberlo visto nunca. Se había inspirado en un relato que (supuso aquella vez) el abuelo había urdido para beneficio de sus primeros nietos. El cuento de mi abuelo Josef explicaba que el medallón era el escudo de los antiguos Procházka, otorgado por un rey en el siglo XIII en mérito a la resistencia de aquellos pastores frente a la invasión teutónica en Polonia y Bohemia. Ahora, rebuscando entre las cosas del abuelo, mi tío se topaba con el probable origen real de la historia del disco, historia que se encomendó indagar.

Medallón y almanaque en mano, se propuso desentrañar el texto encerrado en el intrincado idioma eslovaco. Recurrió a Papá Josef: el viejo, tal vez porque veía su tinglyado descubierto, o porque, checo al fin, estimaba en poco a los eslovacos, no fue de mucha ayuda. Julio ayudó sus propios medianos conocimientos de la lengua con los más amplios de Norbert Pséncik, anciano párroco de Carhuamayo y amigo de mi abuelo. Sin prisa alguna, casi habían terminado la traducción a principios de los años sesenta. El medallón lo conocíamos medio centenar de primos; la traducción y el (para mí) impenetrable original me fueron mostrados solo cuando fui un aprendiz de filosofía

en la Universidad Católica. Lo primero que noté en el original fue el general descuido de la edición, publicada en un papel lamentable. No se consigna el nombre del autor, como dando pie a la impresión —negada por la evidente coloración neoplatónica y sufi del relato— de una tradición anónima popular.

Las palabras Mateo, centón y katholikós figuran en griego, esta última con un error; los latines pude rastrearlos sin gran dificultad al episodio del Diluvio en la Vulgata. Con no poco entusiasmo entré a formar parte de esa incongruente camarilla de traductores. Milan Kundera ha señalado que la literatura checa es única porque en ella son los traductores, no los autores, quienes figuran en primer plano; creo que mi tío, el anciano párroco y yo terminamos por colorear tanto el relato para hacerlo parecerse al medallón y a la versión de Papá Josef que, en términos de Kundera, quedamos relegados al plano secundario de la invención.

Con todo, no estamos seguros de entender los varios y curiosos reflejos que se dan en el texto. Hay fáciles resonancias conradianas en el relato de la aproximación fluvial al tenebroso Khan, en la subsiguiente huida, y podríamos creer que en el nombre del rey de Mazovia; pero Joseph Conrad fue en realidad cierto Nalecz Korzeniowski que cuando niño vio morir a sus padres polacos exiliados en la tundra siberiana, no lejos del territorio de las Russalkas. ¿Estaba el autor de *El corazón de las tinieblas* recreando fragmentos de una vieja leyenda eslava, y no solo sus aventuras en el Congo Belga? Otra muestra: el episodio de la matanza de los niños enviados para apaciguar a un enemigo cruel, remeda o reproduce al oriente del Bósforo las formas de la occidental y desdichada Cruzada de los Niños, con la que coincidiría con exactitud en el tiempo. No es difícil que el sultán enviara cuatrocientos cincuenta emisarios a la muerte, pero no hemos podido establecer si se trata de una simetría histórica o de un episodio novelado por la imaginación de un complejo autor.

Así sucede con la mayor parte de lo narrado en *El Porquerizo*: por un lado se incurre en gruesos anacronismos (de origen probablemente intencional, pues no concuerdan con el general cuidado del relato); por el otro, la narración es lo bastante posible para ser lo que pretende; pero tal vez es demasiado colorida. No falta una frase de Hamlet, pero ¿cómo establecer el precedente? ¿Acaso no curioseó Shakespeare en la *Cronica Danica* de Saxo Grammaticus, en alguna de las cien *Histories* tragiques de Belleforest que habla de «quelle ruse Amleth»? El mundo, en efecto, resulta ser una cárcel de arquetipos; el escritor, un prisionero de frases ya usadas. De cualquier manera, yo creo que esta, la historia de la larga vida de un viejo pastor eslavo que ha visto mucho mundo, dictada a un scriptor latino en la casa de Conrado de Mazovia en Legnica, a principios del siglo XIII, es más probablemente un vistoso embuste.

Con mejores razones que las mías así lo sostiene Mirko Lauer, quien ha tenido acceso reciente a una fotocopia del original. Afirma que no puede tratarse de un relato muy antiguo. Con precisión característica lo remonta «...a alguno de los autores de la

Staré Generace, aquellos forjadores del renacimiento nacionalista checo de la primera mitad del siglo XIX; quizá el eslovaco Jan Kollár o más probablemente el historiógrafo Frantisek Palacky, que en su juventud pasaba por folclorista. Jungmann, ni hablar: era germanófilo». Admito como definitiva esta opinión erudita, pero no quiero terminar sin proponer mi propio argumento; a falta de mayores conocimientos de literatura checa lo apoyo en una tenue conjetura de orden cartográfico.

No es difícil ceder a la invitación del relato a seguir los recorridos de Matej Procházka con un lápiz a través de un atlas; el personaje mismo lo hace al final, supuestamente sobre un mapa de Estrabón. (Los epígrafes y el mapa añadidos por mí a la presente versión no apuntan a otra cosa). Pero el sorprendente detalle del dibujo resultante requiere una cartografía más precisa, más actual y apegada a la realidad geográfica que los irregulares trazos que un griego contemporáneo de Cristo copiaba o inventaba; una precisión inaccesible también, por cierto, en la biblioteca (?) de un rey polaco del siglo XIII (o en esa visión alucinatoria que atribuye a una Diosa palabras demasiado presocráticas). El emblema de la Eternidad al que aluden las líneas finales del relato solo aparece sin distorsiones —con el público Ararat en el lugar preciso— en un mapa posterior a Mercator.

A menos, claro está, que admitamos que la Geografía, como la ciencia en su conjunto, consista apenas en una cita mal hecha: tan solo un rudo, vano intento de los hombres de copiar lo inteligible sobre el mundo.

(1991)

(De *Un único desierto*. Lima: Australis, 1997)

FERNANDO IWASAKI

Fernando Iwasaki Cauti nació en Lima en 1961. Ingresó a la Universidad Católica en 1978 y se licenció en 1984. Obtuvo la maestría en Historia con la tesis: *Extremo oriente y el Perú en el siglo XVI*, 1992.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Tres noches de corbata. Cuentos. Lima: Ediciones AVE, 1987.

A Troya, Helena. Cuentos. Bilbao: Los libros de Hermes, 1993.

Inquisiciones peruanas. Sevilla: Padilla Libros, 1994.

Libro de mal amor. Relatos. Barcelona: RBA, 2001.

ROCK IN THE ANDES

Blackbird fly, Blackbird fly, into the light of the dark black night

LENNON & MC CARTNEY

Onésimo Huarcaya llegó a la casa del doctor Choquehuanca cinco minutos antes de la hora. El sol calentaba implacable a cielo abierto y en la sombra uno se pelaba de frío. ¿Para qué le habría llamado? Sin duda era el profesor más exigente de la Universidad de Huamanga y también el más extraño. Tenía currículum como para ser decano y le importaba un pito, no se metía en política y los del centro federado ni se atrevían a tacharlo. Bien raro era Choquehuanca, siempre vestido de negro, todos sus cursos eran de noche y nunca se había casado. Onésimo Huarcaya miraba las tejas de barro y el afilado perfil de los cerros que corrían detrás de las torres de las iglesias. Ayacucho olía a lana y a pintura de retablo fresca, daba gusto estar así. De pronto Choquehuanca abrió la puerta.

—¿En qué piensa, Huarcaya, que no toca el timbre?

—En mis cositas nomás, doctor. Ya ahorita le estaba tocando.

—Entonces pase, muchacho. Lo nuestro tiene para rato y no quiero que nos agarre el toque de queda.

Onésimo entró con la misma timidez que mostraba en las clases y en las fiestas: las manos pegadas a la cintura, la frente apuntando al suelo y los hombros para adelante. El doctor Choquehuanca imponía respeto y él aún no sabía para qué lo había citado. ¿Debía preguntarlo?, ¿podría sentarse? A pesar de estar mirando hacia abajo Onésimo sabía que los ojos del profesor lo examinaban como carbones encendidos, como si le atravesaran el alma, como si le estuviera leyendo el pensamiento.

—Usted está preocupado, ¿no, Huarcaya? —le dijo.

—Cómo será pues, doctorcito. Usted dirá si no hay razón —respondió sin levantar la vista.

—Claro que hay razones, Huarcaya. Por eso he querido que venga. Tome asiento y vamos a conversar.

La sala era oscura y desordenada. Los libros se habían ido amontonando en repisas y estanterías hasta invadir los muebles y el suelo, donde la docta biblioteca del profesor se confundía entre latas vacías, periódicos viejos y medias sucias. Seguro que Choquehuanca no había pasado un trapo por ahí durante años, pues la capa de polvo tenía un espesor considerable. Onésimo hundió más su cabeza entre los hombros a la hora de sentarse y miró cohibido a su anfitrión como si aguardara la respuesta del oráculo o un presagio fulminante.

—Lo he llamado —comenzó Choquehuanca— porque usted es un buen estudiante y una persona seria, decente y responsable que le gusta el folklore de su tierra. ¿Usted cree en Dios, Huarcaya?

—Claro que sí, profesor —balbuceó—. Nomás que a veces no voy a la misa.

—Entonces también creerá en el demonio, ¿no, Huarcaya? —retrucó Choquehuanca—. Ayacucho se está convirtiendo en un infierno, jovencito. ¿No lo ha notado usted?

Onésimo recordó los perros que amanecieron colgados de los faroles de la plaza de armas, los incidentes de Chuschi el día de las elecciones y luego los atentados y las detenciones que se produjeron en los días siguientes. «Sí, profe. Puede ser», atinó a responder.

—Ayacucho era una tierra tranquila, Huarcaya —continuó Choquehuanca—. Aquí teníamos nuestras fiestas, nuestras costumbres, nuestra cultura. Todo eso se está perdiendo desde que entraron los seguidores del diablo. Esos ateos, esos fanáticos, esos enviados del mal y las tinieblas.

—Son los del Sendero, ¿no profe?

—No, no, no, Huarcaya. Está usted muy equivocado. Yo me refiero a la gente de Lima, a todos esos gringos periodistas, a tanto blanquiñoso de afuera que ha venido a traer cosas que no son nada cristianas, oiga. Los Lumis estaban tranquilitos en la universidad y yo nunca he tenido problemas con sus dirigentes, pues. El peloteo empieza con las radios nuevas, la televisión y la discoteca que abrieron en la calle Castilla. Ahí arrancaron las desgracias, Huarcaya. Ahora el diablo nos tiene cogidos del pescuezo. ¿Me ha comprendido, jovencito?

—Un poco nomás, profesor. Mejor otra vez me cuentas.

—Está en la biblia, Huarcaya: al final de los tiempos la Bestia vendrá y confundirá lo bueno con lo malo. Será el despelote, muchacho. Ahora está en Ayacucho y tenemos que sacarle la chochoca.

—Aaaahh... como en el cuento del *Tutupaka Llakta*, ¿no, profe?

—Ya no es igual, Huarcaya. Más antes se armaba la procesión y se acababa el problema, porque a la Virgen y a los santos les gusta el charango, la quena y

la guitarra. Pero hoy el demonio controla el mundo y nos manda sus legiones para descubrirse. Como católico y ayacuchano usted tiene que hacer algo.

—¿Qué haré pues, doctorcito?

—¿Sabe lo que es la música rock, Huarcaya?

—Será pues su música de las rocolas, ¿no?

—Peor que eso, jovencito. El rock es la música del diablo y por su culpa el mundo está ahora al revés, Huarcaya: los hombres parecen mujeres y las mujeres parecen hombres. ¿Nunca ha ido a la discoteca de la calle Castilla?

—Ánimas benditas, ino, profesor! —contestó Onésimo persignándose.

Pues un día tendrá que ir para derrotar a la tentación como hizo Cristo en el desierto, mi querido Huarcaya —sentenció circunspecto Choquehuanca—. Sin estar purificado no puede hacer lo que le voy a pedir. Aproveche y vaya esta noche. ¡No hay tiempo que perder! Mañana lo espero para que me cuente. ¡Que Dios lo proteja, Huarcaya!

Onésimo estaba confundido. ¿Cómo era eso de que el diablo estaba en Ayacucho?, ¿y encima en una discoteca? La noche empezó a teñir de negro el cielo de Ayacucho mientras tanquetas y soldados se desplegaban por la ciudad. Nunca había entrado a una discoteca porque para bailar estaban la Plaza de Armas y los maizales cuando los choclos se ponían tiernos, pero lo que más le molestaba era tener que pasar ahí toda la noche, ya que después del toque de queda no podría salir («por lo menos bailaré un huaynito», pensó).

A la vez que la gente corría hacia sus casas y la tropa tomaba posesión de las calles, Onésimo Huarcaya miraba indeciso los tubos de neón que anunciaban la entrada de «La Cripta Night Club», como si fuera una boca fosforescente que servía de ingreso a otra dimensión. Un sinchi lo miró receloso y tuvo que meterse rapidito, confiando en las estampas y escapularios que el padre Tobías le regaló por su primera comunión. Rezó tres avemarías y avanzó por el tétrico pasadizo aferrando el rosario de su madre.

El lugar era ciertamente infernal, pues una densa niebla flotaba por el recinto, luces de colores disparaban rayos a diestra y siniestra y una música horrorosa hechizaba a esa gente que de pronto saltaba o gritaba en endemoniado desenfreno. Reconoció a varios gringos que daban vueltas por la provincia haciendo preguntas a los oficiales que acababan de llegar de Lima y a un montón de gente rara que seguro se alojaba en el Hotel de Turistas, «esa sucursal de Babilonia», como decía el doctor Choquehuanca. Onésimo sentía miedo y repugnancia, cuando de pronto le palmearon la espalda.

—Oye, cholito —le dijo un mozo vestido de diablo—. Hay que consumir, pues. Si no vas a gastar te boto a la calle pa que te desahueven los sinchis por terruco.

Huarcaya esquivó atolondrado a las parejas de posesos que brincaban y llegó hasta la barra del local. Cogió la lista de bebidas y por poco se desmayó al leer los nombres de los tragos: «Virgen viciosa», «Demonio de los Andes», «Suero de Drácula» y «Eyaculación satánica». El camarero lo apuraba y a las justas atinó a pedir una cerveza arequipeña. Choquehuanca estaba en lo cierto: esa discoteca era un antro de pecado y corrupción, una ofensa contra la iglesia católica, apostólica y ayacuchana.

Onésimo pasó una noche interminable, rezando las letanías entre cerveza y cerveza cada vez que el mozo lo descubría sin nada en la mano («¡otra chela pa que no te seques, serrucho!»). Hubo un momento en que la enloquecida concurrencia lo sorprendió hincado de rodillas y se arrancaron a bailar alrededor suyo mientras cantaban en un idioma incomprensible («algo de mamá y las papas», había entendido). Si no hubiera sido por San Pancracio y la virgencita de Cocharcas, Huarcaya no habría resistido hasta las cinco de la mañana, hora en que acabó el toque de queda y salió disparado para la catedral.

Cuando llegó a la universidad todavía conmocionado, Choquehuanca le esperaba en la puerta impaciente. «Vamos a mi oficina, muchacho», ordenó.

El despacho del catedrático era un caótico remedo de su casa, atiborrado también de libros, papeles sucios y desperdicios. Choquehuanca cerró las persianas y se dirigió a Huarcaya como en secreto:

—¿Cómo estuvo la cosa anoche?

Onésimo refirió con pelos y señales el macabro aquelarre que había observado en «La Cripta», describiendo el ambiente de pecado y depravación que se formaba al conjuro de esa música infernal. «Nomás que no entendí lo que decían, profesor», concluyó.

—Es que están en inglés, mi querido Huarcaya, y el inglés es el idioma del diablo pero al revés. Esas canciones tienen mensajes invertidos que usted debe aprender a interpretar, jovencito.

—Cómo será pues, profe. Nomás que a las justas te entiendo y ya quieres que hable como las películas.

—No se preocupe, Huarcaya —contestó Choquehuanca mientras espiaba por la persiana—. Ahora debe venir una persona que va a ayudarlo en eso, y además yo le voy a dar su diccionario, sus libros y sus *cassettes* para que practique. Si los poseídos hablan en inglés, los buenos católicos con mayor razón.

—Sí, doctorcito —aceptó resignado Onésimo.

El tiempo transcurría grávido y Choquehuanca le hablaba de organizaciones muy serias que luchaban contra el demonio y sus secuaces en todo el mundo («como los cristianos que han nacido de nuevo, Huarcaya»). Él había asistido a unas conferencias que la Fundación Maranata dio en Lima en el cine Maximil, y

ahí comprendió el peligro que representaba la música del diablo para la juventud nacional. Para colmo de males, Ayacucho había sido escogido por los satánicos como escenario de su gran misa negra anual.

—Es verdad, Huarcaya —gesticulaba Choquehuanca con los ojos como platos—. Yo lo escuché en el canal 7. Allí un miembro de la secta maldita tiene un programa de música que es un insulto contra la fe, oiga. Ese tal Gerardo Manuel ha anunciado que en Ayacucho van a celebrar un concierto internacional de rock. ¿Se imagina, muchacho, al Anticristo en nuestra tierra?

—Cómo será, profe —contestaba Onésimo medio aturdido.

De pronto tocaron la puerta de una manera que se antojaba preconcebida de antemano, y Choquehuanca respondió sigiloso con otros acompasados golpecitos que también fueron contestados rítmicamente antes de abrir. Entonces entró un gringo gordito de anteojos enormes, pelo rapado y corbata michi, que saludó al profesor con familiaridad a la vez que esbozaba una sonrisa postiza cuando se dirigió a Onésimo.

—Mucho gustou, *mister* Warkay —exclamó mientras colocaba su mano blandengue y sudorosa en la de Onésimo—. Ya oyendou hablar de usted. *Nice boy, nice boy*.

—Mire, Huarcaya —intervino Choquehuanca—. *Míster* Mark David es un *Born Again*, un cristiano que ha nacido de nuevo a la fe, ¿entiende? Él le dirá lo qué tiene que hacer y además le dará clases de inglés. ¿Qué le parece, jovencito?

—Cómo será, profe —respondía Onésimo perplejo.

—So... —pronunció *mister* David — ¿tú nunca escuchandou nada de rock antes?

—No, señor Borguein —replicó Onésimo negando con la cabeza—. Ni más antes ni ahora tampoco.

—*iGood!* —masculló Mark David sacudiendo el hombro de Onésimo—. Tú ser purou todavía.

Luego de ese extraño encuentro siguieron varias reuniones en las que la enseñanza de gramática inglesa se combinaba con la conversión de *Little Richard*, los libros del reverendo Regimbal y la traducción de algunas canciones de Alice Cooper. La Universidad de Huamanga había sido recesada y varios profesores y estudiantes encarcelados, por lo que Onésimo pudo disponer de más tiempo para sus nuevas ocupaciones.

Según las noticias que llegaban de Lima, Ayacucho había sido elegida como sede para un gran concierto de rock dedicado a los desheredados del planeta, tal como se había hecho en otros lugares del Tercer Mundo durante la década de los setenta. Una serie de célebres rockeros estaban anunciados y se especulaba con un aluvión de fanáticos procedentes de los cinco continentes. Entusiasmado

por la acogida, el músico Ozzy Osbourne declaró desde Indianápolis que Ayacucho era el lugar ideal porque significaba «rincón de los muertos», y él deseaba que los asistentes llegaran cada uno en su ataúd.

—¡Esto es horrible, míster David! —gritaba el doctor Choquehuanca— ¡A dónde iremos a parar?

—Pues es clarou que al infiennou, *professor* Chokeone —respondía preocupado Mark.

—Profe, profe —intervenía Onésimo—. Yo me creo que todavía le tengo más miedo al Sendero, doctorcito. Está asustando mucha gente, pues.

—¡Pero cuándo se va a enterar usted, Huarcaya! —exclamó Choquehuanca— ¡No le he dicho que esto no es cosa de Sendero Luminoso, aaaahh? El rock trae la muerte, jovencito. Y morirán muchos más si en Ayacucho se hace el concierto ese.

—*It's true, mister Warkay* —acotó David—. En Cincinnati murieron once *persons* durante el últimou conciertou de *The Who* hace dos años. Y en Leshoto han moridou casi treinta *persons* en otrou conciertou este mismou año.

—Además, Huarcaya —sentenció Choquehuanca—, los perros ahorcados son los típicos sacrificios de las misas negras de los rockeros, para que lo sepa. Incluso a veces matan murciélagos y lechuzas.

—Oh, yes —asentía Mark David—. Muchous animales moriendou en los conciertous de rock, *mister Warkay*.

—Pero el periódico dice, doctorcito...

—¡Qué periódico ni qué ocho cuartos! —bramó el catedrático—. Sendero no es nadie, Onésimo, nadie, caracho. Yo ya se lo he dicho al prefecto, al arzobispo y al general del Cuartel de los Cabitos. Nadie me hace caso, Huarcaya. Estamos solos, solos, carajo!

—Tú leyendou el *apocalypse* —agregó David—. Nadie escuchandou a los amigos del Corderou mientras la Bestia gobernandou el mundou.

—Todo está al revés, Huarcaya —remató Choquehuanca.

Onésimo no sabía qué pensar. Varios amigos suyos habían sido arrastrados hasta las comisarías para ser interrogados por los sinchis. ¿Dónde estaba el diablo, entonces? Por otro lado el doctor tenía razón: el rock era un pecado mortal y el concierto una amenaza, pero, ¿el demonio no estaría tramando otras cosas contra los ayacuchanos? Huarcaya se persignaba y seguía leyendo el libro de Paul Crouch hasta quedarse dormido entre diabólicas y musicales pesadillas.

Durante las semanas siguientes Mark David fue reuniendo información acerca de los grupos que habían comprometido su asistencia al concierto *Rock in the Andes: Black Sabbath, Led Zeppelin, AC/DC, The Rolling Stones, Kiss y Electric*

Light Orchestra. Sin embargo, los cables anunciaban cada vez a más y más bandas de rock, para desesperación y angustia de David y Choquehuanca.

—Si la gente no entiende a buenas habrá que enseñarles de otra forma —rugía doctoralmente el profesor.

—*There is nothing one can do* —asentía Mark.

—Yo estoy ful agrí con el míster, profe —acotaba Huarcaya.

—Entonces fíjense bien en lo que vamos a hacer —ordenó Choquehuanca.

Mientras Huarcaya se iba a concentrar en analizar los programas de radio y televisión, así como en traducir las letras de las canciones e investigar a los grupos de rock que habían anunciado acudir a Ayacucho, el catedrático huamanguino daría charlas en las principales escuelas de la ciudad como la GUE «Mariscal Cáceres» y el colegio de monjitas de «Nuestra Señora de las Mercedes». Por último, Mark David dirigiría un comando dedicado a organizar la resistencia civil: el comité de la lucha popular contra el concierto.

Onésimo reparó en la magnitud de la conspiración satánica al comprobar que Jimmy Page de *Led Zeppelin* había compuesto la banda sonora de la película *Lucifer Rising*; que en la carátula del L.P. *Heaven to Hell* de *Black Sabbath* figuraba un crucifijo invertido; que el último álbum de *Kiss* se titulaba *Hotter than Hell*; que los *Rolling Stones* tenían canciones como *Sympathie for the devil* e *Invocation of my Demon Brother* y habían editado un perverso L.P. llamado *Their Satanic Majesties Request*. Todo tenía un diabólico sentido, ya que incluso Bon Scott —el vocalista de *AC/DC*— acababa de morir en Londres de una borrachera y asfixiado en su buitreo, tal como lo dictaba el Libro de los Jueces: «Los emisarios de Satán se irán al infierno ahogados en su propio vómito».

Para colmo de males Huarcaya detectó influencias infernales hasta en varias canciones en castellano, porque el primer lugar del *ranking* de radio Inca lo tenía una canción que decía algo así como que *Don diablo se ha escapado, tú no sabes la que ha armado* y otras cosas horribles por el estilo. La peste se extendía por todo el dial y pronto infectaría hasta las canciones de misa («*Achachau*, ya mismo sale el Santo, Santo satánico», pensaba Onésimo).

Sin embargo, la gran sorpresa llegaría después de revisar la colección de *Newsweek* en la hemeroteca de la Universidad de Huamanga. Allí descubrió que los *Beatles* —un siniestro grupo disuelto en 1970 y que había influido en todas las bandas de rock posteriores— fueron quienes en realidad originaron el sendero tenebroso del pecado satánico. En efecto, al presentar un disco sin nombre pero que todo el mundo conocía como *Devil's White Album*, los *Beatles* habían declarado que el cristianismo desaparecería y que ellos ya eran más famosos que Jesucristo. Onésimo se persignó y anotó la fecha del número en su cuaderno

Loro bendecido por el padre Tobías: «March 21, 1966: John Lennon su hijo del diablo es». ¿Quiénes eran esos *Beatles*, *zupay pa guagua*?

Aquella noche Onésimo inició su recorrido nocturno por las radios de frecuencia modulada, transcribiendo con esmero los programas, los nombres de las canciones y si había o no había espacios dedicados al rock. El toque de queda tenía la ventaja de recluir a todo el mundo en sus casas desde las ocho y Huarcaya sabía que la mayoría tenía sus transistores encendidos. Si el diablo quería tentar a los ayacuchanos, a la fuerza tenía que hacerlo por la radio.

Estaba embelesado con las canciones del Jilguero del Huascarán en Radio Agricultura, cuando su deber lo obligó a cambiar de estación. Ahora era una emisora cuzqueña la que propalaba deliciosos *huaylas*, *sikuris* y *mulisas* que le hicieron saltar las lágrimas cuando tuvo que volver a mover el dial. Se estaba aburriendo a muerte con un programa cultural de una radio de Puno cuando la voz de pito del locutor lo arrancó de su modorra: «¡Saca a tu cholita a bailar, paisa, que ahora viene *La hora de los Bites!*!».

«¡*Zupay pa guagua*, John Lennon!», pensó. Y se puso a escuchar atentamente. Su inglés todavía no le permitía entender la letra de las canciones, pero esos desgraciados sí que estaban amarrados con el diablo porque a Huarcaya se le iban las piernas y meneaba la cabeza mientras escuchaba esas infernales melodías. Obviamente que a Onésimo le gustaban más sus huaynitos, pero los *Beatles* tocaban unas cositas que, *iwiskiti, wiskiti!*, le silbaban en las orejas a Huarcaya y lo adormecían *poco a poco*, como decía una canción cuzqueña.

No obstante, su morriña se convirtió en sobresalto al descubrir que los *Beatles* tenían otros programas en radio Misti de Arequipa, radio Unión de Lima, radio Mantaro de Huancayo y hasta en La voz de Huamanga. Todas las emisoras estaban capturadas por la Bestia y Ayacucho entero estaba a su merced («¡O sea que FM lo significaba Frecuencia Maldita, entonces?», pensaba). Onésimo apuntó los datos necesarios y apagó la radio para irse a dormir. Ya en la cama comenzó sus oraciones, pero cada tanto se sorprendía rezando el *Padre Nuestro* con la música de los *Beatles*. El demonio lo estaba tentando «más peor que en la discoteca», se decía entre rezos y *And I love her*.

Al día siguiente fue a ver muy alarmado al doctor Choquehuanca, pero lo encontró hecho unas pascuas.

—¡Mire, mire, muchacho! —gritaba alborozado— Este gringo sí que sabe hacer las cosas bien.

El periódico recogía la preocupación de las autoridades por el incremento de los atentados en el departamento de Ayacucho: «La Cripta Night Club» había volado en pedazos, diversos daños al Hotel de Turistas, una explosión en la mina Canarias, ataques al puesto de la Guardia Civil de Vilcashuamán y al fundo San

Germán en Ayrabamba, así como incursiones menores en Cangallic, Huanta y Huancapi. En Lima reinaba el desconcierto porque se acercaba la investidura presidencial y el fin de 12 años de gobierno militar. ¿Se ocluiría el presidente del terrorismo en su mensaje por fiestas patrias?, esa era la pregunta que se hacían los periodistas de la capital.

—¿Qué le parece, Huarcaya? —sonreía Choquehuanca— Todo el mundo cree que son los de Sendero, oiga. Ahora declararán Ayacucho zona de emergencia y no habrá concierto. Como huantino lo estamos dejando al diablo, caracho.

—Sí, doctorcito. Más cachudo lo vamos a poner —sentenciaba Onésimo.

Mark David le explicaba a Onésimo quiénes fueron los *Beatles* durante las clases de inglés, pero era evidente que ambos estaban cada vez más interesados en saber todo acerca de John Lennon. Así fue como Huarcaya escuchó con los pelos de punta la canción *Mind Games* del álbum en solitario *Bring on the Lucy* (¿Lucifer?), donde Lennon invoca al Anticristo llamándole 666. Al mismo tiempo, David le mostró a Onésimo las partes satánicas de *Revolution Number Nine*, ya que el 9 es en realidad un 6 al revés y Lennon repite tres veces *number 9*, *number 9*, *number 9*; o sea, 666.

—¿Ar yu chur, míster tícher? —preguntaba Onésimo excitado y sin dejar de practicar.

—*Of course, mister Warkay* —contestó David—. ¿Tú nunca escuchar *You know my name* de John Lennon?

—Néver in de laif, profe —aseveró Huarcaya, completamente bilingüe.

—*I see...* —reflexionó en voz alta David— *Perhaps* no llegandou a Ayacucho el *single* de *Let It be, because this song was on the side B. Did you know it?*

—Ay, sí —aseveró Huarcaya, procurando imitar a su profesor en todo.

Aquella misma noche Onésimo llamó por teléfono a todas las emisoras que emitían programas de los *Beatles*, pero ni en Puno, ni en Cuzco, ni en Huancayo, ni en Arequipa, ni en Ayacucho conocían la canción *You know my name*. Eso sí, por lo menos ganó varios paquetes de Ariel, doce jabones Camay y como siete pelotas Viniball. Mark David y la iglesia de los *Born Again Christians* le habían donado un chorro de dólares al profesor Choquehuanca, así que Huarcaya se armó de valor y llamó larga distancia a Lima, para pedir *You know my name* al especial de los *Beatles* de Radio Unión.

—¿Hola, de dónde nos llamas?

—De Ayacucho, señor.

—Bueno, te has ganado un... ¡polo de los Bitles! [aplausos] ¿Estás contento?

—Sí, papay, gracias.

—Y ahora dínos, ¿cómo te llamas?

—Eeeehhh... «Ringo» Huaroto, señor.

—¿Se escuchan mucho los Bitles en Ayacucho, «Ringo»?

—Sí. Harto, harto, papay. Bastante se oyen. Para qué te lo voy a mentir.

—¿Qué canción quieres que le dediquemos a toda la gallada ayacuchana? [suenan los acordes de *Please, please me*].

—Yu nou mai neim, señor.

—¿Cuál es esa, «Ringo»?

—Está en su lado B del sínguel de Létit Bí, señor.

—¡*Beatlemania* en Ayacucho, chicos y chicas! [aplausos y fondo musical de *She loves you*] «Ringo», te has ganado una... ¡cama Comodoooy! [más aplausos].
Escríbenos a nuestros estudios de la avenida Abancay 840 y síguenos llamando al 327012. Aquí tienes... *You know my name*.

Onésimo grabó la canción en el tocatoca donado por los *Born Again Christians* y despejó todas sus dudas acerca de la identidad de John Lennon. La letra lo decía muy claro:

You know my name

Look up the number

You know my name

Look up the number

Huarcaya estaba asustado: «Tú sabes mi nombre, mira el número. Tú sabes mi nombre, mira el número». ¿Cuál número? Era evidente. Onésimo sacó su biblia y leyó un pasaje del apocalipsis: «Si ustedes son entendidos, interpreten el número de la Bestia. Se trata de un hombre, y su número es 666». Dio un violento respingo y cerró el libro de un sopapo. Satanás, la Bestia, el Perro, había sido descubierto («*Zupay pa guagua, John Lennon*», repetía y miró la cruz del Rasuwilka para elevar una plegaria).

Mientras tanto, el doctor Choquehuanca estaba cada día más radiante: daba charlas, adoctrinaba a la población y ya tenía fundados varios comités de damas contra el concierto *Rock in the Andes* en los barrios de Magdalena, La Libertad, Calvario, Belén, Carmen Alto y San Juan Bautista. «¡Todo Ayacucho está contra el diablo, muchacho!», vociferaba eufórico.

—Y además que ya no se ve el canal 7 ni se escuchan las radios de afuera, profe —comentaba Onésimo—. Ahora el demonio no tiene cómo tentarnos con su música, pues.

—Es que el gringo se ha bajado la antena repetidora de Yanaorcco pues, Huarcaya. ¿Usted nunca se entera, oiga? —le reprochaba Choquehuanca.

—Nomás en Lima no se enteran, profe —se reía Onésimo—. Allá todavía se creen que son los Senderos.

—Pero no todo el mundo, jovencito —dictaminaba doctoralmente Choquehuanca—. El nuevo presidente es un cráneo y él ya ha dicho que no cree que exista Sendero Luminoso. Un día deberíamos escribirle contándole lo que está pasando. Estoy seguro que nos apoyaría. Sí, señor.

Sin embargo, el presidente no era el único que sospechaba que algo raro estaba detrás de los atentados ayacuchanos. En todos los caseríos se comentaba que un gringo gordito con cara de huevón y corbata michi había sido visto dando vueltas por los lugares atacados. Por eso los dirigentes de base del PCR del P Trinchera Roja con MFP, hicieron algunas averiguaciones y poco tiempo después su representante en el senado denunciaba las maniobras de la CIA en Ayacucho, «de claro signo derechista», insistía el senador.

Mientras tanto, los organizadores del concierto *Rock in the Andes* ultimaban las gestiones para llevar también a Ayacucho a *The Velvet Underground*, *5 Motor City*, *Syd Vicious*, *Judas Priest*, los *White Panthers* de Detroit y Ritchie Blackmore con los *Deep Purple*. Onésimo tomaba nota de los nombres y solicitaba información a Mark David, quien a su vez encargaba libros y revistas a los *Born Again Christians* de California. Todo estuvo bajo control hasta que se enteraron que también la Bestia pensaba asistir.

Luego de un largo retiro, el Perro había grabado un nuevo álbum y preparaba su reingreso estelar por los circuitos rockeros. Ya que no había participado en el gran concierto de Bangladesh, casi diez años después pensaba cobrarse la revancha en Ayacucho. La noticia puso de vuelta y media al Perú y a Onésimo le dio un chucaque («*Zupay pa guagua, John Lennon*», exclamó antes de desmayarse).

Los planes del grupo entraron en una fase vertiginosa: Choquehuanca organizó un *vía crucis* a través de las 33 iglesias ayacuchanas; Mark David voló la planta electrónica de Huanta, dinamitó los estudios de radio La voz de Huamanga y dirigió personalmente la sangrienta toma de Vischongo, y Onésimo empezó a documentarse acerca de la vida de Lennon y a realizar la exégesis de las canciones de los *Beatles*.

Descubrió que la letra de *Blackbird* era en realidad un himno satánico extraído del *Compendium Maleficarum* del padre Guazzo, y que *Maxwell's silver hammer* caricaturizaba al sagrado *Hammer of Witches or Hexen-hammer* del inquisidor Kramer. Por otro lado, *Don't let me down* era un conjuro diabólico recogido en la inefable *Opus de Mágica Superstitione* del exorcista Ciruelo y *Sexy Sadie* era la canción ritual de los aquelarres de Salem en el siglo XVII. Finalmente, *Lucy in the sky of diamonds* no tenía nada que ver con la LSD, sino con el propio Lucifer.

(«Lucy de cariño, pues»), porque en los evangelios apócrifos le llamaban el «Diamante del Cielo» cuando era Luzbel. Eso explicaba el éxito de semejantes maleficios musicales. Sin embargo, la biografía de Lennon le puso la carne de gallina.

En 1962, estando en Hamburgo, Lennon se interesó en el espiritismo e ingresó en la sociedad secreta *Astrum Argentum*. Ahí conoció las obras del perverso Aleister Crowley y, según Toni Sheridan, pactó con el demonio para que los *Beatles* fueran famosos (¿acaso a los pocos meses no saltaron a la fama con *Love me do?*). Onésimo estaba horrorizado: Lennon había reconocido ser un adorador del diablo. ¡Mark David tenía que saberlo!

—Oooohh, *mister Warkay* —exclamaba David—. Mí tener muchou interés en la *relationship between Lennon and Aleister Crowley*.

—¡Juai, míster tícher? —interrogaba Onésimo.

—*Because Crowley was the devil, mister Warkay* —respondió David con una mueca de espanto que paralizó el temblor de sus rosados mofletes.

Onésimo se persignaba mientras oía la increíble historia de Aleister Crowley. Se hacía llamar la «Gran Bestia», había fundado sectas malditas como la *Astrum Argentum* y la *Ordo Templi Orientis*, tenía escrito obras inmundas como *El libro de la ley* y firmaba 666.

—Muriou gritandou «*I am the Antichrist!*» —concluyó David agitado.

—¡Y Dit Lennon met jim, míster tícher? —preguntó Huarcaya.

—¡Oh, nou! —le cortó David— Crowley morir el 8 de *december* de 1947. Pero este es él, *look at here*, Onésimou.

Onésimo casi se cayó de espaldas cuando vio esos ojos malignos brillando entre la multitud de rostros que poblaban la tapa del disco *Sergeant Pepper's*. ¡Los *Beatles* habían retratado al demonio en uno de sus discos! (¡«*Zupay pa guagua, Jhon Lennon!*», exclamó).

Mark David le rogó a Huarcaya que abandonara la investigación sobre la Bestia hasta que recibieran nuevas noticias e instrucciones de California, y le encargó transcribir y traducir las letras de las canciones invertidas de otras bandas de rock. Los *Born Again Christians* seguían enviando sofisticados equipos hacia Ayacucho y no había tiempo que perder.

Onésimo empezó con el álbum *Dorado* de *Electric Light Orchestra*, en el cual la canción *Fire on High* estuvo a punto de matarlo de un susto. Estaba escuchando cada estrofa al derecho y al revés, hasta que llegó al verso *Music is reversible, but time is not. Turn back. turn back, turn back*. Huarcaya tradujo: *Music* [música], *is* [ser, estar], *reversible* [reversible, «*iachachau!*, igualito»), *but* [pero], *time* [tiempo], *is* [«ya me lo sé»] *not* [«también me lo sé»], *turn* [vuelta, giro, cambio] y *back* [espalda, atrás, trasero... «¿trasero?»]. Al final le quedó: «La música es

reversible, pero el tiempo no es. Vuelve [la] espalda, gira [para] atrás, cambia [de] pote». Retrocedió la cinta para oírla a la inversa y brotó de los parlantes un himno feroz y gutural:

Satan, Satan, Satan. Take my life soon

Esa noche tuvo pesadillas horrendas en las cuales descubría que *Ojos azules*, *Cholito cordillerano*, *Perlas challay* y todos sus huaynos favoritos eran salmos diabólicos e infernales cuando se escuchaban al revés. Él corría, corría para subirse al Acuchimay y abrazarse a la cruz, pero Aleister Crowley salía de atrás de una piedra y, *iachachau!*, le mordía el pescuezo como en las películas del Drácula. Se despertó sudando e hizo promesa al Niño Manuelito de encender tres velitas en la iglesia de San Francisco de Paula.

Estaba comenzando con las cintas de *Led Zeppelin* cuando un lívido Mark David se asomó a la ventana de su casa.

—*I must leave, mister Warkay, but before I have to tell you something terrible.*

Onésimo le hizo pasar y le sirvió un jarro de *Llonke* que David se sopló de un solo trago. Tartamudeando le explicó que traía pavorosas noticias de los *Born Again Christians* de California: Aleister Crowley había vivido en Nueva York de 1914 a 1919, donde compró una tétrica mansión. Esa misma casa fue adquirida más tarde por el director de cine Roman Polanski y en ella filmó la diabólica película *Rosemary's Baby*; pero ahí también pereció asesinada su esposa Sharon Tate, víctima de un rito satánico ejecutado por Charles Mason, sacerdote de la secta *Astrum Argentum*. Ahora esa casa maldita tenía un nuevo inquilino: John Lennon.

—*iZupay pa guagua!* —exclamó Huarcaya.

El giro de los acontecimientos obligaba a Mark David a volver a Estados Unidos, y Choquehuanca le organizó una despedida en el Club 9 de Diciembre. Onésimo nunca había tomado conciencia de la dimensión del adoctrinamiento que Choquehuanca había realizado en Ayacucho, hasta que vio a esa compacta multitud reunida en los salones del club, portando instrumentos y trajes típicos, así como pancartas con lemas alusivos a la lucha popular contra el demonio imperialista. Fijo que el concierto *Rock in the Andes* no se celebraría jamás mientras hubiera tantos católicos juntos. Pero el momento más emocionante llegó cuando el coro *Inkarrí*, la célula ayacuchana de los *Born Again Christians*, se arrancó con un huaynito en honor a David, Huarcaya y Choquehuanca:

*Tres seres de Ayacucho
llegaron a cumplir una misión,*

volaron una poderosa bomba
 salvando al mundo,
 salvando al mundo.
 Tres seres de Ayacucho
 debieron mantenerse en gran secreto,
 tomaron la forma de un maestro,
 de un gringuito y de un cholito.
 Tres seres de Ayacucho
 llegaron a cumplir una misión,
 y ellos son: David, Warkay, Chokeone,
 los tres especiales,
 los tres especiales.

Mark David abrazaba emocionado a Choquehuanca, en tanto que Onésimo se sonaba los mocos y enjugaba sus lágrimas. Entonces el catedrático pidió silencio e improvisó un discursito de homenaje «a este buen cristiano y a su iglesia de California que tanto han hecho por Ayacucho». Habló de cómo David había arriesgado su vida mientras estuvo en la clandestinidad y del mimeógrafo, las grabadoras, los libros, las revistas, la dinamita y la plata que los *Born Again Christians* habían donado generosamente para combatir a Satanás. El doctor Choquehuanca anunciaba que el camino sería cada vez más duro, pero que con la fe que mueve montañas lograrían cualquier cosa («Hasta aplanar al Sarasara», dijo). Finalmente, exhortó a la concurrencia a rezar por las futuras misiones de Mark David y a despedirlo con tres hurras y cuatro huaracazos de pisco serrano.

En realidad Huarcaya iba por el noveno huaracazo cuando estallaron los aplausos, y tan solo atinó a colgarse del cuello de David para decirle entre sollozos: «Nais mitin yu, nais mitin yu, míster tícher».

—Tú tener importante trabajou solou, Onésimou —le recordó David oliendo a pisco y talco, con los mofletes colorados y la papada que se le chorreaba por encima de la corbatita michi—. *You must be strong, boy*.

—Ay, sí —respondió Huarcaya en perfecto inglés.

Las semanas siguientes fueron de intenso trabajo, ya que el país estuvo paralizado por las primeras elecciones municipales en un hueco de años y Choquehuanca había ordenado recorrer los caseríos para exigir a la población que no votara por unos candidatos que no definían su posición ante el concierto del diablo. Onésimo había perdido un tiempo precioso en esos viajes y a las justas pudo traducir al derecho *Over the hills and far away, Black mountain side* y *Night flight* de *Led Zeppelin* sin encontrar nada sospechoso. Se disponía a seguir

con *Stairway to Heaven* cuando las noticias de la radio lo arrancaron de su devota labor.

«El mundo está más peor», se quejaba el locutor. Mientras Lima amanecía con cientos de perros ahorcados y colgados de los postes de luz y Sendero Luminoso colocaba bomba tras bomba en Ayacucho, en Nueva York un fanático había asesinado al *ex-beatle* John Lennon en la propia puerta de su casa. «Nadies se olvidará nunca deste 8 de diciembre de 1980», concluyó el presentador de Radio Chachani entre los sones de *Across the Universe*.

Onésimo sintió que el corazón se le salía por la boca. ¡*Achachau!*, ¡quién habría matado a John Lennon? ¡Aleister Crowley no había muerto también un 8 de diciembre? David ya llevaba casi mes y medio en Estados Unidos, pero las torres de alta tensión y las antenas repetidoras seguían siendo dinamitadas con la misma precisión anglosajona. Onésimo no podía ver el noticiero del 7 porque estaban arreglando otra vez la antena del Yanaorcco. Sin embargo, cuando había tele no había luz, y por eso tampoco podía traducir rapidito a *Led Zeppelin*. «¡*Zupay pa guagua, John Lennon!*», refunfuñaba a cada rato.

Esa noche soñó que estaba en Nueva York (nunca había visto Nueva York ni en foto, pero lo soñó como una mezcla de Lima, *Bonanza* y *Los Intocables*) y que perseguía a John Lennon a través de las praderas hasta llegar al puente Balta, que en el sueño unía Manhattan con la estación de Desamparados. Lennon escupía fuego y se burlaba de la iglesia cantando *Eleanor Rigby*, mientras se ras-caba los huevos y se tiraba a la china en el propio atrio de la catedral. Entonces Onésimo sacó su medalla de la Virgen de Pomata y le disparó con su honda unas *conopas* de Piedra de Huamanga mojadas en agua bendita. El Perro se retorció de dolor y Huarcaya le atravesó el corazón con una *taclla* de plata para que no resucitara nunca jamás, néver in de laif. El *Te ofrecemos Señor nuestra juventud* se escuchaba más fuerte que la *Ballad of John and Yoko* y el sueño terminaba en Agua Dulce, porque Onésimo quería ver otra vez el mar y la Estatua de la Libertad.

Al día siguiente le dio otro chucaque cuando llegó al kiosco del Puente Nuevo: Mark David estaba en todos los periódicos, primero al lado de Lennon con una camisa de flores y después rodeado de policías con su corbatita michi. Según la prensa, Mark David Chapman (Onésimo no sabía que era familia de Choquehuanca) era un fanático que se creía John Lennon y que le asesinó después de que el *ex-beatle* le firmara un disco para tener su último autógrafo. Los diarios lo tildaban de loco y aseguraban que sería linchado en la cárcel.

Huarcaya comprendió que David se había sacrificado como los apóstoles para impedir el triunfo de Satanás y que a él le correspondía hacer otro tanto. Si su profe de inglés estaba preso, ahora Onésimo tenía que lograr solito la suspen-

sión de *Rock in the Andes*. También en Ayacucho al diablo le sacarían la chochoca.

Sin David era muy difícil traducir, porque a cada rato tenía que parar las cintas para escuchar bien las palabras y luego buscarlas en el diccionario. Para colmo de males, cuando se iba la luz se ponía a escuchar su radio a pilas y descubría que todo el mundo hablaba de John Lennon y que las emisoras de Lima, Arequipa, Cuzco, Huancayo y Puno estaban dale que te dale con *A day in the life*, *I am the walrus* e *Imagine*. Así pasaban los días y no avanzaba nada. A Choquehuanca ni lo veía («Está en la clandestinidad», le decían en el comité de la lucha popular contra el concierto).

Por fin llegó a transcribir completa *Stairway to Heaven* y se puso a marcar con un plumón resaltador los versos sospechosos. Hubo uno que lo desconcertó:

There are two paths you can go by, but in the long run there is still time to change the road you are on. In the case you don't know, the pippin's calling you to join him.

Onésimo tradujo *There are* [hay], *two* [dos], *paths* [sendero, «¿Sendero?»], *you* [tú], *can* [poder, lata], *go* [ir], *by* [por], *but* [«ya me lo sé»], *in* [en, dentro], *the* [el, la], *long* [largo], *run* [carrera, camino, paseo], *there is* [hay, «¿otra vez?»], *still* [quieto, todavía, aún], *time* [«también me lo sé»] *to change* [cambiar], *the* [«me lo requetesé»], *road* [camino, carretera], *you* [tú], *are* [ser, estar], *on* [en, sobre, encendido], *In* [«¡achachau, qué facilito!»], *the* [«¿Cómo tiro, pasumadre!»], *case* [estuche, caso], *you* [«Ay, sí»], *don't* [«auxiliar de no»], *know* [saber, conocer], *the* [o.k.], *pippin's* [flautista, gaitero], *calling* [llamando], *you* [«yuyuyú»], *to* [tú], *join* [juntar, unir], *him* [le, lo, a él]. Finalmente procedió a ordenar y lo dejó así: «Hay dos senderos, tú puedes ir por [¿donde te dé la gana?], pero en el largo camino hay todavía tiempo [para] cambiar la carretera [donde] tú estás encima. En un estuche que tú no sabes, el flautista está llamándote para ir [con] él». ¿Cómo era eso de los dos senderos? ¿Quién era el de la quena?

Onésimo puso las cintas al revés, retrocedió lo necesario y conectó la grabadora para escuchar a la inversa *there is still time to change the road you are on. In the case you don't know, the pippin's calling you to join him*. El resultado no pudo ser más aterrador:

My sweet Satan, no other made the path. Live got to live for Satan.

Huarcaya cogió el diccionario mudo de estupor: *My* [mi], *sweet* [dulce], *Satan* [¡Zupay pa guagua!], *no* [no], *other* [otro], *made* [«su pasado de hacer»], *the* [el, la], *path* [«¿Sendero?»]. Onésimo soltó el lapicero completamente aterrado: «Mi dulce Satán. No otro [lo] hizo al Sendero». Onésimo comprendió el terrible peligro en el que estaba metido: si el diablo estaba detrás del concierto y de Sendero, entonces él, Choquehuanca y los comités de la lucha popular estaban con los días contados. No le quedaba otro remedio que la clandestinidad.

Desde su escondite se enteró de la suspensión de *Rock in the Andes* por duelo, por plata y por falta de garantías; pero también supo que un huevo de perros ahorcados colgaban de los postes de Lima y Ayacucho, y que un grupo de rockeros y senderistas había entrado a un fundo y descuartizado a hombres, mujeres y niños. Onésimo rezaba por Choquehuanca y Mark David, mientras comía panetón y en la radio sonaba *Happy Xmas*.

La matanza de Ayzarca movilizó al ejército y Huarcaya no reconoció a Choquehuanca en la foto que salió en todos los periódicos: estaba a medio afeitarse, más gordo, tenía cara de loco y unos ojos como los de Aleister Crowley. Pero la policía lo buscaba y Onésimo sabía dónde encontrarlo.

El catedrático lo recibió con lágrimas en los ojos, y juntos recordaron al valiente *Born Again* que había ofrecido su vida para aplastarle otra vez la cabeza a la Serpiente.

—Ha caído el primer jinete y ha tronado la primera trompeta, muchacho —gesticulaba grandilocuente Choquehuanca—. Pero ahora viene lo bueno. Vamos a sacarles la mugre, oiga.

—¿Para qué pues, profe, si ya no hay más concierto? —respondió Huarcaya confundido.

—Escuche, jovencito —retrucó enardecido Choquehuanca—. ¿Ve usted a esos hombres y mujeres que están aquí con nosotros? A estos buenos ayacuchanos que respiran, que bregan, que combaten, les ha tocado barrer al rock de la faz de la Tierra. ¿Ha visto? La más luminosa y grandiosa misión entregada a generación alguna. Somos los iniciadores, Huarcaya. Para eso estamos, para que lo sepa.

—Más antes yo te entendía, profe; pero ahora asustado estoy —contestó Onésimo mirando al suelo y levantando los hombros—. Los Senderos están con el diablo y los rockeros, y más después un bombazo te pueden meter, doctorcito.

—¿Pero quién le ha dicho esa estupidez, muchacho?

—Está en la música, profe —dijo Huarcaya—. Lo escuché en su revés de *Estar güey tú jeiven*: el diablo lo ha hecho al Sendero. Y ahora encima la policía lo busca, doctor.

Choquehuanca sonreía y la cara se le ponía poco a poco como la foto: la boca grandota, los pelos de punta, los ojos de Aleister Crowley. A una señal suya se acercaron los miembros del comité de la lucha popular y le dijo con voz suplicante e imperiosa:

—Estamos a punto de iniciar la «Ofensiva Mundial», Huarcaya. ¿Se une a nosotros o no?

—Tengo miedo, profe. Yo sigo traduciendo si quieres.

—Ya no, jovencito —exclamó Choquehuanca—. Ya eso se acabó. Ahora la cosa es que usted no acabe como el gringo. Usted es ayacuchano, inteligente, habla idiomas. No lo va a mandar todo al diablo, ¿no, Huarcaya?

Onésimo arrancó a correr mientras escuchaba a sus espaldas el silbido de las hondas cortando el aire. El *Tutupaka Llakta* era cuento nomás porque el demonio era más fuerte, más vivo, más malo. Uno de estos días lo iban a matar al David y ahora a él le caían unos piedrones en la espalda, en las piernas, en el cuello.

Igual que en su pesadilla, Aleister Crowley se le acercaba despacito para reírse en su cara e invocar a *Astarot*, *Leviatán*, *Asmodeus* y *Beliás*, quienes llegaban pelucones con sus guitarras de enchufe y le cantaban cachacientos:

*But if you go carrying pictures of Chairman Mao,
You ain't going to make it with anyone anyhow.
Don't you know it's going to be all right,
all right, all right.*

En el delirio y la confusión empezó a traducir: *But* [«ya me lo sé»], *if* [si], *you* [«o sea tú»], *go* [ir], *carrying* [«llevar?»]... y en ese ejercicio memorioso encontró su *Stairway to Heaven* y no se dio cuenta del cartelito que le pusieron encima, donde decía que así morían los soplones de la reacción.

Sevilla, 1991

(De *A Troya, Helena*. Bilbao: Los libros de Hermes, 1993)

ROCÍO SILVA-SANTISTEBAN

Rocío Silva-Santisteban Manrique nació en Lima en 1963. Obtuvo el diploma en Estudios de Género en La Universidad Católica en 1997.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Me perturbas. Cuentos. Lima: Ediciones del Santo Oficio, 1994.

EL LIMPIADOR

remake de *El Campeón de la Muerte* de López Albuja

a Juan Dejo s.j.

LUZ DE LUNA

Una sombra mortecina se expandió desde el último piso del edificio. Plomo se encontraba sentado sobre la berma de la calle, tenía las piernas dobladas bajo el fundillo del pantalón y un hilo de humo se elevaba sobre su morrillo; al costado, una botella vacía de ron permanecía caída sin tapa.

Plomo carraspeó. Arrojó el pucho hacia la pista y elevó los ojos, buscando casi como autómeta, la luz de la luna.

Apenas una curva tan fina como una uña cercenada pendía del cielo oscuro. Entonces Plomo emitió un suspiro. Y pensó en ella.

Casi una niña, quizás demasiado malcriada —un hombre viejo jamás podrá criar con disciplina a una hija tardía— quizás también rebelde y algo testaruda. Recordó, con los ojos siempre hacia el infinito de la noche, aquella vez en que ella se rapó la cabeza con su máquina de afeitar y cómo, también con ese afán adolescente, dejó depositados sus rulos cetrinos sobre las sábanas rancias de su cama. Y recordó también cómo le había gritado borracho miserable, húndete tú solo pero no me hundas a mí, llorando sobre la mesa con la cabeza gacha y la palma abierta mientras tocaba lentamente la redondez desnuda de su cráneo.

—Hija— un suspiro se atoró en el pecho del viejo, entre tanto las nubes volían a formar sombras que oscurecían las paredes del edificio

—Hija— volvió a repetir, con las lágrimas al borde de las pestañas y las babas y los mocos aguantados en los labios. Después bajó los párpados y susurró entre dientes algo que no se llegó a entender.

La semana anterior la muchacha había cumplido con todas aquellas amenazas con las que atormentaba al padre: una mañana amarilla se fue con su mochila rosada y un pañuelo rojo en la cabeza. Plomo sabía que no iba sola. Ninguna muchacha huye tan fácilmente. Se largaba con alguien, eso era seguro. Algún

malandrín del barrio la habría tentado y ella no pudo resistir. Así como tampoco pudo soportar más sus continuas borracheras, los maltratos, su mano fácil, ese poco interés que incluso se negaba a demostrar.

Solo dos días después de su ausencia supo que había huido con el peor de todos.

UN SACO DE ARROZ

Hacia el fondo del terraplén, cerca de los edificios abandonados, una sombra se fue incrementando en cada golpe. Los golpes eran sus propios pasos. También se escuchaban ruidos que tejían un sonido sordo, aquel que se forma al arrastrar un peso muerto. Desde la berma, Plomo agudizó la mirada pero solo pudo adivinar una silueta difusa confundida con la noche. Un olor acre se acercaba con cada bocanada de viento. La luna se escondió tras las manchas de varias nubes renegridas. El viento le provocó un frío como si una aguja le penetrara limpiamente el pecho.

Con la mano izquierda en la boca, Plomo intentó contener las nauseas.

Emergiendo de las sombras, el Mostrenko paró frente a la berma y tiró a los pies del viejo un saco de arroz cargado de una materia macilenta.

Le dijo:

—Ahí tienes a la puta de tu hija.

El aire se enrareció vertiginosamente.

Plomo se tapó la nariz.

En medio del estupor, reconoció el pañuelo rojo que cayó del saco. Era el punto final que le da la dimensión de realidad a la peor de las pesadillas. Ahí estaba también la mochila rosada hecha trizas por la misma mano demoníaca que había despedazado con igual indiferencia ese rojo corazón.

—Maldito— le dijo al Mostrenko, mientras se agachaba incoherentemente, tratando de recoger algo, en un afán absurdo e inútil.

Un vahído le quitó fuerzas. Cayó en la acera y con las manos sucias de ese cuerpo destrozado tapó su cara. Gimió como un perro rabioso durante varios minutos. El tiempo parecía detenerse con cada grito que rompía la noche. A lo lejos, un horizonte de perros se acoplaba con sus aullidos a ese paisaje de rabia y de dolor.

El Mostrenko exhibió una enorme sonrisa que fue la única referencia blanca en esa noche apretada. Los ojos le chispeaban por instinto con un brillo aguado, lento, deforme. Sus manos estaban sucias de sangre y en las uñas algunos pe-

dazos de vísceras le amorataban los dedos. Se limpió las manos en el pantalón y sacudió el saco mientras decía:

—Me lo llevo— levantando la mirada agregó— tal vez lo pueda necesitar si te atreves a cruzarte en mi camino.

MALDITA VECINDAD

No son simples edificios instalados en una calle cualquiera. Esto es una unidad vecinal: bloques de departamentos encasillados como un queso gruyere a los dos lados de la carretera al sur. Todos los bloques tienen ocho pisos y en cada uno de ellos se instalan más de veinte familias, apretados, apiñados, tukurizados, sucios de la herrumbre que viene del mar y de la masa de mocho que se adhiere a las paredes. Las cañerías están oxidadas y un hilillo dorado descuelga de los techos, formando extrañas figuras alargadas semeando elfos de detritus.

Todo anegado de un olor a muerto.

Al costado de los primeros bloques, una inmensa explanada sirve para que cientos de niños jueguen a los dragones alucinados por el olor picante del terokal; o para que en los amaneceres de invierno los matones del barrio apuesten algunas cervezas desafiándose unos a otros por la mejor puntería. Así, en las mañanas de domingo, se escuchan balas perdidas al fondo del terraplén, algunas que chispean contra las latas de cerveza colocadas en línea recta. Más de una vez alguna pareja de amantes abandonados por el sueño han terminado entrecruzados para siempre por una bala sin destino.

A los muchachos del barrio les fascina ese deporte. Manejan revólveres y pistolas automáticas como si se tratara de juguetes. Además de ser expertos en desarmar carrocerías al instante o de vender hasta lo imposible por unos cuantos ketes, el filón de esta gente es su desquiciante obsesión por las armas de fuego. Los preparan desde chicos, cuando todavía sorbiéndose los mocos, cogen con las dos manos alguna Smith and Weston para darle en el aire a un gorrión distraído. Luego, a los once o a los doce, tratan con Lugers automáticas y el primer gran desafío es dispararle en movimiento a una patrulla de caminos. Luego de dejar al policía tirado al borde de la carretera, le roban la moto y la Goldfish o la Beretta, según se trate de un cabo o de un sargento.

Pero el gran héroe de los hombres del terraplén, aquel que ha desplegado todas sus ardides y que a los 30, aunque con apariencia de muchacho aún, se ha ganado la admiración de los matones, es el Limpiador.

El tipo siempre lleva lentes oscuros y un cigarrillo que se deshace en la comisura de sus labios. Nadie le vio nunca los ojos, excepto aquellos que cayeron

bajo la exactitud de su pulso y la claridad de su mirada. Y a pesar de su oficio, ingrato en estos tiempos, la gente del barrio lo tiene por hombre justo.

—Así te van a destripar antes de que sueltes la primera bala— le dice a los muchachos mientras se acomoda el cuello de la casaca negra.

Tiene entre siete y ocho pupilos en verano y un par más en invierno; a los ahijados no les cobra nada y a los otros apenas lo suficiente para unas chatas del licor más barato. Dicen que tiene paciencia y buena mano, por eso sus catecúmenos, como él los llama, son los más solicitados por los pequeños narcos locales o por las fuerzas de choque de los partidos políticos. Él les aguza la mirada con ejercicios endiablados y el oído con aquella vieja música de Jim Morrison que ya nadie se interesa en escuchar.

De gustos raros y costumbres solitarias, el hombre jamás se quejó de sus encargos, los recibía con digna frialdad como si fuera un sastre al que le solicitan prudencia en los tonos, perfección en los cortes y tiempo preciso para la consumación del trabajo.

A veces solo bajaba la vista y refundía las manos en el bolsillo del pantalón contando las monedas que por casualidad le quedaban escondidas entre las costuras del jean, mientras tanto alguien le susurraba al oído un encarguito. Sin inmutarse, ni parpadear, luego de escuchar con paciencia la rabia ajena, fijaba un precio exacto. Nunca negociaba. Se decía a sí mismo que era inmoral aceptar un regateo cuando de una vida humana se está tratando.

LA SOLEDAD DEL CORREDOR DE FONDO

De espaldas a un muro de adobe, el Limpiador hurga con la uña larga del meñique izquierdo el fondo de su oreja izquierda. Al sentir cierta presión en el oído y una sensación agria en la garganta, deja el aseo para otro momento. El cerumen que ha quedado en la uña lo limpia en la pierna del pantalón. Luego enarca las cejas y baja hasta la punta de la nariz las monturas de sus lentes de sol. Sobre los lentes sus ojos claros reflejan un cielo imperturbablemente gris.

Piensa: «todos los perros orinan su territorio» mientras contempla desde lejos la vasta y desolada carretera al sur.

Saca del bolsillo un cigarrillo bastante estropeado y lo lleva a la boca sin prenderlo.

Así, durante varios minutos, permanece jugando con las comisuras de sus labios. La resolana le recalienta la cabeza.

Tenía que tomar una decisión, pero no quería hacerlo. Matar es apenas un juego, pensaba, pero decidir entre un deseo y otro... decidir es lo más difícil que uno puede hacer.

Sus tormentos siempre cavilaban en suaves curvas esparcidas en períodos largos. Desgraciadamente esta vez se encontraba en uno de esos valles de marasmo, cuando la elipsis llega a medir varios puntos negativos por debajo de la recta de las contrariedades.

Recordó las palabras de Max Montana, su maestro, pero a su pecho no llegaban con la misma fuerza que salían de su memoria: «cierra los ojos después de haber tomado una decisión... y espera aliviado pues son pocos los que toman decisiones». Pero esta frase algo pedante, ya no era tan rotunda como hace ocho o diez años. Hoy, cuando los muros se derrumban, las personas solo deberían aprender a caer.

Max Montana le había mostrado con sus silencios y sus desplantes, con su persistencia, la necesidad íntima que requiere un hombre para jugar con la violencia.

Pero, luego de este tiempo, luego de los incontables combates en el terraplén o de las peleas mano a mano con otros hombres —como si se tratara de perros con perros—, el Limpiador se sentía extenuado. Cansado. El tedio y el hastío se habían instalado en lo más hondo de su negro corazón. Su temeridad le estaba costando, por lo menos, todos sus afectos: ya no podía sentir.

Y si esto era un alivio para evitar el odio —nefasta compañía a la hora de la verdad— era además un sinsabor porque, a pesar de todo, a pesar de su amargura fría y de su pecho de piedra, el Limpiador se negaba a dejar de sentir.

Requería de la necesidad de un sentimiento.

«Quiero sentir lo que mierda sea», decía casi susurrando cuando nadie lo escuchaba.

Quería sentir al besar los muslos de una mujer, quería sentir algo cuando uno de sus mocosos le daba las gracias por prestarle su pistola, quería sentir aunque sea un pequeño vacío al recordar al loco Max, quería sentir cualquier cosa al mirar los cadáveres que dejaba detrás suyo.

Pero no podía. El Limpiador no podía sentir absolutamente nada.

Nada.

Era totalmente incapaz aun de una sensación tibia.

Solo una vez sus ojos habían conocido la humedad de una gota y eso había sucedido hacía mucho tiempo y la mujer que la había provocado desapareció bajo la impecable destreza de su propio pulso.

Amilanado por su cansancio, por el agotamiento, se dejó caer a un lado del muro. Prendió el cigarrillo que llevaba en la boca. Con los dedos acogotados dibujó sobre la tierra un sol. Luego echó una bocanada hacia el cielo.

Escupió sobre el sol.

Cerró los ojos. Respiró y quiso morir.

SUEÑO CON SERPIENTES

La noche que vio por última vez el cuerpo de su hija, Plomo soñó con serpientes. Serpientes de mar, inmensas, entrando en sus intestinos, metiéndose en su cerebro, en lo más oscuro de su corazón.

Era un signo. Decidió que a pesar de ser lo último que haga iba a matar al Mostrenko.

Esa mañana de marzo, con el cielo encapotado y un frío recorriendo las veredas, Plomo salió a la calle y decidió partir hacia el centro de la ciudad. Al subir en el ómnibus sintió que penetraba lentamente el esófago de una de esas serpientes monstruosas, sintió los asientos vibrar como si se tratase de arterias, sucias y prolongadas arterias que languidecían en cada curva del camino.

No pagó el pasaje. Cuando el cobrador se le acercó, Plomo empezó con una de sus características peroratas. Continuó hablando en voz alta, narraba su desgracia a todos los pasajeros del ómnibus, pero nadie lo atendía.

Contó que su hija había sido asesinada.

Unas viejas que cargaban canastas llenas de pescados apenas voltearon para echarle una mirada y le gritaron que ahora casi todas las mujeres bonitas morían de esa manera.

—Las bonitas y las putas— agregó alguien.

Plomo no quiso oír, siguió hablando, masticando su letanía.

Nadie le hizo caso.

Apenas recibió dos monedas que le hubieran alcanzado solo para pagar la mitad del pasaje. Pero cuando llegaron cerca del río, se tiró del estribo mientras el cobrador y el chofer lo insultaban al mismo tiempo. No le importaba. Ahora solo extendía su nerviosismo por las calles, con la mirada fija en el centro de la pista y una mano apretada, formando un puño, dentro del pantalón.

Lentamente entró a la parte más dura de la ciudad.

—Por esa lata nadie te da ni un céntimo— le dijo uno de los reducidos cuando llegó a la Caleta— ese armatoste ya no sirve ni para matar cucarachas...

Y él tipo, que era inmensamente gordo, lanzó una estruendosa carcajada mientras le enseñaba una metralleta recortada y le ofrecía vendérsela a cambio de unos encarguitos.

—¿Cuál es el trato?— preguntó Plomo, cayendo ingenuamente en el juego

—¿Has matado alguna vez en tu puta vida, gusano?

Plomo se alejó sin voltear la mirada. Escuchó detrás la inmensa risa del reductor y sintió ganas de vomitar.

En otra época le hubiera dejado la huella de su odio clavada en la garganta, porque en otra época Plomo no aguantaba pulgas ni afrentas de esa laya. Pensó en qué podía haber hecho durante todos estos años para terminar así y recordó que alguna vez había leído en algún lugar que la pobreza no era una deshonra pero la miseria sí, porque la miseria nos aparta de la compañía humana no a palos, sino como cuando se barre la basura con una escoba, de la forma más humillante, tan humillante que al final uno es capaz de ofenderse a sí mismo.

Volvió a sentir la arcada en la garganta. Se daba asco.

Con la resaca de la ofensa golpeándole las sienas, Plomo siguió caminando por las calles atiborradas de objetos robados. En la sección armas, a dos cuadras de la plaza, se ofrecían desde carabinas hechizas hasta instalazas. Pasó toda la tarde ofreciendo su arma, pero nadie quería pagar lo que él pedía. Jamás se atrevería a venderla por menos. No solo porque necesitaba el dinero para vengar a su hija, sino porque se trataba de su arma de reglamento, el único recuerdo de sus días de sargento cuando patrullaba sobre una inmensa Harley Davidson la carretera al sur.

Mierda, se dijo.

Tendría que matarlo él mismo, pero sabía que con 60 años a cuestras y varias noches tirado en la calle completamente borracho, había perdido toda la puntería que tuvo antes, «en mis buenas épocas», como solía decir.

Caminando lentísimo, como si se tratara de un gusano que intenta subir a un árbol, se acercó a un ambulante que vendía revólveres y le estiró la mano con el arma. El tipo lo miró con una sonrisa irónica.

—Te la cambio por dos botellas de racumín— le dijo y siguió conversando con unos chiquillos que intentaban deshacerse de varias cacerinas.

Después de horas dando vueltas, se sintió cansado, agotado, desecho. Los ojos rojos le latían y de pronto lo embargó la sensación de caer. Tuvo ganas de aceptar el trato y emborracharse hasta no sentir completamente nada, hasta olvidarse de su hija que ya estaba muerta y que nada ni nadie se la podrían devolver. Cuando se disponía a cambiar el arma por el trago, el gordo inmenso, el primer reductor, el que lo había llamado gusano, le preguntó:

—¿Y está cargada esa basura?

—Con una sola bala— le contestó Plomo y casi sin saber lo que decía agregó— para ti o para mí.

El gordo se rió nuevamente, con una risa amplia y escandalosa, y se acomodó los testículos debajo del pantalón. Luego abrió la boca y con el dedo meñique se sacó un rastro de carne que le había quedado del almuerzo.

—¿Me estás retando a mí, viejo'e mierda?

—A ti, huevón— contestó pausadamente Plomo.

El gordo volvió a reírse, pero los que estaban alrededor ya se habían arremolinado esperando la acción.

—Tu basura contra esta recortada— dijo y luego agregó volteando la cara hacia su ayudante— cúmplele, si pasa algo...

Los dos se miraron.

Y el gordo, mientras colocaba la recortada sobre la mesa, puso las condiciones:

—Dos tiros: taz con taz.

El pobre viejo a estas alturas mantenía una mirada vidriosa, pero a pesar de eso confiaba en su pulso a la hora de la verdad. Le dio varias vueltas al tambor y lentamente subió el arma a la altura de la cabeza, apretó el fierro contra su cráneo calvo, no cerró los ojos y disparó.

El sudor le había empapado la camisa.

El gordo volteó hacia su ayudante, haciendo un gesto con la barbilla, levantando la cara.

Plomo solo dijo:

—A veces sirve para matar cucarachas... —y le entregó su pistola.

El gordo la rechazó y sacó otra debajo de la mesa. El pantalón le quedaba muy ajustado y sus inmensos rollos se extendían entre la gente como un zepellín desinflándose. Llevaba la camisa abierta hasta la cintura y los que le rodeaban sintieron su respiración fuerte, cargada, con el aliento denso y pegajoso. Primero se limpió la cara con un trapo. Los dedos gordísimos casi no entraban al gatillo, sin temblar ni un milímetro se llevó el arma a la cabeza mientras miraba al viejo que también le clavaba los ojos con desprecio.

Disparó.

Los chiquillos del puesto del costado se rieron y gritaron estupideces, haciendo gestos obscenos con las manos. El gordo dejó el arma. Sudaba.

Lo miró a Plomo y le dijo:

—Estás cagado.

Pero de inmediato el gordo cayó con su descomunal cuerpo sobre el mostrador de armas, totalmente indemne. Plomo le había pegado con el único tiro directo al corazón. Entonces dijo:

—A mí nadie me caga, mierda.

Entendieron todos que el viejo se había dado cuenta de la trampa. El ayudante tomó una caja con dinero y se largó caminando despacio, sin apuros. Los muchachos del puesto del costado iniciaron el saqueo. Cuando se armó el alboroto, Plomo cogió la recortada y desapareció de la Caleta. Los postes de luz empezaban a prenderse iluminando vagamente la mugre de la ciudad.

TÚ POR MÍ

Los dos hombres se sentaron sobre un muro derruido que antes había servido de pared a una cocina. Todavía llevaba pegadas algunas mayólicas y al frente, donde el muro era más alto, se notaba la vieja huella del fogón.

—¿Y esta yerba, viejo?— preguntó el Limpiador —¿qué tal será?

—Buena, muchacho...

—Entonces el encargo que me vas a pedir debe ser jodido.

Plomo bajó los ojos mientras pasaba la lengua por el filo del papel con gran destreza. Luego retorció las puntas y prendió el troncho. Aspiró, sin mucha fuerza, ya no podía fumar como antes pero lo seguía haciendo regularmente porque estaba convencido que solo la yerba le curaba los ataques de asma.

—¿Alguna vez te tiraste a mi hija?— preguntó Plomo a boca de jarro.

—Nunca— se apresuró en contestar.

—¿Por qué?, ¿te parecía fea?— le pasó el huiro al muchacho.

—¿Por qué me haces esas preguntas?

El viejó le clavó la mirada. Era una mirada seca, fuerte, dura.

—Está muerta.

El Limpiador iba entendiendo todo. Un sol nervioso se reflejaba sobre las mayólicas blancas, el cielo también blanco se había despejado y en el ambiente se sentía la brisa del mar entrando hacia la tierra con fuerza. Una extraña e inoportuna sensación de bienestar se apoderó del muchacho mientras continuaba absorbiendo el último resquicio de yerba.

—Sí, está buena— dijo tratando de no darle mucha importancia a las palabras y luego preguntó —¿Quién es el hombre malo?

—No te burles...

—¿Quién es?

—Ese mierda del Mostrenko

El Limpiador se acomodó los lentes y miró un rato hacia el centro del sol.

—Sería una lástima, ese tipo es el mejor de la zona norte, uno de los más valientes, si me lo bajo nos vamos a quedar sin hombres...

—... y qué importa si ya nos quedamos sin mujeres— continuó Plomo, interrumpiendo.

Estas palabras cayeron en un vacío de silencio que al Limpiador le provocó algo de resquemor. Para cancelar la conversación que le estaba pareciendo peli-grosa y cerrar el trato, el hombre le pidió al viejo una cifra no muy alta.

—Lo único que te puedo dar es una metralleta recortada.

—Ni hablar. Yo no hago favores.

—Mira, muchacho, yo te voy a dar la metralla y tú vas a matar a ese hijo de puta de diez tiros, me oyes, de diez tiros y no se diga más, porque tú me debes una...— y pronunció las palabras con gran pasividad, muy lentamente, masticán-dolas una por una.

Las botas del Limpiador tenían un par de espuelas en el talón que relucieron cuando el sol se abrió paso entre las nubes bajas. Como si se trataran de un tren que llega arrollando un rebaño de ovejas, los recuerdos del hombre se agolparon abriéndose camino entre el muro que les había construido desde hacía años para evitar evocarlos.

Con la brisa del mar le llegó el recuerdo del olor a sexo de una mujer. El Limpiador se estremeció porque de golpe pudo ver y sentir, bajo el sopor de la yerba, el cuerpo de aquella: sus piernas largas y sus pechos inmensos cayendo sobre su cara cuando la penetraba con fuerza, como un animal. Había deseado tanto que esas uñas rojas le rompieran el polo mientras se la cargaba de espaldas. Un ligero temblor le obligó a cerrar las piernas. Se sabía de memoria las formas de su cintura, de sus caderas, de esa falda apretada que le formaba el culo cuando caminaba meneándose con su carga de ropa hacia el fondo del terraplén. Sobre esa polvareda se habían revolcado más de una vez, jalando sá-banas, camisas, bibidís. Putísima, esa mujer había sido una verdadera ramera. Pero fue la única que lo hizo sentir.

—Mierda, ¿qué quieres que te diga?— preguntó azorado por los recuerdos.

—Tú la dejaste sin madre, ahora tienes que vengarla, eso es lo único que quiero que me digas.

—Tráeme la metralleta— le contestó.

MATADOR

La luna totalmente redonda y brillante se levanta sobre los edificios del grupo vecinal iluminando los esqueletos de cometas que cuelgan de pitas ennegrecidas sobre las azoteas. Es una luna demasiado grande. Inmensa. Da miedo.

Pocas veces puede verse una luna semejante, solo en esa estación del año en que aún no termina el verano pero tampoco comienza el otoño.

En su cuarto, repasó el Limpiador todas sus armas y escogió finalmente un fusil de largo alcance con un teleobjetivo infrarrojo porque no tenía muchas ganas de esforzarse. Por si acaso, también separó un revólver de bajo calibre. Luego de tener separadas las armas, los cigarrillos por si el asunto demoraba y la ropa negra para ocultarse entre las sombras, el Limpiador se dio un duchazo de agua fría mientras silbaba una canción. Cuando le cayó el chorro sobre la cabeza, recordó una superstición muy suya y se preocupó un tanto: era impar. Este encargo era impar y unas dos veces antes se había visto a punto de caer bajo la bala de una de sus víctimas impares.

—Putá madre— fue lo único que dijo, mientras se secaba el pelo con una toalla de color azul.

Sonó un silbido agudo. Se acercó a la ventana y pudo ver al viejo que lo esperaba listo en la puerta del edificio.

—Sube, para que me ayudes con los paquetes— le gritó, caminando de un lado a otro del cuarto completamente desnudo. Aunque delgado, su cuerpo era felino y ágil, de músculos duros y tensos. Generalmente llevaba el pelo amarrado en una cola pero ahora lo tenía suelto, le llegaba hasta los hombros que eran fuertes y redondos.

El viejo entró y se fastidió cuando lo vio desnudo, pero no pudo dejar de mirar ese cuerpo joven, ligero, tenso como un buen arco. El Limpiador no tenía el más mínimo pudor y paseaba de un lado a otro escogiendo la ropa negra. Sus nalgas se movían con un vaivén lento mientras sus músculos dorsales cobraban una belleza detenida y extraña.

Al darse cuenta de que el otro hombre lo miraba turbado, recordó que no llevaba los lentes puestos y le reventó que ese viejo pueda mirarlo de frente a los ojos. Entonces le gritó:

—¡Qué! ¡¿Nunca has visto a un hombre calato?!

Plomo sintió rabia, quiso contestarle pero tampoco era rápido con las palabras, así que se mordió su furia y su vergüenza... vergüenza porque en ese momento tuvo, después de años, una erección.

El Limpiador se dio cuenta de los apuros del viejo y por un momento pensó en que se lo podía cargar, con su pánico y todo, como una forma de vengarse por obligarlo a esta faena. Pero después le dio asco. «Ya no estoy para esas cosas» pensó, recordando otros tiempos, cuando tenía menos reparos.

Se vistió, cerró con doble llave el clóset donde guardaba las armas y mientras tanto pensó que les esperaba una larga noche.

El Mostrenko tenía una pequeña habitación en una de las azoteas del norte, junto a los cuartos donde los pasteleros se encerraban para fumar días de días. Nadie lo había puesto sobre aviso pero todos sabían que el tipo siempre llevaba en la cintura una automática.

Los hombres se instalaron en la azotea del frente, desde donde se podía ver con tranquilidad el cuarto del asesino.

—Está cerrado —dijo el viejo.

—Claro, llegará hacia la madrugada, ese debe estar malográndose por ahí.

Pero no pasó ni una hora cuando lo vieron bajarse de su moto y entrar con una chica por la puerta del edificio.

—¿Y la chica? —preguntó Plomo.

—¿También quieres que me la cargue? No has pagado por ella.

—Mierda, no pregunto por eso —el viejo se impacientaba.

—Tranquilo, no empieces a tratarme mal.

El Limpiador se instaló en el borde de la azotea de cúbito ventral con el arma bien pegada al hombro derecho y el ojo izquierdo cerrado. Le ordenó al viejo retirarse hacia atrás, no se le vaya a cruzar una bala. Había escogido un lugar abierto, aunque al costado se hallaban algunos restos de cocinas y refrigeradoras destartadas donde podría esconderse si la situación lo requiera. Cuando el Mostrenko asomó el cuerpo por la azotea, el Limpiador aguzó la mirada y tocó el gatillo, suavemente. La chica se reía, armando cierto escándalo. Él la llevaba cogida de la cintura.

—Oye —le dijo al viejo que se encontraba apenas unos pasos detrás, escondido en las escaleras —mira bien: la primera bala en la mano derecha, para que no coja el arma— y agregó con sarcasmo —aprende.

Plomo no contestó.

Sonó un disparo.

Un chillido perforó a la noche. Era la chica que huía de la azotea por las escaleras de emergencia. El fundillo de su pantalón, donde la había estado manoseando, quedó empapado de sangre.

El Mostrenko cayó al suelo, pero se recobró inmediatamente y cogió con la izquierda la automática. Enseguida miró a todas partes buscando descubrir de dónde había salido el disparo y se echó a correr hacia unos muebles viejos para ocultarse.

Pero antes de llegar a los muebles otra bala le abrió un boquete en la pierna izquierda. Disparó entonces hacia diferentes lados, raspando parte del piso donde se encontraba echado el Limpiador, pero este ni siquiera se movió.

—Creo que no hay problema con lo del número impar —dijo para sus adentros y volvió a encarar el arma, con el ojo izquierdo bien cerrado, asestándole un tercer tiro en la pierna derecha.

Una lunar fosforescencia alumbró la cara del Mostrenko: en los labios se le dibujó una mueca de espanto. Trató de incorporarse pero solo pudo mantenerse de rodillas unos cuantos segundos. Entonces todo su cuerpo vibró mientras levantaba las manos hacia la luna, cayendo de espaldas en convulsiones, retorciéndose por largo rato, hasta que quedó inmóvil.

El Limpiador dejó el arma a un lado y se prendió un cigarrillo.

—Lo mataste —le dijo Plomo con algo de rencor.

—No seas bruto, yo sé lo que hago, ese tipo está más vivo que tú y yo juntos— y lanzó una bocanada que formó una argolla luminosa en medio de las sombras —se está haciendo el muerto para que lo dejemos o para que vayamos a verlo y aprovechar y retacearnos— y molestándose levantó la voz —¿Crees que no cumplo con lo que se me pide?! Hay que esperar.

Continuó fumando, tranquilo, apoyado en la refrigeradora, revisando el arma y el teleobjetivo que se estaba manchando por la falta de uso. El humo del cigarrillo formó una columna larga hacia arriba que solo se disipaba con un viento ligero. Señal de buena suerte.

—Ves, viejo, el humo sube derecho.

—¡Deja de fumar!, me pones nervioso.

—Carajo, ¿qué te preocupas?, si el hombre ya está al habla con mi fusil...

Esperaron entre quince y veinte minutos. Como lo supuso el Limpiador, pasado ese tiempo el herido empezó a arrastrarse hacia la puerta de su cuarto. El muchacho botó el otro cigarrillo que había prendido, se tiró una vez más sobre el piso y templó el fusil sobre el hombro. Aguzó la mirada y pudo ver con los rayos infrarrojos tranquilamente la silueta del Mostrenko que con dificultad se arrastraba por la azotea.

—Esta para coronarte, zurdo desgraciado.

Y la mano izquierda quedó destrozada. El Mostrenko descubierto en su juego, aterrorizado por la certeza y la frialdad cómo lo estaban hiriendo, convencido de que se tratada del único que podía lograr llevar hasta el final esa impecable cacería, lo arriesgo todo dando de gritos e insultando a su asesino.

—Limpiador, hijo'e puta, cabrón, desgraciado, me estás cogiendo de sorpresa, mierda, me estás cogiendo de sorpresa, cabrón... ¡Cabróóón!

—Calla, mierda —y el Limpiador le disparó a la mandíbula inferior para que no hable más.

El herido se llevó las manos mutiladas a la cara, intentando inútilmente coger con los dedos ensangrentados la boca que le dolía más que el resto del

cuerpo. Iba a continuar con los tiros que le faltaban cuando el viejo salió del escondite y acercándose le dijo:

—Ya sabes dónde quiero el último.

—Me lo imagino —contestó.

Y así fue hiriéndolo, lentamente. Después le pegó un tiro en cada ojo porque se acordó que el loco Max siempre le decía que le revienta los ojos a sus víctimas para que no lo persigan en sueños, y finalmente, cuando el hombre ya no podía más, se incorporó, con el arma cruzada sobre el pecho, para asestarle el tiro final.

—¡¡¡Por cachero!!! —gritó el Limpiador como para que lo escuche todo el barrio.

El tiro le reventó los testículos. El Limpiador seguía siendo infalible.

Se había demorado una hora en todo su macabro ejercicio. «Buen tiempo, estoy mejorando» pensó. Luego, ambos hombres desarmaron el equipo, lo guardaron en la mochila, bajaron y volvieron a subir a la otra azotea para cerciorarse de que todo había salido bien.

En la azotea, que se encontraba regada de sangre y envuelta de un olor rancio, encontraron al Mostrenko hecho un andrajo humano. El Limpiador se acercó al cadáver y sacando de su cintura un cuchillo largo y delgado, se lo clavó en el pecho, cortó la carne del centro y le sacó el corazón.

—¿¡Para qué haces eso?! —le pregunto el viejo, asqueado.

—¿Para qué? —dijo el Limpiador en voz alta, pero en realidad hablando para sí mismo— porque dicen que hay que comerse un corazón de hombre para volver a sentir.

(De *Me perturbas*. Lima: Ediciones del Santo Oficio, 1994)

IVÁN THAYS

Iván Thays Vélez nació en Lima en 1968. Inició sus estudios de Literatura en la Universidad Católica en 1986.

OBRA NARRATIVA PUBLICADA:

Las fotografías de Frances Farmer. Cuentos. Lima: Ediciones Pedernal, 1992.

Escena de caza. Novela. Lima: Ediciones del Santo Oficio, 1995.

El viaje interior. Novela. Lima: Peisa, 1999.

La disciplina de la vanidad. Novela. Lima: Fondo Editorial PUCP, 2000.

CON OLOR A ROSAS Y A MUERTE DE ROSAS

UNO

Ella, María, escuchaba siempre demasiado a Patricia Kaas. *Hotel Normandy*.

DOS

Fastidioso o interesante vivir frente a una avenida.

Primero, una larga horda de empleados públicos protestando por la solución de su pliego de reclamos y, detrás de ella, conteniéndola, la policía que pretende sofocar los gritos y el desbande de los granujas.

Más tarde, tres muchachos en bicicletas de carrera, cortos pantalones ceñidos a las piernas afeitadas, improvisan una carrera delante de mi ventana. Uno de ellos no lleva camiseta y su torso desnudo brilla. Finalmente, solo alcanzo a ver sus gorros guindas vueltos hacia atrás, hasta perderlos de vista por completo.

Luego, un grupo de cuatro muchachitas alharaquientas cruza la pista entre mohines graciosos y bromas, levantando el vuelo de sus faldas en su algarabía. Demasiado temprano para ir a una fiesta y demasiado niñas para volver de una a estas horas. Un enigma, entonces, que no tenía intención de resolver mientras las veía internarse, todavía felices, en alguna de las calles transversales a la avenida.

Como si estuviese viendo hacia la calle desde el interior de un sótano (y eso me recuerda que en los primeros años de nuestra vida vivimos en el sótano de la casa de sus padres, entre libros y ropa sucia, y mucha felicidad también) y mi único contacto con el mundo exterior fuese una rendija rectangular sobre mi cabeza, al ras de la vereda de la avenida, veo el paso apurado de los transeúntes y las pantorrillas de las secretarías. El recuerdo me lleva ahora a una escena de Truffaut. Así de preso y solitario me sentía por la mañana, después de haber vomitado toda la madrugada el revoltijo estomacal de una mala noche, sin ánimo para desayunar o para una ducha, tirado en la sala, viendo cómo todas las imágenes de fuera me remiten irremediabilmente al interior de mi cueva, a la pared del frente, a la bofetada de su fotografía en el centro de la sala.

Su fotografía en el centro de la sala

Días y noches navegando en torno de ese retrato. Cierro el ojo izquierdo y la fotografía parece alejarse, hacerse incluso tan pequeña que es casi olvidable; abro ese ojo y cierro el derecho: su rostro se enfrenta al mío, demasiado cerca, y sé que es imposible pero sucede que me basta alzar el brazo para alcanzar con los dedos la forma ovalada de su cara (y la alcanzo, y la toco). Cierro ambos ojos y no veo nada. Abro y cierro los ojos alternadamente y es la ola, el desvarío, el naufragio. Abro ambos ojos de súbito y está ella, inamovible, incuestionable, presidiendo también esta mañana.

¿Cómo era ese dibujo de Quino? Un tipo llega a su casa y encuentra una carta clavada en la pared cuya última línea se alarga y continúa por las paredes del interior de la casa, y luego sale por la puerta de servicio, y sigue por las calles, por los muros, por las veredas y sobre las pistas; el hombre sigue leyendo esa línea que estira la carta —cada vez más triste, supongo, cada vez más definitiva— por toda la ciudad hasta que lo conduce a una estación de tren donde termina la carta con la firma de ella —dice «María»— y, a poca distancia, un tren que parte en ese momento hacia otra ciudad, otro mundo, lejos de él. Y casualmente ella se llamaba también María. Aunque no la creo capaz de cartas tan largas ni de escenas tan tristes. Aunque sí hubo una, una vez, hace unos días, o semanas, o meses.

La única escena triste

Lo más triste de todo fue el caballito ruso de madera en forma de mecedora que traje de Europa para María y que siguió meciéndose en silencio aún unos minutos después de que ellas se fueron. Supongo que fue el viento, o como de costumbre María estuvo jugando ahí apenas despertó, esperando que fueras a vestirla; hasta que lo hizo y se la llevó luego, por unos meses y para siempre.

El taxista, un hombre pícnico, había estado esperando desde temprano y ayudaba con buen ánimo a cargar las maletas y levantar las cajas con que María deshabitaba mi casa. No discutimos durante la noche —habíamos venido discutiendo meses enteros y estábamos agotados de que las palabras ya no dijeran nada— y su partida fue un acuerdo tácito impostergable. No le dio pena desnudarse frente a mí, desde luego, ni repetir la larga ceremonia del baño, los perfumes, las vueltas alrededor del clóset desordenado buscando sus medias, sus aretes, la ropa que improvisaba para la huida entre las cosas que no había empacado aún. Arrojó su camisón de noche y las medias (desde niña María dormía con medias para no resfriarse, por eso siempre, aun en verano, ponía medias en la noche a nuestra María, y hasta yo me había mimetizado y algunas noches despertaba con medias) en el tacho de la ropa para lavar. Torpe error por culpa de

la fuerza de la costumbre que no nos hizo llorar, aunque casi, y que recuerdo con una tristeza larga, aunque María lo corrigió de inmediato haciendo de esa piel nocturna un atado y acomodándolo en cualquier maletín, mientras iba por María que pedía su desayuno sentada, intuyo, balanceándose en su caballito de madera, negándose al, o sin comprender el, alboroto que se armaba esa última mañana que estuvimos juntos en casa. El taxista me buscaba conversación, viéndome con algo de perplejidad arrastrar mi colcha a la sala, como es mi costumbre cuando me duele el estómago y tengo náuseas, y aquella vez me dolía mucho y casi no podía respirar por temor a las arcadas. No sé qué le contesté o cómo no le contesté, el hecho es que dejó de insistir conmigo, fue a sentarse al auto a esperar las últimas diligencias de la señora, que paseaba de un lado a otro de la casa con ojo de águila, buscando el objeto olvidado, altamente necesario. Atrás de su madre deambulaba María, y yo aproveché para cogerla un rato y tenerla conmigo, en mis piernas, admirándola por esa mirada incógnita, a veces misteriosa, que ella heredó de mí y que solo Dios sabe cuánto daría por saber si aún mantiene. Le preguntaba por el tío Zifo y ella reía; el tío Zifo, claro, estaba en la primera maleta que María empacó con las cosas de María, pero eso María no lo sabía y fue a buscarlo y, como no lo encontró, se echó a llorar detrás de su madre que decidió dejarla sentada en el taxi junto con el caballero tan bueno que fumaba sin apuro, casi orgulloso de separar a mi esposa de mi lado, como si fuera esa la misión por la que había venido a este mundo, estoy librándola de un joven tan pusilánime, seguro pensaría, y es entonces que la única escena triste se convierte en una escena desagradable: yo y mi paranoia, más persistente que mi crónico dolor de estómago, sospechando del tipo (en cualquier momento cierra la puerta y se rapta a la niña, y luego la viola o le corta las manos o la prostituye, y este juego que estaba durando ya demasiado se convierte en una tragedia y salgo a la calle en pijama para ver a mi pequeña a salvo, sin llorar, sin pedir a Zifo, jugando distraída con el tipo). Todo está bien, está bien, me digo, y el gordo taxista es, después de todo, también un buen hombre que se lleva a María y a mi hija sin preguntar, sin molestar, ayudando incluso a que todo sea más rápido como si así fuera también menos doloroso.

—¿No se despiden de mí las Marías? —pregunté.

«La vas a ver el domingo», prometió María esquivando mi patetismo como de costumbre, mientras cerraba la puerta —sin besarme, por cierto— y se llevaba a María, quien se había quedado dormida en el auto del gordo y a quien no volví a ver, ni ese domingo ni nunca más, salvo en decenas de mudas fotografías que no parecen saber decir lo que yo quiero escuchar.

Decenas de fotografías mudas

Manía de fotógrafo el creer que todo el universo puede caber en la acción de un reactivo químico, en un juego de luces y sombras. Fotografías tristes, fotografías lejanas, fotografías melodramáticas, fotos nostálgicas, fotos vacías. María tenía la ilusión de encontrar mi alma en esas figuras inmóviles y yo quería comunicarme con ella a través del blanco y negro o del sepia, fotografiándola decenas de veces desnuda bajo la luz artificial. Pero las fotografías captan la sensación del instante y nunca el diseño de las cosas retratadas; jamás hallarías mi alma en esas composiciones de objetos. Y sus labios en mis fotografías estarían siempre cerrados, detenidos en el momento previo a la palabra, su mirada alejándose desde el papel de tal medida y tal espesor, tomada desde un ángulo difícil pero original, cerrando el obturador de mi lente —50 mm—. ¿Podría hablarme una foto aunque sea solo un minuto? Menos de un minuto necesité para cada una de sus fotografías y ella, mientras se dejaba resplandecer por el flash, se quedaba muda para no interrumpir la pose sin saber que enmudecería al infinito. Aprendiz de mago, aprendizaje de fotógrafo. La triste magia de las fotos está en retener instantes, en coleccionar gestos, en saber respetar el silencio de los retratos. Es una magia lamentable que solo aparece cuando alguien ya no está para siempre y nace en un cuarto oscuro, cruzado de cordeles y láminas húmedas.

Días enteros en blanco mirando sus fotografías, escuchando sus discos de Kaas, Hendrix, Waits, Bowie, Barret, tratando de que su fantasma —pero no el de mi María— desapareciera lentamente de mi casa. Enciendo el televisor y me sorprende ver un viejo documental alemán cuya fotografía hice hace unos años. Casi no lo recordaba, no sabía que un canal de aquí lo tenía o lo había pirateado. Me dejé llevar por las escenas que me resultaron, de súbito, ajenas. Era sobre las ruinas de Auschwitz, un lugar terrible convertido ahora en museo cotidiano. En Auschwitz aún se mantenían de pie los cercos electrificados (ella), la albarrada donde se fusilaba (ella), las cámaras de gas (ella), los cuartos de tortura (ella), los osarios (ella), la tierra (ella), donde se podían hallar aún documentos enterrados (ella), con oficios secretos (ella) y órdenes determinantes (ella), y también podían encontrarse bajo la tierra huesos amarillos, polvo que a veces salía a la superficie para hablar por sí mismo, para negar los recuerdos de los sobrevivientes, los juicios a los asesinos, los castigos ejemplares y el fatal resurgimiento del nazismo en Europa; huesos amarillos, negros, sucios, huesos de judíos exterminados, familias enteras que han perdido todo menos la memoria, que han perdido hasta la forma original con que se encajaban al sistema óseo pero nunca la memoria. Huesos (yo).

El fuego que arde en las manos

La fotografía muestra una vieja cacerola de cobre tiznada en los costados. Al interior de la cacerola yace, laberíntico, un atado de varias medias de nylon empapadas en kerosene. También la cacerola está empapada de kerosene. El plano es abierto y permite ver no solo la cacerola —donde se centra el objetivo de la foto— sino también una larga miríada de recuerdos, cartas y fotografías de María, no de mi pequeña sino de ella, tendidas en el pasto del jardín interior de la casa donde se va a iniciar la danza del fuego.

Lo más difícil era evitar que el fuego se expandiera hasta hacerse incontrolable. Por otro lado, también debía evitar que las cartas y fotos solo se incinerasen por los bordes, dejando un delator y triste círculo en el centro, rodeado de cenizas. Preferí la posibilidad del desastre incendiario al de la nostalgia; arrojé un fósforo en la cacerola y, lentamente, para evitar la llamarada en la medida de lo posible, fui arrojando puñados de recuerdos de María. Pensé que todo sería demasiado patético o desagradable —en los últimos días mi arte se hizo propenso al melodrama— pero, a decir verdad, solo resultó aburrido. Casi no miraba las fotografías y no entendía la letra de las cartas. Solo guardé una foto donde María cargaba a nuestra María desnuda, en primer plano, y detrás de ella alguien, que podría ser mi madre, fuera de foco. No fui capaz de quemar una foto de mi pequeña, y recortar a María de ella me parecía macabro. Sin más remedio, llevé la fotografía al dormitorio y la pegué en el espejo. Detrás de ella, María había garabateado con lápiz una frase poco legible que me esforcé en descifrar. A María le gustaba escribir detrás de las fotos. Esta decía: *Vencer en secreto edifica murallas, ninguna como el silencio.*

TRES

Llegué tarde a la fiesta por una imposibilidad congénita de llegar temprano a algún lugar. Sin embargo, hallé con facilidad un buen lugar para estacionar mi auto. Era un conductor reciente y estacionar era mi mayor tribulación. La suerte de un buen estacionamiento me levantó el ánimo y me ayudó a encarar mejor la reunión de esa noche.

—Suerte de principiante —dijo tocándome el hombro por detrás el viejo galerista y buen amigo de mi familia José Piérola Müller— y todo un milagro verte por aquí.

José era mi anfitrión. Me introdujo hasta el interior de su casa, donde se agasajaba a un joven fotógrafo suizo cuyo trabajo desconocía, pero del que se hablaba muy bien en los diarios. La recepción fue brillante: bien preparada y con buen gusto. Logré estar a solas con algunos colegas, a quienes no veía desde la separación de María, hasta que una voraz marea los arrastró hacia el bufett.

Preferí aislarme y evitar la bebida, pues aún me sentía con fatiga, pero no lamentaba haber asistido a la reunión porque quedarme en casa estaba resultando una tortura innecesaria los últimos días. Busqué un rincón acogedor donde pasar el resto de la noche con una Coca-Cola y abundante hielo. Quizá después buscaría al suizo para comprometerlo a un intercambio de fotografías, pensé, aunque esa idea no me roía precisamente el cerebro. Fue cuando encontré un rincón ideal para mis pretensiones que la vi, casi escapada del interior de una vorágine, con el pelo revuelto y los ojos turbados, como envuelta por una cortina larga y transparente. Miraba hacia afuera por la ventana enorme de la sala. Parecía estar muy interesada en ver algo que se movía en la piscina rodeada de mesas y mucha gente. Su mirada era lánguida, sin resistencia. Inventé una historia de amor con una víctima, ella, y un vencedor ufano que se pavoneaba con su triunfo en los exteriores de la residencia de mi anfitrión. No sé por qué quise adueñarme de su alma como me había adueñado ya de su presencia y del secreto de su mirada. Tomé un largo trago de Coca-Cola que, aunque parezca una estupidez decirlo, me embriagó como si tuviera alcohol. Me acerqué a ella sin muchas esperanzas. Era bellísima y mucho más joven de lo que pensé cuando la vi por primera vez. Tuve que modificar la historia de amor que le había inventado ante esa visión maravillosa. Ella estaba ahora enamorada en silencio de un señor respetable que paseaba afuera su whisky entre sus amigos y su esposa, no demasiado inocente del peligroso juego infantil al que esa niña lo invitaba. Con descaro, me distancié unos metros de la muchacha para tener una visión de conjunto. El rostro era perfecto, sus grandes ojos azules brillaban como sus labios —carnosos, breves, húmedos— que parecían temblar. El pelo lacio caía con suavidad por su cuerpo hasta media altura. Tenía los brazos muy delgados. Su cabello era rubio, discretamente rubio se diría. Luego, mi vista empezó a deslizarse por su talle y sus caderas, quizá un poco estrechas pero que en definitiva formaban un círculo precioso, ondulante, que levantaba el vestido largo. Pero el deslumbramiento definitivo eran sus piernas entrevistas por el corte del vestido, dos prodigios delgados, largos, perfectos, que uno no podía evitar acariciar con los ojos eternamente, embriagándose con su firmeza púber y con la precisión de cada curva, de cada borde que parecía deslizarse hasta sus pantorrillas. Me sentí desmayar cuando su pie —su pequeño y blanco pie— logró zafarse con rebeldía del zapato y pude observar un pequeño lunar en la planta. Quise pensar que tenía dieciocho años, quise completar con frases y escenas la historia que le había inventado y que cada vez me interesaba menos. De pronto, caminando hacia mí sin malicia, sin descubrir que la estaba observando con éxtasis, se acercó lo suficiente para oler el implacable olor infantil y oír la voz nínfula que se dirigía a un hombre rendido.

—Me aburro —dijo.

—Quizá lo que te falta es una coca —respondí, levantando mi vaso.

—No. No.

—Con un no hubiera bastado —le dije.

—¿Tú también eres fotógrafo? —me sorprendió, riendo.

—Me has atrapado —seguí la risa.

—Pude sentir tu mirada. Otros fotógrafos que conozco me han mirado así antes.

—Lo siento —me disculpé, contrariado, buscando una buena excusa—, supongo que no ha sido muy galante de mi parte. Buscaba una modelo —dije al fin, sin mucha convicción.

Ella sonrió ante la excusa, como si no la creyera. Pero no parecía enfadada.

—Quizá hubieras sido más galante si supieras mi edad —me dijo.

—¿Dieciséis? —me castigué mentalmente.

—Catorce —me asesiné.

Me dijo que no la había traído su padre ni vivía en esa casa. Jamás había visto al fotógrafo suizo o, mejor dicho, jamás había visto una exposición fotográfica en su vida aunque los fotógrafos, dejó en claro, le caían muy bien. No era modelo de ninguno ni buscaba serlo viniendo a esta fiesta. Ni siquiera era amiga de alguien de esa casa. Le conté la historia que estaba escribiendo mentalmente para explicar su presencia en esa reunión. Se rió de mi historia. «No eres buen cuentista», dijo. Me contó que no tenía nada que hacer ahí. Vivía por la casa de los Piérola, a quienes no conocía, vio una fiesta elegante, se vistió para la ocasión y entró. Algo así como una travesura. Se encontraba, entonces, en la seductora situación de invitada invisible, sin un nombre en la lista de los anfitriones y sin una copa de algo en la mano. «No existo —dijo— pero tengo un poco de miedo de que me descubran».

—Entiendo.

—Solo tú me puedes salvar.

—¿Yo? ¡Cómo?

—A ti te conozco —dijo con seguridad—, eres fotógrafo, me estuviste observando porque buscabas una modelo y te gusta tomar Coca-Cola en los rincones. ¿Algo más que deba saber?

—Creo que es suficiente. Y dadas las circunstancias...

—Entonces —me interrumpió— si alguien quiere pedir explicaciones le diré que he venido contigo. Ahora todo está bien. Quisiera una copa —me interrumpió—, pero no estoy lo suficientemente bien vestida como para ir a pedirla —estaba impecable— y tú me debes una galantería.

—Seré galante, entonces —dije y salí en busca de algo que una niña pudiera tomar.

—No alcohol —me dijo, ingenuamente, cogiéndome de la mano cuando ya me dirigía hacia el bar—. Por favor.

—Eso no tienes ni qué decirlo —contesté.

Mientras buscaba la bebida, ella desapareció. Tuve que buscarla por varios angustiosos minutos, con el vaso de Coca-Cola y hielo congelándome la mano. Finalmente, la encontré escondida tras un gran jarrón con rosas en el comedor. «Ya no es necesario que te escondas», le dije con buen humor, entregándole el vaso.

—Pero si no me estoy escondiendo. A mí me gusta el olor de las rosas, ¿no lo sabías? —me reprendió como si hubiera olvidado algo obvio. Confieso que la frase me impactó íntimamente, cumpliendo su objetivo.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—María.

—¿María?

—Bueno, María es mi segundo nombre.

—Sucede que yo necesito tu primer nombre —dije, sin disimular mi turbación.

—Y sucede que ese no te lo diré —la noté algo cansada de la conversación y no insistí.

No parecía interesarle moverse del rincón de las rosas, pero accedió a sentarse cuando se lo pedí. Fuimos a un pequeño sofá algo alejado del bullicio. Le pregunté por lo que le había llamado tanto la atención en la piscina. «Nada —contestó—, solo miraba cosas». «¿Cosas o rosas?». «Cosas —dijo—, cosas como la luz de la luna, como el agua, como a las personas». No acostumbraba colarse sola a las fiestas, confesó, pero una amiga con la que iba a llevar a cabo la travesura le había fallado y no quiso perderse esta reunión porque le había costado mucho arreglarse. Le creí. Estuvimos conversando media hora quizá, mientras yo pasaba del temor natural a que me descubrieran con una niña a cierto sentimiento instintivo y perverso que me agradaba.

—¿Y si te dijera que tengo trece años? —preguntó.

—Yo pensaría que tienes doce.

—Entonces doce, doce años y ya no tengo más secretos —sonrió con sinceridad, con aterradora sinceridad.

—Dame tu mano —me pidió y se la di—. Veo aquí —fue trazando una línea sobre mi palma con su dedo— que tienes un auto esperándonos afuera.

—¿Dónde dice eso? —pregunté interesado mirando mi mano con curiosidad.

—No interrumpas la magia —replicó molesta soltándome la mano y dándome una palmadita en el brazo—. Además es cierto, ¿no?, tienes un auto y me sacarás de esta aburrida reunión. Listo. ¿Soy adivina o no?

—Puede ser —acepté.

Como sí tenía un auto y sí estaba aburrida la fiesta, pensé que la posibilidad de salir de ahí era más que obvia. Pero me detuvo su edad y preferí ser esquivo. Se había tomado toda la gaseosa y aún parecía saborearla. Ofrecí traerle más Coca-Cola y fui hasta el bar. Le pedí al barman un par de bebidas y mientras este las servía vi, con complacencia más que con remordimientos, mi sonrisa de corruptor reflejada en un espejo detrás del tipo. Cuando cogí las gaseosas e iba en busca de María, se me acercó un hombre llamándome por mi apellido. Me entretuvo unos segundos el representante de una editorial interesado en usar algunos de mis trabajos para sus carátulas. Era una buena oferta —aunque una oferta hecha en una reunión social, por cierto—, pero yo estaba incómodo y con ganas de librarme del hombre. Tenía miedo de que alguien robara la atención de María, no por celos sino por temor a que eso me condenara al aburrimiento social de esa fiesta. La busqué con la mirada por encima del hombro del editor y no pude verla en el sofá. Pero no tuve tiempo de desilusionarme. Se acercó por detrás y puso una mano sobre mi brazo. Había llegado a rescatarme con una rosa en la mano, que cambié por uno de los vasos.

—¿Nos vamos? —dijo, con una mirada demasiado comprometedor para mi gusto—. ¿Nos vamos ya, tío? —salvándome ahora.

—Bueno, vámonos —acepté, mirando al editor con una mirada de tío complaciente con su engreída sobrinita y quedando para conversar sobre el asunto de las carátulas cualquier día de estos.

El editor no pareció interesado en María y tampoco en pensar mal de nosotros. Se nos unió José y me dijo que el agasajado quería conocerme. Le dije que ya tenía que irme. José dio una mirada a María y tampoco pareció interesarse demasiado por ella (¿es que todos estaban ciegos en esa fiesta?). Pero cuando la cogí del brazo para salir, sorprendentemente, le preguntó su nombre.

—María —contestó ella.

—¿También María? —preguntó, mirándome interrogante.

—También María —contesté avergonzado por no sé qué.

Aproveché para escapar por la puerta abierta cuando José tuvo que abrirla para recibir a un nuevo invitado. El poco interés que mi amigo puso en la presencia de María me hizo sentir viejo, como si eso fuera un indicativo de que nadie podría pensar que hubiera algo entre ella y yo dada la diferencia de edades. La vejez, a mi edad, es un gusto raro en el paladar que aparece a veces en el sabor de las comidas, en el último sorbo de gaseosa al final de una reunión.

Entendí que estaba demasiado viejo como para hacer que mi amigo pensase mal de mí, y que él era realmente viejo como para fijarse en María, una niña después de todo. Aunque, luego lo descubrí, toda esa explicación no era más que una excusa, otra más, para sentirme deprimido, cansado, fracasado. La verdad quizá era más oscura y estaba más cerca de las ideas de Nabokov, sus nínfulas, sus hadas y sus lolitas. Pensándolo bien, quizá yo no era sino uno de aquellos privilegiados captadores de presencias extrañas, de duendes extraviados, de nínfulas. Después de todo, Lewis Carroll, ilustre perverso, también era fotógrafo.

Cuando estuvimos en el auto le expliqué a mi nueva amiga lo de las dos Marías. Le conté lo de mi hija, que tendría cuatro años por entonces; le hablé de mi relación con María; le conté cosas que casi no recordaba, como los viajes con ella o su gusto por la música de los setenta que yo detesté siempre, cosas que empezaron a resultar agradables en mi memoria. Le conté del incendio de los recuerdos que había provocado esa mañana. Hablé mucho, estimulado por su silencio, pero me callé luego.

—Entonces tienes «Las tres Marías» —dijo ella, después de un largo rato.

—La tres Marías —repetí moviendo afirmativamente la cabeza y sin calcular con exactitud el peso de su frase—. Son demasiadas Marías, ¿no crees?

—Al contrario. Son un número perfecto. Es perfecto —dijo— pero no te ilusiones. Recuerda que yo no me llamo realmente María, ese es solo mi segundo nombre.

Ofrecí llevarla donde ella quisiera y ella ofreció guiarme a un sitio especial. Anduvimos una hora por la carretera antes de desviarnos para tomar un peligroso camino de tierra que trepaba por un cerro. Ella hablaba ahora, incontinentemente, durante todo el camino. Hablaba de su familia, de la amiga que la dejara plantada, de mí y la gracia que le dio descubrirme parado detrás de ella con un vaso de Coca-Cola en la mano. Bonita forma tenía de hablarme de ella sin mencionarse. El camino, mientras tanto, se ponía cada vez más intrincado y oscuro. Temí quedarme atollado en una curva, después de todo no era un buen conductor. Dejé de prestarle atención y me dediqué a atender más bien a las peligrosas curvas y al mal estado de la pista. María me reclamó la falta de interés. Le conté mi temor a quedar atascado. De inmediato, ella empezó a hacer planes sobre cómo salir del eventual dilema. Entre sus planes estaba el quedarse dentro del auto mientras yo iba por ayuda.

—¡Realmente eres muy inocente! —exclamé intempestivo.

Ella recibió mi admiración como un insulto. Se quejó. Tuve que explicarle lo peligroso que era quedarse sola en el auto en esa oscuridad, en ese desierto. Le expliqué que, incluso, venir conmigo era un riesgo pues no me conocía, y yo muy bien podía ser un sátiro que quisiera violarla, asesinarla después y desapare-

cer su cadáver por algún lado, en fin, toda una historia. Ella escuchó lo que le decía en silencio, con la barbilla casi hundida en su cuello. «¿Harías desaparecer mi cadáver?», preguntó apenas me callé, y yo le respondí que por supuesto, que eso solía hacerse en caso de violaciones, que en qué mundo vivía. Se quedó pensando un minuto antes de susurrar algo que no entendí. Supuse que había vuelto a decir que era un mal cuentista. Le pregunté qué había dicho.

—Que es muy triste lo que me acabas de decir —dijo, y parecía realmente triste.

Llegamos hasta una encrucijada donde no podíamos continuar en auto. «Aquí es donde debemos bajarnos», me dijo María señalando con el índice levantado un sitio donde estacionarme. Apenas estacioné el carro, ella bajó y se puso a dibujar con el pie círculos sobre la tierra. En un gesto infantil, se levantó la falda y subió sobre la maletera. Luego murmuró «¿puedo?» y al ver que yo, hipnotizado, asentía, se sacó los zapatos, trepó hasta el techo del auto y se puso de pie. Una vez arriba se puso a mirar el cielo con avidez y a moverse lentamente como si bailara algo que ella misma estuviera tarareando. Estuve mirándola unos minutos. Jamás había visto algo tan bello, tan fuera de este mundo. Un impulso que pude controlar casi me hace ir hacia ella y abrazarla. Ella se había acuclillado y cogía sus rodillas sin dejar de tararear. Esquivé mi mirada de esa imagen de ave y me apoyé en la maletera mirando hacia una cúspide terrosa que se levantaba a unos metros. Ella bajó del techo deslizándose, se puso los zapatos y me cogió de la mano. Su pequeña mano de dedos largos estaba fría. Dejamos el auto y empezamos a trepar unos metros por un camino muy escarpado hacia la cúspide que había estado observando. Una vez que llegamos ahí vi que eran unas ruinas. Parecía un pueblo, un pueblo entero arrasado por el polvo, el abandono y la hierba mala, como si hubieran arrojado un ácido sobre él dejando solo las siluetas y los contornos. Los vestigios de civilización eran escasos aunque pre-visibles: algunas columnas de fierros retorcidos, los umbrales de algunas casas, quizá unos trozos de madera de alguna puerta que aún guardaban candados oxidados. Todo lo demás era tierra, tierra y polvo.

—Bueno, ¿cuál es el misterio?, ¿tú naciste aquí, aquí nacieron tus padres o qué?

No tuvo éxito mi pregunta. Ella, caminando en círculos y acariciando cada cosa que se levantaba al lado suyo, no se dignó a responderme.

Se mantuvo contemplándolo todo, recorriendo cada palmo de tierra, repasando con su mano cada muro derruido por el tiempo y la lluvia. La vi agacharse y recoger un puñado de tierra seca, arrojarlo al viento como una moderna Sibila engañada. Sus piernas se liberaban del vestido y el escote se abría para mostrar el pecho donde dos senos pequeños, respingados, nacían y se agitaban

con la respiración emocionada. Ella era una visión del otro lado del mundo, un ser transparente y con alas. Ningún buen fotógrafo hubiese perdido la oportunidad de retratar ese contacto con lo invisible, ese cuento de hadas, esa imagen mágica de una niña despertándose en medio de las ruinas. Yo tenía mi cámara en la maleta del auto, como siempre, lista para cualquier eventualidad. Vi cómo ella se levantaba y seguía caminando entre las casas, cómo dejaba marcado el rastro de sus pies, descalzos ahora, entre el polvo y las piedras. Bajé hasta el auto y busqué mi cámara. Estaba lista, como siempre. Debía apurarme si quería detener el espectáculo que acababa de presenciar pues ya empezaba a amanecer. El sol aparecía por algún lado y la ciudad en ruinas, arriba, brillaba en un destello grandioso. Las ruinas de una estrella, pensé, calibrando la luz y acomodando la velocidad del disparo. María habitaba las ruinas de una estrella brillante. El cielo dejaba la oscuridad por una luz de azul intenso. La cúspide no parecía roja ni encendida sino plateada, como el lomo de escarcha de aquella estrella, como el sol mismo, aún tímido, cubierto por la neblina. Guardé mi cámara. No subiría, no traicionaría también ese recuerdo con una foto. Dejaría a aquel ser transparente explorando su planeta hasta que amaneciera. Esperaría, sin apurarla, sin interrumpirla, a que descendiera de la cúspide para llevarla a su casa.

No bajó nunca, por supuesto.

(De *Las fotografías de Frances Farmer*. Lima: Ediciones Pedernal, 1992)

Impreso en los talleres de
INDUSTRIALgráfica S.A.
Chavín 45 Lima 5 Perú
Email: igsa@bwnet.com.pe
Teléfono: 431-2505
Fax: 431-3601
Abril de 2002

Próximas publicaciones

El mundo al revés

Susan Ramírez

*Historia, razón y libertad. Una
introducción al pensamiento
político y filosófico de Erick Weil*

Francis Guibal

*Julio Ramón Ribeyro: El perfil de
las palabras*

Peter Elmore

*Historia del Derecho Civil
Peruano. Los jurisconsultos: El
Murciélagu y Francisco García
Calderón*

Tomo III

Carlos Ramos Núñez

Tratado de los contratos típicos

Mario Castillo Freyre



Dioses y demonios, por cierto invisibles, han convocado, en distinta hora, pero con idéntico fervor creativo, a varias promociones de estudiantes que a su paso por la universidad ofrecieron testimonio (casi siempre, previsor) de una clara vocación por la prosa literaria. Este libro nos ofrece documentada prueba de cómo este grupo de estudiantes ha contribuido con su trabajo creador a la evolución de la prosa en el Perú.

Luis Jaime Cisneros



Pontificia Universidad Católica del Perú
Fondo Editorial 2002